



T A I N E

N O T A S

B O U R S E P A R I S

DC 7 1 5

T 3 5

H. G.



1020025067

NOTAS SOBRE PARÍS



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

# NOTAS SOBRE PARIS

VIDA Y OPINIONES

DE

M. FEDERICO TOMAS GRAINDORGE

*Doctor en Filosofía por la Universidad de Jena,  
socio principal comendatario de la casa Graindorge and C.<sup>o</sup>*

*(Petróleos y cerdo salado, en Cincinnati, Estados Unidos de América.)*

COLECCIONADAS Y PUBLICADAS

POR

H. TAINÉ

su albacea

TRADUCIDAS AL CASTELLANO

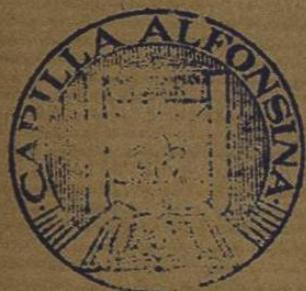
por

ANTONIO SALAZAR

100638

MADRID  
LA ESPAÑA MODERNA  
Cuesta Sto. Domingo, 16.  
1900

15302



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

## PREFACIO

Los deberes de albacea son muy delicados y difíciles de cumplir, y, no sin mucho trabajo, he podido, conforme á las intenciones de M. Graindorge, revisar, completar y publicar sus notas. La familia presentaba dificultades, y los manuscritos originales eran casi ilegibles, porque M. Graindorge tenía una letra inglesa larga, confusa, complicada con abreviaturas comerciales, y además, embrollada por el empleo de letras alemanas. A fuerza de tiempo he logrado mi propósito, sintiendo no haber podido hacer más.

M. Marcelin, á quien honraba con su amistad como á mí, quería también elevar un monumento á su memoria, hizo que un fotógrafo de fama sacara varias vistas de las habitaciones del difunto, y, con auxilio de algunos retratos, pudo reunir los distintos aspectos de la persona y las costumbres de M. Graindorge, á los que añadió los de su secretario, de su sobrino y de otras personas mencionadas en el libro. Su inteligente actividad no retrocedió ante ningún objeto, ni ante el cocodrilo disecado que adornaba el gabinete, ni ante la fisonomía de Sanz, el lacayo negro que enseñaba constantemente, en la antesala, sus dientes blanquísimos. Además, reuniendo sus recuerdos, había pensado en ilustrar con dibujos las escenas de salones, de

teatro y de viajes narradas por M. Graindorge. Otras ocupaciones se lo han impedido; espero que algún día se verá libre de ellas; entre tanto, el lector lamentará que, en este último homenaje, su lápiz no haya suplido las deficiencias de mi mano.

Yo he pasado muchas veladas en compañía de monsieur Graindorge, y he gozado siempre con su conversación. Su cultura era vulgar, pero había viajado, y su espíritu tenía una buena provisión de hechos. Además, no era pedante ni hipócrita y en su casa se tomaba muy buen café. Lo que más me agradaba en él era su gusto por las ideas generales; llegaba á ellas naturalmente, y acaso el lector parisiense opine que las tenía demasiada afición. Yo no sé si le estimaba la gente; la flema americana le había endurecido, y era, por la costumbre de los negocios, demasiado mordaz. Alto, delgado, hablaba sin gesticular y sin mover siquiera un músculo de su semblante, no por falta de imaginación ó de emociones, sino por la costumbre de contenerse y el temor de descubrirse. Su conversación no tenía nada de literaria, excepto su irónica frialdad. Sin embargo, como le gustaba la lectura y había recibido educación clásica, podía y sabía escribir, sobre poco más ó menos, como todos escriben. Por lo común se mantenía de pie; la espalda apoyada en la chimenea, y dejaba caer sus frases una á una sin la más mínima inflexión de voz; aquellas frases eran *statements of facts*, muy claras y precisas. Al pronto no causaban efecto alguno, pero una hora después se olvidaba su sequedad y monotonía para sentir su plenitud y su precisión. Al parecer hablaba únicamente por cumplir un deber de sociedad; su mayor gusto era oír hablar á los demás. Entre nosotros había muy pocas ideas comunes, pero teníamos el mismo método de ra-

ciocinio, y esto bastaba para hacer gratas nuestras discusiones. Además, admitía la contradicción, sometiéndose voluntariamente á la crítica, hasta el punto de practicarla consigo mismo, desmontando todas las piezas interiores de su talento y de su carácter, para explicar sus actos, sus opiniones, y especialmente, su pesimismo. En mi opinión, por haber padecido mucho en su juventud, se había recogido demasiado en sí mismo en la edad madura, y además cometió la falta de hacerse *aficionado*, quiero decir, de desligarse de todo para poder pasear por todas partes. Nadie vive si no se adhiere á otro ser superior; es necesario pertenecer á una familia, á una sociedad, á una ciencia, á un arte. Cuando se aprecia cualquiera de estas cosas como más importante que uno mismo, se participa de su solidez y de su fuerza; si no, vienen las vacilaciones, el cansancio, y se acaba por sucumbir: quien gusta de todo, se hastía de todo. M. Graindorge conocía su defecto, pero se veía demasiado viejo para corregirlo. A este propósito, referiré una anécdota que demuestra su manera de ver, y, además, la lucidez de su espíritu. Un día, al terminar una larga conversación filosófica, me dijo como en resumen: «Luis XI tenía, al fin de su vida, una colección de cerdos de poca edad, y ordenaba que los vistieran de caballeros, de aldeanos, de canónigos; los enseñaban á palos y bailaban ante él con aquel extraño traje. Lo mismo hace la señora desconocida á quien llamáis la Naturaleza; probablemente es humorista; sólo cuando, á fuerza de latigazos, hemos desempeñado bien nuestros papeles, y cuando ella se cansa de reír de nuestros gestos, nos manda á la salchichería y al saladero.»

Esta manera de explicar la vida me pareció extremada, y además, muy personal. Yo proseguí expla-

nando la idea ya indicada, y traté de hacérsela adoptar; pero en términos generales, sin la menor alusión, con todos los miramientos de que soy capaz y todo el respeto que un hombre joven se complace en manifestar á otro de más edad. Él apartó el cigarro de la boca, meditó un instante, y me dijo con voz lenta: «De todo eso deducís que yo haría bien en morirme; esa es también mi opinión.» Y como yo protestara con calor y algo conmovido, él, sonriendo, cosa que sólo hacía dos veces al mes, añadió con el mismo tono: «Cuando tengáis cincuenta y cinco años y os veáis enfermo del hígado, sabréis que esa opinión es la almohada más blanda del mundo.»

Me ha legado su maquinilla para hacer café y su provisión de cigarros; soy, pues, su heredero, y por tanto me atrevo á creerme sincero al sentir de todo corazón su muerte.

H. TAINE.

## NOTAS SOBRE PARÍS

### CAPÍTULO PRIMERO

#### PRIMERAS NOTAS

7 de Diciembre.

Ayer en los Italianos, *Così fan tutte*, por Frezzolini.

Yo estaba en una butaca de balcón; de siete mujeres que había á mi alrededor, seis eran de la vida alegre.

Dos como de veintiocho años. Una de ellas, un verdadero tipo de Boucher, algo ajada; la otra, un tipo de Tiziano, mórbida, blanca, la oreja pequeña y gruesa, los cabellos arremolinados en forma de nube, por encima de la frente, rubios, recogidos en la nuca y sujetos con una peineta de oro. La piel, de una blancura mate sorprendente. En tiempos de Tiziano hubiera sido sencillamente enérgica y estúpida; hoy torpe, envilecida, desvergonzada, acostumbrada á las afrentas y á la insolencia; lleva diez años de baños, de polvos de arroz, de trasnochar, de pasteles de *foie gras*. Sólo ha aprendido á comer bien y con finura, y á beber de lo mejor. Está ya engrasada y trasciende á pato cebado. Describía á su amiga una comida reciente, un rico festín, los vinos, el café, el servicio, entornando los ojos con beatitud gastronómica.

nando la idea ya indicada, y traté de hacérsela adoptar; pero en términos generales, sin la menor alusión, con todos los miramientos de que soy capaz y todo el respeto que un hombre joven se complace en manifestar á otro de más edad. Él apartó el cigarro de la boca, meditó un instante, y me dijo con voz lenta: «De todo eso deducís que yo haría bien en morirme; esa es también mi opinión.» Y como yo protestara con calor y algo conmovido, él, sonriendo, cosa que sólo hacía dos veces al mes, añadió con el mismo tono: «Cuando tengáis cincuenta y cinco años y os veáis enfermo del hígado, sabréis que esa opinión es la almohada más blanda del mundo.»

Me ha legado su maquinilla para hacer café y su provisión de cigarros; soy, pues, su heredero, y por tanto me atrevo á creerme sincero al sentir de todo corazón su muerte.

H. TAINE.

## NOTAS SOBRE PARÍS

### CAPÍTULO PRIMERO

#### PRIMERAS NOTAS

7 de Diciembre.

Ayer en los Italianos, *Così fan tutte*, por Frezzolini.

Yo estaba en una butaca de balcón; de siete mujeres que había á mi alrededor, seis eran de la vida alegre.

Dos como de veintiocho años. Una de ellas, un verdadero tipo de Boucher, algo ajada; la otra, un tipo de Tiziano, mórbida, blanca, la oreja pequeña y gruesa, los cabellos arremolinados en forma de nube, por encima de la frente, rubios, recogidos en la nuca y sujetos con una peineta de oro. La piel, de una blancura mate sorprendente. En tiempos de Tiziano hubiera sido sencillamente enérgica y estúpida; hoy torpe, envilecida, desvergonzada, acostumbrada á las afrentas y á la insolencia; lleva diez años de baños, de polvos de arroz, de trasnochar, de pasteles de *foie gras*. Sólo ha aprendido á comer bien y con finura, y á beber de lo mejor. Está ya engrasada y trasciende á pato cebado. Describía á su amiga una comida reciente, un rico festín, los vinos, el café, el servicio, entornando los ojos con beatitud gastronómica.

En el palco que hay detrás de mí, el viejo príncipe de N... con una bailarina de la Opera y una actriz de Variedades. Las exhibe de esta manera todos los sábados. La bailarina tiene la voz ronca, de las mujeres de mal vivir, y el tono de vendedora de fruta; esto contrasta con sus guantes blancos de tres botones. Habla alto y sin gracia. Cuando Flor de Lis y Doralicía rompen en sollozos al partir sus novios, ella dice en voz alta en medio del silencio: «¡Todo eso por Carrau!» Carrau es el actor que representa al segundo amante, un infeliz sin voz y guapo. Cinco ó seis hombres vuelven la cara y rien; estaba contenta, había tenido un éxito. Sus observaciones fueron todas del mismo gusto. «Alboni está tan apretada, que se le levanta la falda. ¡Calle! lo negro la adalgaza. Pero ¿qué es eso? ¿qué ópera es esta? Yo no entiendo nada. ¿Qué hace esa gente con los ojos como bolillas de lotería? Me gustan más los Funámbulos.»

Más allá de nosotros hay una mujer honrada. Esto se conoce en que su escote no es tan bajo. Su actitud, su semblante, son distintos. La gran cortesana siempre parece que sueña con el placer. La otra desea que la galanteen. Una pequeña diferencia.

Es claro que ésta, tan linda, tan pulida, no piensa en otra cosa. Quiere que la miren, que no se ocupen más que de ella. Una mujer hermosa ó simplemente bonita, tiene las exigencias, las vanidades, las delicadezas, todas las necesidades de felicidad y de adulación de un príncipe, un comediante y un autor.

Á no reparar más que en lo exterior y en el adorno, son divinas. Hay promesas infinitas de placer, refinamientos de gusto y de elegancia en los encajes y en los lazos, que sirven como de marco á su pecho, en aquellas sedas blancas con flores que las envuelven.

Pero es preciso no oírlas hablar ni considerar lo que sienten, si sienten algo.

15 de Diciembre.

Fiesta de casamiento en un *restaurant*. Son empleados; el novio es subjefe, y gana alguna cosa en otro empleillo; en junto, cuatro mil francos. La novia tiene cincuenta mil de dote; su padre es inspector de aguas y de montes en provincias.

Esa elegancia de café es innoble. Las sillas están estropeadas, la alfombra de la escalera pegajosa; se sienten ganas de escribir en la puerta: *Bodas y festines*. Los mozos traen vasos de agua azucarada con escasa cantidad de grosella. Se atreven á hablar á los convidados, y aún hacen observaciones; ¡y qué observaciones! «Tendrán ustedes helados y muchas cosas buenas.» Esta insolencia es admirable, completamente parisiense.

Esa gente no es simpática. Las pretensiones, la ambición de pertenecer á la buena sociedad, se ven anuladas en el mismo instante por la cortedad, lo raro de sus narices, por las maneras afectadas y el aspecto de sus cabezas, que la monotonía del oficio ha acabado por entontecer. Algunas, torpemente finas, son más desagradables aún.

No se lleva bien sino lo que hay costumbre de llevar. El lujo reniega cuando sólo se le luce una sola vez al año.

Para las personas que tienen menos de veinte mil libras de renta, no hay más que un medio de salvación: vivir en su casa á la ginebrina ó á la inglesa,

no recibir nunca, evitar toda ostentación, no ver más que á dos ó tres amigos antiguos, gastar en comodidades, en substanciosas comidas caseras, en buena ropa blanca el dinero de los bailes y de los saraos; si no, viven mortificados y en ridículo. Casarse á puerta cerrada, sin otro acompañamiento que los testigos y los padres. Las grandes comilonas, los bailes de quinqué son buenos para los aldeanos, que no comen, hasta saciarse, más que una vez en su vida, ó para las obreras que tienen necesidad de desentumecer las piernas.

El pianista, un hombre de treinta y seis años, entontecido, estaba gracioso con su traje de etiqueta, con su bigote y su aire de ebanista en domingo. Bajo aquella envoltura se adivinaba la costumbre de las copas. Aporreaba el teclado dura y maquinalmente á quince sueldos por hora. Yo pensaba en aquellos dependientes de las empresas fúnebres, siempre rapados, vestidos de negro y un sombrero con las alas raídas.

La joven es una mujer pequeña, gruesa, completamente redonda, que quisiera meterse por un agujero. Hacia las once de la noche toma algún aplomo, la da de señora formal, habla ya de arreglos en la casa, y dice: «Nosotros haremos, nosotros iremos.» El, ágil y listo, saluda, sonrío, va de un lado á otro, mueve los brazos, las piernas, los ojos, la cabeza con petulancia meridional; los faldones de su frac se agitan como alas. Se vieron por vez primera hace seis semanas; se aceptaron á la tercera entrevista. Hay piano, fiesta, vasos de agua azucarada con grosella, y ved aquí dos cuerpos y dos almas unidos para toda la vida.

17 de Diciembre.

Reunión de confianza, gente de buena sociedad, y, sin embargo, cuántos disparates.

Una joven ha cantado no recuerdo ya qué canción moderna, pero sí que era de amor, tan apasionada, como no se puede pedir más; la música, sobre todo, tiene vehemencias extraordinarias, como las de la *Serenata*, de Schubert. Advertid que seríais el hombre más grosero, el más indecoroso, si delante de la madre, del padre, de la tía, de la abuela, de todo el escuadrón de dueñas y parientes viejos de la familia, os atreviereis á hacer la más ligera, la más lejana alusión al aunto que la joven acaba de explicar muy por extenso.

Desfile de aficionadas á la música, entre otras Mme. V..., una casadita de veintitrés años, que eleva los ojos al cielo, he querido decir al techo, como esperando aún. Ha cantado el *Deseo de Primavera*, con lánguidos ademanes para dar expresión á la música. El marido está radiante, lleva los cuadernos, hace de empresario. ¡Á mí me gustaría tanto que mi mujer se presentara casi desnuda en público!

Siempre juntas la actriz y la modista. Yo miraba todos aquellos semblantes por encima de los ricos vestidos escotados con encajes. Los vestidos son preciosos, hasta poéticos; ¡pero las cabezas!

Mme. de V... y su marido regresaron anteayer á las siete de la mañana. El mismo día asistieron á dos reuniones. Las mujeres jóvenes son insaciables: todas las noches en carruaje para ir al baile, á los teatros, las comidas: ésta va seis veces á la semana y á dos ó tres casas cada noche; el tiempo preciso para tomar

una silla, cambiar una frase convenida por otra convenida también, hacer una seña al marido, que espera junto á una puerta, y ponerse el abrigo en la antecámara.

Siempre la misma fisonomía risueña; eso es ya un hábito; ella cae sobre una sonrisa como una bailarina sobre las puntas de los pies. Aunque bonita, no es más que una muñeca; á los diez minutos de hablar con ella entran ganas de dejarla. El marido es un hombrecillo rechoncho, apasionado de las trufas. En verdad, ella obra directamente haciéndole trotar; él come demasiado y echaría abdomen.

---

21 de Diciembre.

En estos tiempos, cuando los hombres hablan á las señoras de calidad, lo hacen con cierta sorna; han tomado ese tono en fuerza de tratar con las mujeres libres, á quienes no se les guarda consideración alguna. El tono caballeresco, el verdadero respeto han desaparecido. Los modales respetuosos y corteses, ó sencillamente las demostraciones de deferencia no se encuentran ya sino en hombres de cincuenta años. Mme. Andrés M... me decía ayer que esto es muy desagradable, y que no se sabe á dónde iremos á parar. Yo he visto que su marido hace lo que los demás.

---

23 de Diciembre.

Las señoras se aburren extraordinariamente al verse abandonadas en los salones; les gusta más el trato

socarrón de los jóvenes. En grupos y en varias filas, bostezan decentemente detrás del abanico, aprisionadas en una muralla de tela que convendría franquear. Imposible moverse en toda la noche, y no tienen con quien hablar; ellas no lo hacen con gusto entre sí, desconfían unas de otras porque son rivales por el lujo y la belleza; sólo saben sonreír y desesperarse interiormente.

Los hombres, apoyados en los largueros de las puertas, miran como en un bazar. En efecto, hay una exhibición de volantes, de diamantes y de hombros.

El disgusto aumenta pronto. Ellas tienen un rencor antiguo contra el matrimonio, porque en él no han hallado más que decepciones. «Los hombres han tenido su juventud, sus ilusiones; han vivido, ¿y nosotras?» Están furiosas al verse sucesoras de cinco ó seis tunantitas. Una de ellas repetía siempre estas palabras: *conocer la vida*; debiendo entenderse por esto la sensación interna, las palpitaciones del corazón y de los nervios, el torbellino que lo arrastra todo, los sentidos y la cabeza. Sus palabras son morigeradas, ¡pero sus pensamientos! Nadie puede medir los huecos, las cavidades sin fondo que hay bajo la corteza de hielo de la sociedad elegante.

La lectura favorita de Mme. Andrés M... son las novelas de Enrique Münger: para ella se encuentra allí el verdadero sentimiento. He visto á algunas alemanas leer y releer á *Fanny* y á *Madame Bovary*. Hastío de la olla casera, deseo de cenas... Se las llevaría muy lejos por esta pendiente.

Se les exige sentimientos de ardilla en jaula, una vida regular, metódica, tirada á cordel, exenta de pasiones, como la de un holandés filósofo; y al mismo tiempo se les enseña el arte de agradar, de despertar,

de irritar las imaginaciones más vehementes y los deseos más refinados.

Amiga mía, usted producirá en torno suyo el fuego más voraz que le sea posible, pero siempre quedará usted fría.

---

3 de Enero.

En la Opera, dos matrimonios jóvenes en mi palco.

Rozan mi oído las palabras *moiré antique*, terciopelo, tartán, blondas, volantes, y otras.

Con esta gente, que flota entre las cuarenta y ochenta mil libras de renta, es imposible otra cosa. Mme. M... y Mme. de B... han sido educadas con mucha sencillez, son muy sencillas, y, sin embargo, no tienen tiempo para nada. Hay que ir á escoger una tela, á surtirse de cintas, á encargar los adornos para un sombrero, á comprar encajes, á reñir á la modista. Emplean las tardes en los almacenes; el marido no puede disponer del coche.

Tienen razón, ellas dan á los franceses el género que más les gusta: la gracia. Ellos no sabrían qué hacer con un sentimiento duradero y fuerte; esto los estorbaría, los agitaría, los tendría inquietos y cuidadosos. Necesitan un estímulo pasajero de la imaginación, una linda promesa de ventura arrojada al paso.

Estas dos jóvenes están hechas expresamente para esto. Siempre el mismo estado constante de amabilidad risueña y graciosa. Sonríen ante ese horrendo y terrible drama *El Trovador*; están á su gusto.

Figuraos una persona que toma un helado ó va deshaciendo lentamente un merengue en su boca. Tal es

su estado, un estado de placer tranquilo y sin malicia.

Cada cual tiene de este modo su grado y su especie de dicha, que es como su temperatura moral y natural. Oscila á su alrededor y trata de acercarse á ella. Esta temperatura, para Voltaire, por ejemplo, se encuentra en el encanto de una cena fina y brillante, en la sensación que se experimenta cuando se tiene una confusión de veinte ideas exaltadas y como una botella de vino de Champagne en la cabeza. La temperatura de Verdi es la de un combatiente, de un sedicioso, de un hombre indignado que tenía reconcentrada su indignación, y que, dolorido, abrumado, estalla de repente como una tempestad. ¡Buen auditorio éste para ponerse al nivel de Verdi!

Son críticos, gentes de buen gusto, burlones, incapaces de olvidarse de sí mismos y de conmoverse profundamente. Primero se han ocupado de la figura de Azucena. «Es pasable, su traje de gitana es característico.» Llega el *racconto* tan punzante, enteramente trágico, casi desgarrador, todo lo horrendo de las terribles pasiones españolas, toda la sangrienta grandeza de la Edad Media. Las señoras se daban unas á otras los gemelos; se trataba de descubrir el matiz exacto de la tez de Azucena. «¡Dios mío, está ahumada como un jamón!» Y reían con cierto disgusto. Esto me recordaba la escena de *Don Juan* en el último acto; al presentarse los diablillos dando cabriolas, el público de los palcos bromeaba. No comprendía lo eminentemente trágico de la composición musical.

---

4 de Enero.—«*Alceste*» en la Opera.

El público estaba muy frío y sólo se animó algo en

el baile. Este público se compone en sus tres cuartas partes de gente que quiere divertirse y que viene á oír un gran poema dramático, como van al café ó al *Vaudeville*. Scribe, Alejandro Dumas, padre, Adolfo Adam, nos dan la medida exacta del francés. Sin embargo, á causa del ambiente parisiense, hay un corto número de jueces selectos, y, en rigor, pueden los demás ser colocados á la misma altura. Pero la simpatía nativa, la inteligencia innata de lo bello, la capacidad de ilusión están en Italia y en Alemania. En Berlín se oye la música en silencio, con tanta atención como en la Iglesia. Aquí se burlan de ella. Como consecuencia de esto abundan los descuidos. Los caños de las regaderas del escenario se ven desde los mejores palcos y quitan la ilusión. La actitud aburrida descarada de las figurantas forma contraste con la música; se dan codazos, retozan entre bastidores. El baile es innoble. Es una exposición de muchachas en venta. Ellas tienen los gestos y las bajas gazmoñerías del oficio, la insulsez voluptuosa y apetecida. En un cuerpo de baile no hay un diez por ciento de verdadera belleza. Todo es provocación como en la calle; enseñan hasta las caderas, las piernas cubiertas de mallas de color de rosa; su actitud es de bailarinas de circo; ellas, con sus feas zancas de rana moderna, con sus brazos filamentosos de araña, con las redondeces de sus piernas, que remedan la escuela del saltimbanqui, creen representar las nobles procesiones de la antigua Grecia.

Gentes de buena sociedad que viven para el placer, y lo alcanzan de cada diez veces una; burgueses que corren tras él y no lo cogen nunca; rameras y un populacho de aluvión que lo vende ó lo hurta: esto es París.

Su fin, uno solo: divertirse y aparentar.

## CAPITULO II

M. GRAINDORGE AL LECTOR

A M. Marcellin, director de *La Vie Parisienne*.

Caballero:

Puesto que cree usted conveniente dar á conocer á sus lectores al autor de las notas extravagantes que se ha dignado dar á la estampa, voy yo mismo á hacerles mi presentación. Esto me causa alguna corteidad... pero no importa. Es justo que sus lectores tengan una idea del hombre que una ó dos veces á la semana conversará con ellos durante su desayuno.

Tengo cincuenta y dos años, he adquirido ochenta mil libras de renta en el comercio de carne de cerdo salada y de petróleo, y carezco de imaginación. Además, hace cuarenta años que dejé á París y cinco ó seis apenas que he vuelto. No son estas muy buenas disposiciones para describir la vida parisiense. Probablemente me llamarán bárbaro, y tal vez lo han hecho ya.

Si así es, caballero, la culpa es de mi primera educación. Mi padre opinaba que los colegios franceses son cuarteles, donde no se aprende más que á fumar en los pasillos y á tener el anhelo de trabar amistades con las lindas señoritas que bailan con tanta agilidad en la calle Cadet, entre once y doce de la noche. Me envió á Eton, en Inglaterra, donde hice muchos versos griegos, especialmente yámbicos; además

embetunaba las botas de los mayores, y recibía ó reparía unas cuantas docenas de puñetazos todas las semanas. No saqué gran provecho de los versos griegos, ni aun de los yámbicos, pero el arte de embetunar las botas y la costumbre de los puñetazos me han sido útiles; me tomo la libertad de recomendárselo á usted para su señor hijo, si por casualidad lo tiene.

Cuando cumplí diez y ocho años, mi padre pensó que con aquel régimen de versos griegos y de sendos golpes habría yo adquirido ya un cerebro cachazudo y unas costillas sólidas, y me envió á Alemania, á la Universidad de Heidelberg. Compré una gorra encarnada, bordada en oro, y me paseé por los jardines del viejo castillo, irguiendo mi talle, lo que da un aire varonil; además, aunque tenía muy buena vista, usaba lentes, para aparentar sabiduría. Durante cinco años fumé una cantidad innumerable de pipas, di y recibí algunos sablazos; una vez por causa de una criada con quien uno de mis compañeros se había mostrado poco respetuoso; otra por defender, contra un escéptico, la autoridad del sentido íntimo, y otra á propósito de la objetividad y de la personalidad de lo infinito. Admiraba con toda mi alma las divisiones y subdivisiones en que nuestros profesores encerraban todas las cosas divinas y humanas; hacía ruido con los pies siempre que el suplente hablaba demasiado deprisa; yo no quería perder ni una palabra; me parecía que toda aquella ciencia numerada, rotulada, entraba en mi cabeza como en un casillero, y hasta comenzaba á tener una idea de lo absoluto, y soñaba con hacer descubrimientos inmortales, cuando murió mi padre, dejándome sin un céntimo.

En Alemania, caballero, se lee con frecuencia en los periódicos anuncios como el siguiente: «Un joven, que

ha recibido educación clásica completa, que habla y escribe varias lenguas vivas, práctico en derecho y matemáticas, hijo de un padre conocido en la república literaria, y con informes honrosísimos, desea un empleo de mil doscientos francos en una casa de comercio.» Yo no tenía tantos títulos y me consideré muy dichoso de entrar al servicio de los señores Schwartz y compañía, en Hamburgo, que comerciaban en petróleo, y me hicieron viajar para que vigilara sus remesas y sus cargamentos. Yo tenía cabellos largos y lisos, y aire de tonto, y no pensaba mucho en el petróleo, pero pronto me obligaron á avisparme. Un día un marinero muy osado, á quien di orden de bajar una barrica, alzó los hombros llamándome «Euer Guaden, monseñor.» Me lancé á él y á puñetazos le deshice la fisonomía; al momento obedeció; toda la tripulación comenzó á mirarme con respeto, y de este modo adquirí mis primeras ideas sobre la manera de tratar á los hombres.

Tres semanas después, cuando dejábamos á Cuba, fui á tomar el aire á doscientos pasos del puerto, apoyado en el brazo de un compañero; aún me encontraba débil; había tenido fiebre por causa de las malas aguas y de la galleta, que no podía digerir. Vi uno de esos chinos que se venden por diez años por una pequeña cantidad de arroz al día y dos pesos al fin del año, una camisa y un sombrero de paja cada dos años y dos palos á discreción del comprador. Uno de ellos me siguió, me compadecí de él y le di limosna. Cinco minutos más tarde, en un recodo del camino, un palo bien asestado por la mano del mismo chino me derribaba en tierra. Repuesto de la sorpresa mi compañero, el chino dió también con su cuerpo en el suelo: yo me levanté, y cuando aturdido y vacilante

me dirigí al buque—«¿Y el chino?», dije al entrar en él.—«¡Oh! no se inquiete usted; sus amigos irán á rematarle y enterrarle, primero por apoderarse de su camisa, después para no verse comprometidos si nos quejamos.» Me vendé la cabeza, que había resultado algo agrietada, y medité mucho. Me pareció que los hombres no eran tan propensos á la fraternidad como yo había creído. Ocho días después, en Baton-Rouge, en la mesa redonda de un hotel, rogué á un comensal que tuviera la bondad de acercarme un plato. El lo toma, lo huele, parécele bueno, se lo pone delante y se lo comió con la mayor gravedad sin ocuparse de mí. Era mi vecino de la izquierda. El de la derecha pidió al mismo tiempo, y por dos veces, una loncha de jamón al *waiter*, que no le oyó. Sin decir una palabra, arrojó su plato á la cabeza del *waiter*. Este, que se ve con la oreja partida, coge una silla y derriba al *gentleman*, pero es también derribado por otro *gentleman*, que saca su *bowie-knif*. Entre tanto, tres ó cuatro americanos, que habían concluido de almorzar, permanecían tranquilamente sentados junto á la chimenea, con los pies á la altura de los ojos, cortando cada uno un pedacito de madera con la navajita que llevan siempre en el bolsillo; es su entretenimiento favorito. Únicamente volvieron la cabeza husmeando con esa especie de curiosidad que se tiene en una representación de *boxe*. Esto me bastó; ya estaba formado. Con mis primeras economías pagué á un profesor de palo, compré una escopeta, me ejercité en el tiro con los cocodrilos del río, me desprendí de mi metafísica y de mi cortesía, y empecé á andar en línea recta al frente, hacia el mejor sitio, que es el del dinero.

No referiré á usted mis comienzos; sería demasiado

largo, tal vez demasiado crudo; en Francia no gusta la verdad cierta. Sepa únicamente que he comido vaca rabiosa (1), como dicen ustedes aquí, y no siempre hasta la saciedad; no tiene carne de vaca rabiosa todo el que quiere; en América opinan que de los veinte á los treinta años, es ese el verdadero alimento del hombre. A los treinta años, tenía una plantación, diez y nueve esclavos y quinientos cerdos. A unos y á otros los trataba bien, pero sacaba provecho de ellos. Aquí, me lo figuro, va usted á gritar y á llamarme malvado, explotador de hombres. Indudablemente, caballero, hay amos muy malos; cuando mi vecino, Mr. Wrigh, encontraba un caballo rozado, mandaba aplicar al conductor un vejigatorio del tamaño de la rozadura del caballo, y le obligaba á llevar esta *advertencia* hasta que el animal quedaba curado. En cuanto á mí, si un negro era malo, lo vendía; ese era mi castigo mayor; yo no he dado veinte latigazos en mi vida. Puedo asegurar que el domingo dormían mis picarones con la mayor voluptuosidad del mundo, en grupos, sintiendo su piel untuosa dilatarse y sudar al sol. Respecto á los cerdos, tienen los mismos gustos que los negros, pero más talento. Son animales muy distinguidos y están dotados de instintos de grandes señores y de finuras de políticos. Van en manadas á la montanera, quiero decir á paseo, y así pasan el día, bajo las grandes encinas, caprichosamente, alejándose mucho, algunas veces á una legua de la casa, como *gourmets* y como aventureros, todos golosos y hábiles para buscar, para desenterrar con sus gruesas trompas las raíces buenas. Son sociables, pero con cálculo,

(1) *Manger de la vache enragée*, es un modismo francés con que se da á entender que se han padecido muchos trabajos.

como nosotros; cuando aparece un oso se forman en rueda, enseñando sus colmillos. Si alguno de ellos se aparta y es cogido, gruñen todos á un tiempo lo más fuertemente posible; y luego, cuando el oso, ya harto, se va, acuden ellos á comerse lo que haya quedado de su compañero: ya ve usted que tienen talento positivista. Al ponerse el sol, el sonido de la trompa los convoca, acuden á galope de los cuatro puntos cardinales y, como los *gentleman*, hallan la mesa puesta. Los pequeños se agrupan tan frescos y sonrosados como amorcillos de Rubens; penetran en calabazas gigantes, comen hasta saciarse, se lamen los hocicos y salen triunfalmente, amarillos del todo. Perdona usted estos recuerdos demasiado patéticos; he vivido diez años, caballero, entre esos animales, y muchas veces, en vuestra ópera, eché de menos su música.

Al principio vendía doscientos al año, después mil, más tarde dos mil. Mi nombre era conocido en Cincinnati, y hubiera podido, como otro cualquiera, construirme una casa con torrecillas góticas, llegar á ser capitán de bomberos ó tesorero de alguna sociedad para la educación anatómica de las señoritas cirujanas, pero yo no pensaba más que en París, y sabía que aquí no debe uno volver sino rico. Acababan de ser descubiertos los pozos de petróleo en la Pensylvania. Yo me lancé á todo trance en esa empresa. Entré por tres meses en un almacén, eduqué allí mi olfato, manéjé barricas, jabones, pez, alquitranes, caté muestras; mi imaginación se pobló de tinajas, pintas, toneles, espitas, licores, amarillos unos, otros verdosos, otros rojizos, otros oscuros; cada uno con su precio, su sabor, su olor y su marca. Preparado de este modo, establecí un depósito, compré terreno, abrí un pozo y encontré una vena abundante; sacaba cada veinticua-

tro horas cinco mil litros de petróleo y ganaba cuatrocientos dollars diarios. El único inconveniente de aquellos pozos admirables es que algunas veces se incendian: mi sucesor pereció allí abrasado vivo con la mitad de sus obreros. Tranquílicese usted, caballero; ya me había pagado.

A pesar de tantas satisfacciones, ni el petróleo ni el cerdo salado bastaban á mi alma: los americanos aman los negocios por los negocios mismos; yo no. Era célibe, no tenía, como ellos, doce ó quince hijos que mantener; no encontraba gusto alguno en edificar una iglesia como mis vecinos. Yo no sentía gana de imitarlos cuando los domingos recorrían á caballo tres leguas para oír un sermón metodista. Dos veces al año celebraban un *shouting*, en francés *gritería*; es una asamblea de edificación. Se levanta una especie de estrado; media docena de predicadores suben por turno y predicán sobre la predestinación, la penitencia, la condenación y otros temas tan divertidos. En los intervalos se cantan salmos. Los oyentes acuden de veinte millas á la redonda, y acampan en los alrededores, atando sus caballos á los árboles. Al cabo de cuarenta y ocho horas, las cabezas se enardecen; uno de los concurrentes sube al estrado y confiesa sus pecados en voz alta, después otros, luego dos ó tres á un tiempo; comienzan los sollozos y los llantos; es un desahogo para las imaginaciones solitarias y tristes. Yo permanecía indiferente y esto no me era favorable. Los domingos me encerraba en una habitación alta desde donde veía el sol trasponer enteramente rojo por entre las copas de corpulentos árboles; tenía mi pipa de Heidelberg y algunos libracos griegos anotados en Eton. Leía vuestras revistas, vuestros libros y los de Inglaterra y Alemania. El hombre antiguo se desper-

taba en mí; me encontraba más joven; al ver vuestras ideas, vuestras ocurrencias, vuestras osadías de espíritu, vuestras teorías arriesgadas sobre filosofía y literatura, parecíame asistir á un baile. Una mañana, en lugar de volver á los jamones y á las barricas, vendí mis tierras y mi fábrica, empleé mi fortuna en consolados ingleses, y me embarqué en el *Persia* para Europa.

He viajado mucho, caballero, mas en ninguna parte he hallado tan buena acogida como en París. Vosotros sobresalís en el arte de hacer grata la vida; tal vez esta es vuestra única superioridad: para quien desea simplemente charlar y divertirse, esta ciudad es el paraíso. Al principio me vi muy molesto: un hombre rico, aunque esté mal conservado, es muy perseguido. Tuve necesidad de despedir, uno tras otro, á tres ayudas de cámara; mis lindas vecinas los sobornaban para tener el honor de ser mantenidas por mí. Aun hoy paso por un oso en algunas casas, por no haberme casado con la señorita. Todo esto se ha calmado. Di algunas comidas pasaderas, y se tienen en alguna estimación mis vinos y mis trufas. Presté dinero á varios músicos y literatos, y siempre se me olvida pedir la devolución; esto me ha valido sus simpatías. No tengo sortijas de diamantes, no hablo nunca de la cotización de la Bolsa, de manera que no me han encontrado más impertinente ni más intolerable que á otro cualquiera. La guerra de América ha venido muy á propósito para hacerme representar un papel decente: yo suministro datos del Norte y del Sur, hablo cuanto se desea sobre los algodones y sobre el presidente Davis, y por esto la señora de la casa se muestra satisfecha de haberme enviado una invitación. En cuanto á mí, voy á la sociedad como al tea-

tro, y con más gusto aún; hay mejores actores en los salones que en la escena, sobre todo son más finos; y después de haber pasado tantos años en América, tengo gran necesidad de finura. Poseo un buen carruaje abrigado, que me lleva y me trae, y un ayuda de cámara listo que me viste. Mi sastre no es tonto, y yo soy demasiado viejo para ser tímido. No pienso en solicitar ningún puesto, ni en sostener pretensiones de ninguna clase. No deseo nada sino oír y ver; oigo y miro; ninguna mujer se disgusta de ser mirada, ningún hombre de ser escuchado. Algunas veces, al abrocharme el paletot, me ocurre una idea, y la apunto al volver á casa; este es el origen de mis notas. Ya ve usted, caballero, que no son verdaderamente literarias. En América me ha sido imposible aprender el encantador francés; lo admiro, pero soy absolutamente incapaz de imitarlo. A mis ojos, á los de un extranjero, el estilo de vuestros hombres de ingenio se parece á esos *artículos-París* que sólo un verdadero parisiense puede fabricar, tan brillantes, tan ligeros, hechos de nada. Yo no sé sino anotar mi idea cuando y como nace, describir un ajuar como haría un tasador, con frases desaliñadas, con toda clase de observaciones impertinentes. Escribía para mí, no para el público; acuérdesese usted de que he vivido entre personas bíblicas y el petróleo, después de haber recibido educación alemana, y rompa usted cuanto quiera de mis garabatos; yo no sé si los lectores perdonarán el resto.

### CAPITULO III

#### UN SALÓN

25 de Diciembre.

Mme. de L... se hallaba de pie apoyada en la chimenea, medio inclinada, con aquel gesto nervioso que tan bien le sienta, los ojos animados, ¡y aquella sonrisa! Su talle esbelto, flexible, estaba encerrado en un vestido de terciopelo negro. Sus hombros redondos y divinamente blancos, salían luminosos de aquella obscuridad profunda, y el cabello iba en ondas hasta las trenzas, sujetas por la peineta de oro. Aquella línea curva de carne desnuda y palpitante era deliciosa, al salir de la riquísima tela obscura.

Imposible que haya verdaderos saraos sin mujeres vestidas de gala, y ninguna tiene derecho á vestirse y á presentarse escotada, sino cuando se poseen sesenta mil libras de renta. Hay en eso una inspiración suprema como en el genio; un tocado verdadero vale por un poema. Se necesita gusto, una elección feliz en la colocación y en los matices de las cintas satinadas, las sedas de color de rosa, el suave raso plateado, la malva pálida, los colores delicados á que dan más delicadeza los preciosos *bullones* de tul, los hombros, las mejillas toman un tinte encantador en aquel blando nido de blondas y encajes. Esta es toda la poesía que nos queda; ¡y cómo lo entienden ellas! ¡Qué arte, qué atractivo para la vista en aquellas telas que

encierran los talles, en las hermosas sedas tornasoladas! Ellas no están ya en edad de no temer la luz; pero la riqueza de los hombros borra la alteración de los semblantes. Lo saben muy bien.

Dos amigas en los dos extremos de la chimenea (¿son amigas porque se repelen?) Una gruesa, extraordinariamente escotada, pero con decoro, luce una diadema de brillantes y una lindísima joya en el pecho; es rubia y carnosa como una diosa de Rubens, lleva una falda amarilla de seda, ceñida de encajes. Todo eso tiembla y se agita al andar ella; la luz se fija en sus anchos hombros de raso, y parece estar allí como en su morada propia; vuelve el cuello, y sus grandes y serenos ojos lanzan una mirada tranquila como la de una mujer del renacimiento.

La otra, vestida de terciopelo, con escote cuadrado, como en tiempo de Enrique IV, con una orla de encajes magníficos que la rodea como un camafeo, levanta su cabeza de judía fogosa bajo una diadema de cabellos más negros que las plumas del cuervo. En el cuello, collares negros; en los cabellos, un adorno negro. Su rica y espléndida cabellera cae en trenzas brillantes sobre la nuca, y sus negros ojos despiden llamas como los de una española de Calderón.

Hay que gozar de todo esto á lo artista, un minuto, como una ilusión que pasa, como un fantasma deslumbrador que va á desvanecerse; de otro modo, la emoción sería demasiado fuerte, sentiríamos el amor como en el siglo XVI.

Un momento después, yo me representaba el reverso de la medalla que me era conocido. La primera, la música admirable, harta á su marido de piano, conciertos, escalas; yo saboreo la fruta, á él le queda el hueso. La segunda, está reñida con el suyo, se ven

una vez al día en la mesa. El lujo ha sembrado la discordia en el matrimonio; se apostaría, al ver el aspecto del marido, que riñeron ayer. Poseen sesenta mil francos de renta, y el año pasado, la cuenta de la modista importó diez y ocho mil. Ha tenido que mediar el confesor para que la mujer ceda. Tomad á esa gente por lo que son, por actores ó actrices; lo más cómico de todo es que pagan por divertiros.

Pero es muy difícil sostenerse en esta idea. Las ilusiones se apoderan de vosotros; os imagináis lo sublime, la felicidad; al bajar la escalera lleváis una ópera en la cabeza. «Palpitan en vuestro interior frases de novela.» ¡Cuán exacta es esta frase del pobre Musset!

La sensación es más extraña después, cuando, á media noche, veis por los cristales de vuestro carruaje á la gente pisoteando charcos, y las aceras brillantes por el lodo.

El cielo negro, manchado por el gas con llamas temblorosas, cubriendo el río como la losa de una tumba. Una larga fila de luces se extendía con intervalos simétricos, en el silencio y la obscuridad, como las antorchas de un catafalco. El río corría lúgubre y horrible. Aún había en él algunas linternas encendidas en un barco de lavanderas. Las pobres mujeres, para ganar cuatro sueldos, lavan la ropa hasta la media noche.

He vuelto; me gusta esta casa, no hay demasiada gente, ni tampoco mucha rigidez; aquí se divierte uno; pero también ¡cuántas cosas reunidas!

Primero cien mil libras de renta; es necesario todo eso para sostener la vida elegante. Lujo antiguo; hace

seis generaciones que la familia es rica; nada que huelga á advenedizo. No hay envidia ni ambición; huyo, como de la peste, de esas casas adonde se va á adular y á repetir un catecismo. M. de L... no es empleado, no desea serlo ni tiene hijas que colocar. Es un epicúreo, finamente burlón, y no malo, á quien todo ha salido bien. Nada hay como la dicha para hacer á un hombre amable. Con estas dotes, y por añadidura literato, casi artista, aficionado á todo lo bello y lindo; cortés y gracioso por excelencia, es el hombre más delicadamente atento que he conocido. No tiene pasiones ni ideas profundas, sino gustos exquisitos, un tacto siempre delicado, infinitos miramientos, una manera de hablar correcta, inmejorable; se podría escribir lo que dice. Ha nacido gran señor y hombre de corte.

En un principio fué oficial de marina, lo que le proporcionó experiencia sin perjudicar á sus modales distinguidos. Nadie tiene mejor aire ni maneras más amables que los oficiales de marina. Bien lo necesitan, porque viven en contacto estrecho y continuo y cualquier roce duro se haría intolerable. Yo le conocí en aquel tiempo, en Nueva Orleans.

Quiere divertirse, ese es su fuerte; pero divertirse como aristócrata, gozar de todas las cosas finas con el talento, con la imaginación y la vista, con todos los sentidos. Su cocinero es un artista. Cuatro platos, pero sabios, y nada más. La comida muy abundante es propia de provincianos ó de ricos nuevos. No hay necesidad de que á la noche estén los convidados torpes, silenciosos, rellenos como aves cebadas. Diez ó doce personas que se conozcan ó que tengan fama y talento. Cuando hay bullicio, ó cuando los convidados ignoran el medio de trabarse, la conversación es im-

posible, y la conversación ingeniosa, franca, variada es el postre mejor. Mujeres bien vestidas, que agradan á la vista como un ramillete de flores; ni tímidas ni provocativas; que pueden dar una opinión acertada y discreta en música y en literatura; que conocen la buena sociedad; que han viajado, que no son gazmofias y que han visto deslizarse su vida entre atenciones y galanterías, en un bienestar seguro y delicado. Sobre todo esto, la conversación fácil y variada que versa en un instante sobre veinte asuntos; retratos, anécdotas de hombres públicos, de las interioridades de la política y de la sociedad, conversación exenta siempre de pedantería y de intolerancia. Por último, el elogio fino, mutuo, perpetuo, tan agradable que gusta aunque se comprenda que es falso, y, mejor todavía, una manera de emitir las opiniones á medias palabras, con un giro ingenioso ó una imagen nueva. En resumen, el buen gusto en todo, que es el arte de los placeres finos.

Esto es francés y parisiense; una nación casi no cambia; nosotros, cuando removemos nuestro fondo, volvemos al siglo XVIII.

Hay aquí una aristocracia, no de títulos ó de poder, ni tal vez de sangre, sino, por lo menos, de educación, de gusto, de talento. Por la noche, Andrés Zschokke tocó el piano con su maestría y su ordinaria riqueza de estilo; después, una señora joven, muy delicada y graciosa, aún tímida y añorada, con su vestido de seda pálida. Ejecutó un vals y un nocturno de Chopin. Yo pensaba, al oirla, en la acumulación de abono y de cultivo que se ha necesitado para producir semejante flor; qué cultura precoz ha podido llevar á una cabeza de veintidós años la inteligencia de una música tan delicadamente dolorosa, tan aérea, de matices tan ex-

traños, de perfume tan suave y tan salvaje. La joven es rica, honesta, se ha criado, como todas las jóvenes, bajo las alas maternas, en una semi-ignorancia. ¿Cómo de primera intención ha podido comprender tantas cosas? La finura de sus nervios suple por la educación y la experiencia; ellas adivinan lo que nosotros aprendemos.

---

Hablaré también de la casa; es preciso este acompañamiento para sostener la melodía.

Un hotel antiguo, tranquilo, en una calle de hoteles; nada de tiendas que alquilar, ni de muestras colgadas al aire libre; eso afea, y no deben verse turbados los sueños encantadores de lujo y de bienestar.

Esta avenida Gabrielle es verdaderamente un paraíso aristocrático; detrás de ella se extienden espaciosos jardines llenos de árboles añosos; es casi el aire del campo. Ayer, 28 de Diciembre, una brisa húmeda y suave movía las extremidades de las ramas y las hojas de los álamos blancos; él desaparecía en el fondo del cielo entre raudales de púrpura, y bandas fulgurantes de oro venían á posarse en las colgaduras á través de las puertas entreabiertas.

Han conservado la enorme y vieja escalera del siglo XVIII con paramento de hierro labrado, por la cual pueden subir tres personas de frente, y también desplegarse con amplitud los ahuecados vestidos modernos, como en otro tiempo los tontillos. En la antecámara hay trofeos de armas, objetos de china y curiosidades extrañas de todas clases, que el dueño de la casa ha traído de sus viajes. El acero bruñido de los yataganes y de las carabinas tiene hermosos y seve-

ros reflejos, y los lacayos, bien vestidos, galoneados, graves, se mantienen de pie con una apariencia decorativa como una guardia de soldados húngaros.

El salón principal tiene veinte pies de alto; aquí se respira al menos, cosa rara en París, y lo que es mejor, no se lastima la vista. No está cubierto de oro, adornado con estatuas, iluminado con pinturas, como en la casa de un millonario improvisado, que corre detrás de la belleza y sólo consigue el deslumbramiento. Algunos cuadros antiguos que no son ni religiosos ni de tragedias; dos ó tres retratos de grandes hombres ó de mujeres célebres; acá y allá algún paisaje tranquilo; nada para ostentación, todo para recreo. En el intermedio de dos conversaciones la vista se detiene en alguna amplia belleza veneciana, que volviendo la cabeza examina un collar de perlas y hace ondular la seda pálida de su falda, ó en algún marco ennegrecido, en que se ven figurillas y hojas de relieve; la tapicería roja, con flores de seda, envuelve todas aquellas obras maestras en su tinta brillante y severa.

Pero detrás hay un saloncito arreglado por su esposa para las jóvenes y para las señoras, de una belleza original. Enteramente blanco, con listones muy finos de oro que corren en hacecillos imitando flores, y que forman en las cornisas los arabescos más delicados; cortinas de color de rosa bajo, caen envueltas en una verdadera red de encajes; sillones de seda amarilla bordados de flores brillantes, apoyan sus pies torneados en una alfombra gruesa, sedosa, que parece hecha exclusivamente para sostener zapatitos de raso y sentir el roce de la cola de los vestidos. Acá y allá, en los rincones, plantas verdes, hermosas, suben por entre los dorados que alegran la vista, hasta el centro

mismo de las luces. Sobre los aparadores, los yaros dejan caer sus cálices satinados, y las orquídeas exóticas, de pulpa sonrosada, como carne de mujer, abren su seno nacarado que palpita al más leve contacto.

Todo es aquí armónico; cada hombre, cada mujer, se halla casi en la cima de esta civilización, y de esta gente, las unas por su elegancia y su buen gusto, los otros por su calidad ó su cultura. Son otras tantas plantas de estufa que oléis al pasar, y que os dan lo mejor de sí mismas, sin que os cueste otra molestia que dejar subir hasta vosotros su delicado aroma.

He terminado la noche en un baile de la clase media. El contraste es sorprendente.

En un cuarto piso, calle de Greffulhe, en casa de un jefe de oficina que tiene quince mil francos anuales que gastar; el techo es bajo como el de un entre-suelo.

En aquella sociedad, las mujeres no son mujeres; no tienen manos, sino zarpas; su gesto es gruñón, vulgar, están mal vestidas; sus adornos repugnan. No se sabe por qué, pero tienen los ojos malos y como sucios. Sus facciones son angulosas y carecen de gracia. Se ve en ellas máquinas de trabajo y nada más.

La buena sociedad no puede componerse sino de personas que, por su fortuna, no viven de una profesión, ó que, por su talento, son una especialidad. Ellas solas tienen ideas generales, las demás son remedos.

Las fortunas modestas no tienen más recurso que este: refugiarse en la vida del hogar y en la virtud.

Una profesión constante afea. A mi lado había una especie de ricacho, retirado de los negocios; ha adquirido la fisonomía maligna y grosera de un cerdo; sus ojillos brillan detrás de sus gafas; está mal afeitado,

tiene cerdas blanquecinas muy feas que se unen en mechones alrededor de las orejas. Es basto, masca y revuelve las palabras, y no encuentra frases. Ha escrito un folleto sobre los algodones de América: de este modo quiere entrar en la literatura. Estuvo treinta años seguidos en la puerta de su almacén de novedades haciendo profundos saludos á las personas que entraban, y diciendo: «¿En qué podemos servir á la señora? Si la señora quiere popelina, tenemos una gran partida que se recibió ayer, cosa ventajosísima y que seguramente convendrá á la señora.»

Estos modales se conservan hasta el fin de la vida.

Todas estas cabezas estarían bien en interiores de Teniers, pero entre dorados y bajo una araña...

Dos jefes de oficina: han envejecido detrás de una rejilla cortando plumas y royéndose las uñas; sufriendo, al volver á su casa, las acometidas de su mujer; obligados, para dotar á su hija, á escatimar manteca, bujías, leña; serviles ante sus jefes, y siempre pensando en un aumento de cien francos.

Un juez: se ha quedado seco de estar en una sala demasiado caliente, sufriendo la charlatanería de los abogados, entre fisonomías antipáticas é intranquilas, exhalaciones infectas y olores sospechosos: las faltas pequeñas huelen mal.

Con este régimen, las facciones se estiran, la expresión se hace dura, los hombres toman tal aspecto, que parece tienen á domicilio el cólico y la jaqueca; la tez se pone terrosa, sucia, como el agua enturbia-da, y los hombros arqueados. No saben ya andar ni sentarse; han adquirido resabios, están rígidos ó encorvados. Lo mismo les sucede respecto del espíritu; ya no tienen ideas fáciles y libres. Están oprimidos por el temor de comprometerse y por los deseos de

ganancia; no ven las cosas como son, sino á través de su oficina ó de su tienda. Cuando la seda, los encajes ó el frac cubren y adornan estos cuerpos vulgares, los miramos con cierto malestar. Son deformidades que andan.

Siempre el vicio de la vida parisiense: el afán de la apariencia y la falta de buen sentido. Serían felices, y, además, casi gustaría verlos en sus viviendas, á la luz de una lámpara, en anchos y cómodos sillones, con una alfombra de abrigo y cortinajes modestos; el marido en traje de casa, fumando su pipa; la mujer vestida sencillamente, cosiendo. Esa es la vida alemana, tan sana, tan sensata; esa era la vida flamenca. Pero éstos prefieren tirar su dinero por la ventana y quedar en ridículo.

## CAPITULO IV

### LOS BAILES PÚBLICOS

Las once de la noche: pasaré una velada agradable. Para divertirse, París; nada hay tan alegre como los bailes de París; así, á lo menos, me lo dijeron en América.

Al casino, calle Cadet.

Seiscientas personas próximamente, hedor de gas, peste á tabaco, calor y vapor de cuerpos amontonados. Hay algunos rinconcillos donde se puede beber, una especie de *foyer* en el que nos codeamos, una sala grande de baile, con el suelo blanquecino, regado; en distintos puntos banquetas de terciopelo viejo, raído; un mobiliario como el de los hoteles que se alquilan amueblados.

Algunas mujeres son lindas, de fisonomía regular; pero todas ajadas, manchadas por el afeitado. Han cenado y velado; al día siguiente por la mañana, mucha pomada y *cold-cream*; esto hace que su cutis esté siempre en el mismo estado. Las voces son roncadas, rajadas ó ásperas. Marieta la tolosana, tiene esa voz opaca, dura, que da la costumbre de las copas. Sus trajes son de un término medio entre la modistilla y la señora; de seguro veinte manteletas de esas son alquiladas para una noche, ó irán mañana á las casas de préstamos. Nos subimos en las banquetas; dos *señoritas* se colocan una frente á otra; la más notable es Marieta; los hombres se asfixian por verla bailar.

Su tez es negruzca, la cintura ancha; es delgada, pero toda músculos. Levanta las piernas por encima de la cabeza; lleva pantalones.

Suda, se limpia, se agita como un saltimbanqui, esto parece lindísimo. Uno que está á mi lado afirma que ella gasta veinte mil francos anuales.

Habla y no carece de chispa; mas no se puede escribir lo que dice.

Bailan levantando la falda con ambas manos. (He dicho que tenía pantalones, pero creo necesario repetirlo.) Cuando eleva el pie á la altura de los ojos, lo toca con la mano. Grandes aplausos y vocerío.

Los saltimbanquis lo hacen mejor, pero ésta *enciende* á su público.

Tiene envidiosas. Una mujer que hay cerca de mí, exclama: «Marieta baila bien, pero es algo canalla.»

Sólo he visto tres ó cuatro mujeres que, por su traje y su actitud, parecen decentes; aún no las he oído hablar. Algunas cruces de Honor; pero la cruz de Honor no va siempre á buscar hombres de buen gusto. El resto se compone de estudiantes y empleados, horteras, cobradores de ómnibus, oficiales de peluquerías, mercaderes de vinos. Hay levitas y sombreros como los que llevan los vendedores ambulantes. Bailan y mueven las piernas como las jóvenes públicas.

Esto se explica únicamente por la extremada vulgaridad y el hastío de su oficio. De igual manera los marineros, apenas desembarcan, se desparraman por los arrabales. El dependiente que ha pasado el día midiendo telas, el cobrador de ómnibus que tiene una noche libre, se complacen en sacudir las piernas.

Las rameras se divierten á la manera de los obreros cuando beben. Hacen ruido, bracean mucho, dicen palabras crudas, todo por excitarse; agregad á

esto el gusto de ser objeto de todas las miradas. No es posible imaginar las cien mil vanidades furiosas y rastreras que quisieran levantar la cabeza. Todas las mujeres de esta clase y muchas de calidad, envidian á las actrices.

La necesidad de excitación, esta es la gran palabra. Ver amanecer bromeando y con los nervios alterados; sentir la palpitación intensa del goce; tener vino de Champagne en la cabeza, no hay nada más francés; toda francesa tiene algo de Mme. Bovary. Pero en este local la embriaguez es de vino tinto.

25 de Agosto.

En Mabilie.

¡Cuántas veces lo había oído nombrar! Los jóvenes sueñan con él, y los extranjeros traen aquí sus mujeres, algún día hablarán de esto los historiadores.

Los Campos Eliseos, que he atravesado, me han parecido lúgubres; una obscuridad palpable, llena de polvo y de emanaciones espesas; cigarros, lamparillas, vapor humano; en esta vaga negrura, árboles raquíticos, polvorientos, amarillos, enfermos; acá y acullá las luces vacilantes del gas y los escasos faroles de los coches, que avanzan con marcha monótona, como pobres gusanos de luz. Por todas partes sombras atareadas, unidas, que se cruzan, y que, al entrar, de paso, en algún foco luminoso, parecen espectros.

En la obscuridad profunda, brillan dos ó tres oasis de luz; son cafés conciertos. Algunas mujeres, escotadas como en un baile, aparecen entre bastidores de cartón dorado, bajo una claridad blanca y monótona.

Están pintadas, blanqueadas con menjerges, tienen un aire impúdico, repulsivo; están de muestra á tanto la hora; conocen que el público quiere escote, que, todo lo más, se las oye á medias, que la gente bosteza, fuma, charla y se despereza mientras ellas cantan.

Una, sonriente, gesticulaba con la mano en el corazón, para expresar mejor su canto. Quince ó veinte aplausos de una *claque* pagada; piden la repetición; empieza otra vez, saludando agradecida. Uno, que está á mi lado, gruñe:

—¿No acabas, zapatilla vieja?

Rodeando el recinto exterior, una muchedumbre de gente de la clase media y de obreros, estiran los cuellos para ver á las cantantes y divertirse sin pagar. Parece que envidian aquel placer miserable. Un brillo brutal, un lujo de dos sueldos, un goce feo y exagerado, esta es la felicidad para esa gente.

A las diez de la noche entro en Mabilie. Gran baile: cinco francos el billete para los hombres, uno para las mujeres; muchos guardias; hay gran gentío presenciando la entrada.

Una larga calle de árboles, llena de vasos de colores; después bosquecillos macizos de verdura, iluminados. Los picos de gas despiden sus rayos de luz azulada en el suelo entre las flores. Los farolillos y los vasos transparentes rodean el césped. Se nota un olor vago de grasa y de aceite. Los árboles, descoloridos por la claridad oblicua, toman un aspecto cadavérico y extraño. Esos falsos vasos corintios, esas mamparas pintadas de modo que parece que las calles se extienden mucho, hacen alzar los hombros. Por encima de este hacinamiento campestre amenazan desplomarse las piedras de una casa enorme; la arena gruesa hace daño en los pies. Decididamente me falta entusiasmo.

Un kiosko en el centro con músicos; son regulares. Sin embargo, el director de orquesta hace ruido para llevar el compás. Alrededor hay una galería enlosada en donde se baila. Y lo hacen de verdad, con un calor horrible, enjugándose el sudor. Dicen que los hombres están pagados; las mujeres se agitan gratis para ser vistas, y conocen que las miran con desprecio. ¡Raro placer el ver bailar á esas pobres muchachas, ajadas en su mayoría, todas de aspecto envilecido ó asustadizo, con sombrero, manteleta y bobinas negras! Le entran á uno ganas de darles veinte francos y mandarlas á la cocina á que se coman un *beafteck* y se beban un vaso de cerveza.

Los hombres son peores; brincan á lo canalla, como viejos tunos, como parroquianos de billares, grasientos, aburridos, con el sombrero puesto.

Un gran círculo movable ondula alrededor: son mujeres acompañadas ó solas, con gasas blancas, sombrero pequeño, lunares visibles, la mayor parte demasiado gruesas ó delgadas. Visten de una manera dudosa, casi siempre exageradas y sin lucimiento, disparatadamente, como una obrera que se emperejila, ó una tendera de modas que lleva encima lo más notable de su almacén.

Se oyen conversaciones curiosas: una mujer alta, rozagante, con los cabellos rizados y empolvados, tropieza con un caballero que le dice:

—¡Diantre! ¿Es usted, Teodora?

—Sí; ¿y usted también está de vuelta?

—Sí.

—¿Se queda usted en París?

—Sí.

—¿Irá usted á verme?

—¿Dónde?

—Calle de los Mártires, 68.

—¿Con el mismo nombre siempre?

—¡Siempre!

—¿A qué hora?

—Toda la tarde.

—Pues bien, uno de estos días.

—¿Cuál?

—Ya veremos.

—¿Pronto?

—Veremos.

—¿Esta semana?

—Veremos.

—¡Corriente! ¡Buenas noches! ¡Valiente perdido! Todos os despiden lo mismo.

Muchos extranjeros alemanes, italianos, sobre todo ingleses, que les toman la barba. Se dan citas y se discuten los valores como en la Bolsa. Se oyen algunos gritos verdaderos, gritos del corazón: una hermosa joven, fresca, bien enguantada, encantadora, con su vestido de seda azul bajo, casi una señora, en pleno café, grita de repente muy alto á su caballero: «¡Yo no quiero que me fastidien así, vaya usted á paseo!»

Por fin encuentro un paraje tranquilo, cerca del gran salón desierto. Allí hay gente fina; esto se ve al instante. Llevan buenos trajes, y todas sus prendas son propias del conjunto; se tratan con miramientos; parece que están á gusto como en su casa. Rien y bromean con la ligereza propia de los franceses, tocando apenas el asunto, á lo menos sin detenerse en ellos, en un instante. Uno decía, aludiendo á los de la galería: «Dan vueltas como fieras en jaula, es la barrera del combate.» Esto no tiene chiste aquí, pero allá, dicho negligentemente y con gesto gracioso, la estocada iría á fondo.

Hay una mujer en medio de ellos y la tutean; entre sí, maneras perfectas; con ella, lo contrario. Uno de ellos, muy alto, de lengua barba, con aire militar, le dice en alta voz cosas agudas, más que agudas. Rien; ella sonríe con alguna cortedad. El continúa y termina con algo de Rabelais: nuevas risas. Ella no está mal vestida ni con pretensiones; no tiene malos modales; pero con esas mujeres el trato es siempre grosero. Supongo que ellos encuentran placer en ser osados; esto es convencional; como el romper los platos después de una cena, por capricho ó por hacer ruido. La culpa de ésta es ruborizarse un poco, no ser francamente cortesana ni señora. Todas son así, excepto dos ó tres que tienen ingenio: semi-tímidas, semi-impudentes, no saben sostenerse en su estado.

Una, sin embargo, vestida de blanco, envuelta en largas muselinas y algunos bordados flotantes, hablaba reclinada en una silla, sin estar demasiado reclinada, sin pensar demasiado en ser vista; hablaba en buenos términos y hasta con finura. Al fin se levanta, estrecha la mano de sus dos vecinos y atraviesa sola el gran salón. Treinta y dos años, su fisonomía revela cansancio y también inteligencia; andaba bien, su aire no era tímido ni insolente.

La he oído diez minutos; no hablaba muy alto; de seguro á los ojos de esta gente ha hecho ya sus pruebas; se la trataba como compañera; había adquirido el valor de un hombre, de un hombre diestro y de mundo, capaz de prestar servicios, de cumplir su palabra y de conservar su puesto. Decía de Adriano de Beaugency, su antiguo amante: «Me mira aún á pesar de haberse casado. Anteayer, en el Gimnasio, tomó los gemelos de su mujer para mirarme. Me saluda en el Bosque. Tiene gracia, ¿verdad?»

Lo dijo muy bien, sin amargura, sin aires de víctima, como persona que conoce la vida.

Su interlocutor le preguntó si Mme. de Beaugency está celosa: «¡Oh! ella sabe lo ocurrido. Si una mujer estuviera celosa del pasado de su marido, tendría demasiado en que ocuparse. Después de todo, yo le he casado. Conocí á su hermano después que á él, y he casado también á su hermano; ellos me hablan de usted con mucho respeto y consideración.»

Ella se detiene ahí; no descubre lo interior de su corazón, no es vulgar. Hizo recaer en seguida la conversación sobre otro asunto, y habló de un amigo suyo, fuerte, poco y siempre maliciosamente. Sabe jugar con la palabra, no aburre á su gente. Nada más raro. La más célebre de todas, al bajar ayer con su peinador de encajes á su billar, encuentra dos hombres jugando «¿Cuánto jugáis? Desde luego, la ganancia es para mí.» Tiene cuarenta mil libras de renta. Resabios de cuando atrapaba cien sueldos.

A media noche una baraúnda; esto se convierte en mercado; han conocido, por los gemelos de mi camisa, que soy un extranjero rico. Se apoyan en mi brazo, me estrechan la mano; me he visto obligado á mandar á paseo á dos personas muy lindas.

He querido verlo todo y he ido al baile Perrón, en la barrera del Trono. La entrada siete sueldos, con derecho á veinticinco céntimos de consumo: un figón.

¡Bonita palabra la de figón, y que suena bien al oído! Se han visto figones en la Opera-Cómica, en los grabados del siglo XVIII ó en casa de Béranger. Al oírlos, nos imaginamos fisonomías maliciosas, gorras puntiagudas, talles esbeltos y flexibles. Toda la alegría, toda la vivacidad francesa y parisiense están allí, ¿no es verdad? Veamos este figón.

Un centenar de modistillas de la más baja estofa y cincuenta tunantas que trascienden, desde una legua, á San Lázaro y á prefectura de policía, de tez brillante, plumiza, los cabellos pegados y el gesto impudente ó triste. Un espectador dijo á una maritornes que bailaba: «¿Ha bajado hoy la Salpêtriére al baile del Trono?» «No, es que Mazas se ha vaciado en el baile del Trono.» Hubo que separarlos.

Lo más chocante es que todos, menos uno ó dos, son delgados y pequeños. Algunos parecen niños; hay mujeres de cuatro pies de estatura. Todos son desmebrados, raquíticos, ruines, mal hechos. De padres á hijos vienen bebiendo vino peleón, comen chuletas de perro, respiran el aire corrompido de Bobino y trabajan demasiado, para gozar demasiado. Tienen la cara torcida, arrugada, los ojos ardientes. Esta vida de París, en las capas sociales más bajas, ha pasado al hombre por alambique, le ha concentrado, quemado, destruido.

Se conoce bien en eso al obrero parisiense. De blusa, aire emprendedor, la cabeza hacia atrás, se mueve con velocidad increíble. Su vanidad transpira lo mismo que el placer de darla de bravo, contra la regla general, con un fondo de sensualidad grosera. La cabeza redonda, vigilante, viva, con deseos de aparentar. Esto puede formar un héroe en Sebastopol ó un furioso en una barricada.

Se arma una pendencia en la puerta; los municipales acuden allí y dejan de vigilar el baile un momento. Al punto, escándalo en el salón, piernas al aire, ruido infernal; los municipales vuelven y todo termina. Se diría que eran colegiales haciendo travesuras, que de repente ven á su profesor. Nosotros somos niños y necesitamos una palmeta.

Aquí se aplica una á la gente por su dinero. Los músicos soplan infatigablemente. Apenas acaba una cuadrilla, otra la sustituye; el bastonero adelanta, empujando, ordenando las parejas con una actividad y una prontitud extraordinarias. No hay un minuto de intervalo entre dos figuras. ¡Qué diferencia entre esta fiebre de hormigas rabiosas y la apacible satisfacción, el dulce placer de los *jardines de recreo* en Alemania!

En la orquesta hay dos ó tres soldados; uno toca el tambor, otro los timbales, éste, con anteojos, serio, atento, como si se tratara de prender fuego á una mina. El corneta de pistón se ha quitado la levita y sopla tumbado, sudando á chorros, con las mejillas encendidas. El flautín es un jorobado, un chuchumeco extenuado, de fisonomía abotagada y puntiaguda, con ojos que brillan como arenas. Un viejecillo canoso rasca el contrabajo. Hacen el mayor ruido que pueden.

Los concurrentes sorben café, fuman, beben cerveza á grandes tragos, llenan sus oídos y sus ojos de tumulto. Lo hacen para descansar del tirapié ó de la garlopa. Lo verdaderamente triste es la presencia de siete ú ocho obreras, casi niñas, que parecen honradas, y la de algunas familias, padre, madre, hijos, que vienen á ver. Éstos aprenden aquí que el placer consiste en la crápula y el desenfreno.

## CAPITULO V

### CONSEJOS Á MI SOBRINO ANATOLIO DURAND SOBRE LA MANERA DE PORTARSE EN SOCIEDAD

Sobrino mío, poseo veinticuatro mil francos de renta, una enfermedad incipiente en el hígado, y no tengo hijos. Por esto confío en que leerás mis consejos con profunda atención.

Es hasta probable que me felicites por ellos y aun que me des á entender que tengo mucho talento. Yo recibo las felicitaciones de diez á once de la mañana; pero ten mucho cuidado con las palabras.

Te aconsejo que no imites las costumbres modernas, que consisten en tratar á los parientes de edad como á compañeros. Si, por ejemplo, para felicitarme llegas dándome golpecitos en el vientre y me dices: «Bravo, mi buen amigo! ¡Viva el tío literario!», pudiera esto producirte algunas contrariedades. Sam, mi criado, te pondría á la puerta, ó yo te arrojaría por la ventana.

Puedes poner en tus tarjetas Anatolio con todas sus letras. Anatolio ennoblece á Durand; esto será absolutamente necesario, si te casas: *Madame Anatolio Durand*. Estos apellidos con todas sus letras son hoy nobleza comprada. Pero si veo alguna vez en tus tarjetas Anatolio du Rand ó d'Urand, despidete de los

dollars que he reunido con el cerdo salado y los petróleos.

Comes demasiado; á los veinticuatro años tienes la espalda de un hombre de treinta y seis. Sin embargo, los dorsos de esa clase gustan hoy en sociedad. De diez años á esta parte el complemento de la elegancia es cierto tinte de brutalidad. Ahora que las mujeres copian á las Magdalenas, los hombres pueden parecerse á los mozos de cuerda.

El día en que seas presentado en alguna casa, procura llevar botas de charol de veintiocho francos por lo menos, de cuarenta, si puedes. Con las de cuarenta, eres un *gentleman*; el zapatero suaviza mucho el cuero, coloca esmeradamente la suela, forma un declive suave desde el empeine hasta la punta del pie, da un brillo delicioso y las deja perfectamente concluidas.

Una frente despejada sienta bien; indica que uno ha vivido. Sin embargo, es bueno añadir una luenga barba, mejillas sanas, aire alegre, osado, ligero, la prueba de que aún se vive. En 1830, gustaba el enfermo de pecho exaltado, hoy el jayán positivista. Al reinado de los nervios ha sucedido el de los músculos.

No hay que confiar en esto sino á medias. En un salón, por cada treinta mujeres, hay veinticinco chochas que sacuden con ruido su plumaje y cuyo canto con-

siste en repetir las frases que más circulan; pero hay cinco personas finas, y esas te juzgan. Anteayer, instalado en un *pouf*, entre dos lindas señoritas, les hacías la rueda. Te alisabas los cabellos con tus anchas y finas manos llenas de sortijas; habías extendido por ambos lados los faldones de tu frac y levantabas tu hermoso pecho; inclinabas la cabeza hacia atrás con mucha complacencia y les narrabas cuentos, satisfecho de ser oído y de hablar bien. Cuando, después de haberles dispensado tus favores, te levantaste para llevar á otras tu aire de triunfo y tu sonrisa encantadora, se miraron un instante sin hablar, y vi que los extremos de aquellas bocas tan finas se bajaron imperceptiblemente, mientras que los hombros, subiendo un poco, hicieron temblar á los encajes del escote.

De todos los hombres que he conocido, el que mejor acogida ha obtenido de ellas, tiene sesenta años. (No vayas ahora á darla de listo y á creer que designo encubiertamente á M. Federico Tomás Graindorge; porque éste ha vivido en América demasiado tiempo, para ser otra cosa que un animal taciturno y americano.)

El feliz sexagenario que te cito por modelo, emplea para esto una política muy sencilla, la del gran mundo que acabó el 89: él las admira y las ama; al cabo de un instante ellas ven esto. En cuanto se acerca á una falda, siente que se halla junto á un ser delicado, precioso, frágil, al que apenas se debe tocar con la punta del dedo. Penetra en sus ideas, hace brotar de ellas juicios finos, caprichosos, especiales, palabras bonitas que hubieran quedado acurrucadas interior-

mente y como asustadas de volar delante de un extraño; él sigue el vuelo y los giros de su imaginación inconstante; con sólo que ellas hablen, con que los adornos de su tocado se muevan ó el labio risueño ó mohino haga una arruga, él queda encantado. Parece que les dice: «Brillad y sonreid, nos dáis la felicidad, nos hacéis demasiado favor.»

Este ejemplo no es contagioso, por eso te lo ofrezco.

Es preciso mantenerse bien y correctamente, cuando entra el aburrimiento. No fruncir las cejas, que sería descortés. No reir sus propios chistes, que sería necio. No agitar los músculos del semblante, pues creerían que hablas contigo mismo. No acostarse en la butaca, porque estos son modales de billar. No inclinarse demasiado adelante, pues parecerá que estás contemplando tus botas. El cuerpo debe formar un ángulo de cuarenta y cinco grados con las piernas. Ten la expresión indiferente y decorosa de un príncipe en una ceremonia. También puedes hojear el álbum de las fotografías.

En París el hombre honrado miente diez veces al día; la mujer honrada, veinte, y el hombre de mundo, ciento. No se ha podido contar jamás las veces que miente una mujer de clase distinguida.

En todo matrimonio hay una llaga, como un gusano en una manzana.

Estudiamos tres semanas, amamos tres meses, disputamos tres años, nos soportamos treinta; los hijos vuelven á empezar.

Una mujer se casa para entrar en el mundo; un hombre, para salir de él.

Cuando una mujer juzga á un hombre se lo representa de rodillas y apasionado, jamás en sí mismo y en su valor propio. Si en esta actitud se le figura ridículo, todo ha terminado; aunque fuese el más notable de todos los hombres, para ella es un estrafalario. Evita su compañía en la mesa, no quiere bailar con él, y se pregunta por qué no le manda á la antesala.

Cuando una mujer frecuenta la sociedad y no lo hace por pescar un marido ó un amante, es por pescar el concepto de un marido ó de un amante para sí ó para otra. Todas sus ideas paran en eso, como los ríos en el mar.

Una mujer no concede importancia al talento, á la belleza, al mérito verdadero: los reconoce, pero con los labios. *Me gusta*: esta palabra lo dice todo, lo aclara todo. Es como cuando se elige un sombrero, una cinta; *me gusta*, significa que hay en esto una conveniencia secreta, un gusto punzante, la satisfacción de algún extraño deseo personal, refinado, hasta escéntrico. De este modo, un talante desenvuelto, unos guantes nuevos, una bonita frase viva, un tono de voz

vibrante, hacen su efecto; sin embargo, les falta el aderezo apropiado á su paladar. En conclusión, me gustan las cerezas, pues tomo cerezas.

Lo más propio del espíritu de una mujer es que, exceptuando los momentos de excitación, todas las ideas son en él vagas y dispuestas á fusionarse unas en otras. Ella ve allí asomar al hombre como un resplandor en una bruma movible y de color de rosa.

Una joven dice en su primer baile: «¿Ando yo bien? ¿Me caeré al bailar?»

En el segundo: «¿Les he parecido bonita? ¿He tenido éxito?»

En el tercero: «Las luces eran espléndidas, la música, deliciosa; no he cesado de bailar; mis pies volaban; estaba como ebria.»

En el cuarto: «¿Gustaré á M. Anatolio d' Urand, que tiene un tío enriquecido con el cerdo salado y los petróleos?»

Los bailes son útiles. Palabras huera; pero esos dos raros animales, el varón y la hembra, misteriosos, infinitos el uno para el otro, se ven y se aproximan en ellos.

Hay muchas enfermedades por efecto de la crinolina y del corsé. Cuerpos raquíticos, hombros estrechos. De cuatro, dos son huesos que prometen, una, un hueso que no promete. La cuarta irá tísica á Niza.

Otra de veintiséis años pasará seis días á la semana en una poltrona.

Además, cuando veas que tu futura tiene mejillas encarnadas y miradas cándidas, no creas por esto que es un ángel, sino que la obligan á acostarse á las nueve y que come muchas chuletas.

Tú tienes uñas sonrosadas, pero esto no es una razón para que te rasques la punta de la nariz en público.

El otro día mirabas mucho á la señorita S...; acaba de salir del convento; no levanta los ojos sino para consultar á su madre; es piadosa; la han confitado en la religión como á un bombón en azúcar. Te advierto que es un bombón con sorpresa. Hace quince días dió las gracias á una amiga suya que le presentaba un católico muy beato.—¿Pero por qué?—Yo no sé...—Hay que dar una razón.—Pues bien...—¿Pues bien, qué?—Me parece que un hombre así debe ser muy limitado, ó maniático.»

¿Dónde diablos ha cogido esa idea? ¿En su convento? Imposible. ¿En un libro? Se los escogen y cortan con tijeras los pasajes sospechosos. ¿En alguna conversación? No ha dicho ni oído jamás una palabra, sino en presencia de su madre, de su tía ó de su abuela; tres argos incorruptibles. Tal vez en un baile y con un caso parecido ha notado al vuelo alguna sonrisa. Esto basta: la menor chispa cae sobre esas cabezas como

sobre un paquete de pólvora. Cuando ellas no saben nada, lo sospechan todo.

Tres procedimientos para cuando una mujer se levanta del piano. Si estás lejos, alza las manos visiblemente para aplaudir; es una manera de enseñar los botones de tus puños y tus lindos guantes. Si está cerca, apuras á media voz la lista de los adjetivos: admirable, gusto perfecto, ejecución brillante, sentimiento verdadero. Si la pianista es tonta, sueltas los grandes epítetos: encantadora, insuperable. Si quieres irte captando su voluntad, aprende algunos términos: parte magistral, cambio de tono, trinos afiligranados, etc. El grado superior consiste en saber los nombres de las obras principales de los maestros, y citarlas en voz baja, con cierta intimidad, como un iniciado que entra en el templo de los misterios. Desde entonces te dirigen la palabra; menudean las confidencias admirativas; la hermosa pianista se ve satisfecha de su talento y de sus dedos, y comienza á estimar á M. Anatolio Durand ó d'Urand.

Ultimo procedimiento. Es el más hermoso, pero de difícil ejecución. Estudiar en Berlioz, Fébis, etc., la biografía de los maestros; conocer la diferencia de estilos, citar anécdotas en su apoyo; partir de ahí para improvisar una apreciación del genio de Mozart ó Weber; insistir sobre la delicadeza, la distinción, el encanto poético inaccesible al vulgo, y dar á entender, sin decirlo nunca, que la intérprete tiene el alma del compositor. Ya está de tu parte. Esto lleva á todo.

Cuatro clases de personas hay en el mundo: los

enamorados, los ambiciosos, los observadores y los imbéciles.

Los más felices son los imbéciles.

---

He visto grandes hombres; por lo común no tienen acierto; hablo de los verdaderos grandes hombres. Están preocupados, y si se mezclan en la conversación molestan ó son molestados.

---

Una idea en un hombre es semejante al puntal de hierro que los escultores ponen en sus estatuas: ella endereza y le sostiene.

---

Un gran hombre es absorbente, porque es absorbido.

No tomes pie de esto para engullir, como hiciste ayer, dos tazas de te, tres de chocolate, dos pasteles y algunos emparedados.

---

Es imposible subsistir en el mundo sin una especialidad. Hace ochenta años bastaba con ir bien vestido y ser amable; hoy un hombre así tendría demasiada semejanza con un mozo de café. Los elegantes del día hablan de caballos, carreras, cuabras. Te recomiendo la Economía Política; da realce ante los hombres; además, los versos de circunstancias: esto gusta mucho en el campo.

---

Cuando te pongas la corbata blanca no reniegues de

la estupidez ni de la costumbre. Un salón es una exposición permanente; tú eres un artículo, y no se da salida á los artículos sino mostrándolos.

---

El único mal, en esta parte, es la hipocresía. Vosotros sois perros que corréis cada uno detrás de su hueso; es preciso comer, estoy conforme; pero, ¡por Dios! no digáis que despreciáis los huesos, y, si es posible, no os deis tantos mordiscos.

---

## CAPITULO VI

### LA PARISIENSE

#### I

Dos meses en Alemania; al regreso, en París, queda uno enteramente sorprendido. Son mujeres de otra especie.

Ayer compré guantes de que no tenía necesidad; te, que no me gusta; te ó hierbas secas, importa poco. Casi tengo ganas de ir á comprar más; la manera que ellas tienen de vender, vale el dinero que se da.

Dos jóvenes salieron á recibirme; andaban con aire de verdaderas señoras; avanzaban sin que se notara el movimiento de sus pies, apenas se oía el roce de sus vestidos de seda. Yo me confundí al designar los nombres y clases de tes; pedí explicaciones, me ofrecieron una silla; quería contemplar sus ademanes, prolongar su gorjeo. Ni cortedad ni descaro; la voz más dulce, mejor modulada, una sonrisa fina, atenta; prontitud admirable para comprender, movimientos suaves, graciosos; la disposición de la más hábil ama de casa. No hacen esto por especulación y para vender; ellas son naturalmente así; les gusta agradar, como vestirse con coquetería, peinarse bien, ceñir su cuerpo de bordados ó encajes, y encerrar sus muñecas en puños blancos. Están algo pálidas; velan hasta muy tarde, en una habitación demasiado templada, con una luz

muy viva, y además, los polvos de arroz hacen su efecto; otra semejanza con las señoras de los salones. En verdad, valen tanto como ellas; la misma capacidad, los mismos límites. Ellas lo saben. En Francia, una doncella, en el fondo de su corazón, se cree igual á su señora. «Tengo tanto talento, soy tan linda; si yo poseyera buenos trajes veríamos.» En efecto, á los seis meses, un amante decente las cepilla; lo aprenden todo, hasta la ortografía; en cuanto á la réplica viva, la tienen desde que nacen; en materia de sentimientos, están al mismo nivel.

Esto no es una frase satírica; hay en ellas mucho bueno: la claridad y la decisión de espíritu, el talento de administrar, y, en caso necesario, la perseverancia y el valor. Una hora después pasé por la calle de los Lombardos. La joven permanece sentada hasta la media noche en su jaula de cristal, desempeñando el escritorio; tiene un braserillo, y durante quince horas no se mueve siquiera. La melaza, los cueros, las porcelanas, los vendedores, los parroquianos, los dependientes, la criada, los niños, todo lo vigila del lunes al sábado. Sus órdenes son claras, sus cuentas exactas; se la obedece: es un buen teniente, con frecuencia mejor que su capitán. El hombre se deja algunas veces dirigir: cuando hay dificultades graves, se amilana; si el adversario insiste, ofrece una buena comida, aparece como un buen sujeto, sencillo y sin malicia; está á punto de ceder, de concluir un mal negocio; pero la mujer le hace una seña con la mano, él comprende y se detiene: «Merece pensarse; mañana veremos... yo hablaré de esto con mi esposa.» Por la noche ella le convence, y al día siguiente ya está armado de desconfianza y de argumentos nuevos. Supongo que no se la consulta; ella sale entonces de

su vidriera é interviene: «Pero, amigo mío, supongo que...» Y desde aquel momento reanuda la discusión por su cuenta, y recobra el terreno perdido con una brillante carga. Se mantiene firme durante una hora, y su voz penetrante y su talento, afilado como un cuchillo, acaban por hacer enmudecer al adversario. Se trata de intereses, las palabras no le producen efecto alguno; sus ideas están clavadas en su cerebro como alfileres en un acerico, y no saldrán de él; para arrancarlas, habría necesidad de descolgar toda la máquina: el espíritu del hombre es accesible á los razonamientos, el de la mujer no. Conozco alguna que ha hecho de su marido un dependiente, y en verdad, en provecho de la casa; él, en mangas de camisa, cierra las cajas, hace los encargos y bebe sus copitas en los tratos de importancia; ella, seria, rígida, manda, da todas las instrucciones, decide lo que se debe preparar de nuevo, qué modelos han de reformarse, y cuáles, por no estilarse ya, han de venderse con rebaja de precios. Si se trata de botones, tiene el talento justo y preciso para imaginar el botón que estará de moda y se venderá á muy buen precio.

Creo que su triunfo, el triunfo de una francesa, consiste en estar en un café, en un buen café por supuesto; bonita y bien vestida, ocupada en sonreír y en vender; ya de muestra, ya en ejercicio, complaciente con todos durante cinco minutos; en una sala, que es tienda y salón á un tiempo, se encuentra allí como una cabra en su prado.

Esto se conoce bien por el contraste; un café de París nos revela al parisiense, sus instintos, sus costumbres, al verdadero francés de ambos sexos.

Hace quince días estaba yo en Nuremberg; mis amigos, para despedirme, me llevaron á una cerve-

cería; las gentes bien educadas van allí como las otras. ¡Extraño lugar de recreo! Un enjambre de hombres de todas condiciones, de levita, de blusa, bajo la blancura insoportable de las luces de gas, entre una nube de humo, el rumor de una conversación ensordecedora, un vapor de cuerpos oprimidos, que se prestan calor unos á otros, todos codeándose, bebiendo, fumando y escupiendo. Se hallan muy bien allá dentro; sienten embotados los sentidos; aquella atmósfera espesa y sucia les causa el efecto de un buen gabán de abrigo. Su dicha es su quietud. Fuman pacíficamente y hablan por turno sin cortarse la palabra. Muchos están como ensimismados: antes de contestar, vacilan un instante; se ve el reloj interior ponerse en movimiento, una rueda empuja á otra, tanto, que al fin, y con dificultad, da la hora; más aún, y usando de palabras expresivas, son osos forrados de grasa, insensibles, por causa de ese colchón natural. Las reinas de aquel paraje son proporcionadas á él; ¡cuán diferentes de nuestras francesas! Hay en aquella casa dos mujeres; la hija, fresca y rechoncha, os miraba frente á frente, como sin cuidarse más que de su cerveza. La madre, alta, calmosa, de sólida construcción, parece una ternera que rumia; además, en cinta de ocho meses, iba de mesa en mesa y se mostraba sin rubor. ¡Desde aquí se oyen los comentarios de los *restaurants* parisienses! Pero en cambio, en la habitación del piso alto, una docena ó más de jóvenes, dependientes de comercio, empleados, estudiantes, sentados alrededor de una larga mesa, dejan sus pipas, cada uno saca de su bolsillo un papel de música. El del centro hace una señal y cantan un coral, el más grave, el más noble, una composición del viejo Bach. *Las dos mujeres se enjugan los ojos con su de-*

*lantal*. Un traje lindísimo ó un sentimiento de esta clase, ¿qué vale más?

Eso, según; hay días en que prefiero las ostras, y otros en que me gustan más los cangrejos.

## II

Tendera, mujer de buena sociedad ó cortesana, he aquí los tres empleos de una francesa: ellas sobresalen en eso y solamente en eso.

Cuestión de temperamento. Suprimid los peinados, los trajes, la calidad, todo lo que atrae visiblemente, y examinad el ser interior. Este es aquí un húsar listo, un muchacho travieso, osado, á quien nada intimida, que carece del sentimiento del respeto y que se cree igual á todos. Las faldas no nos dicen nada, es necesario ver el alma.

Nosotros creemos enseñarles la timidez en casa, ellas sólo toman su aspecto; y esta apariencia estalla á los tres meses de matrimonio y de sociedad: adquieren ideas demasiado vivas, demasiado claras; el deseo se forma al instante y surge el hecho; precisa que manden, á lo menos que sean independientes. La subordinación las asfixia, ellas chocan con el buen orden como un pájaro con los alambres de su jaula.

El marido, por ejemplo, entra en la habitación, preguntándose cómo empleará la noche; al momento, la mujer, excitada, se levanta como movida por un resorte, y grita: «¿Qué haces ahí dando vueltas como fiera en jaula? ¿Acabarás hoy? Esto son los hombres: mogigatos que no se deciden jamás.» Ella está muy

decidida, no comprende que se den tantas vueltas á los razonamientos.

El padre, en la mesa, dice que le gusta no se qué cosa; la hija le interrumpe: «Papá, también me gusta á mí.» A los diez y seis años, ella quiere involuntariamente ser preferida, todo ha de estar á su disposición, el padre inclusive.

La menor, una niña de tres años, juega con las muñecas en un rincón, y su tío, al entrar, le pregunta qué hace: «Tío, abre los ojos y lo verás bien.» A los tres años ya da á entender á su tío que le tiene por imbécil.

Por el contrario, yo he visto alguna el día de una gran quiebra. Cuando los hombres, consternados, permanecían en sus asientos, con los brazos caídos é inertes, ella, irguiéndose, exclama: «No se trata ahora de gemir, hay que buscar pan para nuestros hijos, yo seré la señorita de escritorio; Carlos, tráeme los libros y ajustemos las cuentas.»

Ved también en Raffet aquella pobre cantinera, cuyo hijo acaba de caer muerto de un balazo; no llora, coge el fusil, muerde el cartucho y con los dientes apretados ruje: «¡Oh, pillos!»

Una inglesa ó una alemana hubiera llorado, pensado en Dios, en la otra vida, etc.: ésta obra como hombre.

En efecto; la mujer en Francia es un hombre, pero pasado por alambique, refinado, concentrado. Tiene nuestra iniciativa, nuestra viveza militar, nuestro gusto por la sociedad, nuestro anhelo de aparentar, nuestra pasión por los placeres y con más vehemencia aún.

Necesitan, pues, los mismos empleos que nosotros, pero más finos; aquellos desde los cuales se dominan

las pasiones, se estudian los caracteres, se combate ó se domina, no brutalmente y por fuerza, sino con maña y habilidad: embajadora, tendera, cortesana. Decidme si hay en el mundo algún lugar donde los salones, las tiendas y las alcobas se vean tan concurridos como en París.

El peruano, el valaco, el inglés melancólico, el hombre enriquecido, todos vienen á establecerse aquí. La razón es que la parisiense los excita. Para esto posee dos habilidades:

Primera habilidad: el arte de decir, de dejar decir y de hacer decir desvergüenzas. Todos los hombres son aficionados á ellas porque están prohibidas entre personas decentes. La decencia le molesta como un frac y un cuello postizo muy almidonado; necesita no desnudarse; pero sí ponerse en mangas de camisa. Las innumerables restricciones que se ha impuesto ó sufrido, han provocado una sorda rebelión interior. Cuanto más serio es el hombre por su posición, más probabilidades hay de hallar en él un pilluelo. Ese pilluelo es el que la cortesana saca de su prisión, él salta en la alfombra, ya os figuraréis con cuánta alegría, tanto más cuanto que esa alfombra es lujosa, los muebles elegantes, la dueña de la casa es por lo común hermosa, siempre bien puesta ó á lo menos vestida como una mujer de clase. Las palabras picantes son un disparate en sus labios. Decir obscenidades en traje de baile, ¡qué enormidad! El muchacho grave con traje negro de que he hablado, corre allí, como en otro tiempo, con pantalón corto, corría á comerse las manzanas verdes de su vecino.

Segunda habilidad: la parisiense es una persona, no una cosa; ella sabe hablar, querer, manejar á su hombre; tiene chistes, insistencias, caprichos; por envile-

cida que esté se mantiene siempre derecha. No recuerdo qué actriz insignificante, en el siglo último, le quitaba á su amante, un duque, el cordón del Espíritu Santo, diciéndole: «Ponte de rodillas inmediatamente y besa mis chinelas viejo *ducón*.» Hace poco, una de su calaña pidió á su protector que le comprara una casa: tres días después él le entrega una cartera. Ella la abrió, no ve allí más que billetes y se los tira á la cara, exclamando: «Viejo egoísta, yo no te he pedido dinero, sino una casa. No has querido tomarte la molestia de comprarla tú mismo.» A él le pareció esto graciosísimo; no está acostumbrado á la independencia. Sólo una francesa es capaz de estos rasgos. En el extranjero, en Londres, las mujeres de Crecmon-Gardens son locas que charlan y beben, á comerciantes correctas que hacen entregas. En las casitas de las afueras encontraréis muy lindas personas decentes, que son casi ladfes y sólo ambicionan una vida ordenada, los goces del hogar; las restantes, tristes y desesperadas, se entregan. En París piensan en lo porvenir, y explotan á los hombres. Tienen salones, preocupan á las mujeres honradas, se las señala con el dedo y fijan las modas. Más abajo de las ilustres están las mediocres; éstas ponen una tienda de guantes, se casan: sus maridos son Figaros sin decoro, pero Figaros al fin.

### III

Madame B... es seguramente una de las amas de casa más cabales de París. Tiene talento para otra cosa ¿ó se ocupa en algún otro quehacer? A las diez,

se la encuentra en el rincón de la chimenea en una especie de *chaise longue*, delgada, con un traje gris perla, con muselinas y encajes de todas clases que crujen en torno de sus lindos brazos y de su cuello de cisne; una especie de Juana de Nápoles, parecida al retrato de Rafael, pero más rubia. No es ministro ni mariscal de Francia, no da destinos, vive más allá del Arco de la Estrella, y sin embargo, acuden á su casa desde las cuatro extremidades de París. Tiene dos procedimientos: la adulación y la cocina.

La cocina. A los cincuenta años, muchas veces también á los cuarenta, un hombre se ha corregido de muchas cosas; tiene hecha su fortuna, le aburre coquetear. El placer más grato lo compra; su principal deber es sostener su rango y su consideración; pero es un deber, luego es un fastidio. Los esplendores de la vanidad no le interesan sino á medias; se hace positivista; y si tiene buen estómago, se inclina hacia esta parte. Reunirse ocho ó diez ante una comida fina, bajo luces suavizadas, entre mujeres lujosas, con alegres convidados que no piensan sino en el momento presente; probar un vino exquisito, auténtico, por largo tiempo guardado, preciosamente presentado en su trineo de mimbres; chupar el ala de una codorniz muy gorda, sentir deslizarse por la garganta la pulpa jugosa y tierna de un pastel de pescado, relleno de trufas; muchas personas se dicen en voz baja que los querubes y los serafines son menos dichosos y no cambiarían el estado de sus mandíbulas nerviosas por la música de las Dominaciones y de los Tronos.

La víspera de una comida, ella toma su carruaje, va á casa de los proveedores, elije por sí misma los postres; escribe de su puño y letra á Isigny, á Nerac,

lleva algunos platos del sitio en que especialmente los hacen, sin intermediarios, etc. Eso es una verdadera ciencia; yo no acabaría nunca.

La adulación. Todos adulan, pero los imbéciles sólo saben decir, con pocas variantes: «¡Ah, caballero, qué talento tiene usted! ¡Oh, señora, qué bonita es usted!» Cuando el paciente no es demasiado estúpido, baja la cabeza, deja correr las palabras, da las gracias, esforzándose por parecer amable, y murmura por lo bajo: «¡Calla, organillo!»

Madame B... no manifiesta su aprobación, la disimula. Cuando acude á sus labios la alabanza, la contiene, y se ve que la contiene. No son sus palabras, sino sus actos, los que os admiran. Penetra en vuestras ideas, las termina, os ayuda á desarrollarlas, os hace hablar bien, os deja contentos de vosotros mismos. Discute con vosotros, os proporciona el placer de convencerla; no se rinde al instante, os persuade de que sois superiores á ella. Cuando salgo de su casa, voy convencido de que tengo talento, que mis viajes son la cosa más interesante del mundo, que no existe nada tan curioso como América, que tuve mucha razón al hacerme fabricante y comerciante, que el cerdo salado y los petróleos son asuntos amenísimos para una conversación, y que un aligator disecado estaría muy bien en su gabinete.

Ella cautiva á las gentes por sus debilidades. Lo mismo hacen *las loretas* y las vendedoras en los pisos inferiores: un solo espíritu en tres personas distintas; el mismo talento, igual necesidad, el talento y la necesidad de toda francesa: aprovecharse de los hombres deleitándolos.

## CAPITULO VII

### LAS JÓVENES

#### I

3 de Junio.

Las Tullerías son un salón al aire libre, donde las niñas aprenden los manejos, el donaire y las precauciones de la sociedad, el arte de coquetear, de presumir y de no comprometerse.

Acabo de oír á dos de ellas (siete y diez años) que adoptaban la resolución de ir á invitar á una recién llegada. Primero la miraron bien; examinaron detenidamente si era de su categoría, y después, de pronto, levantando vivamente la cabeza, se dirijen á la niñera, manifestando en su aspecto una mezcla conveniente de resolución y de modestia, exactamente como una dama que atraviesa un salón para saludar á otra.

Ya conocéis esa actitud; se inclinan con gracia, encogen los hombros, ahuecan el vestido, toman una sonrisa de circunstancias, y adelantan delicadamente, casi de puntillas, cambian algunas rápidas y afectuosas ojeadas con las personas conocidas, hasta el momento en que las dos faldas van á entrar en contacto. En aquel instante, medio se ocultan en su vestido con

una reverencia discreta, la boca se entreabre á la manera de una rosa, una sonrisa angelical y malévola vaga por los extremos de los labios lisonjeros y burlescos, y de repente, como una cascada de perlas, unos cumplimientos corren al encuentro de otros.

La niña, que decidió aquel paso, tenía el aire voluntariamente aturdido de las coquetas que llevan diez años de salones. Nada sincero; ella se sirve de sus impresiones, las exagera, las mima. Representa un papel; ternura ó cólera, siempre está en escena; de un salto se arroja sobre la niñera y la acaricia; es bonito y conveniente ser cariñoso. La otra tiene la expresión atrevida, provocativa de una *écuyère*. La tercera mueve ya los ojos lánguidamente como una valdsadora. Charlan, rien, enseñan sus vestidos, se arreglan el talle, como harán dentro de veinte años. No tienen nada que aprender; saben ya su oficio; el gran cuidado de sus madres será ahora sujetarlas hasta el matrimonio.

¿Es culpa de ellas? Las madres les enseñan la coquetería desde que pueden andar. ¿Quién ha visto aquí jamás niños verdaderos, vestidos de corto con zapatos fuertes, francamente alegres, colorados, algo tostados por el sol, desgrefñados, pensando en correr y en hacer ruido? Esto sorprendería al punto á la madre; esas son maneras brutales, buenas para los niños de la plebe; su lección más importante ha sido siempre: «¡Portaos bien!» Desea que su hija la honre y se presente bien educada; la riñe si se ensucia, como si se reune con niñas mal vestidas; fomenta sus contestaciones sentimentales ó maliciosas. Para su hija como para ella, ha hecho consistir la perfección en la gracia, en el donaire, en el tocado. No teme que resulte demasiado precoz, artificial. Sus travesuras la divierten; le hace repetir

las reverencias y recitar fábulas con inflexiones y accionando algunas veces en público y sobre todo la ha engalanado como una muñeca.

Las tres niñas llevan trenzas lustrosas, en las que ni un cabello sobresale de otro; una chaquetilla ajustada á la cintura, elegantemente combada por abajo; una media fina de seda pegada á la pierna, y bonitos guantes nuevos, para jugar al aro. Intentad decir á la madre que sería mejor ponerles una blusa y dejarles las manos desnudas. El modelo ideal gobierna en esto como en todo; los franceses, en cualquier circunstancia, caen al instante sobre sus instintos de ostentación, como un polichinela sobre su base de plomo.

Pero, en desquite, ¡qué lindísimos semblantes risueños y taimados, qué finísimos pies, ágiles y saltarines como patitas de pájaro! Hay allí obras maestras de gracia, de vivacidad petulante y nerviosa, de trajecitos elegantes bien llevados, de vocecitas dulces como cantos de aves. Después de todo, siguen su natural y me han divertido una hora. Ellas no deseaban otra cosa ni yo tampoco.

4 de Junio.

Copio de una novela de M. About esta carta de una joven de diez y seis años á otra de su misma edad; es perfecta. M. About es un verdadero francés, un sobreviviente del siglo XVIII, emparentado con Voltaire, primo hermano de Beaumarchais y de Marivau; por eso pinta con tanta perfección á los franceses.

«Querida: *Deseo de gozar.*

(¡Cuán bien se conocen! Únicamente en París una

joven recién salida de sus clases de geografía y de francés, penetra tan á fondo en el carácter de su mejor amiga.)

»Ya he regresado del campo, y también Enriqueta, Julia y Carolina. La grave Magdalena me ha hecho *de saber* que llegará mañana. Contigo, pues sin ti no puede haber nada bueno, se completará el sexteto. (Un cumplimento bien expresado, después una burla; tres tonos diferentes en tres frases; una petulancia, una idoneidad de estilo natural y perpetua: encontrad esto en cualquier otro punto de Europa.)

»Mamá ha decidido que la primera reunión de las inseparables se verifique en nuestra casa. (Dentro de un año dirá «en mi casa».)

»¡Qué buen día! Salto de gusto. A esto debes atribuir el pastel (1) que ha caído precisamente en mitad de esta carta. Ruega al bobo de tu papá que te mande á la calle de Saint-Arnaud, núm. 14, al rayar el día; te llevarán á tu cubil después de comer. (Un padre es un criado impuesto por la Naturaleza; cuando es gruñón y feo, se le deja en el guardarropa con los paraguas.)

»Tal vez bailemos, pero seguramente charlaremos mucho, y reiremos como locas; esto es lo sólido. (¡Filosofía, ya! Tiene razón, es la filosofía de su temperamento, la del siglo XVIII.)

»Se trata de organizar las fiestas del invierno en grande escala, como decía nuestro profesor de literatura. (De paso unas dentelladas á quien las merece.) Yo espero que hemos de vernos todos los días hasta el de nuestro matrimonio. (Piensa en esto y habla de

(1) La palabra francesa *pâté*, significa pastel y borrón, ó sea manchá de tinta que cae en un papel.

esto; á los diez y seis años es su idea fija, como á los ocho la idea de una tarta.)

»Hay que poner en ejecución todo un plan de campaña; mi hermano el soldado, que acaba de llegar con licencia, nos ayudará. Haré creer que eres cien veces más bonita que yo. (Una lisonja.) Estos tenientes de ingenieros son de una incredulidad irritante. (¿Es posible aderezar mejor una coquetería?) ¡Hasta el lunes, hasta el lunes, hasta el lunes! ¡Otro pastel! La pastelera te abraza muy estrechamente.»

Piar de golondrinas, una ola que corre llevando palabras impetuosas, aturcidas, gestos acariciadores y graciosos, y, por debajo de todo esto, un afán irresistible de goce, de excitación, de actividad, nervios tirantes como cuerdas de arpa, una voluntad que no sabrá nunca reprimirse, ni subordinarse, ni ordenarse. Tres años después, se la ve casada, mujer de sociedad, diciendo á su marido, que es hombre de negocios:

—Queridito mío, esta noche iremos á *Don Juan*, he mandado por un palco; te lo ruego, no digas que no tienes tiempo; sí, tienes tiempo, es preciso que lo tengas; Mario canta admirablemente y hace mucho tiempo que no le he oído; me moriré de pena si no le oigo esta noche; sí, sí, esta noche y no otra. Deja solo á tu amigo, es tonto, viene de provincias y tiene la nariz encarnada; ¿cómo hay quien se atreva á dar citas y á disponer de las personas para toda la noche, teniendo la nariz encarnada? Ya está convenido. ¡Dios mío, bailo de alegría! Tú también debes bailar. Te aseguro que he de darte lustre; mira mi bonito vestido de color de malva. Tenemos un palco primero. ¡Ea, señor mío, sea usted galante; usted es galante! Prohibo á usted que hable, le cierro la boca así; ¿verdad

que es esta una manera lindísima de tapar la boca? ¡Juan, vaya usted á buscar el coche!

Diez años más tarde, ella tiene veintinueve. La misma escena con esta variante:

—¿Una cita? ¡Me tiene usted encantado con sus citas! Bonito pretexto, y muy nuevo, para dejarme de tertulia con mi lámpara. ¡Siempre lo mismo! Para el hombre todas las ventajas del matrimonio, para la mujer todos sus inconvenientes. La señora, que borde, como en otro tiempo, cuando era jovencita; el señor, á corretear por ahí, como en otro tiempo, ¡cuando era mozo! ¿Acaso no sé yo que esas citas no tienen lugar en el Círculo, sino en los Bufos ó Dios sabe dónde? En verdad, hace usted bien; se está mejor allí que en otra parte para dar la última mano á los negocios y fijar los plazos de las remesas. ¿Cree usted que no he observado en la Opera? Duerme usted cuando cantan; únicamente el baile tiene el poder de despertarle. Pues bien; mejor estaré sola que con un fardo del comercio, un porro filosófico, para quien lo ideal consiste en unas mallas de color de rosa. ¡Ah! ¡pobres de nosotras que nos vemos engañadas, abandonadas! ¡Buenas noches, caballero! ¡Juan, diga usted que enganchen!

13 de Junio.

He terminado esta novelita, que es sumamente espiritual y que ha tenido un éxito completo. Yo había oído ya hablar de M. About en el extranjero; me decían de él:

«Es, en la nueva generación, el hombre más cono-

cido; no solamente hace cosas muy lindas, sino de un género especial. Nosotros lo importamos como las alhajas y las modas de París; nada igual ni parecido siquiera en Inglaterra ni en Alemania. Después de *Mariana* y *El Aldeano advenedizo*, no se ha escrito nada más nacional.»

Su capitán Bitterlín, padre de la joven encantadora á quien va dirigida la carta anterior, le dice un día al verla pensativa en la mesa:

—¡Atención! Tú miras demasiado á los hombres.

Esto es brutal, pero verdadero; interiormente ella es una *griseta*.

La misma encantadora joven, habiendo elegido un novio, dice á su señor padre:

—«Padre mío, estoy enamorada de un joven á quien querrá usted cuando le vea, y á quien le presentaré, si me promete usted no hacerle ningún daño. Si yo no fuera una hija sumisa y respetuosa, esperaríá mi mayor edad para casarme con él, aunque usted se opusiera, sin más dote que los veinticuatro mil francos de mi madre.»

Esto es algo fuerte, pero no imposible. Ellas son atrevidas por naturaleza: en el fondo, con algo de *griseta*, tienen también no poco de húsar. El pudor verdadero, el candor virginal y profundo, la timidez ruborosa, la delicadeza asustadiza, les falta en absoluto ó la sueltan pronto. Son flores, si queréis, pero al primer rayo de sol se entreabren; al segundo rayo se abren demasiado; la joven desaparece, queda la mujer, y con frecuencia esta mujer es casi un hombre, algunas veces más que un hombre. Desde los catorce años se ejercitan con la familia, con el padre sobre todo.

Mi amigo B..., médico, oye una tarde á su hija decir que quiere ir á la reunión que se ha de celebrar

aquella noche con motivo del matrimonio de una amiga suya.

—¡Pero si has tenido fiebre esta mañana!

—Eso no importa.

—¡Si estás todavía en cama y tiritando!

—Me abrigaré bien.

—¡Luisa, volverá la fiebre!

—Papá, si no voy, tendré fiebre de coraje.

—Querida hija, yo no conozco la fiebre de coraje, y ésto me proporciona la ocasión de estudiarla y de anunciarla; escribiré una buena memoria y me elegirán para la Academia.

—Papá, es absolutamente necesario.

El padre cedió; ¿qué voluntad de cincuenta años puede resistir á otra voluntad de veinte? Ella regresó casi exánime á la una de la madrugada y volvió á tener fiebre. El pobre hombre estuvo toda la noche levantándose de hora en hora para cuidarla, para hacerla beber; había subido á cincuenta y siete pisos durante aquel día, y al siguiente por la mañana, cuando le vi, tenía la faz de un desenterrado.

Ellas son demasiado inteligentes; se despiertan y avivan demasiado pronto, y están dotadas de rara aptitud para comprender lo débil y lo ridículo. Además, son muy voluntariosas, tienen deseos demasiado ardientes y numerosos, sobre todo una violenta y poderosa necesidad de lisonjas, de adoraciones, de sensaciones fuertes y agradables. El sentimiento profundo, sublime, y la inocencia nativa, que producen la subordinación voluntaria, no las acompañan. Están encima y debajo de la obediencia, incapaces de sufrir el mando y de guardar respeto.

Por eso todos los esfuerzos de la educación tienden á detenerlas, á reprimirlas, á impedirles abrir las alas.

Sé de algunas familias que no admiten jóvenes en su casa; esto pudiera inspirarles ciertas ideas; sólo entra el novio, una vez admitido por los padres. Mme. de M... decía con orgullo:

—Jamás ha salido sola mi hija (tiene ya veinte años), ni ha pasado un día, una noche, una hora siquiera lejos de mi vista ó de la de su aya.

Todo esto vuelve á advertirnos de que somos vecinos de Italia; el clima las hace precoces y de imaginación desenfrenada. Necesitan, pues, el convento, el verdadero convento, como en los países del Mediodía, ó la casa paterna ordenada como un convento. Cuando falta la reprensión de sí por sí mismo, hay necesidad de otra reprensión; en lugar de la vigilancia personal, la clausura forzosa, lo mismo que la política: el *gendarme* exterior es tanto más molesto, cuanto menos vigilante es el interior.

Mi pobre B... afirma que en algunos colegios han suprimido los profesores, aunque sean viejos y feos. Encontraban escrito en los cuadernos de las jóvenes: «Te amo, te adoro», y las señas de aquellos infelices vejestorios. Pero un colegio de señoritas es una escuela de coquetería. La emulación, tan buena para los hombres, es perjudicial para las mujeres; ellas rivalizan en sus estudios como en sus tocados; la vanidad y la curiosidad se desarrollan de una manera enorme y descargan sobre el marido.

Miradlas dos años después del matrimonio y sabréis lo que incubaba aquella actitud decorosa. Madame B... tenía tres hijas, á las que educó católicamente y mortificándolas. Estaban las tres en un dormitorio pequeño sin chimenea, inclinadas sobre un mapa ó pegadas á un bordado. Yo veía aspectos modestísimos, ojos bajos, personas tranquilas.

Al año, la serpiente se desentumeció, se enderezó sobre su cola y silbó. La mayor, que parecía muda, charla ahora sin parar, muerde y ladra al amparo de su marido; no hay quien tenga un cumplimento más envenenado: sus réplicas huelen á Figaro y á Dorina. La menor, que se ha casado con un político humanitario, canta en la mesa, según él dice, motetes filosóficos y religiosos, habla de ciencias, lanza ideas generales; eso le sienta como un pantalón; se ve al papagayo silbado; las ideas son las de su marido, pero estropeadas, repetidas á tontas y á locas; él ha dejado caer su pensamiento entero, y ella lo recoge y lo estropea. En estos días está terminando un folleto sobre el perfeccionamiento y el porvenir de la mujer. La tercera, un ángel, ha estado paseándose ocho días en Brighton con un oficial. ¡Yo que la he conocido inocente, aún crisálida!

---

*En el baile.*

He examinado detenidamente las cabezas; exceptuando detenidamente las dos jóvenes G..., lo moral es desconsolador; una especie de impetuosidad física, un tono de voz claro, voluntarioso; algo revoltoso, limitado y seco; pasiones rápidas é imperiosas, nervios irritables, que provocarán accesos de lágrimas á la menor contradicción; el espíritu entero en lo exterior, y siempre frases convencionales. Mitad actrices y mitad princesas.

Se visten bien, tienen talento; pero les falta nobleza y mienten demasiado.

---

## CAPITULO VIII

### LAS JÓVENES

#### II

Una visita á Ville d'Avray, á casa de mi amigo S..., jefe de división en un ministerio: treinta mil francos de gasto al año. Una *villa* recién pintada, con una pradera suiza de veintidós metros y siete árboles. Dos señoritas, de quince y diez y seis años, que toman el aire libre del campo con guantes nuevos, pelerina de tul, botitas ajustadas, corsés irreprochables, desde las ocho de la mañana. Me quieren mucho; yo tengo siempre bombones y chucherías en los bolsillos.

—Es M. Graindorge, dice Mme. S... Buenos días, mi querido señor, ¡cuán amable es usted por venir tan pronto! Vamos á enseñar á usted nuestra choza. ¡Oh! ¡Una verdadera choza! Pero hay su poquito de verdura. Nosotros no podíamos estar sin verdura. ¡Hace tanta falta á estas pobres niñas el aire del campo! ¡Y lo aprovechan bien! Siempre en el césped, moviendo los brazos y las piernas. Nada de opresiones; vestidos sencillos y muy cómodos, igual que á los siete años. ¡Son tan niñas! No se puede usted imaginar lo niñas que son todavía. Creerá usted que ayer Juana, al repasar la historia de Luis XIV, me dijo: «Pero mamá, ¿cómo podía amar á La Vallière, si estaba ya casado? ¿Era bigamo?» Esto hizo asomar las

lágrimas á mis ojos; ¿verdad que es muy gracioso? Ella me decía también á los tres años, cuando yo le hablaba de Dios, que está en el cielo: «Como los pájaros, ¿tiene pico?» Ya razonaba. ¡Ah, señor Graindorge, es una felicidad inmensa la de ser madre! Los hombres que han permanecido solteros como usted, no saben lo que han perdido. Mi esposo me lo decía aún esta mañana; pero él es muy galante. Usted también es galante y nosotros tenemos mucho gusto de verle. ¡Qué calor hace hoy! Tenga usted la bondad de sentarse.»

Saludé. Hace seis años que estoy en Francia, pero todavía no sé recibir, como corresponde, esas duchas de amabilidad parisiense.

Una cascada de escalas y arpegios sale del saloncito.

Es Juana. Están en su nido, acaban de arreglarlo: entremos, nos dará usted su opinión; ellas tienen gusto!»

Es verdad. No hay un nido más bonito, más elegante. La habitación se halla tapizada de tela blanca y azul, un azul claro, de delicadeza exquisita; un listón fino de oro sube y serpentea sirviendo de marco á los espejos. Grandes porcelanas blancas con sus anchos cálices de nieve, llenas de madreselvas, de rosas con musgo, de azaleas húmedas aún por el rocío. La luz entra amortiguada por debajo de los *stores* á través de las mayólicas de la ventana, y se extiende por la alfombra como una sábana de bruma soleada. En la mesa, dos ó tres álbums colocados con inteligente descuido; en los dos ángulos de la chimenea, algunos bocetos firmados con sus iniciales; un solo cuadro, un retrato de María Antonieta. ¡Y qué preciosas bagatelas femeninas en las *étagères*!

Juana está al piano, Marta de pie á su lado. Dos nombres modernos; es la última moda. Marta, delgada, con el cuello doblado, parece unaavecilla delicada. La otra pasea lánguidamente sus dedos por el teclado de marfil, dibujándose una semi-sonrisa en sus labios mohinos. Ambas tienen vestidos blancos con rayas de color de rosa, de una delicadeza inmaculada, con *bullones* amapola alrededor del cuello y de las mangas, apenas escotadas, y, sin embargo, bastante escotadas. Hace calor, están en el campo. No obstante, son modestas, tímidas aun con los extraños; se detienen antes de hablar, se ruborizan algo del sonido de la voz que se les escapa, intentan un pequeño movimiento familiar; de repente, vacilantes, intranquilas, lo suspenden. Se conoce en ellas un fuego interior, una sensibilidad palpitante, una finura y una vivacidad de pájaro. La linda criatura es tan delicada, que se teme siempre romperla; tan viva, que siempre parece dispuesta á emprender su vuelo. Todo esto tiembla y palpita bajo las ligeras ondulaciones de la falda, al balanceo de los bucles arrollados á lo largo de las sienes, con los leves temblores de la voz que ensaya.

—(Graindorge, amigo mío, que va usted á cumplir cincuenta y tres años en Julio próximo.

—Es verdad, caballero; razón de más para rejuvenecer mis ojos mirando las flores de invernadero.)

—Verdaderamente, os creéis aquí delante de dos flores de estufa. Se comprende que el encanto está en lo imprevisto y en la apariencia; en la repentina novedad; en la imaginación, que inmediatamente vuela á través de lo desconocido; que se debe permanecer inmóvil; que todo se desharía al menor contacto de la punta del dedo. Estas son las consecuencias de haber visto en el tren fisonomías vulgares, tipos groseros.

Esta gracia, esta suavidad encantan como un aire de Mozart que oímos de repente en una calle mísera; como un hermoso espinó florido que aparece solo en un vallado seco. Si el espinó estuviera en un tiesto en vuestra ventana, si hubierais oído los trinos y las vocalizaciones preparatorias de la cantante, vuestra emoción quedaría reducida á casi nada.

Goethe nos decía: Tratad á vuestra alma como á un insecto; es muy divertido contar sus instintos, prever sus sobresaltos y sus pasos. Me gusta más decir: Tratad á vuestra alma como á un violín, y dadle motivos para que encuentre aires sobre ellos.

Poco á poco he llegado á ser un confidente, y Marta me ha dicho:

—¿Quiere usted venir el miércoles á la academia? Hay sesión de gala. Calle de Astorg, 27. ¡Oh! es un caballero muy bueno, está condecorado, y además dice mamá que es paternal. Todos van allí ahora, allí tengo yo á todas mis amigas. Pronuncia algunos discursitos sobre la dicha de las madres; esto hace llorar. ¡Es un hombre tan fino, tan amable! Nada de reñir; cuando una tarea no sale bien, no se burla, nos consuela, dice que la siguiente saldrá mejor. Siempre bien vestido, ¿verdad, Juana? Levita azul con botones de oro, y la ropa blanca ¡tan limpia! Nosotras nos reímos algo porque se mira demasiado las uñas y estira con mucho esmero su pañuelo; Mlle. Volant, que está muy cerca de él, dice que le pone benjuí. Por último, se acicala como una señora. Estamos muy contentas por ir á su casa, ¡nos aburría tanto nuestra institutriz! ¿Se acuerda usted de la señorita Eudosia? ¡Tenía la nariz encarnada y unas manazas! ¿Verdad, Juana? ¡Y aquel gesto agrídulce! Señoritas, empiecen ustedes de nuevo el análisis. Señoritas, pónganse ustedes bien.

Señoritas, una persona bien educada no anda de ese modo. Señoritas, en la mesa no se habla. Una carcelera. Cuando comíamos, prohibición de abrir la boca. ¡Y qué manera de animarnos cuando teníamos que tocar el piano en presencia de alguien! ¿Y las máximas? Tenía la boca llena de ellas. Luisa Volant dice que eso es lo que le ha estropeado la dentadura. ¡Siempre las máximas! Ella las vende, es su estado. Para concluir, la señora Volant dijo á mamá que la academia era deliciosa, muy bien puesta, y hace seis meses que vamos á ella.

—¿Qué hacen ustedes allí?

—De todo. Composiciones. Hemos hecho la muerte de Juana de Arco. Diálogo de dos ángeles conmovidos por las miserias de la tierra. Una madre de rodillas delante de un león que viene á devorar á su hijo. José vendido por sus hermanos. Himno al sol. Por cierto que cuesta mucho trabajo; ya comprenderá usted, ¡un himno al sol! Al principio no encontraba yo nada que decir, Juana tampoco. Nosotras llorábamos, y nos creíamos estúpidas. M. d'Hérystal nos dijo que era necesario exaltarse, exaltar la imaginación. Entonces nos pusimos á pasear por la habitación á pasos largos, nos abrazamos con fuerza, nos apretamos los puños, pusimos los ojos en blanco, como en el teatro, y todo llegó. Al empezar no podíamos llenar más que media página, ahora llenamos seis. Nosotras compondremos mañana nuestro himno antes de almorzar.

—¿Y qué van ustedes á decir?

—¡Oh! Todavía no lo sabemos; es preciso que estemos solas, y entonces ahuecamos la voz, ¿verdad, Juana? Y luego, según: Juana habla siempre de cordillos, de praderas esmaltadas de flores, de niños que se arrodillan por las noches en sus lechos para

pedir la bendición de Dios. Yo hablo del carro del trueno, del relámpago que es un mensajero alado, del rayo, que es la voz del Todopoderoso. Esto gusta mucho. M. d'Hérystal queda siempre contento; dice que nosotras tenemos estilo, va á ponernos en el cuadro de honor.

—¿Y leen ustedes mismas eso en voz alta?

—¡Ah! Tiene usted razón, es muy difícil. Figúrese usted que la primera vez Juana no pudo y rompió á llorar. Yo creí que la voz se me atascaba en la garganta, estaba encarnada, ¡muy encarnada! ¡pero mamá me echó unos ojos!... Entonces, leí sin saber lo que decía; estaba como soñando. M. d'Hérystal me felicitó; con eso tomé un poco de valor, me bebí un trago de agua azucarada; y me sentí con una voz y una fuerza! Pasa enteramente como en un baile, cuando las luces os entran en los ojos y la música en la cabeza, y se da vueltas sin saber cómo; pero estaríamos dando vueltas hasta las cinco de la mañana. La última vez, dijo á una recién entrada que su palabra era pesada; entonces comenzó á sollozar, su madre la cogió en brazos, le hicieron respirar sales porque tenía un ataque de nervios; él mismo leyó el resto de la tarea; felizmente, estaba muy bien y entonces ella se repuso. Eso también es terrible; todos los ojos están fijos en usted; allí están las madres, las tías, algunas veces los papás con los lentes puestos. Nos meteríamos en una ratonera. Hay también cosas muy divertidas, figuras cómicas: la penúltima vez llegó una inglesa, miss Flamborough, roja como una amapola, con un chal muy rojo capaz de enfurecer á un buey, una especie de casaquín, y sin talle; no se atrevió á alzar la vista, no miró á nada más que á sus pies y á su cuaderno; debe ser una jornalera. Aquel día salió

mamá escandalizada: ¿creerá usted que la señorita d'Etang iba con un chal de Cachemira? No se ha visto nunca nada semejante. Eso no lo usan más que las casadas; pero ella es criolla y no sabe aún de estas cosas. Aseguro á usted que aquello presenta un bonito golpe de vista, casi como en una *soirée*; hay flores en las jardineras, criados de librea para abrir las puertas, y ¡qué peinados! Se aprende allí más que en los periódicos de modas. La señorita d'Etang llevaba pendientes como los del museo Campana, con esmeraldas. La de Hérié tiene un hermano artista y le ha dibujado sus trajes de invierno, de terciopelo negro, adornados con plumas de cisne. La d'Angelès tiene la cara y el cuello demasiado largos, pero trenza sus cabellos en forma de diadema para ensanchar su cabeza; es morena como una española, y se viste de azul oscuro con adornos de piel, unos bordados que horrorizan y franjas á todo alrededor de su cuerpo. ¡Oh! el miércoles está cerca! Cinco días aún: viernes, sábado, domingo, lunes, martes, doce horas diarias, no, veinticuatro, porque yo sueño con eso. Juana, querida mía, dame un abrazo.

Al instante se arrojan la una en los brazos de la otra y saltan como cabras en el césped; expansión nerviosa. Dentro de dos años se abrazarán por el buen parecer; esto sienta muy bien y es maligno; ellas adivinarán que hay en eso una coquetería; será como un ramo de cerezas que se pasa á los hombres por debajo de la nariz para que puedan imaginarse cuán delicioso será el probarlas. Dentro de cuatro años, si no están casadas, tomarán á los niños en sus rodillas en pleno salón, los besarán y los mimarán con todos los nombres dulces y cariñosos, para demostrar que serán buenas madres. Los nervios, la coquetería, la maternidad; no hay otra cosa en la mujer.

La manivela giraba, había que aprovecharse de su movimiento y yo aventuré la sencilla observación de que la academia Héristal era más divertida que el catecismo.

—«¿Por los trajes, grises ó negros, que son de rigor en el catecismo? No, eso era bonito; Juana, con los ojos bajos, parecía una madonna. Pero nosotras hemos trabajado mucho, ¿verdad, Juanita? Figúrese usted que ella fué la primera siete veces seguidas. Obtuvo la gran medalla al fin del año. Papá la llamaba su pequeña teóloga. Yo estaba, todo lo más, entre las diez primeras. Todos iban allí, la señorita Eudosia, mamá; hasta algunas veces pedíamos consejo á papá, que nos indicaba los libros. Era muy necesario, no había medio de salir de allí. La señora Volant y las otras mamás se ponían al lado de sus hijas, con un lápiz y cuadernos, tomando notas, deprisa, muy deprisa; los dedos corrían como caballos de carrera. Ellas lo escribían todo. Luisa Volant sacó un día un escrito de diez y seis páginas sobre el amor de Dios; otra vez uno de veinticuatro sobre la dignidad de la Iglesia, con citas de San Agustín. Nosotras convinimos en que mamá tomara nota del final, la señorita Eudosia del principio, y Juana y yo del medio, y de este modo una vez hicimos treinta y dos páginas; por la noche, papá nos leía á Bossuet; Juana tenía tan buena memoria que recitaba al momento todas las herejías, todos los Concilios. Entonces nos denunciaron. ¡Son tan envidiosas esas señoritas! Pero el señor cura contestó que era edificante ver á los padres instruirse así en la religión. El día en que Juana fué á recibir su medalla, no estaba yo muy alegre; echaba chispas y repetía veinte veces por minuto: «La medalla no es para ustedes, señoritas; no es para vuestras hijas, señoras,

sino para mi Juana.» Juana, estabas hermosa como un ángel.»

Un diluvio de besos. Hay mucho encerrado en esta joven; debería montar á caballo, dar grandes paseos á pie, ir á un gimnasio, aprender geografía. Pero esto no es de mi incumbencia. Otro latigacito para acabar.

—«¿Y el piano?»

Ellas rien á carcajadas.

—«¡Eso es muy malo! Son ustedes escépticas. Ya saben que me he educado en Alemania. Adoro la música.

—¿El cornetín ó el trombón?

—¡Abominable! Ustedes no respetan nada. El piano, el piano.

—Muy bien, caballero.» Y corre como una cierva; abre la puerta, se sienta al piano y comienza con ambas manos un torrente de escalas: ¡qué torrente! Emplea toda su fuerza, haciendo gárgaras con su garganta. «Juana, haz gárgaras; adelante con las escalas; es preciso dar gusto á este caballero.»

El viento ha cambiado; ya no hay confidencias; no obtendría más que un embrollo.

—«Señoritas, nada tan horroroso como la calumnia para un corazón sensible. Yo me ahogaré esta noche al regresar, si hay agua en el Sena. Sin embargo, venía de buena fe; os había traído un librito de Schumann. ¿Qué hago con él ahora? ¡Dios mío!

—¡Un librito! ¿Dónde está? Un cuaderno gris-salmón; ¡qué algarabía han puesto en él! ¿Alemán? ¿Y qué ha impreso ahí su alemán de usted?

—Algunos preceptos, una especie de catecismo para uso de los músicos principiantes.

—¿Un catecismo? Será muy hermoso. ¡Ah, señor Graindorge, sea usted amable, tradúzcanos usted eso!»

He aquí los preceptos. Durante mi lectura, merecían ser retratadas: abrían mucho los ojos; es que, por estas veinte frases, se comprende la formalidad, la convicción profunda, toda la emoción íntima que en Alemania forman la base de la educación musical. Figúraos dos gatitas de salón ante una langosta de mar.

«Lo principal es la educación del oído. Procura, desde muy pronto, conocer y distinguir el tono mayor y el menor y los diferentes tonos. Trata de observar qué sonidos dan la campana, los cristales de las ventanas golpeados y el cuco del reloj.

»Algunas personas creen que se llega á todo por la agilidad de los dedos, y emplean hasta una edad avanzada muchas horas del día en ejercicios mecánicos. Es como si un hombre se dedicara á pronunciar el abecedario deprisa, cada vez más deprisa. Invierte mejor el tiempo.

»La manera de marcar que tienen algunos *virtuosos* se parece á la marcha de un hombre ebrio. No tomes nunca á esa gente por modelo.

»Cuando toques, no te cuides de saber quién te oye.

»Toca siempre como si te estuviera oyendo un maestro.

»No debes saber las piezas únicamente con los dedos; es necesario que las puedas cantar sin teclado. Aguza tu imaginación de modo que no sólo puedas retener la melodía de una pieza, sino también su armonía.

»Debes llegar á comprender la música con la lectura.

»No toques jamás una pieza sin haberla leído antes.

»Cuando tengas ya alguna edad, no toques ninguna pieza de moda. El tiempo es precioso, se necesitan cien vidas para conocer únicamente lo bueno.

»No divulgues la música mala; al contrario, ayuda con todas tus fuerzas á destruirla.

»No debes tocar música mala, ni oirla tampoco, de no verte obligado á ello.

»Considera como una cosa terrible cambiar ú omitir algo en la música de los buenos compositores, ó introducir en ella adornos nuevos de moda.

»Este es el mayor ultraje que puedes hacer al arte.

»Elige para compañeros á los que sepan más que tú.

»Las reglas de la moral son también las del arte.

»Sostente, estudia seriamente la vida y también las demás artes y ciencias.

»Siempre es hora de aprender.»

Al llegar aquí bostezaron con toda su alma. Pero, mi buen señor Graindorge, eso es alegre como un entierro. Su autor es un trapense, ¿verdad? Debió añadir á sus preceptos: «Hermano, morir tenemos.» Se ve bien que los alemanes comen berzas. Nosotras no empleamos tantos requilorios. Aprendemos á levantar y bajar uno á uno los cinco dedos, *do, re, mi, fa, sol*; después, escalas; luego, ejercicios: Cramer, Czerny, Doelher y lo demás. Yo estoy en Czerny, Luisa Volant no ha pasado de Cramer. Entonces los dedos corren; mire usted, así. (Sus blancos dedos comienzan á galopar haciendo lindísimas escalas.) Hay que sentarse bien y tomar un aire grave, así. (Toma la actitud más burlescamente sentimental del mundo.) Se levanta la cabeza un instante hacia el techo, de este modo. (Se arregla con mucha gracia un bucle que no tenía necesidad alguna de arreglo.) Después, ¡puff! una nota llena, y rum, rum, rum; escuche usted bien, es el *Movimiento continuo*.

En efecto; este es el título de la pieza, un verdadero

tren expreso. La galopeada duró diez minutos; sus mejillas enrojecían, sus ojos brillaban; un verdadero caballo de carrera. Su hermana aplaude, yo la imito, los padres, que llegan en aquel momento, aplauden también. Le hemos asegurado que sería la primera en la próxima reunión musical, en casa de Mme. d'Héristal, y, á fe mía, lo merece. En la comida, hemos deliberado sobre el traje, nos hemos decidido por los cabellos rizados, fofos, con bucles; estamos seguros de que obtendrá un éxito. Ella estaba chistosa, y al acompañarme hasta la escalinata, cuando yo besaba (á la moda antigua) la mano á su madre, me dijo haciendo una reverencia: «¡Hermano, morir tenemos!»

Yo pensaba en su futuro marido, cuando á la vuelta meditaba en mi carruaje: ¡Hombre feliz! Si hay alguna educación buena para excitar los nervios y la vanidad, es esa.

## CAPITULO IX

### LOS JÓVENES

#### I

He visto estos días á cinco ó seis jóvenes de buena sociedad, y quisiera describirlos; pero mi espíritu se va, no sé por qué, á pasearse por otros lugares, por América. Probablemente la causa de esto es la fuerza del contraste; lo único que hoy puedo escribir es la historia del primer joven americano á quien he conocido bien.

Hallábame en Nueva Orleans, y habíamos cazado juntos varias veces. Al ponerse el sol se baja por todo lo largo del canal hasta el gran *bayou*, que lleva al lago Pontchartrain; los cocodrilos duermen la siesta en el fango; hay que apuntar á los ojos, porque la bala resbalaría en su coraza, ó al vientre, cuando se dignan enseñar este órgano, lo que sucede con frecuencia; porque son *gentleman* en sus modales y se tienden gustosos en la arena, como en un sofá, en actitudes cómodas. Por el contrario, una vez heridos, resultan cómicos, y hacen piruetas en el agua, dan cabriolas, saltos y volteretas, absolutamente como los bailarines de la Opera. Anteanoche, al ver á M. Mé-rante haciendo el trompo, quedé asombrado del parecido. Sin embargo, el cocodrilo es superior; en los brincos hacia atrás emplea una fantasía extraordinaria. En suma, este ejercicio es excelente después de comer, y en mi opinión preferible al billar.

Mi amigo, Jonathan Butler, tiraba muy bien, y en

aquellas ocasiones reía á carcajadas; por lo demás, no reía ni hablaba casi nunca, fuera de aquellos momentos; pero una vez á orillas del *bayou*, se frotaba las robustas manos y se ponía alegre. «Tom—me decía—¿ve usted aquel *gentleman* que bosteza allá, bajo los espesos juncos, enseñando tan hermosas mandíbulas? ¿No ve usted cómo se parece al reverendo Booby, del Kentucky, que fué ayer á cantar salmos á casa de mi madre? Absolutamente la misma mandíbula, y un chaleco blanco semejante al otro; ¡al chaleco blanco del reverendo!... ¡Paf! ¡patatrá!... El reverendo no guarda compostura; ¿no ve usted cómo se menea? ¡Ah!, ¡ah!, ¡nos enseña el vientre! Perdón, monseñor, le he manchado el chaleco blanco. ¡A otro!» En aquellos momentos su mirada no era buena; se hinchaban sus narices, y sus mejillas se ponían rojas.

Era yanqui por la raza é inglés por el temperamento, muy diferente en eso de los jóvenes de Nueva Orleans, que son generalmente de origen francés, pálidos, finos, nerviosos como los criollos. Tenía seis pies de estatura y era grueso en proporción, aunque sólo contaba veintiocho años; ancho de hombros, con las carnes duras y apretadas de un toro. Lo frecuente en él era el reposo, y no prodigaba sus gestos en la conversación; pero cuando bebía ó estaba de mal humor, sus labios comenzaban á temblar, su respiración era ruidosa, y nos manteníamos en un silencio voluntario, comprendiendo que una vez lanzado, seguiría adelante con toda su fuerza y con los ojos cerrados. Yo le vi una noche tempestuosa, cuando el cielo parecía desprenderse en forma de diluvio, salir del club á la una de la mañana, gritando que no era un perro para entrar en su casa y dormir en un jergón. En cinco minutos llegó al puerto, saltó á su barca y se lanzó al

rio, donde nadaban gruesos troncos de árboles arrastrados por las aguas impetuosas. La corriente cenagosa formaba grandes remolinos; el mástil crujía. Nosotros le llamábamos con todas nuestras fuerzas, él no atendía y maniobraba, desnuda la cabeza, con sus brazos hereúleos. Nosotros le dábamos por muerto; al día siguiente por la mañana, volvió mojado como si hubiese pasado la noche debajo del agua, pero fresco y de buen humor, como un hombre sanguíneo á quien se sangra, y que no sintiendo ya sus venas atascadas, se encuentra á gusto.

Un año antes de mi llegada, hubo tiroteos por la parte de Méjico. De repente abandonó su casa tan bien montada, su bienestar inglés, realizado por el lujo criollo, y partió á caballo, con su trailla de perros, dos carabinas, una brújula y una manta, á través de las sendas, solo, viviendo de la caza, atando de noche su hamaca en un árbol, y durmiendo bajo la guarda de sus perros. A los tres meses estuvo de vuelta, habiendo andado siete ú ocho mil millas á caballo, y matado un razonable número de indios y de mejicanos, muy bien de salud, pero con una cuchillada en la mejilla. Los perros, que se habían alimentado de carne, se hicieron tan feroces, que se vió obligado á sacarlos de la ciudad.

Las expediciones de este género le habían hecho popular entre los jóvenes ricos, tanto más, cuanto que era servicial y no tenía pretensiones. Sobre todo estaba perfectamente libre de la rigidez y de la hipocresía puritanas. En este punto, las ideas criollas habían rellenado su fondo inglés; su madre, una francesa altiva, emparentada con las familias antiguas, le había educado en las costumbres de la nobleza rancia y en el odio del *cant*. Conviene advertir que en la sociedad

elegante, los yanquis son tenidos por tenderos orgullosos. En efecto; en casa de éstos, en Cincinnati, por ejemplo, la ley prohíbe los billares; se impone una multa de cincuenta dollars á quien vende un paquete de barajas; se encuentran allí, en plena selva, *revivals* que duran tres días. Se remudan los predicadores que describen la agonía del pecador, su muerte, los progresos de la podredumbre, el fuego del infierno, todas las circunstancias de la tostadura, minuciosamente, con gritos y jaculatorias, hasta caer extenuados, y entre tanto á su alrededor los oyentes gritan ¡Hosanna! con toda su voz, algunas veces durante tres ó cuatro horas, y las jóvenes sollozan convulsas con la faz en tierra. Además, los *gentleman*, de Cincinnati, van ellos mismos á hacer sus compras, comen con sus cuchillos, escupen incesantemente, aun en la mesa, y sobre los vestidos de las señoras. Podéis ver esas lindas costumbres en una novela de Cooper; se trata de dos enamorados; la joven no se casa con el joven porque tiene dudas teológicas; después de muchas discusiones, él se va á pescar vacas marinas á los mares polares; se le hiela la nariz y esto le convierte. Ella, entre tanto, continua al cuidado de la cocina y va á recibir el barco con una cacerola en la mano. Apenas comienza á divisarle, grita: «¿Crees ahora en la mediación directa, ó solamente en la simbólica?—«En la mediación directa.» Loca de alegría, tira la cacerola, y ya están casados. Esos zapateros predicadores, casi no gustan, y es natural, á la gente fina. Por esto, nuestro amigo Jonathan Butler, aunque protestante, no predicaba ni con el ejemplo. Siguiendo la moda, tenía por amante á una linda cuarterona, y no le guardaba demasiada fidelidad. Su carruaje era nuevo y sus caballos admirables; sus negros, bastante apaleados, obedecían á

una simple mirada. Indudablemente las gentes del pueblo le encontraban algo orgulloso, porque no les hablaba nunca, y, cuando pasaba, los tenderos devotos le llamaban en voz baja Moloch y Satanás; pero se le acercaban siempre con la cabeza descubierta, y cuando le hacían falta veinte carabinas, no tenía necesidad de llamar á veintiuna puertas para encontrarlas.

Estábamos en Julio, y el calor era tan grande, que aquel día murieron en la calle, de apoplejía, dos hombres y cinco ó seis caballos. Nubes de mosquitos subían del río. Por la tarde, un viento sofocante y malsano, que excitaba los nervios, comenzó á levantar espesa polvareda. Butler y yo entramos en uno de los cafés americanos, en que se traga de pie, á lo largo de un mostrador, emparedados, lonjas de cangrejo y vasos de whiskey. El estaba melancólico ya desde la mañana, y le habían picado dos ó tres mosquitos. Yo traté de bromear, él no contestó; pidió un vaso grande de ron y lo bebió, con las cejas fruncidas, sin pronunciar una palabra. Le llamé para marcharnos y pareció no oírme. Cinco ó seis *gentlemen*, de Kentucky, que mascaban tabaco y se limpiaban los dientes con sus cuchillos, le miraban con una familiaridad ofensiva, y se veía bien que les chocaba el corte demasiado elegante de su pantalón blanco. El los miraba también, y en verdad, no con muy buenos ojos. En aquel momento pidió una cerilla al mozo.—«Al instante, caballero.» Pasado medio minuto, pidió la cerilla por segunda vez; su semblante estaba de color de púrpura; aquel mozo tenía la costumbre de servirle; á él le parecía que le quitaban su criado. A la cuarta vez, el pobre muchacho, aturdido, creyó que tenía tiempo para llevar á los kentukienses su último emparedado, y pasó

corriendo, Butler, alzando el brazo en toda su longitud, le hundió en la espalda su *bowie-knife*. El golpe fué tan fuerte, que oímos crujir el omoplato, roto por el mango del cuchillo. El hombre cayó boca abajo, ahogándose; hizo un esfuerzo para apoyarse en los codos, extendió el cuello para tragar un poco de aire; después con un hipo, arrojó por la boca una ola de sangre, y murió inmediatamente sin lanzar ni un gemido. El cuchillo había quedado en la herida, y Butler, que permanecía de pie, absorto como un sonámbulo, se dejó prender y llevar.

Al día siguiente, en la ciudad, todos, hasta los negros, comentaban el suceso. Los negros opinaban que el joven había matado con alguna precipitación: «Pero—decían—el mozo tuvo la culpa, puesto que le había llamado cuatro veces.» Sin embargo, su imaginación corría, y se preguntaba si Mr. Butler sería ahorcado con su pantalón blanco y su corbata de color de rosa; entonces, movían la cabeza misteriosamente y enseñaban los dientes. Los jóvenes distinguidos lamentaban que Butler hubiera hecho uso de un cuchillo y no de un bastón. «Con un bastón, hubiera tenido que darle, no un golpe, sino una docena. Por causa del cuchillo, se verá obligado á pasar cuatro ó cinco años en Europa.» Pero los tenderos y todos los que ejecutaban trabajos manuales estaban furiosos. Celebraron *meetings* en los que se habló, durante muchas horas, contra los aristócratas, que habían engordado con la substancia del pueblo, se citó á Jefferson y se declaró que, si los hijos libres de América no obtenían de sus magistrados protección y justicia, ellos recobrarían la posesión de sus derechos naturales (alusión á la ley de Lynch.) El asunto se puso mal, sobre todo al ver cómo lo llevaba el juez. Este era un francés,

antiguo armador, valiente y de severa honradez, que no amaba al pueblo, pero que se había educado en los principios absolutos, en la lógica estrecha del siglo último. Declaró muy alto que no haría distinción de personas, y que la horca se había hecho para los asesinos de todas clases. Se alarmaron y fueron á hablarle. Contestó que el veredicto correspondía á los jurados, pero pronunciado que fuera, él aplicaría la ley. Como era bastante pobre, un amigo de la familia subió á su casa una mañana con cien mil dollars en billetes de banco; tomó el paquete y lo tiró por la escalera en compañía del portador. Se dirigieron al calabocero, personaje de menos severidad; el juez le despidió y puso en su puesto á un mocetón huesoso, fleumático, una especie de puritano, cantor de salmos que no se movió de su garita de día ni de noche y sobre el cual se deslizaban las amenazas y las promesas como el agua sobre un hule. Volvieron al juez, y, como aumentaba la irritación, se le dió á entender que peligraba su vida; decidió salir siempre armado hasta los dientes, y con cinco ó seis negros tan resueltos como él. Una tarde le dispararon dos tiros de pistola y fué ligeramente herido en un hombro. Desde entonces hubo en cada tienda dos brazos y una carabina cargada, á su disposición. La ira pública creció tanto, que ya no se atrevieron á meterse con él. El proceso fué sustanciado como todos los demás, había veinte testigos y el acusado no negaba. Se trató de probar que estaba ebrio, pero no había bebido más que un vaso grande de rom. El mismo empeoró su causa con su feroz silencio y la altivez de sus respuestas. «Es un perro malo rabioso—decían en el auditorio—hay que matarlo.» El jurado, compuesto de comerciantes y de industriales, se acordó de que había habido mu-

chos homicidios el mes anterior, y de que esto perjudicaba á los negocios; y el juez, sentenciando rígido, después de haberse cubierto, según costumbre, condenó á Jonathan Butler á ser ahorcado.

Todos los jóvenes de buena educación se conmovieron; hubo conciliábulos; estaban convencidos de que no se cumpliría la sentencia en un hombre de su clase; la horca, sobre todo, les parecía infame, buena para un yanqui ó un negro; su honor estaba comprometido si no lo impedía. Mme. Butler, la madre del condenado, vió á los principales, y el primer lunes de Agosto, ofrecieron al calabocero doscientos mil dollars; era toda la fortuna de la familia; y además se encargaban de embarcarlo á él y también á su familia y á Butler, en un buque de toda confianza que aquella misma tarde salía para Europa. Él cerró los ojos y palideció, deslumbrado por aquella suma; después fué á su mesa á buscar su abultada Biblia, hizo ver un texto que había subrayado, y que hacía un mes venía leyendo todas las mañanas: «No prevaricarás.» Después de esto salió, negándose á hablar con nadie. Dos días después, los amigos de Butler supieron que se estaba haciendo una excavación para colocar la horca. A las cuatro de la mañana del siguiente, unos cincuenta hombres, bien armados, atacaron la prisión.

La guardia constaba de veinte soldados, que no hicieron gran resistencia, y se volvieron de buena gana á su alojamiento. Otro puesto más numeroso había en la punta del muelle; pero el coronel y los primeros oficiales, que pertenecían á la buena sociedad, habían tenido cuidado de marchar una hora antes; aquél á inspeccionar el lago, los otros á una cacería al bosque, dejando los soldados en el cuartel. Los amigos de Butler iban provistos de palancas, barrenas y limas

y empezaron á trabajar en la fuerte puerta del calabozo; después, viendo que era muy gruesa y estaba sólidamente cerrada, la atacaron con una viga á manera de ariete. Resistió. Entonces apilaron leña junto ella y le prendieron fuego; esto dió resultado; los maderos, encajados en el hierro, se carbonizaban, y aquella pesada máquina comenzó á desunirse. Pero habían invertido más de media hora, y el ruido de los golpes de la viga y las llamas de la hoguera despertaron la alarma. Sin embargo, los tenderos no osaban moverse. Se veía á alguno en el umbral de su puerta con la carabina en la mano, pero no estaban unidos y les parecía demasiado resuelta la actitud de los sitiadores. De repente, se vió llegar, por una calle que lleva al puerto, una turba de hombres con el pecho al aire, andrajosos, que gritaban como salvajes, armados de barras de hierro, azadones y cuchillos; eran los pobres iriandeses empleados en el puerto, que querían tener la satisfacción de ver ahorcar á un inglés rico. Los jóvenes hicieron una descarga, y un gran número de blusas sucias cayeron al suelo; pero Paddy es el primer hombre del mundo si se trata de hacerse romper los huesos y de romperlos á otro. Además, ellos habían bebido ya su whiskey de la mañana; manejaron tan bien sus barras de hierro y sus bowie-knives, que el asunto quedó terminado en un cuarto de hora. Los amigos de Butler, derrotados, se retiraron, llevándose sus heridos, y los ganapanes, llenos de entusiasmo, se esparcieron por las tabernas, dejando un centenar de ellos alrededor de la prisión; algunos tenderos se les unieron, y en lo sucesivo, la prisión fué vigilada noche y día por los voluntarios, de tal modo, que hubiera sido necesario combatir con la mitad de la población para asaltarla.

Ya no había remedio, y mi hombre estaba reducido á aquel último rincón sin salida, donde tenía que morir. Un curioso, que, desde una ventana bien situada observaba á Butler con un anteojo de larga vista, le vió aquella tarde mirando al sol poniente con la boca y los ojos desmesuradamente abiertos, extático, rígido como ante un espectáculo horrible ó sublime; después se arrodilló oprimiéndose fuertemente el cráneo con ambas manos. Por la noche, en lugar de dormir tranquilamente como era su costumbre, dió una vuelta en redondo á su habitación, y el guardián, que sentía sus pasos, oyó hacia la media noche una tempestad de sollozos; era robusto, jamás había llorado, y aquella conmoción de su pecho parecía el estertor de un toro. Por la mañana, le encontraron durmiendo, muy pálido y como aniquilado por un esfuerzo grandísimo. Había escrito mucho, después arrugó y tiró los papeles en todos los rincones de la pieza. Uno de ellos pareció extraño; contenía las siguientes palabras: «El sol poniente era el corazón de Cristo, y sus rayos penetraban en mis ojos. Yo corrí hacia él, estreché sus pies con mis brazos, luego me incorporé y quise, de rodillas, abrazar un cuerpo, como hacía con mi madre. Entonces he visto mi faz, estaba pálida como las hojas grises en invierno, lavadas por la lluvia, cuando mueren en las ramas de los árboles. Desfallecí, y abriendo de nuevo los ojos, vi el sol eterno por encima de esas multitudes de cabezas redondas sumamente compasivas, felices y en una gloria de púrpura. Me parece que tengo una puñalada en el estómago.»

Sólo faltaba un día y su madre obtuvo el permiso de despedirse de él. Llegó, vestida de negro; cuando la vieron bajar del carruaje con los ojos secos y ar-

dientes, tranquilo el semblante, todos los que allí estaban, hasta los irlandeses, se descubrieron. No la registraron á la entrada, en América se respeta á las mujeres más que en Francia; además, aunque hubiera llevado una lima, el prisionero no hubiera podido servirse de ella; había seis guardianes junto á su puerta y cincuenta debajo de la ventana; pero no era una lima lo que ella le llevaba. Estuvieron juntos cerca de una hora sin que se oyeran sollozos ni exclamaciones; después ella salió tan fría como antes; no perdió el sentido sino cuando estaba dentro del coche. Por la noche, el carcelero oyó un grito, á los quince minutos uno ó dos gemidos; pensó que se estaba terminando la conversión, y preparó, para la mañana siguiente, sus consuelos espirituales. Al otro día, al entrar en el cuarto, encontró á Butler en tierra, boca abajo, muerto, con tres puñaladas en el pecho. Había una salpicadura de sangre en la pared, luego una gran cantidad cerca de la silla; el cuchillo había quedado en la tercera herida. Se había herido tres veces, y, en los intervalos, había tenido la paciencia de escribir. La primera vez no hizo más que desabrocharse la levita; la hoja tropezó en una costilla y penetró un poco en la carne de soslayo. Entonces, se quitó la camisa, y, tentando con los dedos un buen sitio, se concedió un cuarto de hora para volver á empezar. La segunda vez el cuchillo penetró bien, aunque demasiado bajo y muy á la derecha; la sangre corrió en abundancia, se sentó abriendo los labios de la herida, persuadido de que todo iba á terminar. Después de otro cuarto de hora de espera, se sintió muy débil y febril, pero con el espíritu bastante lúcido para comprender que había errado el golpe. En aquel momento, y durante cinco minutos, le faltó va-

lor. Sus dos heridas le abrasaban; se excitaba inútilmente. Entonces, bebió media botella de agua, se lavó las manos y la cabeza; hecho esto, volvió á ser completamente dueño de su pensamiento, y se decidió á no morir colgado, como un negro. Permaneció tranquilo una media hora, evitando todo movimiento, y tapándose la herida con un pañuelo: «pues, escribí, si la sangre vuelve á salir profusamente, me debilitaré, no tendré ya fuerza para herirme en el punto preciso, y me ahorcarán mañana.» Anunciaba que aquella vez, colocaría la punta del cuchillo en el sitio donde se siente latir el corazón y lo ahondaría empujando por grados y con las dos manos, pero arrojándose en su lecho, para no hacer ruido y no despertar á nadie con su caída. La última línea indicaba la hora; las once y veintitrés minutos, y tuvo la precaución de dar cuerda á su reloj.

Aquel joven no sabía reflexionar, y no se aprovechó de su experiencia: el corazón es difícil de tocar; es mejor herirse en el cuello. Dos pulgadas más abajo del ángulo de la barba, pasa la carótida, que, en ese punto, solamente está cubierta por la piel y un músculo bastante delgado. Hundiendo el arma y empujando hacia dentro, se la puede cortar fácilmente del primer golpe; el cerebro queda al momento paralizado y viene la muerte sin sentir nada. Todo consiste en ejecutar los dos movimientos de seguida, apretando y después sesgando, casi lo mismo que cuando se parte una rebanada de pan en un panecillo.

## CAPITULO X

### LOS JÓVENES

#### II

Ayer sábado fui á visitar á M. Anatolio Durand ó du Rand, mi sobrino. Este bribonzuelo abusa de la pensión que he tenido á bien designarle; el criado que me abrió la puerta tiene el aspecto de un mayordomo. Mi señor sobrino estaba hundido en una poltrona, con los pies á la altura de las cejas, y fumaba cigarros tan buenos como los míos. Le miré, parecía un pavo trufado colocado en su plato. Le saludé gravemente, él se sobresaltó y no halló nada que decirme. Le dí mi enhorabuena por sus butacas acolchadas, sus divanes soberbios de cuero oscuro; después, como sentía alguna inquietud en mis piernas, pasé revista á su vivienda. Hay lindísimas *étagères* en el comedor; á mi sobrino le gusta lo de Sévres antiguo. El dormitorio contiene dos Balduinos y algunas pequeñas estatuas poco vestidas; es un hombre de gusto. Hecho ésto, encendí un cigarro y le dije:

— «Anatolio, ¿hay nada tan hermoso como la virtud?

—¿Qué, tío?

—Digo, amigo mío, que no hay nada tan hermoso como la virtud. Por ejemplo, ahí tienes á M. de Montyon, ó bien á M. Bordier, antiguo notario; lee el periódico, verás cuánto ruido hacen todos los años en el

mundo. Han dejado algunas cantidades para alentar las buenas acciones ó recompensar los libros buenos y por este motivo, todos conocen sus nombres y hablan de ellos. Ya ves, esto estimula; es muy grato adquirir gloria. Hubo un barón, ya no sé cuál, que con su testamento, excitó á los cirujanos á perfeccionar la talla de la piedra. Pues bien; desde aquel testamento, se han inventado aparatos encantadores; hay para llenar una tienda; las gentes se dejan tallar sin hacer gestos; se hace hoy esta operación tan pronto y con tanta delicadeza, que da gusto. ¿No parece esto discurrecido para despertar la emulación en un alma generosa? Veamos, amigo mío; tú eres joven, estás en la edad de los sentimientos nobles, dame tu opinión en conciencia. Hay una enfermedad de que yo quisiera ver libre al género humano, el reumatismo; yo sé lo que es, lo he padecido dos veces. ¿Qué mejor empleo puede darse á una fortuna, que ofrecer, después de muerto, algunos centenares de miles de francos al sabio laborioso que encuentre su específico? ¡Ah, joven, joven, tus ojos brillan! ¡Qué bueno es, amigo mío, interesarse por el género humano!»

Mi sobrino no tenía el aspecto de interesarse enteramente por el género humano; hasta parecía corrido, y se olvidaba de fumar. Al verle, añadí para consolarle:

—Pobre Anatolio, yo tengo algunos disgustos. Nuestra manufactura de cerdo salado de Cincinnati se ve en peligro. Me dice mi corresponsal que el profesor Tickscull, de la Academia *Hog-and-swine-for-the-world*, acaba de inventar una máquina que hará imposible toda concurrencia. Todo se hace al vapor, es una obra maestra de elegancia y de precisión. Se meten los cerdos en fila, en un corral oscuro al extremo

del cual grandes cuchillos, en movimiento, los degüellan uno á uno: dos minutos. Un trineo lleva al animal á la habitación del lavado: un minuto. Allí, unos cepillos mecánicos lo pelan y lo dejan limpio como un par de botas: siete minutos. Otro trineo lo lleva á la cámara de descuartizar, donde tajadores mecánicos lo destripan y lo dividen en cuartos: seis minutos. Dos poleas lo elevan y lo depositan, miembro por miembro, sobre capas de sal, en un barril: tres minutos. El barril es cerrado y parte en un pequeño ferrocarril: dos minutos. En total, veintiún minutos para preparar un cerdo, hasta el último detalle, y mandarlo al campo. Esto es admirable; ven mañana, te enseñaré los planos y dibujos en mi gabinete. Thickscull va á ganar tres millones de dollars; será el proveedor del ejército federal. Esto me molesta; primero, por el honor, yo era el primer fabricante de cerdos de la Unión americana; después por el dinero, los jamones me producían treinta mil libras de renta. Yo podría dar instrucciones á mi agente, es un hombre honrado; no ha quebrado más que siete veces. Pero, en fin, Thickscull puede untarle la uña, y necesitaré allá un hombre de mi confianza. Veinticinco horas para ir de aquí á Liverpool, doce días de Liverpool á New-York. Anatolio, ¿qué dices de ésto? Yo he pensado en tí.

La fisonomía de mi sobrino era en aquel momento muy notable. Los dos extremos de su boca se habían bajado como los de un sollo. Los ojos redondos, muy abiertos, semejantes á las bolas de lotería, y en la raíz de sus cabellos rizados y lustrosos, dos gotas de sudor dispuestas á correr por su piel sonrosada.

—Cálmate, amigo mío; apruebo ese noble ardor, pero eres demasiado impetuoso; en los negocios nada debe hacerse con precipitación. Ya hablaremos de

eso. Entre tanto, dime á quién esperas hoy; el salón está arreglado, he visto un gran bol de ponche en el comedor, y tu criado arreglaba ahora mismo platos y toda clase de utensilios culinarios. ¿Estorbo?

—¡Oh, no, tío! Juro á usted que soy un soltero muy ordenado; espero únicamente amigos, todos dignos; hoy me quedo en casa.

En efecto; mi señor sobrino tiene señalado un día para recibir, lo mismo que una mujer bonita. Yo le miraba mientras que él iba por la habitación dando órdenes. Y ciertamente, ¿en qué se diferencia de una mujer bonita? Es menos guapo, eso es todo; por lo demás, se encuentra al mismo nivel. Sus preocupaciones son casi las mismas; el meditar en sus trajes, su mobiliario, su representación de joven, ha agotado todas sus ideas. Tiene un armario totalmente lleno de botas y zapatos; durante dos años ha vacilado entre Renard y Durantoy, para fijarse en Renard, sin perjuicio de volver á Durantoy; en cuanto á los chalecos, se dice que tiene genio; el primer cortador de Renard le respeta, y el buen mozo que en el almacén sirve de cartel, no está más orgulloso de su cuerpo que éste del suyo. Examinaba yo su traje de joven, pantalón largo, preciosa levita de verano, chaleco igual, y rodeando su cuello la más exquisita corbata. La barba afeitada, pero sus espesas patillas se confunden con el bigote, y el aspecto de hombre estragado alterna en su semblante con el de joven contento de sí mismo. Las manos muy cuidadas, los dedos sonrosados muestran una gruesa sortija; de vez en cuando los levanta para que circule la sangre. Algunas veces, un movi-

miento maquinal los lleva á su oreja, que es pequeña, á su cuello postizo, obra maestra de buen gusto y de osadía, ó á sus cabellos graciosamente ondulados por encima de sus sienas. Conoce su sonrisa, la atempera ó la sostiene á igual distancia de la docilidad y del enojo. Sabe inclinar el cuello, cruzar las piernas, apoyar la barba en la mano, reclinarse en un sillón y oír ó decir tonterías sin bostezar. ¡Sobrino mio, qué amable eres! Qué poco necesitarías aprender, si de repente, convertido en mujer y señora de salón, te vieras obligado á peinarte á lo perro, á llevar trenzas postizas, á ahuecar una falda fofa y á moverte, con la mezcla apetecida de gracia y de decencia, entre las coquete-rías y la charla de una recepción.

¿En qué pasa el día? Se levanta á las nueve, se pone el traje de casa y su criado le da el chocolate. Lee los periódicos, fuma cigarrillos, se despereza hasta las once y se viste. Esta es una operación importantísima. Ha mandado colocar en su tocador una tabla de siete pies de larga y ancha en proporción, con tres jofainas y yo no sé cuántas cajas, frascos y espejos. Hay tres cepillos para la cabeza, uno para la barba, otro para el bigote, pinzas para arrancar el vello, pastas para sujetar los pelos rebeldes, pomadas, esencias, jabones; yo entré allí y podría afirmarse que es un arsenal. Después el almuerzo, fuma otra vez, hojea una novela y hace algunas visitas. El año último acabó de estudiar Derecho; esto le ocupaba dos horas todos los días, y era el último eslabón de la cadena universitaria. Ahora es libre y se considera dichoso por no hacer nada y no leer ya. Creo que ha recorrido ligeramente la *Vida de Jesús*, y esto por poder hablar de ella, por seguir la moda. Su gran invento este año es un puño de bastón; llevó á casa de Verdier una

docena de juncos que me habían enviado del Brasil, y en cambio, mandó hacer el puño que le ha valido entre sus relaciones una reputación. Una vez, en los primeros días del verano, convenció á unos cuantos jóvenes de su círculo, á salir todos juntos, con chalecos blancos, y levita y sombrero de copa alta blancos también; esta expedición ha puesto la moda, y está más que medianamente orgulloso de su audacia y de su triunfo.

A las cuatro, da una vuelta por el Bosque; su caballo es pasadero; es buen jinete y no tiene mala figura. Ordinariamente come en el círculo. Por lo general, se recoge á media noche. Va al teatro dos veces á la semana; prefiere el Palais-Royal; otras dos veces da el brazo á una figuranta del Teatro Lírico. Le he conocido unas relaciones de seis meses con una modista: eso es todo. Es ordenado, como decía antes; no tiene pasiones violentas, ni aun fugaces; casi todos los jóvenes son hoy así, moderados en todo, hasta en sus necesidades. Les asusta el exceso; canalizan sus vicios; son ciudadanos que evitan aburrirse y más aún exponerse. La vanidad, que es su último resorte, los arrastra todavía, pero no demasiado lejos. Mi sobrino da ramilletes á la señorita X..., pero no irá á Clichy por ella. A sus ojos, una mujer vale otra mujer; el amor es agradable como la cocina; al lado de un restaurant hay otros varios. Cuando haya cenado alegremente hasta los treinta años, pensará en la olla doméstica, es decir, en el matrimonio. Una vez casado, engordará en el campo siete meses del año. Se le hubiera podido casar al salir del colegio; ha nacido maduro.

¿Para qué sirve? Maldito si jamás se le ha ocurrido aprender algo, obrar por sí mismo, y seguir su pro-

pio sentir. Háblesele de un gran viaje, aun de placer, por ejemplo, de un paseo por Jerusalén ó El Cairo, y hará un gesto; en su fuero interno, le gusta más una decoración de Séchan en la Opera. Yo le envié á Londres, se vió abrumado por la niebla y las visitas; vió que los teatros y los casinos de aquella ciudad eran buenos para los horteras, y se volvió en seguida. Le gustan mucho las partidas de campo, la vida de castillo; allí hace papel, porque tiene guantes nuevos y no baila mal; prefiere, sobre todo, las comidas exquisitas y abundantes, y esas poltronas inclinadas, en las que se digiere tan cómodamente, tomando el fresco y fumando un cigarro. A su edad, nosotros estábamos locos en materia de política y de literatura; yo formé parte de una sociedad para la regeneración del género humano, y, á propósito de las *Orientales*, de Victor Hugo, andábamos á cachetes en el colegio. En cuanto á él, trata á la literatura como al amor, eso entretiene una velada, cuando hay una noche libre; necesita novelas recreativas, ni tristes ni difíciles de comprender; ha leído á *Madame Bovary*, pero se guardará bien de volver á leerla; si apareciera un Paúl de Kock, á la moda del día, algo más limpio que el otro, sus novelas serían las únicas que adquiriera. En cuanto á las teorías políticas, cayeron al agua en 1848; en su opinión, las frases que se pronuncian sobre los negocios públicos, son únicamente el medio de alcanzar una plaza. Algunas veces le he hablado de una carrera; se resignará á esto, si es indispensable, como á un trabajo cualquiera; no importa cuál; únicamente no la quiere fuera de París, ni con demasiada sujeción; desea tener libres sus noches, sus mañanas, su domingo, un día de licencia por semana, dos meses de vacaciones, y hace notar que digiere mal, cuando se

ve obligado á trabajar entre las horas de comida, de once á cinco de la tarde.

¿Es esto muy extraño? Toda su educación se ha dirigido á contenerle y á disciplinarle. Hizo temas y versos latinos en el colegio, hasta los veinte años; en resumen, una ardilla enjaulada; miraba, lo mismo que sus compañeros, á través de los hierros. Vista desde semejante lugar, la vida parece un día de asueto, un paseo por el bulevar con botas y guantes nuevos, entre muchas mujeres bonitas, á quienes se puede contemplar á su sabor, sin que los profesores tengan que decir. Nada de lo que se le enseñaba tenía aplicación alguna; tratábase de aprender un manual para verse libre; y apenas le abrieron las puertas, arrojó lejos la librea griega y latina como un hábito viejo. Ya en su casa, su madre le mimó mucho, y se ha acostumbrado á eso. No se le exigía iniciativa ni trabajo ni aplicación; bastaba con que se portara bien y no hiciera necedades costosas. «No vuelvas muy tarde, ponte bien la corbata»; estos fueron, creo yo, todos los principios que se le enseñaron. En cuanto al ejemplo, ha visto á los amigos de su padre, y á este mismo, cuidarse lo mejor posible, pensar en su fortuna, refinar su bienestar, calcular el precio y las ventajas de una casa de campo, de un mobiliario, de una comida, y hace lo que ellos. Es un animal domesticado, de pajarera ó de corral; ¿puede nadie ser de otro modo cuando ha nacido en un corral? Hace la rueda decentemente; esta es la única obligación de un pavo; ¿es justo pedirle que haga más ó mejor? Yo comparaba en este instante sus gustos, sus ocupaciones, sus ideas con los de una burguesa bonita; en efecto, él ha sido educado como ella. Aprendió latín como ella el piano, mecánicamente los dos. Estuvo en un colegio como

ella en un convento; miró, de igual manera, á través de las rendijas de la puerta, y ambos se representaron el mundo como en día de salida, en que se estrenan guantes ó se comen pasteles de fresa. Sus padres le enseñaron, exactamente como á ella, el respeto á las conveniencias, á evitar el escándalo, á temer todo esfuerzo, á estimar la buena comida; piensa en un buen puesto, como ella en un marido; el puesto y el marido son medios de figurar y de divertirse, todo sin trabajo. Con esto se contentan ambos; si ven algo en sus sueños, es un carruaje, un castillo hermoso y cómodo. Los dos tienen, como dicha suprema, el ir al Bosque en un coche nuevo. Tal vez la mujer guarda en el fondo de su mente algún otro deseo; pues, á título de mujer, tiene nervios, y, como joven, ha vivido encerrada hasta su matrimonio. Pero, en suma, yo los pongo al mismo nivel; así son los matrimonios jóvenes del día: un par de aves en un gallinero.

Tres campanillazos. Son los amigos de mi sobrino, que vienen del círculo. Presentaciones: como no tengo aspecto de hombre grave, pronto comenzamos á hablar libremente. El ponche ayuda á esto, y mi sobrino se acuesta á las dos de la mañana; soy yo quien le desordena.

El primero es un vizconde de veintiocho años, de una familia del Franco Condado. ¡Pero qué familia! Un padre, dos hijas, una tía, un ama de llaves. No vienen nunca á París, ni á Besançon. El padre pasa la vida paseándose, inspeccionando sus fincas, comiendo y calentándose en un rincón de la chimenea. Es tan perezoso de espíritu, que jamás lee el periódico; tiene que leérselo el ama de llaves; ésta es la cabeza firme de la familia. Ni dibujo, ni música; algo de ortografía, de aritmética y lo demás de la instruc-

ción primaria; en cuanto á recreos, las jóvenes bordan delante de la ventana, el ama corta los patrones. Libros, jamás. Con este sistema, ellas tienen odio al campo y quieren casarse, poniendo únicamente dos condiciones: el futuro ha de ser buen católico y ha de vivir en una ciudad. El padre exige, además, que sea noble, y que acepte por dote siete mil francos de renta; aún no ha encontrado. Ellas, por distraerse, hacen envolturas para niños pobres y gorras de dormir perfectas. Han aparecido las rencillas, y el ama tiene que servir de mediadora entre la tía y el padre, entre las hijas y la tía, entre el padre y las hijas. Añádase la devoción y sus prácticas. Como carecen en absoluto de ideas, han crecido los escrúpulos como cardos en tierra inculta. Ellas han creído que su párroco era demasiado indulgente, y consultan por carta con los teólogos de Besançon casos de conciencia. Por ejemplo, quisieron saber si el párroco podía permitirles el uso del pescado en las colaciones de cuaresma; contestaron que San Ligorio autorizaba los peces pequeños fritos. En cambio, mi joven se divierte por ellas; nunca vuelve al redil, sino en Septiembre, el tiempo de las cacerías. Ha sido agregado de embajada, y tuvo gran fortuna, en las cortes alemanas, con las canonesas; después ha recorrido la Europa y estudiado un curso completo de galantería comparada; al fin, aburrido, ha bajado el vuelo. Sobre este punto, su erudición es universal; se jacta de ella, y da detalles precisos. Todo esto con una amabilidad exquisita y la más encantadora afluencia de palabras; su vanidad no es alta; en esto se distingue de los de la clase media, que cuando presumen de alguna habilidad, ponen en ella la atención y las pretensiones de un autor. Dice que ahora se ha establecido en París, que no vale la pena ir

lejos, que aquí se importan los primores extranjeros, y que, respecto á la salsa, no se encuentra sino aquí.

El hijo de un banquero. Este año, en sólo dos meses, han obtenido el catorce por ciento de utilidad; estas son las noticias que, desde la edad de ocho años, oye comentar en la comida y en el desayuno. Hace seis meses, su padre, enterado de que un inventor infeliz se veía perseguido por deudas, compró los créditos, se hizo acreedor único y se apoderó de la patente por un pedazo de pan; se trataba de un aparato para impedir las fugas de gas. Hecho esto, monta en su carruaje, corre á las oficinas, habla á los conspicuos, obsequia con frascos de vino á los subalternos útiles, y consigue la aplicación de su procedimiento en todas las administraciones. Ganará cien mil escudos. «¿Y el inventor?» «¡Oh! inventará otra cosa; esas gentes son como los topos; tapadles un agujero, abren otro; y aun á vosotros se debe todo el mérito del segundo agujero.» Admiraba con toda su alma la sagacidad paterna; pero á condición de aprovecharse de ella. Yo le decía que, en América, un padre tiene el derecho de desheredar á su hijo hasta el último céntimo. Esto le ha parecido monstruoso. «¡Pero esos hombres son salvajes! ¿Cómo pudiera yo tener caballos, botas charoladas, y mi padre convertirme en un chupatin-tas, en un muerto de hambre? ¿O acaso inmediatamente en aguador ó mandadero?» Yo le he examinado y he visto que, á sus ojos, los hijos son propietarios de los padres, y les hacen el favor de dejarlos vivir. Es burdo de carne y de sangre, no de raza fina como el otro. Trata á las mujeres como caballos, y á los caballos como mujeres. Es para darse tono: la tosca mano de su abuelo, traficante en bueyes, se agita aún bajo su guante amarillo.

Un joven sustituto, nombrado desde hace un año en Bourgneuf.

Dos mil francos de renta, y mil doscientos de sueldo. Ha venido á distraerse ocho días en París, pero sin entusiasmo. Es un mozo sesudo. Cuatro veces á la semana tiene que estar tres horas en el Palacio de Justicia; el resto del tiempo se pasea, lee una novela y se dedica á la fotografía. Vive allá con su familia, por esto ha tenido que aguardar mucho su nombramiento; quería ir Bourgneuf ó muy cerca; deseaba volver á su concha. Carece de ambición; ascenderá con mucha lentitud; será juez á los cuarenta años, presidente de tribunal á los cincuenta. Se casará bien, la magistratura da derecho á buenas pensiones; gozará de consideración, comerá con frecuencia y delicadamente; no aspira á otra cosa mejor, le gusta la tranquilidad; es un hombre disecado. Disecado ó corrompido, ¿qué es preferible para Anatolio?

---

Disecado. Esta es mi respuesta después de meditarla ocho días: con esta tela moderna no hay medio de hacer vividores. Mi sobrino entrará el mes próximo como supernumerario en el ministerio de Hacienda, cortará plumas cinco horas diarias, pensará en ser subjefe, soñará con un día de licencia y estará á la altura de su siglo.

---

## CAPITULO XI

### EN LA EMBAJADA

Hoy es día de gran recepción: el embajador se ha mudado á otro hotel y da una fiesta.

Patio amplio, enarenado, con puertas á dos calles, los carruajes entran por una y salen por otra, no hay, pues, barullo. Lo han adornado con grandes macetas de naranjos y laureles. A la entrada y en las esquinas, vistosos coraceros en grupos. La luz reverbera en el acero bruñido de las corazas y va á perderse entre las verdes hojas; arriba, el cielo sin luna extiende su negro manto bordado de estrellas.

A la izquierda, en la semiobscuridad, cruzada por vivos reflejos, la gran escalera con sus dos anchos ramales, sus barandillas de hierro labrado, sus bellas y grandiosas cinceladuras del gusto del siglo XVIII. Flores de invernadero, yaros satinados, cactus de púrpura con sus estambres temblorosos, suben á lo largo de los tramos, y las orquídeas extranjerías, las plantas variadas entrelazan caprichosamente sus fibras y sus flores. Las arañas, multiplicadas, tienen luces en todos sus brazos; á la entrada, tres filas de lacayos, con lujosa librea galoneada, tienen antorchas de cera. Mujeres, lujosamente vestidas, suben y se las ve desplegar en los peldaños la cola magnífica de rica seda tornasolada, encajes que se agitan como alas de mariposa, diamantes que centellean, hombros blancos, redondos, en los que palpita la vida, cabezas delica-

das que se vuelven bajo un profusión de cabellos rizados, entre los suaves relampagueos de las peinetas de oro.

Al salir de las calles frías y oscuras de los barrios viejos, parece que se entra en un horno de luz.

El embajador ha tenido el talento de no permitir que las manos de un tapicero moderno estropee el hotel. Nada de arrumacos en esta galería que sirve de entrada, en estos elevados salones que se prolongan en hilera: las paredes, tapizadas de tela roja ó amarilla, tienen toda su amplitud, y su hermosa traza no está afeada por los cuadros modernos, tan castigados, tan minuciosos, de un sentimentalismo ó de una perspectiva tan rebuscados y con tanto trabajo obtenidos. Hasta ha desterrado de su casa las preciosas pinturas amaneradas del siglo XVIII. Él formó una galería en Italia, en Florencia, y toda su galería está aquí, no amontonada, como en un museo, sino dispuesta en relación con las habitaciones, y no éstas preparadas para las pinturas. Hermosos desnudos; un dorso atrevidamente encorvado, una rodilla, un hombro opulento salen de tintas desvanecidas ú oscuridades profundas; á derecha é izquierda se ve un pueblo de personajes viriles que viven silenciosamente, prolongados más allá de la tumba por el soplo del gran siglo. Una Erigone de Carrache avanza en un carro tirado por tigres; la morbidez de su cuello y de su cuerpo inclinado, nada en una sombra transparente; su mejilla purpúrea, su hermosa sonrisa brillan entre el rojo obscuro de los ropajes, bajo los brazos desnudos y los cuerpecillos vivarachos de los Amores que vuelan llevando coronas de oro. Amplias chimeneas de mármol despiden llamas de trecho en trecho, entre filas de lacayos, de suizos vestidos de encarnado, de cazadores

de verde, de ujieres graves que lucen su cadena de plata en su frac negro. Los grupos desfilan por la galería: generales, trajes de corte, oficiales húngaros, diplomáticos recargados de bordados, marinos con galones de oro, uniformes de todas las naciones cuajados de cruces y placas; los vestidos arrastran y crujen sobre las alfombras; la galería es tan grande, que ellas andan allí sin rozarse; pueden manifestarse sus redondeces y extender las colas; su frescura está aún intacta; todos los semblantes están sonrientes; se puede seguir la ondulación de un talle que se inclina, la forma esbelta de un busto y de un brazo delineado á lo lejos en las colgaduras, el movimiento elegante de un grupo que se forma ó se disuelve. ¡Felices los lacayos que no ven más allá! Desdichado de mí, que he de penetrar en el fondo.

Una estufa, un enjambre de cabezas unidas, mezcladas, que tratan de moverse y gesticulan pacientemente la misma sonrisa. ¿Dónde están los cuerpos? Y, sobre todo, ¡Dios mío!, ¿qué va á ser de la parte posterior cargada de ropa? Esta es ya demasiada zozobra; nadie se cuida más que de la cabeza; cuando ésta pasa, lo demás la sigue; primero un brazo, luego otro, el busto después; el resto no corre peligro al ser oprimido.

¿Habéis visto alguna vez la habitación de un hortelano? Las cebollas, las zanahorias, los nabos están colocados en tablas llenas de agujeros; por ellos pasan las colas vegetales, que forman, debajo de la tabla, una madeja enmarañada y grotesca; lo importante es que las cabezas no se junten encima de la tabla. Esta es la imagen fiel de una gran recepción en una embajada.

Estufa y papilla. Esta se espera cada cuarto de

hora; la doble puerta abierta derrama en la sala un nuevo líquido humano, que se mezcla al otro, dando rodeos y remolineando. Se le ve avanzar con lentitud, como el aceite, y cada ola adelanta más lentamente que la anterior.

Las once. Ya está hecho el engrudo, nada corre ya; los dos primeros salones se encuentran en el estado de esas pastas glutinosas en las que la cuchara, al meterla, queda derecha; imposible avanzar ni retroceder. Con mucha finura, muy discretamente, como una cuña que se introduce entre dos trozos de madera, tratamos de mover los codos. Los semblantes naturales se alteran, los pintados se destiñen.

¡Señor, Dios mío! Vos que sacasteis á los jóvenes hebreos del horno ardiente; vos que libráis á vuestros elegidos del áspid y del basilisco, ¡gracias, Señor! Vos no me habéis hecho mujer y yo no tengo cola alguna que defender, sino la de mi frac, que es corta. Por una gracia especial de vuestra misericordia, soy delgado, y ningún codo puede entrar cómodamente en mi cuerpo como en su cojín. Vos me llevasteis á América, donde he criado cerdos, lo que ha fortalecido mis músculos, y mis hombros pueden soportar, sin sufrir demasiado, la presión de mis vecinos. Por una disposición especial de vuestra providencia, yo no tengo juanetes ni callos, aún no me han pisado más que tres veces, y gracias á vos, no ha sido en el dedo meñique, sino en el pulgar, que es muy resistente. No he comido demasiado y no temo una apoplejía. ¡Gracias os sean dadas, Señor, por tantos favores gratuitos! Yo tendré un borborigmo, pero no la suerte lamentable de ese general grueso que se pone rojo y está á punto de estallar.

¿En qué podría yo ocuparme mientras se derrite

esta masa? Aún puedo sacar el reloj y ver la hora: contemos los saludos del embajador. Uno por segundo, es decir, sesenta por minuto, tres mil seiscientos por hora, catorce mil cuatrocientos en una *soirée* de cuatro horas. Tiene doscientos cincuenta mil francos de sueldo, yo creo que los gana bien.

Ahora mismo he podido llegar hasta él y le he dicho al estrecharle la mano: «Señor embajador, os ofrezco mis respetos.» —«Ofrecedme cuánto queráis, mi querido amigo, pero yo agradecería más una silla.» Me puse la mano sobre el corazón, dirigiéndole una mirada de compasión respetuosa; luego me fijé en sus pies: ha estrenado botas. ¡Dios mío, inspégala á su zapatero la idea de hacerle las botas anchas!

Inclinación á la derecha, revuélvase á la izquierda; la embajadora y su hija hacían lo mismo á la entrada del segundo salón. Si alguna vez llegara yo á ser embajador, mi secretario general y algunos de mis agregados habrán de tener una estatura de cinco pies y seis pulgadas, serán muy robustos y han de casarse con mujeres vigorosas, á las que tendrán bien alimentadas y vestidas con faldas sumamente huecas. Tres de ellos estarán siempre á mi lado en las recepciones, y sus mujeres rodeando á la mía; esto equivaldría á una muralla. Por la mañana tomaré un baño frío y me haré frotar bien; luego no comeré más que chuletas y tendré preparado, para la salida de los salones, un lecho caliente, una botella de vino de Burdeos y algunos *beefsteaks* muy tiernos.

El vaso, demasiado lleno, se derrama insensiblemente hacia el tercer salón y andamos palpándonos los miembros; á mí no me falta ninguno, ¡loado sea Dios! He hecho todos mis saludos, veo la puerta; una antesala interior; una salida á la vuelta, que da á la

galería de entrada, con una ventana y un buen sillón oculto detrás de las cortinas. Toda la procesión pasará por allí; conozco bien este excelente sillón, y por milagro del cielo, está libre.

El inventor de los sillones merece altares, yo no tengo otra idea durante un cuarto de hora; mi segunda idea es que, en este momento, yo soy, indudablemente, el hombre más dichoso de los cinco salones; príncipes, mariscales, mujeres hermosas, no me llegan al tobillo. Mi tercera idea es que he salvado mis lentes: veamos, pues, esos pobres diablos.

Tres jóvenes oficiales ingleses, con pantalón blanco y casaca encarnada. Dos tienen el aspecto más solemne y son muy dignos y graves. El tercero, un bobalicon, es un autómatas de yeso barnizado, con zancas articuladas.

Lady Bracebridge (cambio los nombres), cuarenta y cinco años, ancha y escotada de un modo que hace temblar, vestido de seda de color de fuego, la cara del color de su vestido, majestuosa, es un monumento, se prohíbe, etc. Su hija, mal perjeñada, flaca, hueca como un globo, parece en cinta por delante y por detrás.

Un general prusiano, plagado de cruces, pequeño, grueso, encarnado; sus ojos, blancos, de cangrejo cocido, forman contraste con el rojo universal de su faz apoplética; tira de su mujer, y hasta en el segundo salón hablan tan alto como en la posada.

El marqués Ricciardi, avaro muy conocido, con un millón de renta, da dinero sobre prendas, por sema-

nas; alto, amarillento, los labios comidos por dentro como si padeciera un cólico permanente.

Mr. Harris Braggs, ciudadano de los Estados Unidos: «Ah, ¡ha vivido usted en los Estados Unidos! Pues bien; podrá usted entonces atestiguar que somos la única nación del mundo joven y de porvenir: en tres años, nos hemos matado nosotros mismos quinientos mil hombres.

El conde Borodunoff, hombre toscó, cuadrado, barbudo, acostumbrado al frío, que ha comido cordero cocido con su lana, y dormido en su capa bajo los hielos de las montañas de Persia; hay algo del oso en esos temperamentos rusos; en la conversación, malicias del siglo XVIII y casi desabrimientos con las señoras. Su hija, blanca, fría, inmóvil, una solida estatua de nieve, no tiene en la cabeza más que trivialidades; raro contraste; en ese salvajismo primitivo no prevalece ningún cultivo excepto la frivolidad parisiense.

B..., académico muy exacto á las comidas; el estómago es el camino del corazón. Piernas de ciervo, ojos y cráneo de buitre calvo; nadie sube más asiduamente las escaleras ni adivina más pronto, en la fisonomía de los criados, si hay que insistir, si el amo está verdaderamente visible. En fin, lleva su casaca verde, está contento, puede predicar á otros oficialmente la moral. Ahora, no tiene más que una espina, su mujer, un buho desplumado, que va junto á él, con la nariz en alto, escotada enseñando su clavícula.

La señora de Arbés. He hablado con ella cinco ó seis veces, siempre la veo con gusto; es el tipo más acabado de mujer, de francesa y de señora de sociedad. Ningún galanteo; le falta tiempo para tener vicios, el ardor de su cerebro consume toda la savia.

¿Os habéis detenido alguna vez en el campo delante

de una pajarera á observar las ideas de un jilguero que salta, que gorjea, que come, que nunca está cansado, que vive en el aire, que tiene ciento veinte deseos y hace sesenta cosas por minuto? «¡Oh! ¡qué bien se estaría en el hierro de allá arriba! No, se estaría mejor en el de abajo. Las plumas de mi vientre no están bien alisadas. Tengo hambre, comamos un grano de alpiste. No, una miguita de pan es mejor. No, una buchadita de agua me refrescaría. Un aleteo para desentumecer mis músculos. Pi! pi! pi! un canto para dejar expedita la garganta. Cuic, cuic, cuic. Allí vuela una mosca, ¡si la atrapara! Un rayo de sol que pasa, ¡si corriera detrás de él! Piot! piot! piot! ¡Ah! qué piecitos tan lindos tengo! Traderiderá! estoy muy contento de vivir. ¿Qué hace el sol allá tan alto? Debe aburrirse de no andar más deprisa. Verdaderamente, no hay en el mundo un jilguero más bonito que yo.» Cambiad las palabras, poned *toilette*, comidas, conciertos en los lugares convenientes, y tendréis la confusión de ideas que reina en esa preciosa cabeza. El cerebro dirige incesantemente deseos á todos los nervios, deseos breves, que desaparecen en el momento mismo de la ejecución, y son al instante empujados ó reemplazados por otros. Sus ojos brillan, las flores de su tocado bailan, su escote palpita, sus manos ejecutan cien pequeños movimientos, su voz vibra; jamás descansa. Va á cuatro *soirées* en una misma noche, y cuando regresa, zumban ya en su cabeza, como un enjambre suelto, los bailes del día siguiente. Siempre sonrisas y no fingidas; es feliz, lo será siempre á condición de que revoloteen ante ella quinientas fruslerías cada hora, salones lujosos, arañas, vestidos de seda, hombres condecorados, cantantes, trenes de caza, todo lo que queráis, si todo es nuevo y brillante. Ha nacido en

un estado de *excitación*, y moriría si estuviera tranquila.

¿Debemos enfadarnos por esto? La máquina, construida y equilibrada de cierta manera, obra conforme á su construcción y á su equilibrio; algunas veces es una preciosa filigrana, en que agujas eléctricas colocadas sobre un eje muy fino, oscilan á la más leve variación del calor ó del aire; ¿qué puede salir de ella sino una lluvia de chispas? Al contrario, una máquina de huesos duros y de carnes biliosas, labrada á golpes, obra sólo por presiones fuertes y constantes.

El obispo de Cartago. Ha pasado por hombre demasiado inteligente y ha sido demasiado tiempo gran vicario. Sus menores palabras eran anotadas: nosotros no tenemos idea de las quisquillas y de las miserias eclesiásticas. Resignado, encogido, tranquilo, obscurido, triste, postrado, y, no obstante, contento, pasa con una sonrisa prudente y melancólica.

Algunos artistas y literatos. Mucho trabajo y muchos placeres: París es un invernadero excesivamente caldeado, aromático y pestilente, con abono acre y concentrado, que quema ó endurece al hombre. ¡Cuántos compañeros suyos han muerto en el camino! La mayoría de los que existen se hallan enfermos ó alterados, fronterizos á la impotencia ó reducidos, para conservar la fuerza de producir, á secuestrarse, á prescindir de los efectos y de las preocupaciones naturales. Algunos han recurrido á los excitantes, otros volvieron á la exageración mecánica; ellos se copian, se forman una manera, exageran más cada año el rasgo de su talento, hacen de él una especie de gesto. El público está estragado, hay que gritar con fuerza para que escuche. Cada artista se convierte en un charlatán á quien la concurrencia, demasiado ruda,

obliga á forzar la voz. Añadid á esto la necesidad de presentarse en sociedad, de procurarse amigos y protectores, de lanzar reclamos, de vender y de propagar su obra, de ganar más cada día para atender á las exigencias de los hijos, de las mujeres y de las queridas, de las necesidades crecientes. Un vestido cuesta setecientos francos, y sólo se lleva cuatro veces. Mi hija cumple los veinte años, ¿cómo constituirle una dote y encontrar un yerno? Dos ó tres temperamentos se han endurecido, y hay cabezas claramente delineadas, de color permanente, que podrían estar en medallas.

En cambio, en esta enorme confusión, cada ingenio puede encontrar el alimento que le conviene. Balzac tenía razón al preferir este gran muladar, donde, al lado de todas las excrecencias, crecen todos los tipos. Un místico halla en él una docena de místicos y va hasta el fin de su misticismo.

Un escritor colorista vive con escritores coloristas y lleva la frase descriptiva tan lejos como puede ir. Un aficionado á arquitectura puede oír siete veces por semana conversaciones de su agrado. Un especulativo, un pagano práctico no se ve contenido, como en Ginebra, en Oxford, en Florencia, por la obligación de llevar un traje religioso ó político. Cada cual elige los libros, las amistades, las opiniones, la conducta más conformes con su instinto, y el instinto, sostenido así, toma todo su desarrollo. Aquí es únicamente donde se encuentran cortesanos, intrigantes, maníacos, políticos, héroes, trabajadores, cada uno completo y acabado en su género. En una capa de tierra crasa y podrida, infinitamente compleja, renovada y removida sin cesar, donde cien mil laboratorios y veinte albañales vertieran sus detritus y sus residuos,

se podría recoger igualmente coles monstruosas, setas cinceladas, arbustos gigantescos, ananás divinos, rosas embriagadoras, espárragos en el mes de Enero, dalias azules, ¿qué sé yo? No habría jardín más curioso para un botánico.

Pero las presunciones son tan grandes como las energías. Adquieren el exterior de cortesa y de modestia que corresponde; pero, en suma, en el fondo del corazón y por efecto de las emulaciones, todo amor propio se hace colosal. El hombre vive fuertemente encerrado en la ilusión que se construye y no saldrá de ella jamás, porque emplea todos sus esfuerzos en solidificarla. Siempre, después de una discusión sobre lo bello, sobre las artes, un artista deja entrever más ó menos á su amigo que es de su misma opinión: «Mira: en materia de arte, no hay más que tú y yo; y mucho más tú.»

La duquesa de Krasnoe, rusa, la Diana de Tauro, hermosa y alta como una hija de Júpiter, pálida y blanca, de una blancura de nieve, los ojos azul pálido, bajo unos cabellos claros de seda; un vestido azul con adornos de cisne, deja adivinar el seno más admirable, y sus brazos de mármol caen por ambos lados de un talle que es tan esbelto como fuertes sen ellos. Anda, y parece que no ve, con seriedad de reina, los ojos abiertos y serenos como los de una estatua. Casi entran ganas de arrodillarse.

Un oleaje de personas graves, consejeros de Estado, directores generales, prefectos, académicos, importantes funcionarios con veinte ó veinticinco mil francos. Han necesitado treinta años de trabajo y de visitas para llegar á eso. Ultimamente, he visto una media docena de ellos en su casa; en todas partes el mismo interior; un tercer piso calle de Mathurins ó

Montaigne, dos criadas, un lacayito, el mismo salón con las mismas fundas bordadas, la misma mesita dorada entre los balcones, la misma exhibición de un semi-lujo frío, vulgar, decente, la misma vida estrecha y presuntuosa. El sueldo es muy pequeño, se lo comen totalmente, y se ven obligados, para llegar á la jubilación, á consumirse por completo. Ningún descanso, excepto la gente que molesta, y de vez en cuando un viaje á un balneario, que cuesta muy caro. Constantemente en lucha entre la representación y la economía necesarias, ¿á cuál preferir? Los presupuestos tan grandes son demasiado pequeños; se los divide y desmenuza por causa de la multitud de empleados; todos están á ración; cada uno ha de vivir mezquinamente para que todos vivan. Los semblantes se resienten de esto, amarillos, chupados, consumidos ó abotagados; el aire de las oficinas es malsano; el de los salones más aún. Aquí rien, saludan, tratan de tener un aspecto brillante ó amable; mas el efecto general es el de una batahola de monos viejos, vestidos, cansados, marchitos, que han padecido con exceso. La usura contribuye también á esto. En cuanto son algo conocidos y no temen ya comprometerse, vuelven sin dificultad á ser bromistas, oyen y cuentan historietas de joven; se ve que también ellos han echado alguna cana al aire; el estudiante reverdece bajo el burgués. «¡Entonces eran buenos tiempos!»—«Pues qué, ¿han pasado ya del todo?»—Ellos contestan con una sonrisa truhanesca. La moral francesa es clara: «Yo guardo las conveniencias, sigo siendo hombre de honor con los que me rodean, y trabajo: es bastante. París es discreto, cómodo, y yo no quiero servir de burla.»—Uno de ellos iba más lejos aún: «Yo estoy enamorado cinco minutos.»—«¡Oh!

replica el vecino, es muy poco, hay que tener un plato de repuesto, comparar, volver: un hombre de mundo come en su casa y en la ciudad.»

¿Qué vienen á buscar aquí? Pues casi no se habla, hace mucho calor, se asfixia uno entre el gentío, la *toilette* de la mujer se estropea. Yo hallo para estas exhibiciones los motivos siguientes:

—Hay hijas casaderas en las nuestras.

—Algunos jóvenes sueñan también con un buen casamiento.

—Hay mujeres á quienes no se puede cortejar sino aquí.

—Vienen á marcar su puesto y á demostrar á los demás que son hombres de buena clase.

—En realidad es un club; junto á una puerta se habla de negocios.

—Las jóvenes, aun las viejas, se aburren horriblemente de noche, á solas con sus maridos. La muchedumbre es pueblo, aun entre los grandes y los ricos. Necesitan variar, distracción, movimiento, como los peluqueros y las modistas que van por la noche á los bailes del barrio Latino.

Yo mismo, que los critico, ¿por qué estoy aquí con ellos? He obrado mecánicamente, he seguido á la muchedumbre, no he tenido el talento de quedarme esta noche solo en mi habitación. ¿Me he divertido? ¿Después de un deslumbramiento de cinco minutos, qué he visto sino una procesión de codos puntiagudos y de gestos estudiados? En verdad, yo gozaba de un espectáculo más hermoso, cuando por la noche, en América, al sonido de la trompa, veía bullir, entre los árboles, los lomos redondos de mis cerdos; cuando los rayos oblicuos, iluminando las profundidades de la verdura, mostraban, sobre el musgo y entre las be-

llotas, los juegos de los alegres truhanes, bien nutridos todo el día; cuando sus gritos, como quinientas gaitas, subían en medio de los chillidos de los papagayos, y mi vieja selva se agitaba toda, y brillaba con miradas de relámpagos y las ondulaciones de su eterno murmullo.

No es conveniente comprobar nuestros placeres. Aquí presento el balance de mi última noche en la Opera; he puesto en una columna mis sensaciones agradables y en otra las desagradables:

	DEBE	HABER
	Fr. Cts.	Fr. Cts.
Bonito rondó pastoral.....	»	1,00
Dúo de amor del segundo acto.....	»	1,50
Barullo del final.....	0,75	»
Armonía sabia del sexteto.....	0,25	»
Vista de Mesina en el tercer acto.....	»	3,00
Tenor gordo, pavo enfático.....	1,25	»
La prima donna es demasiado alta, subida en zancos y grita.....	0,50	»
Incomparable tontería de los figurantes vestidos de señores.....	1,00	»
Las figurantas son peores.....	1,50	»
Buena orquesta, pero demasiado ruidosa.	»	2,25
Las bailarinas tienen las piernas muy delgadas.....	1,50	»
Brazos descarnados; entran deseos de ofrecerles beefsteak.....	1,00	»
Sonrisas de muñecas mecánicas y tristes.	2,00	»
Primer motivo, las piernas y las cabezas vistas de frente.....	»	3,00
El mismo primer motivo, de perfil.....	2,00	»
El primer bailarín, gato de Angora, soso como no es posible más.....	2,00	»
Entreactos.....	3,00	»
Vecinos gruñones.....	1,00	»
Jóvenes bonitas y frescas en la platea de la derecha.....	»	5,00
	17,75	16,75

A mi cargo: 2 francos, más 10 por mi butaca de orquesta:  
Total, 12 francos de pérdida.

## CAPITULO XII

### LA BUENA SOCIEDAD

En los Italianos, martes y sábados, todas las semanas desde hace dos meses; de allí vengo esta noche; eso vale por todos los salones, más famosos y escogidos.

#### I

El esplendor es magnífico. La orquesta, la cuádruple guirnalda de palcos iluminados y de mujeres ricamente prendidas, colocadas bajo las radiaciones de una araña de quinientas luces. Un ambiente muy templado, cargado de perfumes, por el que cruzan exhalaciones humanas, oscila y hace ondular las luces vacilantes. El suelo negro y movedizo de la orquesta se agita en los entreactos con un extraño hormigueo. Los rostros ajados ó activos se arrugan por la acción de los reflejos que se cruzan y los rayos luminosos de la claridad resplandeciente. El murmullo seco de las conversaciones crece y se eleva. Al verlos volverse así, saludar, torcer sus cuerpos aprisionados en el angosto asiento, se piensa en la agrupación de un pueblo de insectos, comprimido en un embudo.

Esto revela el placer que se viene á buscar aquí, en París *la necesidad de excitación*; esta palabra acude siempre á los labios; Balzac dijo que se moría de cin-

cuenta mil tazas de café. Debió añadir que había vivido de esas cincuenta mil tazas. La sociedad parisiense hace lo que él; por eso la pintó con tanta perfección.

¡Cuántas veces desde la galería he estado contemplando las cabezas! Quedamos allí un cuarto de hora inmóviles, absortos, delante de una fisonomía fina, ardiente, que se destaca sola, como un cuadro, en el círculo de los gemelos. Insensiblemente nos hallamos fuera de nuestro asiento, atraídos; nos aproximamos, para mirar más de cerca, para adivinar el alma extraña que arde y brilla bajo aquella envoltura de seda, de raso y de gasa.

Cleopatras; la podredumbre y el cultivo egipcios hacían brotar, hace diez y ocho siglos, flores tan embriagadoras y tan peligrosas como este mantillo parisiense, del que tomamos nuestra savia y nuestros males. A primera vista, son esfinges. Se las mira de frente; á dos pasos, no pestañean. Aun la más joven permanece impassible ante tres lentes fijos en ella. No quiere darse cuenta de que estáis allí, ningún rubor sube á su frente, ni una arruga se ve en sus labios; continúa hablando y mirando, os trata como á un palo del que han colgado tres pedazos de paño negro; está como un soldado de uniforme bajo el fuego enemigo, los nervios tirantes, y, sin embargo, la frente serena, y la cabeza alta. Pero el peinado, el vestido, la punta de una cinta, un bucle ladeado, el más indiferente y el más ligero movimiento del abanico, todo habla en ella y todo grita: «Yo quiero, tendré más: quiero y tendre sin límites y siempre.»

Una de ellas, en frente de mí, con la nariz dilatada, los labios en movimiento, parece una lámpara de porcelana iluminada por una llama interior; sus mejillas

enflaquecen; sus pupilas, avivadas por el blanco intenso; sus ojos imperceptiblemente hundidos, destilan el deseo y la voluntad. Está pálida y sus ojos también. Sus admirables cabellos negros rizados, forman la más orgullosa y audaz diadema, y algunos lazos blancos colocados en un lado, sólo arrojan, por encima de aquella magnificencia, el brillo y el atractivo de la inventiva caprichosa. Si habla ó escucha es por cortesía; su mano retuerce negligentemente una punta de su pañuelo de encaje: está tranquila, por lo menos lo aparenta. Pero cuán alarmante es su reposo. La pantera joven más delicada y hermosa, no es tan coqueta ni tan nerviosa. Sobre todo, su sonrisa es sospechosa. Ella lo ha probado todo, ha libado todas las picantes delicias de nuestra fuerte literatura moderna: ha recorrido á Balzac, Jorge Sand y Flaubert, no como nosotros, de paso ó con prejuicios de observador. Ella ha vivido con la imaginación la vida de sus heroínas, Mme. Bovary, Juliana, Mme. Graslin, Mme. Marneffe; las ha seguido con la vista interior, como émula, con toda la fuerza de la curiosidad ociosa, en un sofá, en las largas tardes del campo; ha multiplicado é irritado sus sensaciones con el espectáculo de la sociedad, con la costumbre del teatro, con la rivalidades de la *toilette*; se ha alimentado de imaginaciones y de apetitos. La ironía parisiense lo ha pasado todo por alambique. El tacto se ha afinado con cada objeto y cada placer; el gusto exigente, el espíritu incisivo, siempre ágil y pronto, han alejado todo goce común, todo razonamiento tardo: «Yo me burlo de vosotros y de todo; quiero divertirme, no vulgarmente, sino con esplendor y persiguiendo nuevos placeres finos y duraderos. Proporcionádmelos; los necesito, me los debéis, tengo derecho á poseerlos, como el ave á volar y el caballo á correr.

## II

¿Queréis pruebas? Oid la historia de una *toilette*. M. S..., que se halla á tres pasos de mí, lleva un vestido de seiscientos francos. El marido, un novelista, gana precisamente seiscientos francos por edición en cada obra. Tiene hoy cincuenta mil francos de capital, hace seis años tenía cien mil; cada año lo merma. Pero el vestido es de un delicioso color de rosa, con volantes estrechos, picados, y el hombro soberbio ostenta su redondez satinada por encima de un lacito, que deja ver en toda su amplitud el hermoso brazo blanco y torneado sobre el terciopelo del palco.

¿Qué no harán ellas por un traje? Vive en París un antiguo fotógrafo, muy en boga hace cinco años. Este hombre entendía el reclamo y la manera de instalarse, y dispuso un taller á la moda con vasos de Sèvres, libros raros; tenía coches, concurría al Bosque, iba con ese tren á su taller, tiraba el dinero como un rey. Protestos, quiebra, ruina: el siete por ciento á los acreedores. Su mujer, modista en otro tiempo, abrió una tienda pequeña de modas, él la ayudaba con sus consejos, aumentó la fama y alquilaron un piso primero en la mejor calle. Hoy, tiene coche otra vez, y las mujeres hacen bajezas por que él las vista. Ese hombrecillo seco, moreno, nervioso, ridículo, las recibe con bata de terciopelo, recostado en un diván riquísimo, con el cigarro en la boca. Les dice: «A ver, ande usted muy derecha, ahora vuélvase usted; bien, venga usted dentro de ocho días, yo le haré el traje que mejor le sienta. Ellas no eligen, sino él; y esto las hace felices.—Además, es preciso una recomenda-

ción para que él las sirva por sí mismo. Mme. Francisca B..., una señora de la clase más distinguida, elegante, fué el mes último á encargarse un vestido. «Señora, ¿quien recomienda á usted?—¿Qué quiere usted decir?—No puedo vestir á usted si no me es presentada antes.» Ella se marchó corrida. Otras se quedan diciendo: «Que me reciba mal, pero que me vista. Después de todo, aquí vienen las más encopetadas.» Algunas de ellas, las favoritas, vienen á que las examine antes de ir al baile: él da tes de confianza á las diez. A los que se admiran de esto, les contesta: Yo soy un gran artista, tengo el color de Delacroix, y *compongo*. Una *toilette* vale por un cuadro.» Si hay quien se enfada por sus exigencias: «Caballero, contesta, en todo artista hay algo de Napoleón. Cuando M. Ingres retrataba á la duquesa de A..., le escribía por la mañana: «Señora, necesito ver á usted esta noche en el teatro, con traje blanco, y una rosa en los cabellos.» La duquesa suspendía sus invitaciones, se ponía el vestido, enviaba á buscar la rosa, é iba al teatro. El arte es Dios, las medianías han sido creadas para recibir nuestras órdenes.

### III

Los jovencitos dejan sus asientos, pasean por los pasillos, se levantan sobre las puntas de los pies, alargan el cuello para echar una mirada á través del cristal redondo en el interior de los palcos. Es la mirada de los pobres diablos que ante el escaparate de Chevet contemplan ansiosamente un cesto de melocotones, una suculenta *terrina* abierta.

Conversación en los palcos. Se pasa revista á las

mujeres de calidad y á las del *demi-monde* que hay en la sala. Los hombres dicen buenas palabras y dirigen los gemelos á todas partes. En resumen: la música los aburre; han ido allí por acompañar á sus mujeres. Yo sé de alguno que lee en el palco su periódico de economía política. La mayoría prefieren la Opera; no hallan bueno más que las bailarinas; el baile los desvela. Las mujeres tienen allí un aspecto marcado de disgusto; su mirada parece decir:—Groseros; sensuales; eso son los hombres.

El tono corriente es la burla positivista. Tratan á los actores como á maniqués pagados. ¡Qué oficio el de actor! ¡Qué miradas indiferentes, enojosas, burlo-nas en los palcos! En plena representación las gentes hablan, miran, en tanto que la tiple se desgañita y se mueve.

Se la palpa; se la pesa; se hacen cálculos sobre su *toilette* y su voz; muy alto en los palcos semi-honrados; muy bajo en los honrados. El sueño ideal no aparece ni un minuto. «Lo ha gritado muy bien»; es el compendio de sus elogios. Algunos pedantes aprecian el mérito en términos técnicos. Se representaba *Otelo* y habia una *debutante*; en el momento trágico, uno, desde el fondo de un palco, dice:—Tiene brío; ¿cuánto gana?—Nada; se exhibe; ella es la que paga con su dinero ó con su persona; está bastante gruesa para eso.

En la galería, en el sitio más iluminado, hay tres ó cuatro palcos de muchachas alegres. Extienden las faldas hasta el reborde del palco; sus cabellos rizados, fofos, elevados, atraen la mirada como la lana de un animal exótico. Sus pendientes, á la romana, suenan encima de los hombros, demasiado blancos. Se inclinan expresamente; quieren ser juguetonas ó majes-

tuosas; hacen muecas; sonríen con exceso. Tales como las veis, con sus guantes de siete francos, su carruaje nuevo, sus dos lacayos, su palco de cien francos, su tono de muchachas, se creen señoras; y en los ratos de misantropía nos preguntamos si no tienen razón.

Se oye lejano sonido de timbres. Empieza el cuarto acto, y la ola de fracs negros anega de repente los pasillos.

## IV

No sé por qué, mas cuando los veo pasar, acude siempre á mi espíritu la idea de Roma antigua y de la antigua Alejandria. Cuando cierro los ojos, esas cabezas modernas se me aparecen una á una como bustos, y me figuro que vuelvo á ver vivos los del siglo IV en el Museo Campana.

En aquel tiempo, como hoy, el hombre había sido refinado y comprimido por el cultivo, por la ostentación de los gozes y por la concentración del esfuerzo; los grandes capitales habían irritado los deseos; el alma, infinamente complicada, había dejado de sentir lo verdaderamente bello, que es sencillo; y el arte realista, semejante al de Enrique Monnier, de Champfleury, de Daumier, de Biard, copiaba las deformaciones y las bajezas, de que también nosotros estamos repletos.

He tomado nota delante de algunos de esos bustos; id á verlos y decidme si no están allí las cabezas y los cuerpos que hoy hallamos debajo de sombreros negros.

«Diocleciano, un gran tacaño azorado que refunfuña entre sus mandíbulas desiertas.

Cómodo, joven paliducho, enfermizo y extraño, con los ojos saltones; una especie de bastardo, fruto de algún cruzamiento monstruoso, alarmante y sucio.

Todo el fondo de la galería, emperadores, emperatrices, cónsules, grandes personajes.—El empleado entontecido, encogido, con mil doscientos francos.—El caballero delicado que ha padecido mucho tiempo de cólico.—La vieja agria, enflaquecida por los dolores de estómago.—La nodriza abotagada, de mejillas salientes.—La cabeza de chorlito aturdida.—En resumen: los resabios del individuo, las penalidades del oficio, las pequeñeces de la naturaleza humana, todo lo que nos aproxima al enfermo, á la medianía, al idiota, al cadáver, todo lo que muestra al hombre en la mesa, en traje de casa, en el guardarropa, reprendiendo á su criada ó ganando dos sueldos.»

¡Qué diferencia si miramos los vaciados griegos, las estatuas heroicas que están al lado! ¡La vida corporal al aire libre, sana, atrevida y arrogante, la juventud duradera, la fuerza, la serenidad, la alegría franca y sencilla de un alma virgen aún, la nobleza innata, la aptitud para comprenderlo todo! ¡Cuán lejos nos hallamos de ésto! Casi tanto como estos tristes romanos de la decadencia. Mirad un juez amarillento por el aire malsano, devorado por la impaciencia, engreído por el decoro; un abogado con su cabeza de garduña despavilada y sus anteojos que brillan; un empleado consumido en su oficina, demasiado caliente, el cuerpo medio anquiloro, la tez sucia como el agua de un río enturbiado. Una especie de espina interior se ha ido clavando en ellos año por año, descomponiendo sus facciones, torciendo su aire. Sin em-

bargo viven, y todo eso reunido forma una civilización brillante. Nosotros nos parecemos á esos figurantes, á esas actrices, á esas obreras; esto despide olor á gas, se ilumina con la lucerna, hace de la noche el día, y el conjunto es el más hermoso de nuestros veinte teatros.

Pero no del todo. Esas gentes del siglo IV estaban gastadas; nosotros, aunque consumidos, vivimos aún, y hasta vivimos demasiado. Nuestro París nos quema, nos enardece; algunos sobreviven y esos son los más hermosos. Me han enseñado un palco de hombres de moda, eruditos, viajeros ó *vividores*. Tres de ellos tenían una tez mate, constante, que no pueden alterar el sol, ni las cenas, ni el trabajo, y las cabezas como las de Vespasiano y de Tiberio. Muchos han quedado en el camino, pero los que subsisten han recibido doble temple y viven en la llama como en su elemento.

Hasta los menores, la gente de oficio ordinario, con sus caras descoloridas ó borrosas, tienen voluntad, arrojo ó por lo menos terquedad y energía. Corren bajo el látigo de la concurrencia y corren hasta su último aliento. Ganarán dinero, subirán más grados, disputarán con su mujer, tendrán amantes, rechazarán á sus hijos, hallarán aún alegría y verbosidad en una cena. En vano nuestra lámpara, con sus llamas concentradas, despide ruidosa y suciamente sus chispas corrosivas; por mal que huelga, alumbra; y tiene á cada instante renovaciones y esplendores que no podrá igualar nunca la máquina mejor ideada y dirigida.

Vosotros habéis visto este rasgo súbito y soberbio en Junio de 1848, en aquellos pilluelos de la calle convertidos en soldados.

## V

Fraschini grita demasiado; como Tamberlick, sostiene y prolonga la nota con un exceso que le gastará; Verdi hace lo mismo: vulgar, poderoso, vivo, violento, con los nervios y los músculos en tensión, como hombre que no economiza nada de sí mismo ni de los demás, quiere apresurar y absorber de un golpe toda la substancia de la pasión y del placer, sin perjuicio de caer un momento después en el suelo. Se asemeja á su público; por eso éste le comprende.

## CAPÍTULO XIII

### EN LOS ITALIANOS

Creo que estuve injusto la última vez con el público de los Italianos. Hacía un calor excesivo, yo estaría nervioso probablemente, cuando, al regresar, apunté mis notas.

Encantadora joven de diez y seis años la del tercer palco de enfrente. El palco está abonado por toda la temporada. La acompañan sus padres; también algunas veces el hermano, un elegante, un miembro del Jockey-Club, de corbatas irreprochables, la cabeza pequeña y resuelta, aire seco, altanero y provocativo, con la mirada dura de un hombre acostumbrado á manejar y gobernar los caballos y las cortesanas, á éstas con más dureza que á los caballos. También con alguna regularidad, un mozo robusto, alto, un caballero campesino, barbudo y veloso, con la fisonomía de un orangután distinguido; probablemente un futuro en expectativa. Familia digna, de brillante posición. La madre conserva restos no despreciables. Caballos magníficos, y lacayos lujosamente equipados en el peristilo.

Se llama Margarita, es risueña; pero sin exceso; ni locuela ni precoz; es la niña feliz, rica, nacida en el lujo, para quien los trajes costosos, los bailes, un cas-

tillo son cosas tan naturales como el aire; que diría inocentemente de los que no tienen pan: «Pues bien, entonces que compren bollitos». Una persona así es una criatura rara en esta sociedad de plebeyos enriquecidos, trabajadores ambiciosos, constantemente aguijoneados por las inquietudes y corroídos por la codicia. Hace cinco ó seis días que vengo mirándola; ella me calma y me alivia. Esto es un contraste. Cuando observo á los parisienses en el bulevar, en la Bolsa, en el café, en el teatro, siempre me parece ver un tropel confuso de hormigas atareadas y rabiosas, sobre las que han derramado pimienta.

Su traje era precioso anteanoche; un cuerpo de seda azul que encierra y marca el talle y sube un poco entre ambos senos; encima suavísimo nido de encajes. Muy casta y muy joven aún; está poco escotada, y sólo lleva una rosa en sus cabellos. Pero aquel fino talle tan visiblemente oprimido, aquella dulce blancura virginal, para ocultar é indicar el pecho, son de una inventiva ingeniosa; no es suya la invención, ella sigue la moda, la viste su madre; ella es muy jovencilla para sospechar el efecto exacto de su *toilette*; sus pensamientos son demasiado vagos y nuevos; soy yo, en este momento, quien explica ese efecto, á lo escultor, como hombre de mundo, ella se ruborizaría si oyera mi explicación. Y sin embargo, en el crepúsculo de sus pensamientos, sospecha algo; sabe que eso le sienta bien, que con otro cuerpo estaría menos bien, que gusta, que se fijan las miradas en su talle. No va más lejos, ella entrevé, en una bruma diáfana y dorada, como un alba de cosas. Una verdadera rosa dor-

mida: en tanto que se desvanecen los vapores matutinos, y van extendiéndose luminosas blancuras por el cielo nacarado, ella oye, inmóvil y como en sueños, el lejano batir de alas, el zumbido casi imperceptible del pueblo de insectos que vendrán pronto á susurrar en torno de su corazón.

(Vayan al diablo las metáforas; no dicen nada preciso, y cuando vuelva á leer estas notas, no veré ya su semblante ni su gentileza.)

Su tez, perfectamente pura; su boca diminuta sonríe, medio entreabierta; una sonrisa dulce, graciosa, tranquila; su voz timbrada, melodiosa, sin precipitación ni azoramiento, dice cosas ordinarias sin esforzarse, sin querer decirlas de otro modo; no piensa en tener talento, ella se deja vivir. La vida parisiense no la ha arrastrado en su corriente; nada en ella como un cisne en hermoso lago.

(Está visto, hoy no saldré de las metáforas. En realidad, puesto que vienen, preciso será creer que son el mejor medio de decir lo que he sentido.)

Se comprende que se halla á su gusto, que no se ocupa en rivalidades, en intrigas, en coquetería; que nunca ha pensado en el dinero; que nuestros afanes no la han rozado siquiera; que jamás le faltaron hermosura, adornos, respeto y admiración. No se imagina que puedan faltarle nunca; ¿creéis vosotros que un día llegue á faltáros la luz y el agua? Ella, por la mañana, extiende la mano junto á su lecho y encuentra un traje nuevo; ¿acaso, al descorrer las cortinas, puede dar la luz en algo más que en un traje nuevo? Tiene á su alcance una campanilla; ¿no acaba siempre una campanilla en una doncella? El extenso patio se extiende ante su vista; ¿puede haber un patio sin un hermoso carruaje? En este carruaje surgen un cochero

y lacayos, como las cerezas en un cerezo. En cuanto al grave portero, que abre respetuosamente la puerta de par en par, es un producto natural de la puerta, de la cual sale con su librea nueva y su faz encarnada. Es como la definición parisiense de las aceitunas: ciertas bolitas verdes que se encuentran ordinariamente en derredor de los patos.

No oye la *Ceneréntola*; sigue hablando en sus más bellos pasajes, en el sexteto. Tampoco prestaba más atención dos días antes al *Trovatore*. De vez en cuando alarga su cuello blanco, con movimientos de pájaro, sonríe un poco y atiende un minuto. Es princesa por sus costumbres; los músicos son para ella, como en otro tiempo en la corte, obreros pagados, á quienes se oye ó no se oye, y á quienes se despide con un gesto; únicamente en nuestro siglo se ha tratado á los artistas como á iguales. Antiguamente, un pintor era un maestro tapicero, empresario de decoraciones; un poeta, un músico, servían para las fiestas de la corte; se les protegía, se les daba de comer en la cocina; si se les admitía á su mesa, era para burlarse de ellos. Santenit murió porque el príncipe de Condé vació una tabaquera en su vaso. Mozart recibió algunos puntapiés del príncipe-obispo de Salzburgo.

Ella está aquí porque es un lugar adonde se viene, porque está ociosa, porque desde el palco se puede pasar revista á la sociedad elegante, porque su carruaje, su familia, su doncella están allí para servirla, llevarla y volverla á su casa, sin que ella piense en ello. No se ha cuidado ni un minuto de los ciento veinte francos del palco. Si algún día, por casualidad, piensa en eso, verá redondeles pequeños y amarillos que pasan de una mano á su bolsillo; quedaría muy sorprendida si la dijese que es el alquiler de un palco. En cuanto á

las pasiones expresadas, á las tristezas, á las grandezas de la música, á todo lo que sentimos en una ópera, nosotros que hemos probado y sentido la vida, ella nada sospecha; todo eso está lejos de su edad y de su experiencia.

Para ella no hay allí mas que histriones bastante mal vestidos; el manto con flores de lis de Don Magnífico está raído; las atrices le parecen mal arregladas; á sus ojos son seres de otra especie, criadas que quieren imitar á las verdaderas señoras. Cuando el Trovador cantaba, ella notaba su barba, demasiado ancha, y su boca demasiado abierta, apuesto á que sentiría lo mismo ante un titiritero que sostuviera un gran peso: «Pobre hombre, diría; va á hacerse daño.» Las escenas de pasión le parecen grotescas. No comprende cómo pueden revolverse de aquella manera. La gran lamentación de la orquesta, los largos sollozos de dolor, los sonidos llenos que suben como una aclamación furiosa de voces estridentes, la hacen el mismo efecto que la fea muchedumbre que se amontona y se oprime en los bulevares un día de lluvia. Dirige una mirada á los mástiles de los violines en los que los arcos rechinan y los dedos se enredan; entonces piensa en aquellos ratoncillos vivarachos que hace girar incansablemente una jaula. El año pasado, cuando el *Infierno* de Doré estaba en moda, ví, en un salón, algunas jóvenes, parecidas á ésta, hojear, con exclamaciones de regocijo, las hermosas páginas satinadas: «Oh ¡qué lindo! ¡Ah qué extrañas cabezas! Oh ¡serpientes! Dios mio, hay una horquilla!» Este año, se representaba en la Opera *Alceste*, y las jóvenes, durante la música terrible del sacrificio, cuchicheaban con risas ahogadas: Ponen carne en el altar; tomad pronto los gemelos. ¡Ah Señor, chuletas

de verdad!» Pondría la mano en el fuego, á que, para ellas, la música más grata es la de *Rendez-vous, bourgeois*.

---

(Soy yo el burgués, el imbécil. Qué necia costumbre la de dejar que los ojos, como yo hago, se dirijan hacia el lado mezquino de las cosas! Yo era mucho más feliz ahora poco, al pensar en el vestido azul, y cuando me imaginaba el gracioso hoyuelo que se forma en la nuca debajo de los cabellos de oro. Pues bien, sea; no hay criatura perfecta. Bonito descubrimiento, ¿cuánto he adelantado con romperme la nariz contra una verdad sólida? No hay nada verdad sino la forma y el desvario que nos inspira; hay que comentarla con la música, no con el raciocinio.)

A media noche, al volver á mi casa, al lado de un fuego vivo, en una habitación templada, cuando todos los criados se retiran, y se restablece el silencio, cuando ya sólo se oye á lo lejos el ruido apenas perceptible de un coche retrasado, ¡qué bien se está en una butaca! El teatro y toda representación son cosas groseras; aun todas las cosas reales son groseras. No hay perfectamente bello y dulce más que la somnolencia. Todo se olvida miramos maquinalmente las agujas lentas del reloj; dejamos que las imágenes interiores vengan, se coloquen y se vayan. Oímos fragmentos de melodía; los comprendemos también, nos encontramos tan pronto frente á frente con el alma encantadora y apasionada del maestro, somos tan felices al vernos libres de los actores del escenario, de la guardarropia teatral, de todos los velos que se ponían entre nuestro sentimiento y el suyo! No es Ver-

dí quien canta dentro de mí á estas horas, ni Rossini, ni ningun italiano; es Mozart. Yo he ido diez veces á oír *Così fan tutte*, el año pasado, y aquella música es la que evoca mi memoria al pensar en el fresco y gracioso semblante que he contemplado esta noche.

Vuelvo á ver la escena y el templado paisaje luminoso. La azotea se alza á orillas del mar, entre los bosquecillos de coacto, una cuna adornada con flores, junto á ella una higuera extiende sus toscas hojas dentadas. La felicidad, la ternura, el amor satisfecho, tierno, tranquilo, tienen allí su patria. El aire es tan suave, que basta aspirarlo para estar contento. La campiña lejana es tan alegre, que los ojos no se cansan nunca de contemplarla. Enfrente se extiende el ancho mar, resplandeciente y tranquilo, y su color brillante tiene la delicadeza de una doncella abierta. Una montaña, á lo lejos, eleva su cima azul y dorada hasta el cielo; la luz habita en sus concavidades; allí duerme, aprisionada por el aire y la distancia, le forma como una vestidura, y más lejos aún, las últimas estribaciones, envueltas en un velo de color de violeta, nadan y van á desvanecerse en el éter. Las galas más ricas de una flor de estufa, las venas nacaradas de una orquídea, el terciopelo delicado que orla las alas de una mariposa, no son más suaves ni más espléndidos á la vez. Se piensa involuntariamente en los más bellos objetos del lujo y de la Naturaleza, en las faldas de seda radiantes de luz, en los bordados que hermosean un *moiré*, en la carne sonrosada, viva que titila debajo de un velo. ¿Acaso puede pensarse aquí en otra cosa que en ser feliz y enamorado?

Mozart soñó únicamente en eso. La pieza carece de sentido común, tanto mejor. Por ventura, ¿los sueños

han de ser verosímiles? ¿Acaso la verdadera fantasía, el sentimiento puro y completo no flotan por encima de las leyes de la vida? En el país ideal, como la selva de *As you like it*, ¿no están los amantes libres de las necesidades que nos oprimen, de las cadenas bajo las cuales nos arrastramos? Éstos se disfrazan de turcos; para probar á sus amantes, fingen envenenarse; la criada se disfraza alternativamente de médico y de notario, y sus amas creen todo eso. Yo también quiero creer esas locuras, un momento, los instantes más breves que queráis, por eso precisamente es mi ilusión deliciosa. Haré como el músico, olvidaré la intriga, la pieza es satírica y chocarrera; yo quiero, como él, verla sentimental y tierna; en la escena hay dos coquetas italianas que ríen y mienten; pero *en la música*, nadie miente, nadie ríe, todo lo más se sonríe; hasta las lágrimas son vecinas de la sonrisa. Cuando Mozart está alegre, no deja nunca de ser noble; no es un buen sujeto un simple epicúreo brillante como Rossini; no se burla de sus sentimientos, no se contenta con la alegría vulgar, en su regocijo hay una elegancia suprema; si llega á él es por intervalos, porque su alma es flexible, y porque en un gran artista, como en un instrumento completo, no falta ninguna cuerda. Pero su fondo es el amor absoluto á la belleza acabada y dichosa; no se divertirá con su querida, la adorará, permanecerá mucho tiempo con la mirada fija en sus ojos, como en los de una criatura divina; sentirá fundirse su corazón delante de ella, y la sonrisa que venga á entreabrir sus labios, será un suspiro de felicidad.

Mucho mejor aún, él ha puesto la bondad en el amor. No sueña, como Rossini, en divertirse; no se ve transportado, como Beethoven, por un sentimiento

sublime, por el violento contraste del cielo abierto de repente en medio de una desesperación continua. Sueña en hacer feliz á la persona amada. ¡Qué música tan divina la de la cavatina del segundo acto! ¡Cuán dulcemente melancólica y tierna! ¡De qué manera el acompañamiento, tan dulce, se une á la melodía! ¡Y cómo un momento antes, los acentos tristes de las despedidas se elevaban ó se debilitaban en modulaciones afectuosas y acariciadoras! Mozart es tan bueno como noble, y me parece que, si yo fuera mujer, me sería imposible no amarle.

Las flautas y las voces se ajustan entre las finas notas de los violines, que, caprichosamente, mezclan con ellas sus filigranas. La voluptuosa armonía llega como una nube de perfumes, que una brisa perezosa acaba de recoger, de paso, en un jardín florido. Mejillas frescas, ojos risueños aparecen como relámpagos, y el cuerpo azul, el talle inclinado, el hombro torneado y blanco, se destacan distintamente en el extremo de la azotea. Más allá el cielo abierto, el mar azulado, brillan siempre, con la serenidad de su alegría y de su juventud eternas.

Una, dos, las tres de la mañana. Se me ha apagado el fuego, siento mucho frío y mañana tendré la *grippe*. Mas he sacado de mi joven todo cuanto valía.

## CAPITULO XIV

PROPOSICIÓN NUEVA Y CONFORME Á LAS TENDENCIAS DE LA CIVILIZACIÓN MODERNA, QUE TIENE POR OBJETO ASEGURAR LA DICHA EN LOS MATRIMONIOS Y REGULARIZAR UNA INSTITUCIÓN DE PRIMER ORDEN, ABANDONADA HASTA AHORA Á LO ARBITRARIO Y Á LA CASUALIDAD.

*Utile dulci.*

Al señor director de la *Vie Parisienne*.

Caballero:

Un observador imparcial contempla hoy, con un sentimiento profundo de conmiseración y de disgusto, los cuidados crecientes de las familias francesas, á propósito del asunto más grande de la vida, ó sea del matrimonio. En otros países, en Alemania, en América, los jóvenes eligen por sí mismos; se les deja que paseen juntos y se conozcan; cada cual es el árbitro y el obrero de su propia vida; aquí los padres llevan toda la carga. A los cincuenta y cinco años, muchas personas tranquilas, que hasta entonces empleaban la noche en tomar-te ó en jugar al whist, sienten de súbito la necesidad de dar bailes; consiste en que hay en la casa una joven casadera. Es triste ver á la madre, que ha engruesado, trabajar por rehacer su talle, y después de un largo eclipse, mostrar, á la luz de las arañas, hombros quincuagenarios, que harían mejor

sublime, por el violento contraste del cielo abierto de repente en medio de una desesperación continua. Sueña en hacer feliz á la persona amada. ¡Qué música tan divina la de la cavatina del segundo acto! ¡Cuán dulcemente melancólica y tierna! ¡De qué manera el acompañamiento, tan dulce, se une á la melodía! ¡Y cómo un momento antes, los acentos tristes de las despedidas se elevaban ó se debilitaban en modulaciones afectuosas y acariciadoras! Mozart es tan bueno como noble, y me parece que, si yo fuera mujer, me sería imposible no amarle.

Las flautas y las voces se ajustan entre las finas notas de los violines, que, caprichosamente, mezclan con ellas sus filigranas. La voluptuosa armonía llega como una nube de perfumes, que una brisa perezosa acaba de recoger, de paso, en un jardín florido. Mejillas frescas, ojos risueños aparecen como relámpagos, y el cuerpo azul, el talle inclinado, el hombro torneado y blanco, se destacan distintamente en el extremo de la azotea. Más allá el cielo abierto, el mar azulado, brillan siempre, con la serenidad de su alegría y de su juventud eternas.

Una, dos, las tres de la mañana. Se me ha apagado el fuego, siento mucho frío y mañana tendré la *grippe*. Mas he sacado de mi joven todo cuanto valía.

## CAPITULO XIV

PROPOSICIÓN NUEVA Y CONFORME Á LAS TENDENCIAS DE LA CIVILIZACIÓN MODERNA, QUE TIENE POR OBJETO ASEGURAR LA DICHA EN LOS MATRIMONIOS Y REGULARIZAR UNA INSTITUCIÓN DE PRIMER ORDEN, ABANDONADA HASTA AHORA Á LO ARBITRARIO Y Á LA CASUALIDAD.

*Utile dulci.*

Al señor director de la *Vie Parisienne*.

Caballero:

Un observador imparcial contempla hoy, con un sentimiento profundo de conmiseración y de disgusto, los cuidados crecientes de las familias francesas, á propósito del asunto más grande de la vida, ó sea del matrimonio. En otros países, en Alemania, en América, los jóvenes eligen por sí mismos; se les deja que paseen juntos y se conozcan; cada cual es el árbitro y el obrero de su propia vida; aquí los padres llevan toda la carga. A los cincuenta y cinco años, muchas personas tranquilas, que hasta entonces empleaban la noche en tomar-te ó en jugar al whist, sienten de súbito la necesidad de dar bailes; consiste en que hay en la casa una joven casadera. Es triste ver á la madre, que ha engruesado, trabajar por rehacer su talle, y después de un largo eclipse, mostrar, á la luz de las arañas, hombros quincuagenarios, que harían mejor

en permanecer ocultos. Es triste ver al padre acosar en el bulevar hasta á los apenas conocidos, y, con unos cuantos rodeos y circunloquios, solicitar sus servicios. Es más triste aún verles, cuatro veces á la semana, endosarse los arneses, quiero decir el frac y la corbata blanca, abrirse camino hasta dos sillones en un salón relleno de gente, instalar á su mujer y á su hija, y dejarlas para ir en busca de bailadores y demás jóvenes presentables. Entre tanto la hija, adornada como una urna, muy hueca, llena de cintas, permanece inmóvil, con los ojos bajos ante el fuego de cuarenta lentes que la examinan, en tanto que la madre, entre dos señoras desconocidas, sin poder hablar ni rebullirse, enrojece de calor y de cansancio, abre los ojos, que parecen de langosta, mira la hora, y hace esfuerzos heroicos por no dormirse.

Pero en el campo, el espectáculo es verdaderamente doloroso; las tribulaciones de los padres son infinitas; el consumo de guantes nuevos, de cofias, de botitas, llega á ser por completo monstruoso; los alquileres de carruajes, las partidas de campo que se multiplican; un número extraordinario de aves perecen sacrificadas al interés público, y como el estómago es el camino del corazón, algunas botellas venerables, sacadas de entre telarañas, engolosinan todos los sábados á una muchedumbre inusitada de convidados. Si se calcula que una familia, en estas circunstancias, da en dos años ocho ó diez bailes, otras tantas comidas y lleva á su hija á un centenar de bailes y de comidas; si á este presupuesto extraordinario se agregan los suplementos forzosos y diarios del tocador, si á todo esto se suma los coches de alquiler de todas clases, portes de las cartas del padre, y el infinito número de frases diplomáticas (*Time es money*) que ha de-

bido componer y pronunciar, puede calcularse, en mi opinión, que el total del gasto es el importe de la renta de un año, veinte mil francos próximamente, en la clase media.

¿No es eso para los pobres padres una carga pesadísima, y no es desconsolador ver una desproporción tan grande entre el reclamo y los productos? ¿Cuántos partidos proporciona este sistema para una hija? Cincuenta ó sesenta dudosamente posibles, cinco ó seis que serán examinados seriamente y entre los que se ven obligados á elegir. Tal es la cifra que me han dado algunas señoras sumamente peritas en estadística matrimonial, y creo que se puede admitir con entera confianza. Yo pregunto ahora: ¿son bastantes cinco ó seis partidos para veinte mil francos de anuncios? Cuestan, uno con otro, á cuatro mil francos la pieza, y eso es muy caro; sobre todo si se tiene en cuenta que, dos por lo menos, vistos de cerca, han sido declarados inadmisibles; que otros dos han dejado traslucir condiciones inaceptables, y en fin, que el último, el preferido feliz, no fué elegido para tirar de la linda cabeza, si no porque ésta no podía quedar indefinidamente en el cobertizo.

Una prueba de que esas elecciones son demasiado limitadas, es la parte enorme que la casualidad toma en el resultado final. Por carecerse de un mercado bien provisto, se coge al vuelo lo que se encuentra. Mi casero, que es joven, fué hace dos meses á firmar un poder á casa de su notario; á éste se le ocurrió en aquel momento una idea; le examina, ve que aún no está calvo, calcula mentalmente el total de sus bienes raíces, y le dice: «¡Pardiez! querido, llega usted oportunamente: veinte años, bonita, rubia, muy buen carácter, familia excelente, riqueza en fincas, doscientos

tos mil francos contantes y sonantes, la quinta se halla en el trazado de una vía férrea.» Se ha verificado el casamiento. Mi antiguo amigo B... estaba un día de visita en una casa adonde había llegado una prima de provincias, con el propósito de renovar su dentadura postiza. Él es muy fino, ella le encontró amable, averigua quién es, sabe que tiene una hija, piensa en un simpático fiscal de la Audiencia de su país, sujeto de condiciones excepcionales; en doce causas ha conseguido doce condenas, tres de ellas á muerte, y será propuesto el año próximo para la cruz de la Legión de Honor. También se realizó el matrimonio. Se empieza por estas casualidades. Yo mismo, caballero, poco tiempo después de mi regreso, cuando los dollars ganados en la carne de cerdo salada y en los petróleos, me rodeaban de cierta aureola, y la futura señora Federico Tomás Graindorge flotaba algunas veces ante mis ojos, demasiado enternecidos, vi al matrimonio salir á mi encuentro en formas disparatadas; por ejemplo, en el bulevar, cuando un amigo me tocaba en el hombro, ó bien cuando al empezar la digestión, la conversación se hacía más íntima; una vez al salir de casa del pedicuro; otra en el momento en que, después de un chapuzón en casa de Deligny, volvía al agua resoplando como una ballena. Indudablemente, un sistema de publicidad, tan deficiente que tiene precisión de aprovecharse de casualidades de este género, es un pobre aparato de pesca, y admira, en verdad, que, dado el perfeccionamiento general de la maquinaria, los desdichados padres no dispongan más que de una mala red.

Algunos industriales honrados han querido poner remedio al mal estableciendo agencias matrimoniales, que anotan la oferta y la demanda de ambas partes y

ponen en comunicación en toda Francia al parroquiano y al proveedor. Yo me pregunto, con toda la sinceridad de mi alma, por qué esta clase de mercados, tan regulares, tan cómodos, tan bien establecidos, tan semejantes á las Bolsas de París y de Londres, no obtuvieron mejor acogida. En mi opinión, se los difama por pura hipocresía. ¿Pues qué más útil ni más justificado que establecer una Bolsa para los negocios? ¿Acaso no es un negocio el matrimonio? ¿Se mira en él otra cosa que lo conveniente? Y lo conveniente, ¿no es un valor sujeto al alza y á la baja, á evaluación y á tarifa? ¿Pues no se dice: una joven de cien mil ó de doscientos mil francos? ¿Por ventura un empleo inamovible, un aire elegante, una probabilidad de ascenso, no son mercancías que se valúan en cinco, diez, veinte, cincuenta mil francos, que no se dan sino únicamente á cambio de otros valores iguales? ¿No vale mi sobrino M. Anatolio Durand un ciento por ciento más desde que se le cree mi heredero? Si por dicha se llamara de Uraud ó del Rauz (nobleza suiza, vacas en azul), ¿no valdría cien mil francos más? ¿Qué hay tan apetecible y tan conforme á los grandes principios de la economía política, como ofrecer á cada valor el mercado más amplio posible? ¿Conocéis otro medio de hacerle subir á su verdadero precio? ¿Qué debe desear el legislador, en materia de comercio, sino la concurrencia de todos los compradores y de todas las mercaderías entre sí, á fin de que nadie compre ni venda más alto ó más bajo del precio corriente? Se declama contra los corredores de matrimonios. ¿Qué son, decidme, las buenas amigas, las primas, las tías, los notarios, médicos y confesores, de quienes muchos se valen, sino corredores officiosos, y algunas veces oficiales? Se contesta que á éstos no se les paga. Sí, á fe

mía, y algunas veces en especie; con un regalo después del matrimonio, y lo menos con algunas comidas, galanterías, consideraciones y servicios pequeños ó grandes. Agrego, por último, que en la práctica no se da oídos á esas delicadezas, que los industriales en cuestión van ganando terreno; que todos los años aumentan sus negocios; que muchas personas, que viven en la mejor armonía, se han casado por mediación de ellos, sin que nadie lo sospechara; que algunos salones musicales muy solicitados y de difícil entrada, les suministra, mediante un desembolso, lugares de presentación y de entrevistas; que tal personaje, bien vestido, considerado, que gasta veinte mil francos anuales y sólo tiene seis mil de renta, recibe de ellos el dinero que necesita para comprar botas de charol y vestir á su *groom*. Pero el amor propio contiene á los padres, y se sabe con pena que las familias delicadas y de buena posición social se niegan, con gran perjuicio suyo, á recurrir á esos establecimientos útiles, únicos que podrían sacarlas de su deplorable conflicto.

He pensado muchas veces en esta situación tan triste. Aunque he sido comerciante y americano más que á medias, soy compasivo con los que sufren; yo no veo á un padre correr en *fiacre*, á una madre bordando sin ponerme en su lugar; yo deseo realzar á mi país; creo que el matrimonio es aquí desventurado y difícil, porque no hemos estudiado los medios de facilitarlo y de mejorarlo. Estoy convencido de que el remedio, como el mal, se encuentra en nuestras instituciones y en nuestro carácter. He meditado, he consultado el genio de mi siglo y de mi país, he tenido en cuenta el espíritu administrativo y centralizador de Francia, las preocupaciones reinantes, las

nuevas necesidades; he aprovechado instituciones que funcionan ya, inventos que se propagan por todas partes; me he apoyado en ejemplos recientes; en resumen, no he economizado tiempo ni trabajo, y he llegado, al fin, á un concepto nuevo, cuyo elogio no me corresponde hacer, pero cuya belleza y utilidad son tan evidentes, que bastará su exposición sencilla para tener de su parte todas las opiniones.

## II

Propongo el establecimiento de una agencia matrimonial universal que tenga su domicilio en París, con sucursales en todos los departamentos y en el extranjero. Esta agencia debería estar bajo la vigilancia y aun bajo la dirección del gobierno. Formaría una administración distinta como todos los servicios públicos importantes; y se colocaría al frente de ella á los hombres más eminentes por la finura de su tacto y la limpieza de su reputación. Las agencias actuales se refundirían en ella como ha sucedido con el asunto de las de sustituciones militares, y en este caso, como en aquél, sería mayor beneficio del público.

Toda persona que quisiera recurrir á la agencia, estaría obligada á suministrar datos completos y auténticos acerca de su salud, su persona y su familia, certificados de médico, de estar libre de hipotecas, títulos de renta y de propiedad, certificaciones legales de buena vida y costumbres, etc. Puede calcularse la seguridad y lealtad que esta medida llevaría á los contratos.

Habría un gran establecimiento de fotografía agre-

gado á la agencia central, y en cada una de las sucursales de los departamentos. Una familia que dispusiera de cincuenta mil francos de dote, tendría derecho á dos retratos: uno sentado y otro en pie, el primero de espaldas y el segundo de frente.—Con cien mil francos, el retrato tendría una sexta parte del natural.—Con doscientos mil, una cuarta parte, y además un retrato ecuestre.—Con doscientos cincuenta mil francos, el legajo contendría la fotografía especial del cráneo (para dar testimonio de la conservación de los cabellos), de la boca abierta (para que se viera el estado de los incisivos y de los caninos), de los pies y de las manos (para demostrar su pequeñez aristocrática).—Con cifras más elevadas, se podría reclamar el retrato del futuro de frac, con abrigo, en traje de casa y aun con gorro de dormir ó afeitándose (esto es importantísimo para evitar desilusiones). Estos retratos y piezas de convicción podrían ser consultados por todas las personas que justificaran tener una hija casadera y una dote aceptable. Se ve por esto la extensión que habría de tomar la fotografía, la cual veríase erigida en institución social: son incalculables los gastos de viaje y las decepciones que ahorraría á los candidatos y á las familias.

Cada oferta inscrita en la agencia, debería estar acompañada de una demanda especificando, por aproximación, la cifra de la fortuna y la clase de posición que se deseaba en cambio. Estas ofertas serían clasificadas según la elevación de la cifra y la clase de profesión. Todas las semanas se publicaría el número y clase de las inscripciones, tanto de varones como de nembras, en un cuadro expuesto al público en la Bolsa y dividido por categorías. Veríase, por ejemplo, que, según el balance de la semana, hubo tantos pro-

fesores de Liceo, tantos capitanes de primera clase, tantos magistrados con tres mil francos de sueldo, tantas dotes de sesenta mil francos para la oferta, y tanto para la demanda. Al instante se establecería una cotización como para los demás valores. Si, por ejemplo, los magistrados eran muy solicitados, subiría al punto su valor; quiero decir, que podrían pretender dotes más importantes. Las fluctuaciones de los acontecimientos comerciales y políticos ejercerían su efecto en éste como en los otros mercados. Una amenaza de guerra haría bajar el precio de los oficiales. La noticia de la paz en América haría subir el de los comerciantes. Cada cual, por la mañana, al abrir su periódico, tendría el gusto de ver allí su propio valor anotado y en cifras, y según la previsión de las alzas y bajas, podría aguardar el momento en que su cotización matrimonial llegara á la cifra más alta, y se casaría con arreglo á esta subida. Hay que abreviar, pero el lector inteligente ve de una sola mirada que mi proyecto llevaría á los matrimonios la precisión, la facilidad, el buen sentido, la buena lógica que se encuentran en los negocios bursátiles, y que, por un descuido inexplicable, no han sido aplicados todavía á los asuntos del corazón.

Me detengo, caballero, porque tendría necesidad de demasiado espacio para desarrollar las consecuencias felices de un proyecto tan razonable; una sola palabra aún para poner en claro la verdad filosófica que me autoriza y me sostiene. Yo me atrevo á creer que me hallo aquí en la gran corriente de mi siglo y de mi nación. Si hay algún rasgo saliente que distinga á este siglo de los demás, es que en él imperan las ciencias positivas, cuyas aplicaciones se extienden por todas partes y sin cesar, y que con ellas entran en todos los

cerebros la estadística, la economía política, la publicidad, las costumbres industriales, comerciales y prácticas. Por otra parte, si hay algo notable que diferencie á nuestra nación de las demás, es que se siente capaz y está ávida de organización, que las empresas privadas prosperan en ella menos que las instituciones públicas, que tiene necesidad en todo de centralización y de gobierno. Pues bien, yo pregunto: ¿es posible concebir un proyecto más conforme con estas dos tendencias; que dé más satisfacción á los intereses, más publicidad al comercio, más regularidad á las operaciones, más extensión á los negocios; que cree más comerciantes y más funcionarios á un tiempo; que haga la vida más cómoda y á la par más mecánica; que aproxime al hombre más completamente á esos valores timbrados y cifrados, registrados y en circulación, á los cuales él desea asimilarse? Yo no sé qué acogida dispensará la opinión á este pensamiento fecundo; pero, suceda lo que quiera, tengo á mi conciencia de mi parte; yo sé, yo creo, puesta la mano sobre mi corazón, que si este germen fermenta, no habrá sido inútil á mi especie. Mi convicción es tan firme, que estoy dispuesto á depositar los primeros fondos, persuadido de que me producirán el diez por ciento más que el cerdo salado y los petróleos.

---

## CAPITULO XV

## UNA COMIDA

«La señora está servida.»

La dueña de la casa se levanta con cierta lentitud y se aproxima al convidado más distinguido. Este arquea el brazo, encorva graciosamente las espaldas, busca una frase y halla una sonrisa. Entre tanto se promueve un ligero desorden; los hombres buscan dónde dejar pronto el sombrero; la galantería y la modestia los solicitan. ¿Debo ofrecer el brazo? ¿Tengo la corbata bien puesta? ¿Paso el segundo ó el tercero? El caso es urgente; tres fracs se precipitan á un tiempo alrededor de una falda; ésta elige á la ventura, y empieza el desfile. El excedente varonil avanza detrás, con aire entre contento y reservado, por entre filas de lacayos rígidos. ¡Ah, cuán digno es su aspecto! ¡Qué bien empolvados están! ¡Qué aspecto de embajadores ó de ministros! Yo he visto ministros y embajadores; los lacayos están mejor; la buena presencia es una parte de su estado; su gravedad no tiene igual. Pero sobre todo tienen el órgano esencial aristocrático y las pantorrillas; las que son verdaderamente buenas valen cien francos más de salario: una pantorrilla blanca encima de un zapato de hebilla, transporta el espíritu á los más hermosos días de Marly y de Versailles. ¡Ay, si nos levantáramos el pantalón, cuántos de nosotros, ciudadanos secos, engreídos, deformes, resultarían dignos de ser lacayos!

---

cerebros la estadística, la economía política, la publicidad, las costumbres industriales, comerciales y prácticas. Por otra parte, si hay algo notable que diferencie á nuestra nación de las demás, es que se siente capaz y está ávida de organización, que las empresas privadas prosperan en ella menos que las instituciones públicas, que tiene necesidad en todo de centralización y de gobierno. Pues bien, yo pregunto: ¿es posible concebir un proyecto más conforme con estas dos tendencias; que dé más satisfacción á los intereses, más publicidad al comercio, más regularidad á las operaciones, más extensión á los negocios; que cree más comerciantes y más funcionarios á un tiempo; que haga la vida más cómoda y á la par más mecánica; que aproxime al hombre más completamente á esos valores timbrados y cifrados, registrados y en circulación, á los cuales él desea asimilarse? Yo no sé qué acogida dispensará la opinión á este pensamiento fecundo; pero, suceda lo que quiera, tengo á mi conciencia de mi parte; yo sé, yo creo, puesta la mano sobre mi corazón, que si este germen fermenta, no habrá sido inútil á mi especie. Mi convicción es tan firme, que estoy dispuesto á depositar los primeros fondos, persuadido de que me producirán el diez por ciento más que el cerdo salado y los petróleos.

---

## CAPITULO XV

## UNA COMIDA

«La señora está servida.»

La dueña de la casa se levanta con cierta lentitud y se aproxima al convidado más distinguido. Este arquea el brazo, encorva graciosamente las espaldas, busca una frase y halla una sonrisa. Entre tanto se promueve un ligero desorden; los hombres buscan dónde dejar pronto el sombrero; la galantería y la modestia los solicitan. ¿Debo ofrecer el brazo? ¿Tengo la corbata bien puesta? ¿Paso el segundo ó el tercero? El caso es urgente; tres fracs se precipitan á un tiempo alrededor de una falda; ésta elige á la ventura, y empieza el desfile. El excedente varonil avanza detrás, con aire entre contento y reservado, por entre filas de lacayos rígidos. ¡Ah, cuán digno es su aspecto! ¡Qué bien empolvados están! ¡Qué aspecto de embajadores ó de ministros! Yo he visto ministros y embajadores; los lacayos están mejor; la buena presencia es una parte de su estado; su gravedad no tiene igual. Pero sobre todo tienen el órgano esencial aristocrático y las pantorrillas; las que son verdaderamente buenas valen cien francos más de salario: una pantorrilla blanca encima de un zapato de hebilla, transporta el espíritu á los más hermosos días de Marly y de Versailles. ¡Ay, si nos levantáramos el pantalón, cuántos de nosotros, ciudadanos secos, engreídos, deformes, resultarían dignos de ser lacayos!

---

Las señoras se sientan, arreglan y extienden sus faldas. Los hombres discretamente, con los lentes caídos, tratan de leer su nombre en el pedacito de papel blanco que les indica su puesto; lo ocupan saludando, y tosen para aclarar la voz, casi sepultados debajo de dos vestidos. Brilla en toda la línea el ejército de vasos y botellas; cada plato tiene su pequeño batallón; los candelabros arrojan millares de blancos resplandores sobre aquel arsenal brillante; los cuerpos de seda, las cintas, los diamantes relucientes, un ancho vaso de azulejos y de yaros eleva, en medio de la mesa, sus penachos satinados y la delicada orla de sus flores abiertas; el ruido leve de las cucharas y de los platos se parece al del granizo que golpea en los cristales ¿Qué voy yo á decir á mi vecina?

Mi sobrino Anatolio Durand, que come aquí por primera vez, está como cohibido; va á comer demasiado; dentro de un cuarto de hora tendrá los ojos chispeantes y las mejillas encarnadas; se atormentará por hallar una idea y soltará una tontería. Sobrino mío Anatolio, en el último baile, después de seis minutos de silencio, dijiste á tu pareja, una fina y encantadora joven, á quien yo en mi imaginación te destinaba por esposa: «Señorita, ¿vive usted en Chatou? —«Sí, caballero». —«Aquel sitio es muy feo». Y ahí paró la conversación. Sobrino mío, cuando se habla tan poco se debe decir otra cosa.

Yo me siento holgadamente; poseo cerdos salados y petróleos. Con motivo de un plato ó de una lámpara, paso á la carne ó al petróleo, y disparo una ó dos historietas; una vez comenzada la frase, ya sigue sola como el caballo de un ómnibus, que conoce su camino. En el campo, describo á la americana huesosa y puritana, conocedora de la Biblia, la economía política y la

anatomía; establezco un paralelo entre aquella predadora y otros que le parecen; se dignan sonreír, y, con la conciencia tranquila, me levanto para ir á fumar. Infalliblemente, como tengo cincuenta y tres años cumplidos, mi vecina dirá en voz alta al volver al salón: «El Sr. Graindorge es algo raro, pero muy amable.»

En el centro de la mesa hay un antiguo embajador, hoy senador; es el personaje principal. Figura de madera; no mueve ni un músculo. Yo he observado muchas veces esta expresión en los hombres políticos, sobre todo en los hombres oficiales; á fuerza de representar, adquieren la inmovilidad de una figura decorativa. Este no se divierte ni se aburre; está ahí pasivo, fijo, privado de sensaciones, como un centinela en su garita. Lo más notable aún es que no tiene ausencias; su pensamiento no anda vagando por otros lugares, se ha paralizado; no se ocupa más que en mantener su fisonomía en estado majestuoso y el cuerpo en posición rectilínea; y ni aun se ocupa de eso; la posición rectilínea y el estado majestuoso ya son hábitos; él no necesita reprimirse ni observarse para adoptarlos. La bestia toma por sí sola la actitud grave, sin que el alma tenga que intervenir en eso; libertada de todo cuidado, el alma se dispensa de existir. Una media sonrisa incolora se ve constantemente en sus labios magistrales; imponentes arrugas descienden á lo largo de su nariz, su semblante prolongado de corte clásico parece el de un busto. ¡Espectáculo augusto! Verdaderamente, con su cordón rojo y su placa, está digno de ver, sobre todo en la mesa ó en

el whist, mejor aún cuando saluda; en esos momentos nos preguntamos por qué no saluda siempre; en verdad no puede cansarse; sus profundas inclinaciones y sus enderezamientos son perfectos en demasía; no es posible imaginar unos tendones y una espina tan disciplinados, tan seguros de sí mismos; es la corrección y la elasticidad de un autómata. Esta noche ha entablado conversación; con frases hermosas, bien escritas, habla con un banquero, que está á su lado, de las colas de carnero, plato notable, muy estudiado en Austria y en Inglaterra, mal comprendido en Francia, y que, sin embargo, después de varias tentativas, ha encontrado un intérprete digno en el cocinero de Mr. de Rothschild.

Primera señora á la izquierda, una verdadera parisiense, aburrída de verse junto á un tronco diplomático, se ha vuelto hacia su vecino, que es joven. Veinticuatro años, tres hileras de gruesas perlas en el cabello, anchos bucles rizados le caen sobre las sienes y le dan el aire más fantástico y agraciado; talle delgado, hombros siempre en movimiento, y el más ligero, el más lindo, el más ruidoso vestido de raso que es posible imaginar; la nariz algo larga, pero los dientes son perfectos, y sus ojos negros tienen un fuego, una expresión, una alegría constante que colora todas sus ideas y todos sus movimientos. Su superioridad consiste en su franqueza. Quiere divertirse, vivir entre cosas brillantes, lo confiesa. Para ella, la vida empieza con las luces artificiales esplendorosas, á las once de la noche, en medio de conversaciones, entre las galas y el ondear de faldas brillantes, plateadas,

bordadas, que se comprimen y se ostentan en muelles asientos de color de rosa. Dos, tres reuniones todas las noches, cinco ó seis comidas por semana, los Italianos y la Opera, y por añadidura el Bosque todas las tardes ó las visitas recibidas ó devueltas, no es mucho para ella. Jamás se ve cansada ni rendida; se encuentra en el mundo como un buque en alta mar, con buen tiempo y á toda vela. La invasión ha sido tan fuerte, que todas las partes de su pensamiento han recibido el sello de su pasión. Las demás jóvenes son hipócritas en cuanto á la música, ésta no. Toca el piano y se burla de su modo de tocar; en vez de arrojarse ante Beethoven ó Mozart, oye á Verdi ó á Rossini y sólo diez minutos, nada más; una pieza de música le gusta como un helado que la entretiene un cuarto de hora de una manera agradable; no aspira al sentimiento, á la profundidad de un alma no comprendida. Todas las importaciones alemanas se han deslizado por ella sin penetrarla. Es verdaderamente francesa, y del siglo XVIII, muy parecida á aquella marquesa que, antes de recibir á un gran general, preguntaba: «¿Es amable?» Lejos de inclinarse gravemente, con veneración, ante las cosas respetables, las toca con la contera de su quitasol, mira veinte segundos, hace una mueca y pasa de largo. Para ella no hay en política más que dos partidos: el de las manos con guantes y el de las manos sucias. La religión es una cosa admirable, pero ¡tiene tan malos modales el vicario! Nada tan hermoso como las virtudes domésticas; ¿pero qué es una mujer ajustando la cuenta con su cocinera? La pintura es un gran arte, pero ¿por qué los pintores pestañean tanto y usan lentes? M. de... es el primer político del siglo, pero tiene cabeza de cascanueces y facha de tonel. Va en esto tan allá,

que no es vanidosa; no pierde el tiempo en compararse con sus vecinas; no le incomodan sus lindos trajes, al contrario, goza con ellos, porque forman parte de ese esplendor que le gusta; los celos y las rivalidades son intrusos, feos y gruñones que no tienen acceso en ella; su espíritu es demasiado alegre, demasiado parecido á una sala de baile, lleno siempre de ideas bulliciosas, de las imágenes vivas y variables de la diversión. Hay que verla y oirla contar la historieta más insignificante, un simple detalle de la vida ordinaria; hallamos tal atractivo en su persona, un tono tan vivo y tan claro en cada palabra, tal vehemencia en sus ideas, que se experimenta sin remedio el placer de vivir.

Se casó hace cuatro años. El marido la llevó primero á orillas del Rhin, luego á Italia; después fué necesario preparar el hotel, los carruajes, la casa de campo; esto se hizo en dos años. Ahora juega con él como con una pelota, no porque sea mala, sino porque se divierte con todo, hasta con él cuando le tiene á su alcance. Él engorda y se fatiga pronto; ella se mofa de él después de la comida, cuando se duerme; le obliga á hacer sus correrías. El pobre hombre, sanguíneo y repleto, no puede con ello, y cada año se encuentra más enamorado de ella; la observa en la mesa, está intranquilo, ella se muestra demasiado amable con todos. Comprad un bonito puñal muy bien damasquinado y de temple fino; cuanto más afilado y más fuerte sea, mejor penetrará en vuestro pecho.

Esta noche atormenta á un gran hombre de reciente nombradía, un compositor. Este músico desventurado acaba de publicar tres nocturnos; ya no duerme, está abrumado por su obra; ya no nota el sabor

del gamo ni de las trufas; traga vasos de vino creyendo beber agua; necesita que le hablen de sus nocturnos. Ella le habla de música desde la sopa, mas sin llegar á sus nocturnos; se detiene precisamente al ir á nombrarlos, fijándose en la fisonomía anhelante del autor; entonces, repentinamente, vuelve á las frases generales. Ella está cada vez más radiante, él más triste. A la hora del champagne, él está completamente desesperado: «Mis pobres nocturnos.»

En aquel momento ella comienza el elogio de Gounod. Él se enjuga la frente con la mano, y á guisa de consuelo, pide champagne.

Ha terminado la primera parte de la comida. Pausa corta. Un vago sentimiento de bienestar se esparce, como un perfume, en el espíritu. Ya no se tiene apetito, pero aún se puede comer. Se digiere bien, y hay el convencimiento de que se digerirá mejor. El estómago es la conciencia del cuerpo, y cuando es feliz, todo lo demás llega por consecuencia. Se ve, con voluptuosa tranquilidad, que se reanuda el servicio. No se reflexiona, no se hacen observaciones precisas, pero se nota vagamente el brillo de la porcelana, la alegría de los adornos, las telas suaves, la disposición física é ingeniosa de todo el lujo presente. Se olvida el mirar una cabeza bonita inclinada, el centelleo de un diamante en el extremo de una oreja, contemplar detenidamente alguna linda rosa colocada entre cabellos rubios. Toda esta gente habla con viveza, sonríe, parece contenta. Esta es la verdadera fiesta, la asamblea solemne, la más venerada entre todas las ceremonias mundanas, y el vapor oloroso de

los platos sube en espirales delicadas como el humo augusto de un sacrificio.

Cuarto convidado á la izquierda; un propietario grueso, antiguo hacendista, ahora diputado por una provincia, instalado en un banco de la Cámara como una foca. Le gusta extraordinariamente el pastel de pescado; tiene invernaderos y regala ananás á sus amigos. Su vecino, un relator joven, trata de halagarle, de distraerle de llevarle á la política y á la literatura. El contesta poco, y sus cejas fruncidas parecen decir: «Este animal, con sus palabras, me impide conocer la calidad del *sauterne*.»

Una mujer de cuarenta años, menlacólica. Sin ocupación; su nariz comienza á enrojecer.

En el extremo de la mesa hay una barba afeitada y unos bigotes negros..., es el cortesano de D...: se le encuentra en todas partes.

Profesor suplente en la Escuela de derecho, alto, delgado, encorvado, siempre saludando, presentado á todos, introduciéndose en todas partes, y en todas asiduo, el perfecto intrigante. Ni una idea, ni una apariencia de talento, ni de conversación, ni de pluma, ni de palabra; pero él llegará.

Viene aquí, como á otras diez casas, dos veces por semana; se instala delante de la chimenea; hace reverencias á todas las señoras, cambia tres frases huecas con todos los hombres; se muestra, le ven; la idea de su semblante incoloro y de su forma oblonga se graba, á fuerza de verla, en todos los espíritus. Imposible olvidarlo, se le ha visto demasiado; vive en la imaginación de todos como la *Revalenta* Dubarry ó el

secante de Raphanel. Por más que se le estime en su verdadero valor; por más que se le declare nulo, es imposible echarle de la cabeza. La dueña de la casa se lo encuentra en la punta de su pluma cuando quiere completar la lista de sus invitados. El ministro, vacilante entre dos candidatos, le encontrará en su recuerdo como un recurso; es un hombre complaciente, no hará hablar de sí, se le puede elegir sin compromiso alguno. Es sufrido, sonríe bien y mucho, puede quedar pegado á una pared, con decencia, toda una *soirée*; mirará los cuadros, hará bailar á las desairadas; sus trajes son correctos, llena un hueco, lo mismo que un cacharro en un vasar. Aprende, Anatolio, sobrino mío, ahí tienes una semilla de académico.

Una de las diez mujeres más bonitas de París, figura casi perfecta, vestidos siempre nuevos; pero no es más que una muñeca; su marido un tití elegante. No tienen inquietudes de ninguna clase; parecen hechos uno para otro, para ir al Bosque, para bailar, para entrar y salir, saludar y estar en visita. Mandan seiscientas tarjetas de felicitación el día de año nuevo. Ella ha sonreído tanto, que á los veintiocho años empiezan á iniciársele unas arruguitas imperceptibles en derredor de los labios y de los ojos.

Cuando me acerco á ella, preveo interiormente el gesto, el movimiento de cabeza, la contestación que obtendrá mi frase. Tirad del hilo de una caja de música, sabéis anticipadamente qué pieza vais á oír. Hermoso canario rozagante, gracioso, que saltas por tu enrejado primoroso, en tu jaula dorada, junto á un comedero siempre lleno, tu pluma está bien alisada, tus lindas patitas bailan todo el día sin cansarse, tu pico toma con aire resuelto los granos de alpiste escogido que se te prodigan, tu garganta contiene tu repertorio

de notas dulces y agrias, y yo te compraría con gusto por cien francos con la jaula; pero me gustarías más disecado que vivo.

Me parece que rien, aunque decorosamente, al otro extremo de la mesa. Un agregado de embajada, que está junto á una escritora inglesa, persona de mucha moralidad, trata de defender la novela francesa, acusada de corromper las costumbres. Después de algunos dichos y respuestas, dice él, con la actitud de un hombre honrado: «Miss Mathews, usted nos juzga con demasiada severidad, por no habernos leído bastante; permítame usted que le envíe mañana una novela francesa, nueva, célebre, la más útil y profunda de todas las obras morales de nuestros días. Ha sido escrita por una especie de monje, un verdadero benedictino que estuvo en Tierra Santa, y hasta recibió allí algunos tiros de los infieles. Este monje vive en una ermita cerca de Rouen, encerrado día y noche, y trabajando sin descansar. Es muy sabio, ha publicado una obra de arqueología sobre Cartago. Debía estar ya en la Academia; se cree que será el sucesor de Monseñor Dupanloup. No sólo tiene ingenio, sino también conciencia. Ha hecho por largo tiempo autopsias bajo la dirección de su padre, que era médico, y conocía lo moral por la observación de lo físico. Si tiene algún defecto es ser demasiado exacto, demasiado laborioso, que no trata de agradar. Su fin es poner en guardia á las jóvenes contra la ociosidad, la curiosidad malsana y el peligro de las malas lecturas. Se llama Gustavo Flaubert, y su libro se titula así: *Madame Bovary ó las consecuencias de la mala conducta.*»

Miss Mathews se tranquilizó.—«Dígame usted el nombre del librero; yo traduciré el libro tan pronto

como regrese á Londres, y haremos que sea distribuido por la Sociedad Weysleyana de propagación de las buenas doctrinas.»

Sirven champagne por segunda vez; empieza la confianza; las sillas se han desordenado un poco; algunos convidados están casi apoyados en la mesa; las conversaciones entabladas son ahora más familiares, más vivas, dos á dos, tres personas ó á la aventura por grupos. Los criados ociosos con la servilleta debajo del brazo, piensan en los postres, y entre el ruido confuso de voces que se cruzan y se elevan, se oyen resúmenes como estos: «Gounod tiene talento á medias; es una semilla alemana desleída en salsa francesa.—Compre usted Graissessac, van á bajar.—La verdadera cola de carnero no puede comerse sino con pimienta.—No hay más que un poeta contemporáneo, Lecomte de Lisle.—En el Francés no han recibido á Enriqueta B..., hubiera tenido demasiada *claque* en la orquesta.—No me hable usted jamás de Meyerbeer, tiene ingenio, pero aderezado con la paciencia.—Qué bien le sientan á usted esas cintas. ¡Solamente un talle tan estrecho puede llevar cintas tan anchas!—He hecho mal en tomar un helado, me va á doler el estómago.—M. Thiers es el primer orador del siglo.—Como M. Scribe es el primer autor cómico del siglo.—Y M. Auber el primer músico del siglo.—Y Horacio Vernet el primer pintor del siglo.—Me está pesando la comida, vamos á fumar.»

## CAPITULO XVI

### UN CASAMIENTO

Son las diez; la desposada está vestida; se ha colocado, con su madre, á la entrada del gran salón; dos ó tres parientes cercanos están allí; los lacayos se han puesto los guantes y se encuentran preparados para anunciar.

Ya conocía la casa, la han trastornado de arriba á abajo: era preciso ponerla de nuevo; dos días de tapiceros, compras de cortinas, alquiler de muebles; han escondido las cosas viejas en las alcobas y en los armarios. El saloncito ha sido renovado, el gabinete del padre transformado en tercer salón; han abierto á la circulación dos dormitorios; los lechos, bien cubiertos de seda fina, hacen muy buen efecto con sus sábanas de encajes. Los sillones son blandos, hay algunos en los rincones oscuros; podré bostezar allí libremente.

La instalación es correcta y completa. Por lo demás, lindo casamiento; veintiocho mil libras de renta para empezar, otro tanto en lo por venir; buena casa, buenas relaciones, es la burguesía rica. El novio monta bien á caballo, tiene buena barba, posee fincas en el Perche, es ya consejero general y sueña con ser diputado; sus saludos son perfectos; está á retaguardia con su suegro y recibe á los hombres; imposible ser más correcto; cada diez minutos va á decir una palabra á la joven; ni demasiado atento ni serio en demasía. Su brazo está dispuesto, su espina inclinada,

su boca sonriente; va llevando á las señoras al saloncito donde el notario, colorado y majestuoso, y su pasante, rígido como un maniquí de modas, ofrecen la pluma para la firma del contrato.

Se oye el rodar de carruajes y luego pararse de repente. Este ruido se repite con frecuencia, primero débil, luego aumentando, después de varios á un mismo tiempo, y, por fin, un estrépito. Los vidrios resuenan, los cocheros gritan, los pavimentos relucientes despiden reflejos extraños, y en la gran obscuridad de la calle, los picos de gas envían sus claridades vacilantes en forma de penacho. Las mujeres, muy tapadas, entran y suben, ahuecando sus faldas; al llegar á la antesala se revisan en el espejo; después, de repente, como obedeciendo á una orden, toman el aspecto de ceremonia. Cada una tiene el suyo. Madame S... busca la simple sonrisa. Madame de B... avanza hueca y resplandeciente, con movimientos acompasados como en aire de marcha. La pequeña Luisa D... se desliza débil é intranquila al abrigo de la sólida muralla, del baluarte movable que halla en su madre. Algunas parece que corren al asalto, otras entran como soldados que vuelven victoriosos. Teniendo buena vista, se conocería por esta actitud su carácter totalmente.

Cumplimientos y caricias hasta lo infinito. La novia y su madre dan cada minuto y medio como un gran chapuzón en sus vestidos. Los salones se llenan, los hombros satinados se oprimen bajo el terciopelo de los sofás, las flores de los peinados se agitan por los movimientos de las cabezas, un sordo rumor continuo, una especie de cuchicheo universal, breve, que acompaña al ruido leve del roce de las faldas; los hombres graves, llenos de cintas y placas, empiezan á circular

con el aspecto de severidad y de resignación propios de su categoría y de su edad. El futuro y su suegro dicen por la nonagésima vez: «¡Qué amable ha sido usted al dignarse venir!» El novio ha oído otras tantas veces este cumplimento: «Felicito á usted, amigo mío; es usted un hombre feliz.» Estrechones de manos, palabras cordialísimas. Se oye rechinar en la sala de al lado la pluma del notario. Las buenas amigas se dirigen al segundo dormitorio, el que está tapizado de color de rosa, y examinan los estuches colocados en un terciopelo blanco. El calor aumenta y yo pienso en los sorbetes.

El padre entona interiormente esté monólogo: «Mil quinientos francos para la fiesta y la comida; las botas me están estrechas y yo pasaría más agradablemente la noche en el Círculo. Pero este es un día de revista. Es necesario para mi representación. Yo no exhibo á mis amigos: hay aquí tres grandes cruces, diez comendadores, un mariscal de Francia, dos primeros presidentes, una docena de condes y de marqueses auténticos. Todo esto entra en lo que aporta mi hija; yo soy un hombre de buena posición, y presento la prueba de ello; cuando mi yerno tenga necesidad de un puesto, cuando á mí se me ocurra enviar mi nombre al *Moniteur*, si deseo ser administrador de una compañía, todo me saldrá á pedir de boca; el agua va siempre al río.»

Brevessoliloquios intermitentes de la madre: «Juana está demasiado apretada. — ¡Dios mío! se olvida de estar afectuosa con la señora del presidente, ella la cree quisquillosa y áspera; Juana, corazoncito mío, se trata de la lección de tu marido. — No traen los helados. — Juana, has desgarrado los guantes. — Allí hay una lámpara que va á estallar. — Juana, no pa-

reces contenta. — Juana, aparentas demasiada satisfacción. — Mi vestido va á reventar por la espalda.»

Coro general de jóvenes *sotto voce*: «Me gustaría más un rubio. — Yo, al principio, no me atrevería nunca á hablar así á mi futura. — Le sienta bien la cinta roja. — No tiene más que una; mi hermano tiene tres, roja, amarilla y mixta. — ¿Firmará ella primero? Esto trae la felicidad; dicen que entonces, la mujer manda en la casa. — ¡Ah, Dios mío!, diamantes verdaderos; ¡qué preciosa crucecita, qué hermosos pendientes antiguos! — Su talle está bien; sin embargo, me gusta más el matiz de mis cabellos. — Gris perla, es bonito; pero debía tener *bullones* en las mangas. — ¿Recibirá el jueves? — Mi querida Juana, déjame que te bese; ¡cuánto te quiero!»

## II

Soy un antiguo amigo; Juana me ha presentado á su marido; yo la miraba bien; es imposible ser más parisiense, más mujer de sociedad.

Esto es innato, y la educación lo ha completado, comprimiéndola y excitándola á un tiempo. La postura más bonita de un caballo de mucho valor, es cuando piafa y se encabrita suavemente obedeciendo á la brida.

Una mezcla exquisita de modestia y de seguridad. No se puede afirmar que ella tenga talento; su talento consiste en el arreglo de su vestido, en sus actitudes, en la elección de esas flores pálidas que entrelazan sus capullos en sus cabellos. Además, el verdadero talento sería inconveniente; una mujer de esta clase

no puede tenerlo sino casada y á los treinta años. Pero no le faltan palabras, sostendrá muy bien su salón, soltará con gracia esas frases que reanudan las ideas y dan á la conversación un nuevo giro. No se debe exigir talento en las conversaciones de sociedad; su perfección consiste en que sean, no hueras, sino casi hueras; las agudezas, lo mordaz, la originalidad, la profundidad desentonarían en ellas; allí todo se atenúa. Estoy seguro de que las doscientas personas presentes no han producido en tres horas una idea ó una palabra que valga la pena de ser escrita. El encanto consiste en la soltura, en la voz modulada con moderación, en los cambios de tono hechos sin esfuerzo ni brillo, en un perfume universal de cumplimientos fáciles y de elegancia fina. Juana me ha dicho «¡Buenas noches!», esto no exige mucho gusto de inventiva; pero el sonido de su voz, es casi tan dulce como el de una flauta, y la corta reverencia que hace relucir y sonar á su vestido, deja en la memoria el recuerdo de una pintura graciosa. Eso basta, nadie le pide ideas; ¿quién se preocupa por las ideas en un baile?

Todo eso es, en ellas, obra de su pasado; nosotros, los hombres, nos rellenamos de razonamientos, nos sometemos al régimen del latín y de las matemáticas, colocamos en nuestra cabeza, en compartimientos de todas clases, grandes ideas rectangulares; al marchar, somos pesados, vigorosos, y nuestras acciones, nuestros juicios salen con la rigidez y el peso de una máquina. Ellas, por el contrario, dejan resbalar por su espíritu la geografía y el catecismo; nada penetra en él; las fórmulas secas y desproporcionadas corren como un aguacero por un paraguas de seda; por debajo de esta lluvia oficial, se forma su ser verdadero, compuesto de sensaciones puras, de repugnancias, de

simpatías, de imágenes, de deseos vagos, que ondulan y vibran. Esto produce una armonía imprevista, de una delicadeza y de una precisión extrañas. Nosotros nos quedamos estupefactos, con la boca abierta; ¿cómo un instrumento tan mal ejercitado ha podido producir un sonido tan armonioso, tan puro?

Por otra parte, en este mundo por lo menos, el sonido es muy débil, y la escala muy limitada. Ninguna emoción sería profunda. Ella habla sin cortedad, tranquilamente, con aquel joven que mañana será su marido: ella hace los honores y parece que de casados llevan dos años. No tiene que violentarse, para llegar á esa semialegría sonriente; entra en el matrimonio, como se sube á un carruaje para una linda partida de recreo. Su sentimiento es la satisfacción de establecerse conforme á todas las conveniencias, con todas las satisfacciones, es decir, un marido elegante, de buena familia, activo, que está bien á caballo; cuatro meses en París, ocho en un lindo castillo, muchos bailes y muchos vestidos, una canastilla de veinte mil francos. Las zozobras intensas, el silencio decidido ó lleno de angustias, la idea de una vida azarosa ó de un ideal logrado, se hallan á cien leguas; ella me habla de su peinado, me pide datos acerca de los hoteles de Niza, etc. Una muñeca muy linda á quien gusta guiar, que os da lustre en el mundo, graciosa, que aviva y despierta el gusto con la perfección y las renovaciones de su *toilette*, esto es lo que va á hallar el novio, y á fe mía, creo que él se hubiera visto en un conflicto si hubiese encontrado algo más.

### III

El suizo obeso marcha haciendo sonar su bastón.

Todos los cirios están encendidos, el viril y el tabernáculo relucen entre las columnas; las casullas y las estolas despiden chispas de fuego, á medida que las genuflexiones del celebrante hacen reverberar los bordados damasquinos de oro; los dos frescos de Flandrin desarrollan á ambos lados del altar sus procesiones de figuras nobles y sabias. Delante, en sillones de terciopelo carmesí, á la vista de todos, se muestran los parientes más próximos, la casada, como una blanca aparición, la madre con encajes dignos de una reina. Todo brilla y centellea. Los pliegues opulentos de las colgaduras aprisionan voluptuosamente la púrpura de las claridades temblorosas. El órgano, vaga, perdido en ondulaciones suavísimas, ya tierno, ya grave, á veces con ligeros arpegios que revolotean como un enjambre de abejas luminosas diseminadas por el éter sereno.

Muy bonita ópera, parecida al quinto acto de *Roberto el Diablo*, pero *Roberto el Diablo* es más religiosa. En cuanto se vive en un país latino, en Francia, en París, todo toma aspecto de ceremonia. El sermón á cargo de M. Belamy, predicador célebre; discurso académico, frases perfectas y acabadas, felicitaciones á todos. Felicitaciones á la madre «en quien todas las distinciones del talento se unen á todas las delicadezas del corazón». (Ella ha escrito un folleto sobre la asociación de la Santa Infancia.) Felicitaciones al suegro, «quien, después de haber llevado la bandera de Francia á las comarcas lejanas donde había dejado de flotar por espacio de seis siglos, presenta al nuestro relajado, como los antiguos combatientes, la raza y perfecta alianza del guerrero ejemplar y del cristiano fiel (antiguo coronel en Africa; hoy es mayordomo de fábrica de su parroquia)». Felicitaciones á un acadé-

mico que se encontraba allí, «y cuyo estilo primoroso tomado de las puras fuentes del siglo XVII, recuerda, etcétera.» También á un diputado, «cuya palabra elocuente excita y aplaca á gusto suyo, etc.» Igualmente á los jóvenes esposos. Todo esto pronunciado muy bien, en períodos simétricos de retórica escogida, lentamente, con el tono adecuado. ¡Excelente tenor! Mi vecino, al referir esto á un retrasado, decía: «Ha obtenido mucho éxito.»

## IV

Un niño y una niña, graciosos, finos, con sus trajes de terciopelo, van pidiendo, sonríen cuando se les da algo. Es un precioso intermedio.

## V

Conversaciones en la iglesia: «Juana es bonita, pero su marido es descolorido.—Serio como una estaca, eso hace parecer tonto.—Está como exigen las circunstancias; allí quisiera yo ver á usted.—¿Tiene usted monedas de diez sueldos? deme usted una. Yo no soy pariente y no tengo más que oro para la colecta.—¡Buenos días! ¡buenos días! Usted también por aquí. ¿Viene usted por el esposo ó por la esposa?—Por el esposo; la chica es muy guapa.—Yo me quedo en las calles de travesía; por lo menos pasearé.—¿Le gusta á usted Flandrin?—Sí, la gran composición de la derecha, pero lo demás es una tontería con pretensiones

bíblicas.—Idealista rígido; ese hombre se ha agujereado el cerebro para estar frío.—Venga usted, Bernardo, eso es feo; ¡vaya una exactitud militar!—No me hable usted de tal cosa; mi coronel es un perro cuando se trata de permisos.—La casada lee en su libro de devociones; lo hace por el buen parecer. ¡Calle! ¡música vocal! es un casamiento de mil doscientos francos.—Mil quinientos, por las colgaduras y la alfombra de la escalinata de la iglesia.—¿Ha oído usted á Mme. Lagrange?—Buena cantante, tiene estilo y seguridad, pero está hecha de estaño batido.—Al fin viene el sabio y meditabundo Varillon, de corbata blanca y con un libro grande bajo el brazo.—Yo he tomado el coche sólo por una hora; voy á la sacristía, no hago más que atravesar la iglesia; lo esencial es un apretón de manos al padre.—Sigamos, ¡bum! ¡bum! ¡buf!, hay cola, como en el teatro.—¿Habló usted de mí á su jefe?—Todavía no, el animal está ausente.—Apretemos los codos y adelante. ¿Dónde está el padre?—Allá abajo, en aquella apretura, donde se dan la mano.—Mil felicidades, mi querido señor.—¡Cuanto me alegro de ver á usted! Un millón de gracias.—¿Ha terminado usted, Bernardo? yo me voy.—(El portero.) Por aquí, señores, el pasillo de la izquierda (¡pif, paf!) Señoras, tengan ustedes la bondad de seguir; vuelvan ustedes, caballeros (¡pif! ¡paf! ¡bum!) —¡Qué aire tan fresco! ¡gracias á Dios! ya estamos libres.—La pobre muchacha ha hecho ciento cincuenta reverencias y aguantado ciento cuarenta hocicos viejos.—Esperen ustedes á que me abroche el *paletot*.—Mendigos, criados, papanatas en fila; esto es la salida de los Italianos.

## CAPITULO XVII

## LA PRIMERA DAMA

El hígado me ha atormentado este invierno; consecuencias de haber viajado por la India. No he salido de casa, y, á falta de algo mejor, he querido ver el mundo en pintura; tenía en mi mesa las *Comedias* de Emilio Augier y de Alejandro Dumas, hijo. Pintan con exactitud, es su oficio.

Dos caracteres llaman la atención en ellos como en todas partes, el enamorado y la enamorada. En efecto; esos dos personajes son dignos de amor, es decir, los más perfectos posibles. Veamos á qué se llama perfección en Francia en 1865, principalmente tratándose de mujeres.

En otro tiempo, el asunto era muy sencillo. Se ponía á la hija en una caja, que se cerraba con llave, hasta que cumplía quince años. En esta época salía, pero bajo la falda semifeudal de su madre; el padre, serio como un portero de catedral, iba de guardia á su lado. Ella bajaba los ojos, se mantenía derecha; estos eran sus dos primeros deberes. Retrasar la aparición de las ideas y de los sentimientos, mantener el alma en la ignorancia y en el candor primitivos, enseñar la obediencia y el silencio; á esto se reducía la educación, enteramente represiva. Yo visito de vez en cuando á dos señoras ancianas que me han referido su infancia. Fueron educadas en París, pero detrás de unas rejas, las cuales estaban provistas de espesas

bíblicas.—Idealista rígido; ese hombre se ha agujereado el cerebro para estar frío.—Venga usted, Bernardo, eso es feo; ¡vaya una exactitud militar!—No me hable usted de tal cosa; mi coronel es un perro cuando se trata de permisos.—La casada lee en su libro de devociones; lo hace por el buen parecer. ¡Calle! ¡música vocal! es un casamiento de mil doscientos francos.—Mil quinientos, por las colgaduras y la alfombra de la escalinata de la iglesia.—¿Ha oído usted á Mme. Lagrange?—Buena cantante, tiene estilo y seguridad, pero está hecha de estaño batido.—Al fin viene el sabio y meditabundo Varillon, de corbata blanca y con un libro grande bajo el brazo.—Yo he tomado el coche sólo por una hora; voy á la sacristía, no hago más que atravesar la iglesia; lo esencial es un apretón de manos al padre.—Sigamos, ¡bum! ¡bum! ¡buf!, hay cola, como en el teatro.—¿Habló usted de mí á su jefe?—Todavía no, el animal está ausente.—Apretemos los codos y adelante. ¿Dónde está el padre?—Allá abajo, en aquella apretura, donde se dan la mano.—Mil felicidades, mi querido señor.—¡Cuanto me alegro de ver á usted! Un millón de gracias.—¿Ha terminado usted, Bernardo? yo me voy.—(El portero.) Por aquí, señores, el pasillo de la izquierda (¡pif, paf!) Señoras, tengan ustedes la bondad de seguir; vuelvan ustedes, caballeros (¡pif! ¡paf! ¡bum!) —¡Qué aire tan fresco! ¡gracias á Dios! ya estamos libres.—La pobre muchacha ha hecho ciento cincuenta reverencias y aguantado ciento cuarenta hocicos viejos.—Esperen ustedes á que me abroche el *paletot*.—Mendigos, criados, papanatas en fila; esto es la salida de los Italianos.

## CAPITULO XVII

## LA PRIMERA DAMA

El hígado me ha atormentado este invierno; consecuencias de haber viajado por la India. No he salido de casa, y, á falta de algo mejor, he querido ver el mundo en pintura; tenía en mi mesa las *Comedias* de Emilio Augier y de Alejandro Dumas, hijo. Pintan con exactitud, es su oficio.

Dos caracteres llaman la atención en ellos como en todas partes, el enamorado y la enamorada. En efecto; esos dos personajes son dignos de amor, es decir, los más perfectos posibles. Veamos á qué se llama perfección en Francia en 1865, principalmente tratándose de mujeres.

En otro tiempo, el asunto era muy sencillo. Se ponía á la hija en una caja, que se cerraba con llave, hasta que cumplía quince años. En esta época salía, pero bajo la falda semifeudal de su madre; el padre, serio como un portero de catedral, iba de guardia á su lado. Ella bajaba los ojos, se mantenía derecha; estos eran sus dos primeros deberes. Retrasar la aparición de las ideas y de los sentimientos, mantener el alma en la ignorancia y en el candor primitivos, enseñar la obediencia y el silencio; á esto se reducía la educación, enteramente represiva. Yo visito de vez en cuando á dos señoras ancianas que me han referido su infancia. Fueron educadas en París, pero detrás de unas rejas, las cuales estaban provistas de espesas

celosías; ni teatros, ni reuniones, ni salidas. Muy de tarde en tarde, á las diez de la mañana, el aya, acompañada de un lacayo fiel, les enseñaba el Jardín de Plantas. Cuando iban al campo, el carruaje que había de llevarlas entraba hasta el patio del hotel; llegadas allá, se les prohibía correr por el parque; debían estar en el *parterre* de la fachada y no pasar nunca de los dos grandes jarrones de la segunda escalinata. En el salón, sus utensilios de bordar, colocados junto al aféizar de una ventana, les indicaba su puesto; si alguien las saludaba, tenían orden de hacer una inclinación de cabeza y marcharse. A las ocho menos cuarto daban las buenas noches, respetuosamente, á los abuelos primero, después á su madre, á su tío, á sus dos tías; á las ocho había terminado el desfile; á las ocho y cuarto ya estaban en el lecho. Durante el día bordaban, cosían para los pobres, entonaban cánticos, iban á ver su pajarera, leían á Berquín, jugaban con una gata blanca, á la que llamaban *querida señorita*, y todos los meses esperaban la visita de una amiga de la clase media; pero de la antigua, quien, como tenía talento, aprovechándose de la relajación general, había obtenido licencia para copiar, de su propia mano, los *Ensayos de moral*, de Nicole.

Figuraos tales personajes en el teatro; dadles algún talento natural; añadid á esto cierta generosidad nativa que se tiene siempre, cuando no se ha vivido demasiado; tendréis á Inés, que ha recibido lecciones de buenas maneras, las mejores, porque no proceden de un maestro, sino del ejemplo diario de la familia. Una virgen enclaustrada que sabe saludar y sonreír, ¿hay mayor atractivo? Las timideces; los rubores; los movimientos involuntarios reprimidos por el decoro exquisito y continuo; la imperceptible emoción del pen-

samiento y de la pasión que, por primera vez, van á manifestarse; la transformación de la niña que, en un día, con una palabra, llega á mujer; la mirada furtiva, discretamente dirigida, con ojos sorprendidos á punto de llorar; el delicioso desorden interior; la palpitación sorda del ser nervioso, ardiente, delicado, por el que cruzan las ideas como bandadas de centellas; ved todo eso en escritores y dibujantes del siglo último, en la *Mariana* de Marivaux, en los grabados de Moreau. Actitudes modestas, fisonomías agraciadas, brazos encantadores escondidos entre encajes; preciosas hebillas colocadas como patitas de pájaros en zapatos con tacones; cuerpos de corpiños, que se podrían abarcar con las dos manos; saludos correctos y que entusiasman; travesuras y atrevimientos encerrados en la actitud irreprochable; curiosidades y deseos que se alarman de existir y que muy pronto no se alarmarán de manifestarse; son como el vino de champagne embotellado: el tapón ha sido fuertemente ajustado á golpes de mazo eclesiástico; pero ¡cómo centellea el licor espumoso y cómo ríe á través del cristal! Esta es la verdadera bebida del francés, y todos los espectadores, al ver el lacre del sello intacto, presentan su vaso, adelantan los labios y sienten ya el vapor subirles del paladar á la cabeza.

Ya no existe el tapón; saltó, con otras muchas cosas, el año 89, y ha sido necesario buscar tipos distintos. La duda es grande; un amigo mío, autor dramático, me ha confesado que en este asunto se cansa inútilmente. Se hallan en el teatro ojos hermosos, frescas mejillas, talles muy lindos; se coloca encima una andamiada de seis metros de cabellos y trajes; ¿pero qué se le hace decir á esta muñeca?

Diabluras de niño mimado, exageraciones de mucha-

cha, halagos de modistilla frágil, esto, lo otro, una gracia cursi ó un sentimentalismo de álbum; nada más. La educación antigua ha desaparecido; la nueva no ha comenzado; ellas flotan entre los restos de lo pasado y los esbozos de lo por venir; semiprovocativas y semitímidas; ni vírgenes ni esposas; medio hombres y medio mujeres; con reminiscencias de colegialas y veleidades de actrices. El desdichado autor dramático se dice, golpeándose la cabeza: «Es preciso combinar un *cotillón* al final de la obra; ¿qué voy á poner en ese *cotillón*?» Es cada una de ellas un húsar en embrión; hay cien razones contra una para afirmarlo.

Primera razón: el temperamento. De diez veces, las nueve el fondo de la francesa es la vivacidad voluntaria; ellas son, por instinto, bulliciosas y duras, activas y resueltas, perspicaces para juzgar, confiadas en su propio juicio, incapaces de subordinación. En los países germánicos, la mujer parece de otra especie que el hombre y le sirve de complemento; aquí, todo lo contrario; es un hombre de esencia refinada y sublimada, provista de nervios más excitables que los del otro su compañero en caso de necesidad, su igual siempre y su amo, si puede.—Ved ahora cómo la educación moderna fortalece ese espíritu imperioso y personal. El padre y la madre hicieron un matrimonio de conveniencia, es decir, frío, y las asperezas de los dos caracteres chocaron como hielos sin fundirse, con un rozamiento doloroso y continuo; ellos se repugnaron, después se toleraron por resignación y más tarde por costumbre. Vienen los hijos, una niña, y la sed infinita de adoración, mucho tiempo aguantada, se sacia ansiosamente en el nuevo lecho que tiene ante sí. La niña es sonrosada y rubia; todos los sueños de gracia

y de belleza ideal, toda la poesía ruda é inútilmente abrazada por el joven se despiertan por el padre, y ahora nada turba sus sueños ni los destruye. Ella no tiene más que ser feliz para no ser ingrata; ¿qué podría rehusar, y cómo podría desagradar? Nada se le pide y se le da todo. Es un potro que salta entre la hierba: «¡Come, hijo mío; qué bueno eres al comer tanto!» Sus locuras, son alegrías; sus malicias, gracias; ¿hay algo tan bonito como un potrillo cuando retoza? Ya crecida, salta las vallas, paca las mieses, tira dando cabriolas á su padre viejo y macilento: «Mi padre y yo—dice una de esas descocadas libres—hacemos todo lo que yo quiero (1).»

Vedla en sociedad; desde el primer día, si no es demasiado torpe, llega al pináculo; un hombre de mérito, á los quince años de trabajo, no alcanza tan alto puesto. Ella sólo ha tenido necesidad de exhibirse, la proclaman reina; los jóvenes se muestran solícitos, las mujeres de treinta años, intranquilas; los elogios zumban en enjambres. Una amiga mía me ha contado que, al salir de su primer baile, ella, de buena fe, se creía una maravilla. ¡Tantos fueron los cortesanos y las alabanzas! Su efecto se ve en los príncipes; ellos admiten sin repugnancia que el género humano no tiene otra misión que la de limpiar sus muebles, y que el sol es una lámpara obligada á encenderse por sí sola para alumbrarlos. Advertid que mi joven tiene muy buenas razones para divinizarse, ciertas y efectivas; ella sabe cuál es su dote, y, con su viveza de espíritu, ha formado concepto del matrimonio y sus pretendientes. «Los turcos compran sus mujeres, nosotros compramos nuestros maridos... Que el mío no

(1) *El Amigo de las mujeres.*

sea impertinente en casa, ni ridiculo fuera, y le dispense todo lo demás... (1).» En suma, si ella se casa, «es porque las jóvenes no tienen otra carrera». Le hace falta un hombre, para salir, viajar; es un servidor indispensable, un gentilhombre de cámara, un mayordomo, un escudero. Indudablemente «sería más agradable el estado de hombre». Al no poder adquirir el estado, se adquiere el hombre. Se le paga un precio para que sea decente, responsable, capaz de representación; él se compromete á dar el brazo; se codean el vestido y el frac reunidos; la falda, por este contrato, recibe todas las libertades de la levita.

Botas pequeñas, un dolmán ó una casaca con adornos de pasamanería, pantalón, sombrero, bastón, cinturón y guantos de hombre; ¿qué le falta para ser un húsar? ¿Acaso los modales caballerescos? Ella los ostenta, entiende la defensiva y algunas veces la ofensiva, hace frente á los verdaderos hombres, se bate con réplicas, y golpe sobre golpe, hierro contra hierro, se aventura en los pasos escabrosos, de los que su vanidad vuelve en triunfo y su delicadeza en jirones. ¿Tal vez el conocimiento del mundo? Ha ido al Bosque, á las carreras, al teatro; la libertad de las conversaciones le ha dado á conocer las Magdalenas; conoce nuestra literatura, excepto las novelas fisiológicas; conoce nuestra vida, salvo un detalle fisiológico. ¿Es la costumbre de mandar y de dirigir? Tres veces por semana se pone su padre botas estrechas y su madre va á dormir en una banqueta con los ojos abiertos, para que ella pueda bailar. Desde la altura de su dote ve danzar á los pretendientes y se burla de sus piruetas. «El amor es una adulación de la cual no

(1) *Un buen casamiento.*

tomo nunca para mí sino la mitad; yo sé que mi persona y mi dote hacen un hermoso total (1).» En resumen, ella ha visto á los hombres en una posición muy fea, arrodillados ante un talego de dinero; por eso los fustiga con tanto gusto. Agresiva, pendenciera, instruida, dominante y escéptica, ya veis que no le falta nada para entrar en un regimiento.

En ese regimiento hay muchas compañías. Aquí procedamos con orden:

Mlle. Herminia Sternay (2). Esta es hija de un general, y podría, en caso necesario, sustituir á su padre; tiene la sangre fría y el arrojito de un jefe de cuerpo. La quieren asustar, para separarla del hombre á quien ama. «Yo no me asusto, tía, lo sabe usted bien.» Cuando su altiva é imperiosa abuela la interroga, ella contesta, como persona segura de lo que hace, con cierta mofa serena.—Cuando, por castigo, la meten en el convento, «ella come, bebe, duerme, habla y ríe con sus compañeras como antes.»—Cuando, en presencia de sus padres, dudosos é irritados, vuelve á encontrar, á los diez meses, al hombre á quien ama, le tiende la mano, le llama sencillamente Santiago, y no se turba lo más mínimo al oír las exclamaciones de su abuela: «Nosotros nos damos francamente la mano ante todo el mundo y con toda confianza, lo que creo más decente, que acechar una ocasión para hablar en secreto en algún rincón.»—¿Se puede saber cuáles son tus proyectos?—Sí, buena mamá; si antes me hubiesen ustedes preguntado, yo se lo hubiera dicho antes. Mis proyectos son casarme con M. Santiago Vignot, puesto que sigo amándole... Ahora, querida mamá, creo que me enviará usted al convento donde estaba aún

(1) *Un buen casamiento.*

(2) *El Hijo natural.*

esta mañana, y tendrá usted mucha razón; pues, además de que sería para usted muy desagradable tener siempre á su lado una hija tan desobediente como yo, por mi parte, aquél es el lugar donde prefiero vivir, hasta los veintiún años, porque deseo aprender todas las cosas útiles que ignoro aún.» Ya veís que ella tiene buena cabeza y conoce el Código. En su convento, ha meditado sobre las necesidades de Santiago; descubrió que éste necesitaba una mujer sólida, resuelta, buena para la exportación y los consulados; y, bien calculado todo, le dijo: «He reflexionado mucho, Santiago, lo repito, y creo que soy la mujer que á usted le hace falta.»—La he colocado entre los húsares, pero me parece que podría entrar en los coraceros.

Mlle. Matilde Durien (1), quince años; pero precoz, de buen sentido positivista, con el golpe de vista de un hombre de negocios y la madurez de un jefe de familia. Ama á su primo, se lo dice á él mismo, y el primo se esquivo con algunas frases. «¡Poesía!... es indudable, tú no me amas; no hablemos más de ella. No te amenazo con matarme, ni con entrar en un convento, ni tampoco con no casarme jamás; al contrario, haré todo lo posible por olvidarte; pero quiero que nuestra conversación, que tan gran influencia ha de tener en mi vida, la tenga también en la tuya.» Y, enseguida, le traza un plan de conducta, le aconseja que tome un estado, que haga fortuna, á fin de casarse con la que ame, sea rica ó pobre. Viniendo al hecho, ella lee gruesos volúmenes de agricultura, con tanto provecho, que llega á ser apta para explicar «los mejores resultados de fertilización obtenidos hasta el día, la diferencia de las tierras silíceas, que tie-

(1) *La Cuestión del dinero.*

nen piedras en mucha abundancia, y las calcáreas, que contienen cal, y algunas veces también magnesia, etc.» En este momento, por un cambio brusco, obtiene el permiso de casarse con su primo; pero, al descubrir de repente que él ama á otra, le cede á esta otra con mucho primor, con una destreza y una resolución incomparables, practica de un solo golpe, y por sí misma, la operación delicadísima de arrancarse el corazón. ¡Encantadora niña! ¡Qué bien maneja el bisturí á su edad! La he alistado en los húsares, pero á fin de que sea el cirujano mayor del regimiento.

Nos faltan músicos. Por dicha tengo á la mano una de las novelas más bonitas de estos tiempos: *Renée Mauperin*. Mlle. Renée Mauperin es una artista, no solamente por los dedos, en música y en pintura, sino por el talento, por el corazón, por la lengua; en breve, como dice el autor, «una locuela melancólica», es decir, un natural capaz de sensaciones vivas, de impresiones originales y de locas fantasías. Habla *argot*, nada en el Sena (en traje de baño) con un pretendiente á quien ve por primera vez, le hace huir á fuerza de inconveniencias, obra como un chico travieso, suelta las ideas más descabelladas en lo mejor de conversaciones graves, y su padre, que la reprende en voz alta, la aplaude por lo bajo. Querido pífano, qué agudos toques, qué marchas endiabladas, qué contradanzas tan lindas y fogosas vas á tocar en tu pífano.

¡Con qué aire tan marcial irás á la lucha la primera! ¡Con qué entusiasmo te llaman todos nuestros húsares para que seas el corneta de su regimiento!

Busco al húsar completo y creo haberle descubierto en Mlle. Antonieta de *Los Solterones*. Esta joven acaba de obtener un éxito brillante; en la apariencia, el público la ha encontrado de su gusto; impetuosidad,

petulancia, deseo de verlo, de tocarlo todo, preguntas incendiarias, osadía nerviosa, ardor de recluta que no ha conocido nunca las heridas, trastorno interior de sensaciones súbitas y vehementes, centelleo de ideas que el contacto de la nueva sociedad hace saltar como un polvorín; ella se mueve y caracolea en su casa y en las ajenas, como un jinete sobre su primer caballo. Lo que divierte tanto á los espectadores, es que, en medio de sus zancadas, conserva su traje de novicia: botas, espadas, plumero, y todo lo demás, es de húsar, un solo detalle de vestuario falta en su traje; este contraste, llevado al extremo, ha parecido encantador. La inocencia de la ignorancia entre vivacidades é indomables impetus, ¡qué encantadora novedad! Esperad un poco: dejad á la recluta el tiempo necesario para adquirir la instrucción, y al cabo de un año, el marido os dirá si es la falda ó el látigo lo que ella prefiere conservar en su equipo mixto.

No hay que llamarme escéptico, yo reconozco en ellas todas virtudes de su estado. ¿Acaso un húsar no es arrogante y bravo? Precisamente su profesión es hacerse romper los huesos. Yo quisiera ver una criatura humana de veinte años que no sea generosa; ella lo es, provisionalmente, porque tiene esa edad. Mi húsar femenino es capaz de entusiasmos: veámosla en sus rasgos hermosos. Mlle. Francine Deroucrets (1) tiene veintiún años, y se entera de que la fortuna de su padre está comprometida. Consigue que se le dé un poder general, liquida las deudas, coloca sus propios bienes como vitalicios á nombre de su padre, le conserva de este modo sus costumbres de bienestar, le cuida como á un niño, le vigila para impedirle volver

(1) *Maitre Guérin.*

á caer en las especulaciones atrevidas que le han arruinado. Esta es una bella acción, valerosa y bien hecha. Del mismo modo un oficial joven se ofrece para llevar un despacho á través de los cañones, sin cuidarse de las amputaciones ni del hospital. Notad qué parecidos son estos dos caracteres. Es una «ama mujer»; ella la dirección de los negocios, se niega á dar cuenta de ellos á su padre, se mantiene enérgica con él, le guía, le contiene como á un hijo pródigo; tiene el tono imperioso de la voluntad firme; lucha contra su rival y contra los indiscretos, con el rudo estoicismo y la dolorosa ironía de una resolución inflexible; permanece erguida ante las injurias; exajera su papel de procurador y de avaro, á la manera del soldado que irrita sus heridas, y cuando el notario Guérin manifiesta una duda sobre su delicadeza, ella le humilla de nuevo con tan altivo desdén y tal explosión de orgullo, que le envidiaría un oficial á quien se le intimara la rendición. Si ha habido alguna vez una criatura armada para la resistencia, el mando y la guerra, es esa. Observad que, habiendo sido siempre desgraciada, es la más pura de todas. Las generosidades de las otras son distintas. Mlle. Clementina Brewier (1) se casa con quien quieran y cuando quieran, á condición de que sea por Navidad, para pasar el invierno en Roma. El marido que halla es excelente y está muy enamorado; ella, por esto, le trata como á un criado; él se aleja y vuelve después un grande hombre; ella corre á buscarle entonces y, en un rasgo de bravura nerviosa, asiste á sus peligros. Este heroísmo no me parece muy digno de admiración. Mme. Gabriela Chabrière (2), que tiene un marido inteligente,

(1) *Un buen casamiento.*

(2) *Gabriela.*

espiritual, alegre, laborioso, rendido y muy tierno, quiere fugarse con un amante, porque éste le habla de pasión y su marido de negocios, pero habiendo desplegado de repente el marido más elocuencia que el amante, observa ella que éste «no es más que un niño» y que «su marido es un hombre». Por esto se queda en su casa, y dice: «¡Oh padre de familia, oh poeta, yo te amo!»

Advertencia para los notarios, banqueros, empleados, magistrados y todos los hombres de negocios, como aquel marido; ellos están obligados á ser poetas, dos veces al mes por lo menos, si quieren conservar á sus mujeres. Efectivamente; lo que más se estima en el regimiento que describo, es el lucimiento, no el servicio, y se hallan dispuestos á seguir al coronel que tiene el plumero más bonito. Mlles. Fernanda Marechal y Clemencia Charrier (1) se encuentran mal en la casa paterna, ó han perdido ya la esperanza de casarse con el hombre á quien aman; y entonces, con maravillosa rapidez, aceptan inmediatamente al primero que se presenta. «Después de todo, ¡qué más da éste que otro!» Una ha hablado tres veces con su caballero, la otra ninguna; poco importa, ellas se casan, entre el montón. Al momento se publican los edictos, y en ocho días, después de una misa y una *toilette*... ¡Lléveme el diablo si no iba á decir una necedad! Es que ante pudores de ésta especie, creo siempre hallarme en mi escuadrón.

Estas son las púdicas; otras pasan por serlo. En primer término, Mlle. Calixta Rousel (2), persona muy hábil, que pesca con caña un pretendiente refractario. Persona habilísima; ella discurre el modo de ma-

(1) *El Hijo de Giboyer, Los Desvergonzados.*

(2) *Cinturón dorado.*

nejarse, inicia las confidencias, insinúa las reticencias, detiene las huidas, provoca las confesiones, con un tacto y una franqueza de iniciativa que no la aventajaría Celimena. Después de todo, á falta de los demás, cada cual se busca la felicidad por sí mismo; cuando el marido huye, es preciso ir á buscarlo.—En caso de necesidad, va ella misma con la mano en alto, á pedirle en matrimonio, como Mlle. Hackendorf (1), ó á casa de él, á su propio cuarto, á hacerle una declaración de amor, como Mlle. Marcela de Saucenau. «¿Me aceptaría usted por esposa?—Sería la felicidad para mí. Mas ¿por qué quiere usted ser mi mujer?—Porque usted no se parece á los otros... Esta joven que ve usted delante, es una joven honrada, y no tiene otros deseos sino el de ser una esposa honrada, si encuentra un marido inteligente que la comprenda y la domine... Sacrifíquese usted, cátese usted conmigo.—¿Cuál de las dos tiene más bello estilo? Palabra de honor, esto me recuerda la frase de la vieja Juana de Albret en tiempo de Carlos IX: «Aunque yo creía que esta corte era muy extraña, lo es más aún de lo que me figuraba; aquí no son los hombres los que solicitan á las mujeres, sino éstas á los hombres.»

En esta materia, la obra maestra es Mme. de Simerose. «Es una mujer honrada, y aun peor que eso.» La admirable educación de que gozamos, ha mantenido todas sus ignorancias excitando todas sus energías; ella no sabe nada y lo quiere todo. Ha rechazado á su marido porque era hombre, y ahí la tenemos, señorita como antes; pero al mismo tiempo, es señora por la ley, y no se enfada por esto; así es dueña de sí misma, de su conducta y de sus bienes: «Yo conservo

(1) *El Amigo de las mujeres, El Demi-Monde.*

la posición que se me ha creado á mi pesar, y en verdad, la encuentro buena; no tengo hijos, soy rica, soy libre; creo que no debo dar cuenta de mis acciones sino á mí misma.» Ella recibe, da comidas, hace los honores como dueña de su casa, trata como hombre á los hombres, no admite consejos, acalla las murmuraciones y anda con la cabeza alta, acorazada, con su derecho en la mano, á través de las curiosidades del mundo, las galanterías de los aspirantes y las exigencias de su marido. El orgullo se ha colmado, tanto más cuanto que la conciencia está intacta; si ella acepta un amor, es á condición de que será platónico. ¡Pues bien! cuando le falta este amor, de repente, sin poderse dominar, cediendo á una irrupción de despecho y de pasión acumulada, se arroja en los brazos del primero que llega. Por dicha, éste es de condición caballeresca; de otro modo á los seis meses ya estaría viciada; y si se ha salvado, ha sido por milagro. ¿Qué decís de esto? ¿Y qué de ese ardor con que ellas se lanzan hacia la independencia, la audacia y la iniciativa? Ellas tienen la vehemencia de la virilidad, sin el freno de la experiencia, y, puesto que estamos en la caballería, yo puedo compararlas con húsares que dan una carga llevando los caballos sin riendas.

Ciertamente, estas maneras militares producen su efecto, y el personaje eminente de nuestros días y en este teatro, es el voluntario en libertad. Albertina de Laborde, Susana de Ange, Serafina Pommeau, Olimpia Taveruy, y las demás vendedoras de camelias. Estas son completamente hombres y hacen profesión de tales; proveer por sí misma á su subsistencia, atacar, conquistar, explotar, sufrir las asperezas y rechazar las insolencias, mantener la cabeza serena en medio del peligro incesante, adquirir y valerse de as-

tucias, exhibirse y gozar, considerar al mundo como un enemigo y como una presa; en todos estos rasgos se reconoce á la mujer que, sintiéndose varonil, se hace guerrillera, corredora de caminos, y que no ha conservado su sexo, sino como un arma y un incentivo. Las otras, honradas ó semi-honradas, se detienen á mitad del camino de su temperamento y de su carácter; esta sola llega hasta el fin, y por eso hoy da el tono, impone sus trajes, transmite su aire, es objeto de las conversaciones. Se la cree superior y reina; á través de sus desdenes oficiales, las señoras la admiran vagamente, piden informes de ella, envidian en silencio su libertad y sus osadías, la presienten como rival, vuelven á hallar sus huellas en los modales de sus maridos, y, para combatirla con armas iguales, se muestran con trajes llamativos, en charadas vistosas, en cuadros vivos. Lejos de atarla, el marido empuja la rueda; ha vivido en el club y en casa de las *señoritas*, y conserva en la suya sus costumbres y su lenguaje libre.

Mi amigo Maximiliano de S..., que se casó hace dos años, refiere á su mujer su pasado, le da informes sobre todas las Magdalenas. Ella se ha instruido pronto; y, hace ocho días, al ver en el Bosque una joven alegre que guiaba su cochecito: «¿Quién es?—exclamó.—Esa no debe ser de las de moda; mi marido no la conoce.»—Y otros cien detalles como este; se desea vivir sin trabas; se trata á la mujer como á un compañero, un buen muchacho, delante del cual puede decirse todo. Y se le dice todo, aun las cosas más enormes, en términos decentes; ella también alardea de no ser gazmofía, lo lee todo, se la lleva á todas partes. A los treinta y cinco años se nos asemeja; ella, como nosotros, ha gastado todo su caudal; á veces

también es más prudente: una intriga, sobre todo si es constante, tiene muchos riesgos; su coste quita el gusto que proporcionaría. Vedla, mezclándose en la política como un hombre, aficionada á hablar, mentor tolerante de las calaveradas de sus hijos; ha ascendido algunos grados; es un oficial viejo, indulgente, que conoce bien la táctica; ella soporta su compañía; vive íntimamente, y como igual, con su marido, en un divorcio decoroso, en una alianza de negocios, en un compañerismo de costumbres. Ved á M. y Mme. Le-verdet (1).

Muy buena salida es la que lleva á la emancipación de la mujer. He visto los comienzos de costumbres como esas en América y en Inglaterra. En América tenemos el *flirtage*, las mujeres con diplomas, miembros de sociedades filantrópicas. En Inglaterra hay las *fast girls*, *ecuyeres* intrépidas y razonadoras precoces; Mr. Stuart Mill, un talento privilegiado, casi propone que se conceda allí el sufragio político á las mujeres. Es lástima que yo no viva treinta años más; si esto continúa, en 1900 el espectáculo será divertido.

(1) *El Amigo de las mujeres.*

## CAPITULO XVIII

### EL PRIMER GALÁN

Creo que el cambio es mucho más grande para el joven que para la joven.

Otras veces su deber era sencillo; junto á una mujer, cualquiera que fuese, debía tener el corazón en la boca, estar pronto para arrodillarse. Tengo á la vista *La Nueva Heloisa*, con grabados (que no leería quien está enfermo del hígado). Ese salvaje de Rousseau fué el primero en atreverse á decir que la galantería era ridícula, y á hacer de su enamorado un plebeyo violento, un declamador mal educado, un precursor de Didier, del obrero Gilbert y de otros galanes de Victor Hugo. ¡Pero de qué diferente manera ha entendido el asunto su grabador! ¡Qué joven tan lindo el Saint-Preux de las láminas! ¡Qué buena pierna la suya! ¡Su fisonomía, qué fina y risueña! ¡Qué bien peinado y qué bien vestido está! La media, cuidadosamente estirada, cubre una pantorrilla irreprochable; los colores más vivos resaltan en el calzón y la casaca; un encaje rizado se arrolla graciosamente en el extremo de las mangas de color de rosa; un chaleco atornasolado ahueca sus pliegos lustrosos alrededor de la chorrera preciosa. Es solícito y tierno; cuando pone una rodilla en tierra para besar la linda mano de Julia enferma, se nota al punto que ha recibido lecciones de los mejores maestros de baile. Cuando, en el bosquecillo de rosas, recibe «el primer beso del amor», no es rudo,

también es más prudente: una intriga, sobre todo si es constante, tiene muchos riesgos; su coste quita el gusto que proporcionaría. Vedla, mezclándose en la política como un hombre, aficionada á hablar, mentor tolerante de las calaveradas de sus hijos; ha ascendido algunos grados; es un oficial viejo, indulgente, que conoce bien la táctica; ella soporta su compañía; vive íntimamente, y como igual, con su marido, en un divorcio decoroso, en una alianza de negocios, en un compañerismo de costumbres. Ved á M. y Mme. Le-verdet (1).

Muy buena salida es la que lleva á la emancipación de la mujer. He visto los comienzos de costumbres como esas en América y en Inglaterra. En América tenemos el *flirtage*, las mujeres con diplomas, miembros de sociedades filantrópicas. En Inglaterra hay las *fast girls*, *ecuyeres* intrépidas y razonadoras precoces; Mr. Stuart Mill, un talento privilegiado, casi propone que se conceda allí el sufragio político á las mujeres. Es lástima que yo no viva treinta años más; si esto continúa, en 1900 el espectáculo será divertido.

(1) *El Amigo de las mujeres.*

## CAPITULO XVIII

### EL PRIMER GALÁN

Creo que el cambio es mucho más grande para el joven que para la joven.

Otras veces su deber era sencillo; junto á una mujer, cualquiera que fuese, debía tener el corazón en la boca, estar pronto para arrodillarse. Tengo á la vista *La Nueva Heloisa*, con grabados (que no leería quien está enfermo del hígado). Ese salvaje de Rousseau fué el primero en atreverse á decir que la galantería era ridícula, y á hacer de su enamorado un plebeyo violento, un declamador mal educado, un precursor de Didier, del obrero Gilbert y de otros galanes de Victor Hugo. ¡Pero de qué diferente manera ha entendido el asunto su grabador! ¡Qué joven tan lindo el Saint-Preux de las láminas! ¡Qué buena pierna la suya! ¡Su fisonomía, qué fina y risueña! ¡Qué bien peinado y qué bien vestido está! La media, cuidadosamente estirada, cubre una pantorrilla irreprochable; los colores más vivos resaltan en el calzón y la casaca; un encaje rizado se arrolla graciosamente en el extremo de las mangas de color de rosa; un chaleco atornasolado ahueca sus pliegos lustrosos alrededor de la chorrera preciosa. Es solícito y tierno; cuando pone una rodilla en tierra para besar la linda mano de Julia enferma, se nota al punto que ha recibido lecciones de los mejores maestros de baile. Cuando, en el bosquecillo de rosas, recibe «el primer beso del amor», no es rudo,

no delira, como quiere el libro; no arruga la falda, enarca esmeradamente los brazos, saborea con delicia y delicadeza la rica fruta que acaban de acercar á sus labios. En aquel tiempo era cuando se decía de un gran general esta palabra, que ya he citado: «Es amable.» En efecto, aunque él hubiera ganado cien batallas, nada le dispensaba de gustar á las damas, de saber ofrecer un ramillete, recitar algunos versos, deslizar una alabanza insulsa. Eran restos del tiempo antiguo: la señora, siempre castellana feudal; había obligación de servirla; aunque hubiera desaparecido el verdadero sentimiento, quedaban enteras las buenas formas; en lugar de pajes y caballeros, tenía hombres atentos y respetuosos. El único cuidado de un joven al entrar en la buena sociedad, era hallar dos manos bonitas dispuestas á guiarle; aquellas dos lindas manos le formaban, le movían, le empujaban, y en cambio, se dignaban aceptar todos los días ocho horas de lisonjas, de atenciones y de pequeños servicios. Hoy, un hombre de veinte años preferiría ser aserrador de madera; una mujer tomaría al galanteador por un badulaque de provincias; y encuentro, al abrir una comedia de Augier, que á estos cumplimientos anticuados se contesta con calma irónica: «Gracias, Lindoro.»

De esto ha resultado que el papel del galán ha bajado mucho. Por eso cuando á las once de la noche entráis en un salón, veis dos grupos separados: uno blanco, sonrosado, florido, inmóvil: son las mujeres, aprisionadas en el vuelo enorme de sus faldas y en el terciopelo de sus sillones; el otro, negro, escueto, terminado en cráneos calvos ó medio calvos, pero en movimiento: son los hombres, que circulan enderredor y miran, con los lentes puestos, apoyados en los largueros de las puertas. Cada uno de los que llegan

saluda á la dueña de la casa, cambia con ella tres frases de veinte palabras, da una media vuelta prudente y desfila fuera del recinto femenino; todo lo más, acá y allá, en la frontera, un frac negro habla durante diez minutos con una falda. De cuatro veces, tres él no se divierte y ella se aburre; los dos sexos son extraños uno para otro. A media noche, es un desierto; sólo quedan cinco ó seis hombres y mujeres que se conocen bien. Ellas se quejan entonces de la negligencia de los hombres; ellos se disculpan como pueden. Esto establece un cambio de hermosas hipocresías, de lisonjas disfrazadas, de provocaciones transparentes. Yo que, por mi edad y por mi estado, sé el valor de esa moneda, compendio de este modo el aspecto de la cuestión: cuatro hechos han ocasionado este descenso general de la galantería:

1.º Demasiado trabajo para el hombre. Va á la Bolsa; calcula y se agita por asuntos de gran importancia; está obligado á ganar mucho, porque el gasto de la casa y de la sociedad resulta enorme. Un médico, un abogado, un banquero, un artista, un político, está cansado por la noche y no puede ya hacer gasto alguno para divertir á las mujeres. Nosotros somos plebeyos; nuestro tiempo es del dinero; no tenemos ya el ocio y la indolencia del siglo pasado; se nos caen los brazos ante la esgrima obligada de la cortesía aduladora. Dejad que nos recostemos en una butaca y nos calentemos los pies á la inglesa, junto á una mujer que borda y hace el te; ó bien que, á la francesa, fumemos con un amigo que expone sus paradojas, ó hagamos el pilluelo con una manceba que dice desvergüenzas.

2.º La costumbre de reducir á número los valores. Jóvenes y viejos somos positivistas, y los jóvenes más

aún que los viejos. En esta operación pierden mucho las mujeres; ellas necesitan para espectadores no analizadores, sino poetas. El amor vive de ilusiones, de sueños vagos y encantadores extendidos como una bruma brillante sobre todas las cosas, de esperanzas desatinadas que corren sin cesar en persecución de una dicha desconocida y deliciosa; ¿en qué cabeza moderna subsiste aún este encanto matinal? Quien lo halla en sí, lo desgarrá con cuidado para librarse de un lazo; quien conserva [un jirón de él, sabe que la ilusión está en sí mismo, no en los objetos. El último y el más enamorado de los poetas decía ya: «Qué importa la botella, si contiene la embriaguez.» Ya no hay embriaguez, pero aún hay botellas. Hoy, en la señorita ó señora tal, se ve á la señorita ó señora tal, es decir, una falda y su contenido, el continente y el contenido más ó menos agradables y decentes, arrastrando en pos de sí un tren determinado de comodidades y de disgustos, de servidumbres y de utilidades. A ese precio, un galanteo algo prolongado parece una tontería; los beneficios no cubren los gastos. Además, cuando no se adora, repugna ponerse de rodillas; la actitud es demasiado molesta y hasta humillante; se la acepta por una hora, no se la toleraría una semana. Bien examinado todo, si hay necesidad de establecimiento, se prefiere francamente legítimo ó francamente ilegítimo; los dos se arreglan del mismo modo; con dinero efectivo, con notario ó sin notario; pero ambos sin vacilaciones ni entusiasmo. Matrimonios de conveniencia y visitas á las Magdalenas: el espíritu calculador aspira en todas partes á los plazos seguros, al placer garantido, á los contratos fáciles. Divirtámonos, pero no seamos necios. Mi amigo B..., la flor de los agentes de cambio, decía anteayer á su

hijo delante de mí: «Ya vas á concluir tus estudios de derecho; tendrás mil quinientos francos por trimestre; acuérdate de estas tres máximas: No lleves nunca tu manceba á tu casa. No tengas nunca la misma más de tres meses. Si conoces que te vas enamorando de ella, toma una segunda. Sobre todo, cuidado, no te dejes llevar de la costumbre; resérvate; cuando sientas que bullen en tu interior las frases comprometedoras, piensa, para cortar rápidamente las tonterías, que yo tengo de reserva, para tus treinta y cinco años, un lote de lindas jóvenes bien educadas, bien vestidas, mucho más agradables que tus queridas, y que te traerán dinero en lugar de pedírtelo.» Decidme, por favor, qué sitio queda para las pasiones con esta moral.

3.º Un nuevo fondo de honradez. Hay mujeres visiblemente buenas, sobre todo en la clase media, y se comprende que se las insultaría si se llegara á decirles que son bonitas. Además, las solteras son respetadas. Nada más raro que un seductor de la inocencia, como M. de Morteruer (1). Un hombre no más que medianamente delicado, no se dedica á ellas; espera á que estén casadas.

4.º Una desigualdad enorme entre la educación del hombre y la de la mujer. Por consecuencia, faltan motivos de conversación; la mujer no sabe ya hablar de religión como en el siglo XVII, ni de filosofía como en el XVIII. Se ha excluido de su educación el razonamiento serio; ha quedado reducida al piano, no sabe más que la rutina de la música, las habladurías de sociedad y las fórmulas del catecismo. Además de esto, como todo arte, ciencia ó profesión, se ha com-

(1) *Los Solterones.*

plicado prodigiosamente, el hombre, encerrado en su especialidad, llega á ser incapaz de hablar de ella, excepto á las personas de educación sólida. En los países germánicos las jóvenes saben cuatro idiomas, han practicado el razonamiento pesado, oído con inteligencia las discusiones políticas y teológicas de sus padres y de sus huéspedes. Entre nosotros no hay punto alguno común; después de esfuerzos sobrehumanos, los dos interlocutores quedan distanciados, enredados en frases oficiales, con bostezos interiores y una satisfacción de encargo. El hombre, á quien se pone delante de una mujer, se dice: «Si yo aventuro cosas verdaderas, me va á encontrar ridículo ó pedante; si repito cosas convenidas, me creará vulgar y tonto. ¡Querida señora, el diablo nos lleve á los dos; pero yo tendría mucho placer al hablar con usted, si tuviera algo que decirle!»

¿Sabeis que con estas costumbres no es fácil inventar enamorados para el teatro? Veamos lo que ha podido hallarse, buscando por todas partes:

El antiguo galán Esteban, en *Gabriela*; Pablo, en *Diana de Lys*; M. de Montégre, en *El Amigo de las mujeres*, todos sucesores de Antony, primos de los enamorados furiosos y sombríos de Víctor Hugo. En una de mis venidas á Francia, vi sus chalecos en 1830; aquellos chalecos eran muy poéticos, y el mechón de sus cabellos, colocado violentamente por encima de la frente, anunciaba las pasiones fuertes. «Los cabellos abundantes, la tez de ámbar; la voz sonora y metálica, grabando las palabras como medallas; los ojos muy hundidos debajo de las cejas y muy cercanos al cerebro; músculos de acero; un cuerpo de hierro, siempre al servicio del alma; entusiasmos rápidos; desalientos inmensos, calmados en un minuto, en el

que el alma se repone de repente... Pertenecen á aquella raza de hombres que tienen la facultad de andar por los caminos, de pasar las noches debajo de las ventanas, de vivir sin comer, de estar siempre dispuestos á morir y á matar á todo el mundo. Temperamentos biliosos, el hígado demasiado grueso; hay que enviarlos á Vich» (1). Ya veis de qué manera se los describe; son fenómenos. Por esto son raros, muchas veces cómicos, siempre anticuados. M. de Montégre viene del Jura, M. de Nanjac vuelve de Africa; ambos se han conservado en la vida de provincias ó en la militar, como un salmón en salmuera ó una espada en su vaina. En cuanto á Esteban y á Pablo, son, en Augier y Dumas, hijos de la juventud incubados debajo de un faldón de la levita del viejo Dumas ó del viejo Hugo. Y notad qué bonito papel se les da. De Naujac es un niño colérico y voluntarioso, que brama, grita, llora, quiere á todo trance degollar á las gentes y contraer un matrimonio indigno; si le salvan, no es culpa suya. A Esteban lo despide la mujer, porque después de hecha una comprobación, lo considera inferior á su marido, un procurador que dice chistes y ajusta la cuenta del presupuesto á su doméstico. Pablo es muerto por el marido, con aprobación general de los espectadores. De Montégre, un inocente que acepta el amor puro, tiene la bondad de servir de mofa y de restituir la mujer á su propietario. Burlado, muerto, despedido, salvado; estas son las cuatro salidas para el amante entusiasta. Vuélvase á las bibliotecas, y vaya á dormir al lado de Hernani, de Otelo y de otros. Hoy ha pasado de moda, lo mismo que un turbante y una gorguera; un hombre así es un

(1) *El Amigo de las mujeres*.

petardo; echadle muy pronto fuera, al fresco, á la cueva. Entre nuestras *crinolinas*, nuestros *poups* de color de rosa, nuestras comidas delicadas, nuestras charlas burlonas, sus explosiones son tan molestas como ridículas: no se está bien en su presencia.

Lleguemos á los personajes verdaderamente contemporáneos. La joven emancipada, escéptica y desconfiada, que está sentada en su dote como en un trono; se trata de llegar hasta ella: gran conflicto para el enamorado pobre. Qué medio hay de hacerse amable con una mujer que al oíros se hace por lo bajo las reflexiones siguientes: «Nosotras constituimos una verdadera tribu de jóvenes ricas; sabemos muy bien que si nos buscan, es por nuestro dinero, y que ni aun nos indignamos de eso. ¿Quién tiene la culpa, nosotras ó esos señores? Nosotras quisiéramos ser objeto de sus astucias; pero no se toman ni aun el trabajo de engañarnos. ¡Los mejores son los que sólo se informan de nuestra dote!... Hay uno que ha preguntado la edad de mi madre! (1)» Por su parte, para no ser vil, el enamorado replica: «¡Las jóvenes ricas... brr! El roce de su vestido parece un roce de billetes de Banco, y yo no leo más que una cosa en sus bellos ojos: La ley castiga al falsificador (2).» Esto cambia la manera de enamorar; ellos están en guerra. Ella le insulta; él la trata con rigor. Ella le envía á pasear, él se va. Vedla entonces correr detrás de él; le pide perdón, cae de rodillas á sus plantas, ó bien le abraza en público, pero solamente en el quinto acto. Explicaciones generales, enternecimientos, matrimonio. Pero no me negaréis que es una ocupación singular para un galán joven pasar el tiempo, excepto los

(1) *Un buen casamiento.*

(2) *El Hijo de Giboyer.*

diez minutos últimos, recibiendo y devolviendo desaires.

Este hermoso estado de hostilidad, manifiesta ó encubierta, es ahora la regla general entre los dos sexos. He notado veinte veces en los salones, que se dice á las mujeres insolencias y groserías sonriendo. Como ellas han formado maneras y osadías varoniles, se las trata como á hombres, es decir, como adversarios ó como compañeros. Se baten con ellas, y, á fe mía, como manejan bien su arma, no se sienten demasiados remordimientos, cuando se las araña levemente con la punta de la espada.

Todo es acostumbrarse; no hay otra actitud posible con las libres; de la sociedad mala ha pasado á la buena. Vamos á pasar revista á esos tipos militares.—Se encuentra en primer lugar el imbécil M. de Naton ó M. do Troëns (1) (mi sobrino Anatolio Durand ó d'Urand, pertenece á esta clase), joven burlón, tanto que bosteza al lado de su mujer y dice con su voz gruesa y desagradable: «En verdad que son descocadas las mujeres de buena sociedad.» Cuando las saluda y dice en voz alta que hace mal tiempo, ha agotado casi todo su repertorio; se marcharía con mucho gusto; busca en su bolsillo un cigarro, piensa en el gabinete de Titina, donde se fuma con los pies por alto, con toda comodidad; en las cenas de Lulú, que canta con donosura la canción del *Petit Ebéniste*.—Viene después el hombre experto y vividor, Frederico Bordognon (2) «hijo menor de un comerciante de acéite de la calle de la Verrière, la tienda llamada de «Los Tres Olivos», que ha tratado con rudeza á mu-

(1) *El Padre Pródigo, Los Solterones.*

(2) *Las Elegantes pobres.*

jeros cuyos lacayos no se hubieran dignado saludar á su padre.» Con sus cincuenta mil libras de renta, se ha endosado el frac del gentleman, pero conservando el escepticismo calculador del comerciante. «Voy á despedir á la propietaria de mi corazón, quiere subirme el alquiler y yo me resisto á eso...»

Su experiencia es completa; en todos sus chistes se halla la alusión á los números, como una nota metálica en una música picaresca. «En tanto que la elegante pobre es honrada; su marido paga á diez céntimos los panecillos de un sueldo; desde el día en que ya no lo es, paga á sueldo los panecillos de diez céntimos. Ella empezó robando á la comunidad y acaba enriqueciéndola.» Habiendo ganado diez mil francos en el juego, los lleva, con su primera declaración, á una mujer bonita. Lo restante de su conducta y de sus palabras es lo mismo: un epicureo positivista. Las mujeres tienen que portarse bien con esos tiranos. Los dejo ya y de muy buen grado. ¿Queréis ver un carácter más simpático, un verdadero francés, lindo, ligero, alegre, como los del siglo pasado, siempre inspirado, divertido, complaciente y hasta galante, y que no carece de probidad ni de delicadeza (1)? El también tiene la marca de su siglo, y sus galanterías no pasan de los labios. Es brillantemente aturdido, y locuaz con gracia, lo que no le impide ser prudente, redomado, prevenido, y estar en guardia contra la mujer adorada que quiere llevarse sus escudos. En efecto, sabe el precio del dinero, el valor de las cosas y de las personas, el suyo, el de su talento y de sus sentimientos. No hay nada de que él no se burle y lo pese. «¡Noble coronel! ¡La rectitud y la lealtad perso-

(1) *Maître Guérin*, Arturo Lecoutellier.

nificadas! Yo no le recibiré en mi casa... ¡Me encanta la idea de dar asiento en mi hogar á una bondadosa joven que sería el ángel de la guarda de mi casa!» Su espíritu es el agradable y chispeante espíritu francés, pero descompuesto por la experiencia, como un vino delicado por un sol demasiado ardiente: en la superficie, una ebullición espumosa de bufonadas; en el fondo, un chorrillo agrio de ironía; en el centro, una provisión de buen sentido comercial y llano. Ninguno de estos tres licores embriaga, y, cuando haga la corte á Mme. Lecoutellier, estoy muy seguro de que será con el Código en la mano.

Faltaba hacer salir del segundo término al calculador asendereado, y darle el primer papel, un papel simpático. Gran dificultad es conquistar simpatías para un hombre que maltrata ú hostiliza á las mujeres. A esto se ha llegado, y M. de Jalin, M. de Ryons, son los dos personajes que más éxito han tenido en el teatro moderno (1). Para hacerlos soportables, el autor colocó al primero en el *demi-monde*, entre las mujeres de mala nota, lo que le concede el derecho de mandarlas á su perrera; y al segundo en la buena sociedad, entre las virtudes sospechosas y las inocencias agresivas, lo que disculpa sus impertinencias; además, un día, al hallar una doncella en una mujer, se sintió de repente lleno de caballerosidad, y esto le coloca en el número de los salvadores.

¡Pero con cuánta frialdad y discreción manejan la mecánica femenina! ¡Cómo la experimentan para su placer ó para la instrucción de los demás! ¡De qué manera tocan precisamente, con seguras previsiones, el resorte que hará salir de improviso, de una joven

(1) *Demi-Monde*, *El Amigo de las mujeres*.

soltera, la cortesana precoz, y de una señora joven, la cortesana perita! «¿Mi declaración de antes? Era una cortesía; hay mujeres que buscan eso en la conversación.—¿Y ese procedimiento, le ha dado á usted resultado alguna vez?—Más de las que yo quería.» Son fisiólogos y cirujanos; tienen consultas gratuitas y hacen operaciones á domicilio, comúnmente por amor al arte, á veces por un resto de humanidad. «Su casa de usted es original, y siento mucho no haber venido antes á ella. ¡Hay aquí tarea para un coleccionista como yo, y creo que también un objeto que aún no he catalogado!» Entre tanto, conservan en su poder la teoría completa, y se les puede decir que no perdonan á nadie. «Usted no es simpático á las niñas.—Las mujeres no son niñas jamás.—Las niñas nos consuelan de todo. Excepto de tenerlas...—Calle usted, desgraciado; la mujer es quien inspira todas las cosas grandes.—Y quien inspira realizarlas... Yo me he propuesto no entregar nunca mi corazón, ni mi honor, ni mi vida á la voracidad de esos lindos seres, por los que vienen la ruina, la deshonra y la muerte, y cuya única preocupación, en medio de esa matanza universal, es vestirse unas veces como paraguas, y otras como campanillas.» Observad que este teórico no es «un borrego desinteresado, sino un carnero que continúa pastando en el prado comunal (1)»; si su corazón tiene sesenta años, sus sentidos tienen treinta. Fijaos en que este epicúreo no es un Lovelace tirano y brutal como el otro, que se cree muy correcto «porque llevó luto ocho días por las amadas criaturas muertas en el parto por su causa»; éste es, por el contrario, bondadoso, y presta de buena voluntad algún servicio á las mu-

(1) Frase de Edmundo About.

eres. Todo esto forma un carácter completo, perfectamente moderno, no digno de odio, y hasta agradable y superior.

Supuesta la mujer, es decir, un ser «ilógico, subalterno, dañino», pero encantador como un perfume delicioso y perjudicial en un vaso de cristal frágil, se trata de respirarla con prudencia, delicadamente, algunas veces, no en su casa, sino en la ajena, sobre todo de no romper el cristal, y, en cuanto se pueda, detener las manos groseras ó torpes, que están preparadas para romper el vaso. Desde Antony al amante de la dama de las camelias, al pintor Pablo, á Olivier de Janin, á M. de Ryons, la transformación es visible. Entre el entusiasmo de 1820 y el positivismo de 1860, la experiencia ha colocado al hombre en la desconfianza y á la defensiva; de amante, ha llegado algunas veces á ser enemigo; muchas, adversario; frecuentemente espectador, y todo lo más, amigo.

Amigo después de una escaramuza, y con toda clase de reservas. Por esta causa, me gusta más mi papel, y me sirve mi educación. Mi pobre sobrino Anatolio Durand ó d'Urand me inspira algunas veces lástima; se encuentra cortado allí, donde yo estoy á mis anchas: esto consiste en que yo no tengo ya pretensiones y él sí. A los cincuenta y cinco años, cuando se ha perdido el cabello y se vuelve de América, no se puede ser peligroso; se tiene el derecho de ser cortés y algo más. Es un derecho de antaño, y yo lo rescucito en provecho mío. La conversación deja entonces de ser un duelo, y qué ocupación un duelo constante, sobre todo con una mujer! ¡Es tan desagradable decirles cosas duras, aun cosas frías! ¡Es tan grato parecerles bien! Para esto no hay obligación de buscar en la memoria las frivolidades del siglo último; á pri-

mera vista, sin que se haya dicho una palabra, ellas saben si gustan, hasta qué punto, de qué manera; si han conmovido el corazón, la cabeza ó los sentidos; si es por su *toilette*, su talento ó su gracia. No hay necesidad de fingimientos, basta con sentir y dejarse ir. Al cuarto de hora se franquean; no temiendo ya la mofa, se presentan ante vuestro espíritu como delante de un espejo; se miran en él, y encontrándose amables, continúan mirándose por complacencia, sin reparos, sin cambiar de actitud ni forzar su sonrisa. Hallad, si podéis un papel más agradable que el de espejo; en cuanto á mí, á él me atengo. En verdad, á los seis meses, la ópera resulta ensordecedora; el teatro, con su mal aspecto y sus elegancias de pacotilla, desanima; ¿y qué es una cortesana importante, sino una actriz casera? El más encantador de todos los espectáculos de París, es una verdadera mujer de buena sociedad; es un espectáculo en un sillón: desde sus encajes hasta su talento, nada hay en ella que no sea una obra maestra de la cultura moderna; para hacerla tal como es, se han necesitado cuatro ó cinco generaciones de fortunas bien cimentadas, de costumbres elegantes, de educaciones refinadas; todo lo que el gusto inventó de más delicado se ha reunido en su *toilette* y en su persona. Vedla delante de vosotros, en su sillón de seda pálida, medio inclinada, con movimientos vivos de pájaro, negligente y risueña; los fulgores de su collar se fijan como ojos vivos encima de las curvas de sus hombros llenos de vida; su peineta de oro se clava entre grupos de flores más arriba de las ondas de su cabellera; su vestido, extendido, presenta por debajo del cuerpo finísimo, la belleza de sus pliegues lustrosos. Ella habla, está contenta, hace los honores de sí misma, y se considera pagada, si estáis satisfechos.

Palabra de honor, yo acabo por creer que los cuadros, los libros, la música, han sido inventados por algunos desgraciados, para los enfermos, y que toda esa gente, espectadores y autores, tenían los ojos tapados respecto á la naturaleza. En materia de obras de arte, los muertos que se guardan en las bibliotecas se cuelgan en las galerías; yo estoy por éstas, que no están encuadradas en vitela ni encoladas en lienzos.

## CAPITULO XIX

### LOS ARTISTAS

*14 de Septiembre.*

Este otoño he pasado un mes en Fontainebleau y en las aldeas próximas. Allí es donde se les ve al natural. Pero al principio, casi no pensé en mirarlos.

¿Es posible que haya cerca de París una selva como esta? Todos mis recuerdos de América se han despertado. Hace nueve años, según mi cuenta, á las cuatro, iba yo á caballo por bosques parecidos; mas aquí las ideas de comercio y dinero, son arrojadas como una vestidura sucia; yo volví á encontrar las generosidades de la juventud; me parecía que era otra vez hombre. Ciertamente, nada me gusta en el mundo como los árboles.

¿He vivido verdaderamente en París por el que tanto he suspirado? Aquí me parece que no. Mi salón, mi carruaje, todo mi aparato es un traje de gala molesto. He dado ocupación á mis ojos, he visto una casa de fieras muy curiosa. ¿Pero he gozado de verdad? Estos nueve años, vistos desde lejos, se me aparecen como una acera ruidosa y monótona, la acera de alguna inmensa calle de Rivoli, oliendo á gas y á asfalto. Lo mejor que encuentro en ellos, es ocho días de ausencia, una larga patida de caza en los Vosgos. Nosotros teníamos un mulo, un aldeano y una tienda; vivíamos de lo que cazábamos vivaqueábamos en ple-

no bosque; llegada la noche, el campesino preparaba la caza; yo asaba la carne en los carbones, con un asador colocado entre dos troncos; las ramas se retorcián en la brasa, las ráfagas de viento lanzaban sobre aquella parte las llamas; las chispas crujían ruidosamente, el humo azulado subía por entre los árboles; dormíamos en nuestras mantas, con los pies junto al fuego, y por la mañana, al partir, sentíamos en nuestra frente las gotas de rocío de las altas encinas.

¡Esta selva es menos natural, pero también qué hermosa! A orillas del camino se extienden las redondas hayas, doradas, mostrando el encaje de su follaje. Se prolongan en hilera hasta perderse de vista, gozando del aire libre. La luz se esparce en oleadas sobre sus copas, reverbera en las hojas, descende en bandas, de rama en rama, hasta el césped. Un vapor dorado, un polvo luminoso y brillante flota en derredor de ellas como una gasa. Sus troncos blancos tienen una corteza siempre lisa y nueva. La tierra profunda, que las nutre, las conserva hasta en la virilidad, el aspecto de la adolescencia, y el cielo tiende sobre ellas su extenso arco de azul claro.

Ningún pasajero en este camino; la cruz del Montero Mayor asoma en el horizonte. El palacio de la Hermosa durmiente del bosque no debía ser más tranquilo. ¿Ha pasado alguien por aquí desde hace un siglo? Al otro lado una espesa arboleda sombría. Los troncos monstruosos, negruzcos, se bañan con un esfuerzo en el sol, y sus copas se pierden entre otras muchas. Algunos se bajan como boas que van á enroscarse. De trecho en trecho, penetra el sol por algunos claros; pero lo verde llena todo el horizonte, obscuro unas veces, resplandeciente otras. La claridad que cae de arriba, va dejando acá y allá regue-

ros de esmeraldas movibles. Las hojas tiemblan y brillan. Un murmullo infinito, un cuchicheo de cien mil voces, un susurro que aumenta y disminuye, corre á través de las profundidades, y, en un escarpado arenoso, un grupo de pinos, con sus vestidos de verde azulado, cantan en voz más alta, como una colonia melodiosa y extranjera.

A veces grazna un cuervo; los petirrojos lanzan su nota clara. En el silencio se oye cantar á las cigarras y columnas de insectos zumban en el aire denso, cargado de aromas. Cae una bellota en las hojas secas; un escarabajo roza con sus alas una brizna de hierba. De las alturas desciende vocecitas alegres, gorjeos delicados de aves. Todo un pueblo vive bajo estas bóvedas y en estos musgos, un pueblo infantil que se agita, y su balbuceo llega al oído, medio apagado por la respiración profunda de la gran madre dormida.

Ayer, á las once de la noche, desde las alturas de Franchart, la luna llena parecía un trozo de plata pulimentada saliendo de la forja. Algunas nubes ligeras, aéreas, semejantes á plumas blancas, flotaban en filas por ambos lados del cielo. En medio, el azul parecía negro, ¡tan viva era la claridad! Abajo surgía vagamente el circuito de las colinas y de las profundidades, envuelto en la obscura sombra. Las arenas blancas resplandecían. Un pobre abedul elevaba enfrente de mí su copa poblada y encantadora; sus hojas no se movían, tanta era la calma de la atmósfera. Se escucha atentamente para asegurarse de algún rumor, y en un murmullo imperceptible, se adivina á un ciervo que brama á una legua de allí.

## II

15 de Septiembre.

Las habitaciones y el régimen son aquí primitivos, muy semejantes al de un *long-house* en Arkansas ó Illinois. Una cama, dos sillas cojas, algunas veces un sillón, que parece un inválido del Imperio; las paredes están blanqueadas con cal y embadurnadas con bosquejos, muy bonitos en verdad, y mejores, para mí gusto, que sus cuadros de exposición; de tal modo son naturales, llenas de gracia, de inventiva, de frescura, arrojadas de improviso y á la desbandada, como la conversación de un hombre de talento. Estas son las imágenes interiores, no rebuscadas ni retocadas, sino fáciles, brillantes, exageradas ó bufonas, tales como pasaron por su cerebro: dos cazadores bizarros, con casaca encarnada, en medio de sotos verdes; perros manchados y de buena estampa, que ladran con todas sus fuerzas; un dorso desnudo de una joven que se agacha y ríe; M. Prudhomme saliendo de un huevero; tres caricaturas; un pino quitasol á orillas del mar en una playa de arena.

La escalera se estremece bajo las pisadas de unos zapatos fuertes que bajan; hay un trastorno grande en la cocina; unos atan los sacos, otros sus polainas. Todos comen á la aventura, en la actitud que más les agrada, sentados, de pie, en la escalera, en el escritorio, en la mesa. Las jovencitas bajan en enaguas blancas, con los ojos medio cerrados y bostezando aún; son acogidas con pullas que ellas soportan sin

enfadarse. Algunos mozos salen en busca de aventuras por los alrededores; otros, más pacíficos, miran el estiércol y las gallinas que van en busca de alimento. Acarician al gato, castigan al perro. El posadero, un borracho, apura su quinto vaso; incita á que haya consumo y se ahoga en él. Yo le encontré un día á gatas, sin poder levantarse; andaba así, y sin embargo, aún entendía. La criadita, agrupada sobre sus talones, sopla el fuego pensando en las enaguas bordadas del primer piso; ella tiene por salvaguardia moral, las bofetadas de su ama y un librito místico de devoción. Toda la carga de la casa cae sobre la gruesa posadera, que, desde la mañana á la noche, sin cansarse ni apresurarse, guisa, despluma, barre, paga, recibe, contesta, sirve al público. Los aldeanos que vienen aquí, comprenden muy bien lo que sucede; no se escandalizan, antes bien, se ríen malignamente y con aspecto de codicia; son siempre los lugareños de los cuentos de La Fontaine.

Cada cual marcha por su lado, y, ya en la selva, trabaja ó duerme; me inclino á creer que la segunda ocupación es la principal. A la caída de la tarde, se les ve volver, uno á uno, llevando á sus espaldas su quitasol, su tiento, sus telas, sus cajas de pintura; se sientan á la entrada de su albergue en un banco de piedra, y conversan, mirando las carretas que pasan y las comadres que charlan, estirando los brazos, alargando las piernas; ellos pasean con la conciencia tranquila; sobre este punto, los aldeanos saben tanto como ellos; en el campo, todo se hace con lentitud; una aldeana está muy bien una hora de pie junto á un carro de leche, cambiando cada cinco minutos una palabra con el conductor. Por la noche cenan en una mesa sin manteles entre cuatro velas; por asientos, bancos de

madera; algunas veces, como un suplemento, dos ó tres sillas. La luz amarillenta vacila en los techos ahumados, en las paredes repletas de figuras grotescas; por fin llega el café y dan su vuelta los vasitos de rom. Entonces se desencadenan las discusiones literarias, y se oye zumbir la gresca de la filosofía del arte. Los grandes hombres son hechos añicos ó elevados hasta las nubes; se desgañitan. Entre tanto las mujeres, que no comprenden una palabra, bostezan hasta desquijarse; una de ellas se ha dormido tendida á la larga en el viejo piano cuadrado; otra, recostada, lia cigarrillos. Cuando los combatientes se quedan sin voz, van á contemplar la selva á la luz de la luna. Uno de ellos toma su cuerno, otro imita la voz del ciervo que brama; comienzan las historias pantagruélicas, y los oyentes escuchan, acostados en la arena, fumando su duodécima ó décimaquinta pipa.

Ha terminado el día, y van á acostarse.

La profesión es dura. Hombres de cincuenta años, que tienen un nombre célebre, no ganan diez mil francos.

Á los treinta años, después de diez de estudio, se empieza á producir; en aquel momento es preciso vender, y para vender, hay necesidad de que, debajo del artista, se encuentre un comerciante. Algunos ayunan, cogen una lección de tres francos; aun esto es una suerte. Otros pintan fondos para las fotografías á nuestros grandes. Á los cuarenta años, si tienen verdadero talento y amigos en los periódicos, pueden abrirse paso á fuerza de exposiciones y reclamos. Á los cincuenta años ganan algún dinero y tienen reumatismos.

Todos los años disminuye el número de los verdaderos aficionados. El gusto baja, desde que la división de las herencias desmenuza las fortunas y las grandes ganancias de la Bolsa manchan la sociedad con ricos mal educados. Los aficionados piensan en revender su galería, se dirigen á un comerciante en cuadros, hacen negocio. Para salir bien son necesarias tres suertes:—La primera es que, en la Exposición, diga algún burgués rico: «Ahí veo un regreso de la cacería que es alegre, y haría buen efecto en mi comedor.»—La segunda, que esté dispuesto á gastar, que crea en su buen gusto, que su mujer no diga que no; en resumen que compre.—La tercera, que sus amigos que han almorzado delante del cuadro, encarguen otros semejantes.

Pero los cinco mil cuadros de la Exposición abrumaban la atención, anulan toda belleza. Una mujer es bonita, sola junto á su chimenea, en su mecedora; colocada entre ochenta bien vestidas en el baile, ya no se la verá. ¿Cómo vender los diez ó doce kilómetros de pintura que se terminan en París todos los años? Imposible contestar. La competencia es mayor en esta vía que en las demás. Desde hace treinta años, las novelas, que otras veces tomaban por héroe al caballero joven, elijen hoy para protagonista al artista, al pintor, especialmente. Desde entonces, se han acalorado las imaginaciones; gran número de jóvenes, que hubieran sido muy buenos dependientes de comercio, compraron polainas y se dejaron crecer la barba. ¿Qué harán para comer?

Varios fracasan. Alguno emplea el verano entero en concluir un estudio; raspa, pinta de nuevo, vuelve á raspar, acaba por perder la sensación verdadera; se vuelve áspero, excitado, habla febrilmente, en-

trecortado, como un hombre que sale de un ataque de nervios.

Mucho contrariaron su naturaleza, y después de quince años de esfuerzos se encuentran impotentes. En lugar de tener la imaginación llena y de sentir la necesidad de llevar al lienzo la plenitud de su cerebro, son como una fuente agotada, que de tarde en tarde da una pobre gota de agua. Llega un amigo, ellos le detienen con un gesto: «Quédate así; extiende el brazo; me parece haber encontrado el verdadero ademán.» Por fin, y casualmente, después de cien tentativas, cuelgan en las paredes algo, y la criatura, sacada así por milagro, es un aborto con pretensiones.

Algunos se deciden á comerciar; pintarrajean cuadros á cuatro francos. Al cabo de algún tiempo el fino resorte artístico se gasta, y quedan embadurnando toda su vida. Otros vuelven á su país; ponen en movimiento á sus padres; consiguen hacer retratos. A veces el consejo departamental, que quiere tener la gloria de proteger las artes, concede una pensión de seiscientos francos. Las ciudades de poca importancia comienzan á celebrar exposiciones, y de este modo se adquiere celebridad municipal.

Dos ó tres, los hábiles, dejan sus fuertes zapatos cuando se abren los salones, vuelven á París, van á las reuniones y hacen un gran consumo de guantes nuevos. Conocen á los críticos; olfatean la moda; instalan un taller. Cuando los aficionados encuentran al pintor en la buena sociedad con un frac de corte aceptable, no pueden ya ofrecerle menos de quinientos francos por un cuadro.

La mayor parte son nerviosos respecto de su talento, como una mujer lo es de su hermosura. Yo he visto á uno que figura entre los tres ó cuatro más ilus-

tres de estos tiempos, dejar caer los brazos, llorar casi al leer el folletín de un hombre que jamás ha tocado un pincel. «Yo no soy más que un estúpido; tengo que tirar mis lienzos por la ventana.» Otros, á quien nosotros censurábamos porque se disgustaba demasiado con las críticas:—Se necesita ruido, gloria—decía;—sólo eso puede probarme que no soy un loco. Fulano y Mengano, que son verdaderos asnos, tienen de sus cuadros la misma opinión que yo de los míos.

A esto hay que agregar muchas miserias, sobre todo las que proceden de las mujeres; esa es su llaga. Casados ó no, viven con antiguas actrices, con modelos, con modistillas que han alzado la pierna en bailes públicos. Ellas conservan los ademanes de su primera profesión. Alfonso Karr decía que de una joven alegre se puede hacer una duquesa pasable; nada más falso. El aire de mujer distinguida, y sobre todo de mujer honrada, es difícilísimo de adquirir. Aquéllas tienen siempre el aspecto de querer pescar un hombre ó de encolerizarse por una broma pesada. Nada más natural, no han hecho nunca otra cosa.

Acabo de ver una muy guapa, bien vestida y á quien no falta dinero. Recoge su falda á puñados cuando se sienta á la mesa; cuando atraviesa una calle mojada, alza toda la delantera y así ahueca su peinador blanco. Se levanta las mangas, adopta posturas exageradas, modula mucho la voz; es una actriz en escena.

Da cuenta de sus asuntos, dice que le encanta la pintura, hace confidencias á tontas y á locas. La costumbre de exhibición. Además, el gran señor necesita esta charlatanería para ocupar sus horas de ocio.

El día anterior salió á caballo, y dice que tiene en las piernas dos cardenales como la palma de la mano. Uno de los concurrentes quiere precisar el sitio, y como

tiene talento, envuelve su insinuación en una galantería. Ella pretende enfadarse y ríe. Disculpa su risa diciendo que es nerviosa, que en el fondo está muy disgustada. Le llama necio. Se mueve un escándalo; risas ruidosas, canciones mezcladas de aullidos, choques de vasos, gritos de ¡señora!, ¡señora!, proferidos con la voz más chillona. Ella le ofrece un luis si se tranquiliza, y abre su bolsillo para probar la existencia del luis. Aplausos y barullo. Ella se tapa los oídos y sigue riendo; quiere defenderse, mas se conoce que no está acostumbrada á eso. Al día siguiente, por la mañana, su puerta está entreabierta y ella le recibe con los pies desnudos en sus chinelas. Estas son maneras de taberna, falta por completo la finura.

Algunas se encuentran allí bien y se quedan el invierno; esto da lugar á ciertas uniones. Una rubia alta, insulsa, hace la felicidad de un pintor de animales, pequeño, moreno, y con voz de bajo profundo: los contrastes se buscan y no se unen bien. El tiene gallinas, conejos, pichones, una corraliza en su patio, tres corderos en una empalizada, y acaba de comprar una vacuita; todo esto bala, muje y cacarea hasta en la escalera, que no está limpia. Ella, en lo alto de aquella casa de bichos, tendida lánguidamente, se desespera y fuma cigarrillos; la he hecho hablar, creyéndola contenta; no del todo está irritada y manifiesta su disgusto en voz alta: «Los ocho primeros días, esto es encantador; el primer mes, aún se pasa bien; al cabo de un año, se muere de hastío; á los dos, se está rabiosa; ¡imposible ponerse una enagua blanca!» El hombre está aquí en su centro, una selva hermosa que comprende bien el compañerismo, las discusiones de estética. La mujer no tiene más que sus labores domésticas y el cuidado del corral. No puede ser mujer, quiero

decir, elegante y coqueta; necesitaría la abnegación verdadera de una alemana, el valor de ir todos los días á establecerse, á coger una flucción al lado del hombre. Ellas se indemnizan con las disputas, dan vueltas y se agitan como ardillas en una jaula. «Nunca debe haber mujeres en casa de un artista, me decía el más espiritual de ellos, si hay alguna que sea cocinera.»

Al verlas sacadas de esfera tan baja, se las creería agradecidas y humildes. Sucede lo contrario. La francesa tiene en la sangre una necesidad de igualdad y de excitación; en cuanto lleva un vestido amplio y nuevo, se cree al nivel de la dama más encopetada; su espíritu es extremadamente árido, su ambición demasiado viva, para que pueda sufrir ó reconocer una superioridad; ella, por naturaleza, se engríe y ordena; invariablemente guía al hombre, sea quien quiera, amante ó marido, talento superior ó simple imbécil, al artista más que á los otros. Este, embebido en su arte, gasta en él toda su fuerza; de noche vuelve cansado, ansioso de paz; ella, holgando todo el día, conserva entera su fuerza, y el combate es desigual. Yo vi estos últimos días en París á un hombre cuya energía y altivez son conocidas, honrado por todos, célebre, á quien los extranjeros hablan con cierta deferencia, ante el cual se duda de sí mismo; su manceba, una muchacha de treinta años, ya ajada, menos que ordinaria, hablaba delante de él con una seguridad admirable, contradiciendo, dando su opinión sobre cuestiones de literatura y de moral. Ella nos presidía.

En cambio, ellos tienen el don de hacerse ilusiones. El pintor de animales ha colgado en su taller el retrato de su rubia deslabazada; ha hecho de ella una Ofelia. Otro ha sacado, de una especie de furia, una bohemia

inspirada y poética. Ha llegado la madre de Ofelia, parece tonel rústico con gorro blanco y hocico puntiagudo. El desgraciado propietario de Ofelia, está á punto de sacar de ella una matrona holandesa, honrada y sencilla.

En resumen, y no los creo muy dignos de compasión. Pueden olvidarse de todo; piensan en la hermosa puesta de sol que acaban de ver; por la noche ven flotar entre los morrillos de su chimenea las animadas citas de caza que pintarán, las amazonas de largas faldas, de plumas rojas, los lebreles que olfatean el aire, las trompas de caza colgados del cuello de los picadores. Se prometen que esta vez el cuadro será encantador, que tendrán genio. Entre tanto disertan sobre el arte y hacen críticas. Cinco ó seis horas al día dejan de pensar en la vida real.

Por fin disponen de tiempo para el descanso, no están ligados, tienen alegrías y pasatiempos de niños. Todas las noches, dos de ellos van á la entrada del Bosque á hacer la trampa, para tener el gusto de oírse, de hacer ruido, de hinchar vigorosamente los músculos del pecho. Uno tiene siete perros; los hablan, los azotan, los acarician. De vez en cuando disponen excursiones y tienen el talento de dejar á las mujeres en la casa. Hemos ido á Moret, una lindísima población de aspecto gótico. Eramos seis, y sólo disponíamos de un caballo, que montábamos por turno. Se come en la posada, en una azotea, á orillas de un arroyo; á los postres la expansión es completa. Todos los cumplimientos, todo el aparato complicado del trato social, viene abajo; se vuelve á la vida natural, exenta de cuidados, de ficciones y de cálculo; y, como aquí la mayor parte son naturalezas finas, este desahogo no tiene nada de brutal; sobrenada el gusto de lo bello;

se ve que es sincero, que forma el fondo y la substancia del hombre. Otra noche fuimos con antorchas á la selva hasta una gruta; los rayos de luz ondulante se perdían magníficamente en la negra sombra; los reflejos de las llamas corrían entre las rocas y las arenas, repentinamente iluminadas, nos mostraban sus blancas sinuosidades. Casi todas las noches van unos á caza de otros á beber un vaso de ron; alguno se sienta al piano, y los demás cantan con voces tales, que no son para oídas; se ríen de sus notas falsas; pero á través de su música, adivinan el pensamiento del maestro, le sienten, cosa imposible en los conciertos de la buena sociedad.

Son, por muchos conceptos, superiores á los ambiciosos ordinarios, y ciertamente más felices. Viven en más elevadas ideas, son caballeros á medias, no tienen el espíritu contraído por el ahorro ó la ganancia, por las bajas tacañerías del comercio, por los violentos y dolorosos cuidados de la ambición desmedida y de los negocios. Los menos distinguidos saben también adornar preciosamente un taller, colocar yesos, flores, hacer algo de nada. Hay aquí veinte cabañas, arregladas como casas, que son encantadoras. Sus interiores son *inventados*, no la obra vulgar del tapicero. Uno de ellos vive en una granja, que sigue siéndolo exteriormente; pero el interior, pintado de gris verde, es el más curioso museo de bosquejos, de pipas, armas, bustos, trompas de caza, espuelas, botas, con dos ó tres muebles viejos, algunos pastores del siglo pasado y un trapecio. El caballo está al lado, separado por unas tablas, y los perros se quedan á la puerta; su dueño es cazador tanto como pintor; por todas partes, entre ellos, se ve que el cuerpo vive tanto como el espíritu. Otro tiene cerámica. Un tercero ha

coleccionado, durante diez años, objetos preciosos del Renacimiento, muebles de encina oscuros, de pies torcidos, libros antiguos encuadernados en piel de cerdo con figurillas de realce, platos de bronce esculpidos, estampas escogidas; la gran crucifixión de Amberes muestra, en frente de la chimenea, sus grupos atléticos, sus opulentas carnes desnudas, sus hermosas mujeres arrodilladas con sus trajes de seda bajo sus trenzas de cabellos claros. La mayor parte de los talleres están rodeados de verdura; en lugar de árboles frutales se ven en el jardín acacias delicadas, una fuerte encina nueva, vides salvajes que extienden sus sarmientos retorcidos á lo largo de las tapias; las vidrieras del taller dan á la ancha llanura, y, al fin del horizonte, se ve prolongarse la línea inmóvil de la selva.

Muy pocos son hurafios ó insociables; aun entre esos que tienen modales toscos y carecen de cultura, se encuentra una delicadeza nativa, una aptitud para comprender la originalidad, la gracia y lo cómico; la sensibilidad de sus órganos está intacta; cogen la idea y la belleza al vuelo; el talento imitativo, el concepto de la caricatura, es innato en ellos. Dicen perfectamente una escena marsellesa, una canción picarda, una anécdota parisiense; se encuentra en ellos el acento, el alemán, todo, con la garganta, la nariz, la lengua, las manos, imitan las formas y los sonidos, el rechinar de una puerta, el hipo de un ciervo que brama; son mímicos, y esto de un modo natural. «El ciervo resopla, brama, vedle que se cuele, llega, nos ve. Patatrá, patatra! á tierra!»

Es el lenguaje primitivo, tal como lo inspiran las imágenes vivas; en nosotros no existe, porque ya estamos exhaustos. Yo pienso siempre, al oírlos, en Mercurio

tio y en Benedicto; en ellos, como en los jóvenes de Shakespeare, las impresiones son nuevas, no aprendidas, y siguen las expresiones descabelladas, brillantes. Lo bufo aparece en medio de lo serio, y también la picardía, no delicada ó ingeniosa á la manera del siglo último, sino descarada, enorme, mezclada de poesía y de locuras, como en Aristófanés, y sentimental á veces; es un manantial obstruido que suelta de pronto su agua y su cieno. Pero en nada triunfan tanto como en sus bocetos. En un día de lluvia, dos pintores que iban de paso, pintaron cada uno un testero del comedor. De cerca parece un paquete de colores extendidos con una escoba; á los diez pasos, son dos escenas animadas, atrevidas, sostenidas y vivificadas por un soplo de juventud. La primera es una fiesta de bebedores alemanes, todos tendidos de espaldas, todos fumando, con botas gruesas, teniendo todos alineados sus pies á la altura de los ojos y metódicamente por encima de la mesa; esta colección de botas monumentales, que se ven en la luz por encima de fisonomías paternales hacen reír una hora; esa es la verdadera actitud alemana, calculada para dar á la meditación toda su fuerza; así es como se filosofa sobre lo absoluto. El otro pintó una banda de ninfas y sátiros desnudos que bailan en la limpia arena de la costa, en la semiobscuridad de color de violeta, en las brumas vagas del crepúsculo, bajo la púrpura de un cielo meridional que se oscurece. Terminado el cuadro, llamó aparte á un pintor holandés que se encontraba allí, joven decente y que se mostraba algo escandalizado por las costumbres de aquel lugar. Le dijo que Holanda se hallaba muy lejos de París; que allí estaban verdaderamente atrasados; que haría estudiar bien el francés y la moral en el diccionario de Napoleón el Holandés; que allí

encontraría expuesto el gran descubrimiento moderno, un código de conducta aprobado por el gobierno, en el que se declara que todos los franceses están conceptuados como ateos, que el verdadero matrimonio es el adulterio, y que el primer deber del hombre es asesinar á su prójimo. «¿Lleva usted pistolas? Yo no vengo nunca á Marlotte sin un cuchillo de caza, y, de noche, echo el cerrojo en mi puerta.»

## III

*28 de Septiembre.*

No hay nada en esta selva que no cause placer; una ancha llanura de enebros espinosos, pequeños, retorcidos por el viento, reclinados en la alfombra roja de los brezos; en medio, un grupo de preciosos álamos blancos, deshojados, que dejan ver entre las ramas de sus copas la nieve movible de los nublados; á la derecha una falanxe de pinos que juntan sus troncos y extienden hacia el frente su oscuro batallón por la campiña luminosa; en el fondo, las grandes líneas cortadas de las colinas, manchadas por la blancura constante de las arenas, en las que brillan las puntas de las rocas entre los penachos de las hayas. El viento de otoño silba y sopla á través de las filas inmóviles de pinos, y se mete por entre las hojas de los álamos casi deshojados, que tiemblan como niños infelices. Las hojas amarillentas van cayendo una á una, como las alas de una mariposa muerta, y revolotean en la luz al caer.

Atraen las miradas esas masas de rocas grises, co-

locadas sin orden, que forman almenas en las alturas y prominencias en las pendientes; y se piensa en las corrientes furiosas, en la batalla de las aguas que han hundido, asolado, trastornado las crestas. Este país era el fondo de un mar, y lo parece aún; arena por todas partes, escollos destrozados, acantilados carcomidos, rocas minadas en su base; en las salidas expeditas, hileras de piedras que marcan el lecho de las corrientes; ya no tienen agua y queda un desierto blanco, árido. El sol ha ennegrecido gradualmente las rocas; aparecieron los musgos y se incrustaron en las paredes de los toscos peñascos; después, los helachos, los tallos resistentes de los enebros, más tarde las colonias invasoras de los árboles, y, en los fondos húmedos, las encinas, que, de siglo en siglo, aspirando el aire de las soledades, han ahondado sus raíces y elevado sus copas.

Los brezos y los musgos de otoño extienden por las colinas una alfombra dorada, que el sol abrillanta; pero los huecos de la roca primitiva rompen, por cien mil aberturas, esta piel vegetal. De trecho en trecho, por encima del circuito de piedra que limita el horizonte, serpentean por entre las hendeduras como formando un cinturón, algunos pinos escuálidos, y los abedules diseminados dejan colgante su pálida cabellera.

Se puede pasar aquí una mañana entera sin meditar, contentándose únicamente con mirar. Nada se desea, se siente una dicha como la de los dioses antiguos, los dioses de Homero.

Hay plantas de gramíneas de cuatro pies de altura, que suben en mazorcas verdosas. Hay encinas que tres hombres no podrían abarcar.

El azul del cielo es tan luminoso é intenso, que los

ojos se dirigen incesantemente á él por un impulso instintivo. El aire, poblado de rayos y de reflejos está de gala, y las ramas negras, torcidas, se destacan con fuerza extraordinaria en la claridad extensa ó en el azul sin límites.

Una senda antigua serpentea, llena de brezos, y sus arenas, surcada por fajas de tierra negruzca, y sembradas de bellotas, casi desaparecen bajo la rica vegetación. Ninguna palabra puede dar idea de esas hierbas altas, cuyo cultivo no ha desfigurado el vigor nativo. La savia las ha lanzado al aire de un esfuerzo, por familias; brillan alegremente entre los brezos, y algunas veces, un rayo de sol, que los hiere de través, desparrama en medio de la sombra una lluvia de esmeraldas.

Siempre el cielo, entre dorados follajes, el cielo bienhechor, tranquilo, el más magnífico de los dioses, la más divina de todas las cosas.

¿Para qué sirven la pintura y la poesía? ¿Qué cuadro, qué libro vale lo que un espectáculo semejante? Son mezquinas falsificaciones, todo lo más, consuelos para las personas que están encerradas.

Esos grandes árboles os hacen grande; son héroes felices y tranquilos; á su vista, llegáis también á serlo por contagio; entran ganas de gritarles: «Tú eres una encina hermosa y robusta, eres fuerte y gozas de tu fuerza y del lujo de tu ramaje.» Los abedules, los fresnos y las demás criaturas delicadas parecen mujeres pensativas cuyo pensamiento no ha entendido nadie, un pensamiento tímido y gracioso expresado con poca claridad, entre el murmullo y la agitación de sus finas ramas. Hay dulzuras y coqueterías en las concavidades sombrías, en los matorrales de brezos rojizos, en los senderos tortuosos que dejan ver un trozo de su

cinta, en la salida de una fuentecilla que oscurece el suelo entre las piedras, y, de repente, descendiendo formando una cascada de centellas; es una mirada repentina, una gracia y travesura de niño, de un dios infantil que ríe en libertad. Todas estas almas encantadoras se atreven á hablar en el silencio. Arriba, ¡qué serenidad, qué irradiaciones en aquella intrincada red de claridades entrecruzadas, que habitan en las copas de las encinas! Todas las inquietudes se van tras de estos encantos y se hace lo que ellos: dejarse vivir.

Los años corren, yo he cumplido el mes último cincuenta y cuatro, y ahora, ¿cuántos días hay al año en que yo, como hoy, me sienta joven?

## CAPITULO XX

## LA MORAL

10 de Diciembre.

Es desagradable algunas veces ser tío, no solamente porque todo sobrino quisiera tratar á su tío como simple banquero (yo he puesto orden en este asunto), sino porque hay que predicarles la moral. Esto da aspecto de pedante, y de pedante á tonto no es larga la distancia. El sobrino contempla la punta de sus botas, dando vueltas al sombrero entre sus manos, como hombre que mira correr el agua. Su actitud es sumamente respetuosa, pero en el fondo de su corazón dice: «Acaso mi tío, cuando era joven, no hizo tanto como yo? Me reprende porque he alquilado un cupé por meses, y tiene dos carruajes para él solo. Yo he regalado una sortija de cien francos; ¿pues no da él zarcillos de cien luises? Opina que mi sastre es caro; decidle que se ponga un frac raído. Pero, en fin, la lucha va á terminar pronto, y tendré tiempo para ir á ver á Georgina.»

En materia de moral, las palabras no sirven para nada; por sí mismas son únicamente un sonido más ó menos grato. Lo que les da fuerza y sentido es la educación anterior; si ésta ha colocado en el cerebro del joven dos ó tres nociones de ideas sanas, hablad juiciosamente; si no, lo mismo da golpear un leño para sacarle chispas. Hay que dirigirse á sentimientos ya na-

cinta, en la salida de una fuentecilla que oscurece el suelo entre las piedras, y, de repente, descendiendo formando una cascada de centellas; es una mirada repentina, una gracia y travesura de niño, de un dios infantil que ríe en libertad. Todas estas almas encantadoras se atreven á hablar en el silencio. Arriba, ¡qué serenidad, qué irradiaciones en aquella intrincada red de claridades entrecruzadas, que habitan en las copas de las encinas! Todas las inquietudes se van tras de estos encantos y se hace lo que ellos: dejarse vivir.

Los años corren, yo he cumplido el mes último cincuenta y cuatro, y ahora, ¿cuántos días hay al año en que yo, como hoy, me sienta joven?

## CAPITULO XX

## LA MORAL

10 de Diciembre.

Es desagradable algunas veces ser tío, no solamente porque todo sobrino quisiera tratar á su tío como simple banquero (yo he puesto orden en este asunto), sino porque hay que predicarles la moral. Esto da aspecto de pedante, y de pedante á tonto no es larga la distancia. El sobrino contempla la punta de sus botas, dando vueltas al sombrero entre sus manos, como hombre que mira correr el agua. Su actitud es sumamente respetuosa, pero en el fondo de su corazón dice: «Acaso mi tío, cuando era joven, no hizo tanto como yo? Me reprende porque he alquilado un cupé por meses, y tiene dos carruajes para él solo. Yo he regalado una sortija de cien francos; ¿pues no da él zarcillos de cien luises? Opina que mi sastre es caro; decidle que se ponga un frac raído. Pero, en fin, la lucha va á terminar pronto, y tendré tiempo para ir á ver á Georgina.»

En materia de moral, las palabras no sirven para nada; por sí mismas son únicamente un sonido más ó menos grato. Lo que les da fuerza y sentido es la educación anterior; si ésta ha colocado en el cerebro del joven dos ó tres nociones de ideas sanas, hablad juiciosamente; si no, lo mismo da golpear un leño para sacarle chispas. Hay que dirigirse á sentimientos ya na-

cidos, ¿pues no han de hacerlos surgir las palabras en un cuarto de hora? ¿Qué hay en este cerebro? Esto me pregunto cuando le veo en su butaca, joven y rozagante, su talle encerrado en un *redingote* correcto, los cabellos separados en medio de la frente por una raya, y los dedos modelados por sus guantes color de carne. Ha pasado por tres ó cuatro educaciones y otras tantas morales. Si logro sacar algo de él, no será por la fuerza de mi elocuencia, sino por la virtud de esas educaciones y esas morales. He aquí su lista y su balance:

En primer lugar, la educación del catecismo; yo no hablo de ella más que para recordarla. Estaba de corto, y recitaba definiciones teológicas; todo se le olvidó en cuanto se puso botas. La daba ya de hombre, y no pensó en otra gloria que en la de mantenerse muy airoso con el uniforme de colegial.

Segundo, la educación de la familia. Aprendió á no meterse los dedos en la nariz, excelente precepto que olvidó después en el colegio. Se le enseñó también á no meter la mano en el plato, á no hacer ruido con las mandíbulas al comer, á no arrastrarse por el suelo de rodillas, á no monopolizar la conversación en la mesa. De todo esto ha conservado algo.

Tercero, la educación del colegio. Esta es la principal. Aquí hay que hacer una división entre la educación recibida de sus maestros y la que debe á sus compañeros.

La primera es muy escasa; tan pronto como pudo unir dos ideas, se burló de ellas; la juventud francesa no es respetuosa; jamás le abrumba la admiración. El observó que uno de ellos se rascaba siempre la nariz, que el otro terminaba sus frases con algunos sonidos de clarinete; le dijeron que otro era desgraciado en

su matrimonio; que el cuarto había hecho una cosa fea: por obtener una cruz. En principio, ha sentido la idea de que toda administración y todo gobierno se componen de galopines poco agradables. En la distribución de premios, y cuando visitaba con su padre al director, oía amplificaciones muy dignas sobre la educación, que es un sacerdocio. El bostezó y se dijo que esas gentes practican el reclamo como confiteros. Sin embargo, tomó allí alguna idea de la justicia; en un colegio, el que ocupa el primer lugar, lo merece. Además, se aficionó algo á la literatura; todos los grandes hombres de que se le habló eran literatos; está dispuesto á creer que no es malo saber ortografía, que no se debe tomar á Horacio y á Virgilio por monjes de la Edad Media, y, por último, que Voltaire gozó de alguna consideración en el mundo.

Todo esto no es gran cosa: sus compañeros le sirvieron mejor. Era guapo, limpio, delicado; le llamaron niña, le dieron papirotazos, y se vió obligado á tirar á la barra; con este régimen, se hizo algo más resistente, y más hombre.—Tomó de ellos también el sentimiento del honor. Los colegiales admiten en principio, que forman naturalmente una liga contra el profesor, y que de ninguna manera se debe denunciar á un compañero, eso sería cobarde; si el castigo cae sobre otro, al culpable corresponde denunciarse á sí mismo. Esto crea cierto número de virtudes romanas y militares. Otras adquisiciones hizo, pero no tan buenas. Se creyó obligado á ser calavera antes de la edad conveniente; dió á entender á sus compañeros, á fin de conservar su estimación, que los domingos, al volver, seguía á las mujeres; que la semana tal había bebido ponche en compañía de una preparadora de botas; todo esto en términos menos

que decentes y con detalles; es preciso pasar por hombre.

En resumen, ha hecho su efecto la vanidad, que se parece á esos rayos de sol ardientes que quemar algo las frutas, pero las maduran. Esa es nuestra cultura y no podemos tener otra. El colegio es una especie de regimiento, en que el espíritu de burla, el de imitación, la precocidad, la galantería, el libertinaje, la bravura, todas las cualidades francesas se desarrollan de una vez y forman como un solo haz; por esto él ha llegado á ser algo soldado y algo pícaro.

Entonces fué cuando empezó á ver el mundo; su madre tomaba su brazo y le obligaba á ir de visitas; en el campo, durante las vacaciones, encontraba mujeres bien educadas, y también jóvenes. Tenía diez y seis años y no era ni medianamente cómico. Las dos educaciones se contradecían. Quería ser amable y conservar el aire varonil. Daba vueltas alrededor de las señoritas y no encontraba qué decir. Estrenaba un gran número de corbatas, mirábase al espejo para ver si sabía sonreír; pero á la más lejana aparición de un compañero, fruncía las cejas y tomaba una actitud arrogante, para no volver al colegio con reputación de afeminado. Entre los hombres trataba de mantener su dignidad, de aparecer sereno, y de repente, tenía vivezas de perro joven, ó celo de perro de muestra. Bebía ron, que le parecía malo, y fumaba cigarrros, que le hacían daño. Sólo tenía que contar anécdotas de colegio, y creía que se burlaban de él cuando le hablaban del colegio. Por la noche, en el salón, con su chaleco blanco, se erguía orgulloso, y se ruborizaba al momento que le miraban, pues temía haber cometido alguna falta de *toilette*. Estaba siempre intranquilo, y se encontraba entre las exigencias de so-

ciudad, como en una butaca rellena de alfileres. Al mismo tiempo había empezado á leer los periódicos y las novelas de Alejandro Dumas; además se formaba en su cabeza el más seductor embrollo. Quería ser héroe y positivo, ó mejor, no quería nada absolutamente; era veleidoso. Soñaba con los caballeros vestidos con un colete de ante, que llevan hermosas damas á la grupa de su caballo, y también en las costureras de París, que aceptan una copa de Málaga después de una contradanza. Pensaba en Artagnan, que daba tan buenas estocadas, y en su primo Julio, que levantaba la pierna con tanto donaire en los bailes de modistillas. En torno suyo se predicaba el desinterés y se practicaba el egoísmo. Los periódicos exigían imperiosamente el amor á la patria, y todos los hombres graves de la sociedad, cuando compraban alguna tierra, declaraban precios de venta falsos para defraudar al fisco. Ante él revoloteaban una infinidad de máximas morales, cogidas en los autores, buenas para coordinarlas al final de un período ó mezclarlas con un verso latino, simples adornos de espíritu, muy bien colocados en el discurso ó en la escritura, como jarrones en una chimenea ó porcelanas en una *vitri-  
na*; por lo menos así veía él usarlas. En la práctica los hombres y las mujeres pensaban en divertirse, no grande ó violentamente, sino cada cual según su capricho, y en su centro, con las cacerías, la jardinería, el lujo, la maledicencia, la mesa, sin herir demasiado al vecino, por ser esto peligroso; quedan satisfechos con hacerle un rasguño, sobre todo á escondidas y por la espalda: esto hace abrir los ojos, y no altera visiblemente la dulzura general del bienestar en que se pretende mantenerse. Las censuras fuertes se guardan para las grandes locuras ó las grandes necesidades. Por

consentimiento unánime, todo el que se obstina con un uso admitido, es loco; el que no sabe hacer ó conservar su fortuna, un necio. Fuera de eso, todo es arbitrario, elegid vuestra diversión, eso no molesta á nadie; basta con no romperse la nariz, y sobre todo, con no romper los vidrios ajenos.

Al mismo tiempo se empezó á hablarle de una carrera, y con tono bastante serio: «Un hombre debe tener un estado, ha de hacer su camino en el mundo; ¿qué es un hombre que no trabaja? etc.» Pero el diablo quiere que haya siempre dos discursos sobre una misma materia: el que se pronuncia, y el que no se pronuncia; naturalmente, el joven no escucha más que el último. Un día oye á dos señoras hablar del matrimonio: «Querida mía, exija usted que su yerno tenga una profesión; no hay nada que pueda contener á un hombre como eso, es llevar una cadena al cuello; si no se escapan.» Otro día, á las tres de la tarde, llega el notario con traje negro y el cuello escondido en una corbata blanca. Una parisiense, que está allí sonríe y se inclina hácia el oído de su vecina: «Yo creía que no había ya semejantes notarios más que en la Opera Cómica; es la profesión.» El director del colegio está invitado; entra, llevando en la mano un sombrero de anchas alas, tras del que esconde el pecho, noble y paternal á un tiempo; alguien pregunta quién es aquel hombre gordo que habla siempre y jamás dice nada. «No es un hombre, dice el que está á su lado, es un discurso de distribución de premios.» Un capitán resulta útil para el baile, y baila hasta las tres de la madrugada. Se explica tanta complacencia, haciendo notar que, á fuerza de mantenerse en pie en las paradas, ha adquirido una rigidez de piernas y una longitud de pies inusitadas. Una noche en el teatro, el personaje

principal de la pieza dice, hablando de no sé qué richo: «Ha muerto en Marsella en los petróleos.» Y mi colegial ve dibujarse una risa burlona en los labios de todos los que no tratan en petróleo. La misma noche, al volver su casa, después de mucho hablar sobre las oficinas y los jefes de ellas en Francia, un chusco propone el establecimiento de una administración mecánica, compuesta de funcionarios de cuero repujado y de madera barnizada, cada uno con su gorro de cuero verde y sus gafas verdes, movidos por una máquina de vapor, cuya caldera sería el ministro. Los funcionarios que se estropearan serían retirados del servicio, y se les colgaría de una escarpia en una sala baja. No se quejarían nunca ni emporcarían las mesas. El servicio se haría mejor y más económicamente.

Tendrían tanto talento como los otros empleados; es una reforma, y se llegará á ella. Además de todo eso, mi joven ha hojeado los álbums de Dannicer, que encontró abandonados en algunas mesas, en verdad no ha sacado de ellos una gran admiración por las condiciones y las profesiones de la clase media. La gente de buena posición elogia á los trabajadores como los caballos de lujo á los de los coches públicos.» Buena bestia, muy sufrida; hacen falta muchas así; pero tratemos de no ser una de esas bestias.»

Durante todo este tiempo él adquiría *un hábito*; ese es el gran resorte. En mi opinión, hay tres resortes que levantan á un hombre: los discursos oficiales que oye, le rozan la superficie de la piel; las frases sinceras que sorprende, le hacen levantar un brazo ó una pierna; las costumbres adquiridas que le trastornan y le sacuden por entero. La costumbre de que ahora hablo, consistía en meterse las manos en los bolsillos del pantalón. Como en ellos encontraba siempre dinero, con-

cluyó por convencerse, sin otro examen ni proceso, de que entre el dinero y los bolsillos de un pantalón hay una afinidad natural. Todo lo que en torno suyo veía, le confirmaba en este principio. El portamonedas de su madre estaba siempre lleno, y los cajones de su padre más llenos aún. ¡Qué movimiento tan fácil para una moneda de oro el deslizarse desde allí hasta su bolsillo! No más que oprimir un muelle muy pequeño, asir un tirador, y todo estaba hecho. En cuanto á suponer el vacío en el portamonedas ó en el cajón, era una cosa absurda é imposible. ¿Quién se figura que el aire no será respirable mañana ó que no saldrá el sol? Lo mismo ocurría con todo lo demás. En el colegio, en su casa, encontraba la mesa puesta y servida muy naturalmente á las diez. El portero iba cada seis meses á llevar un recibo de alquiler. Cuatro ó cinco veces al año llegaba el sastre con trajes; y esto era tan natural, que si un pantalón hacía una arruga, el sastre, avergonzado, se lo llevaba y enviaba otro. Todo esto seguía una marcha tan regular como la de los astros. Lo contrario hubiera parecido monstruoso. De suerte que, á los veinte años, cuando entró en el mundo, tenía en sí mismo, sin que lo supiese, debajo de todas sus opiniones y de todas sus creencias, la convicción de que el mundo y la sociedad le debían buenas comidas, burdeos á diario, champagne con frecuencia, una habitación decente, un mobiliario nuevo, trajes de buen corte, cuatro pares de guantes cada semana y 500 francos al mes para sus gastos. Además, se mandó hacer sus primeras tarjetas y comenzó el estudio del Derecho; un medio excelente de no hacer nada. Después vino á pedirme consejos; yo le di algunas cajas de cigarros, examiné el estado de su corbata y de sus botas; ¿para qué frases? La vida le enseñará. Mi único

deber es ponerle en condiciones *instructivas*. Que sienta en su carne viva la verdad y la necesidad; entonces únicamente comprenderá las descripciones de la quemadura. Si escribo mi idea de la vida, no es para él, sino para mí; yo puedo despacharme ahora á mi gusto; él no leerá esto hasta que pasen diez años.

## II

Hijo mío, tú tienes las mejillas sonrosadas, y entras en la vida como en un comedor, para sentarte á la mesa. Te engañas, los puestos están tomados. Lo natural no es comer, es ayunar. No es la desgracia, sino la dicha, la que va contra la naturaleza. La condición natural de un hombre, como de un animal, es ser aplastado ó morir de hambre.

Si esto te parece extraño, es porque no has vivido como yo en un país donde la verdad y la hipocresía se manifiestan á primera vista completamente desnudas. Acuérdate del paseo que diste conmigo el otro día por la selva. Nosotros aplastábamos las hormigas que se hallaban debajo de nuestras botas. Pájaros lindísimos revoloteaban para cazar moscas; los insectos grandes devoraban á los pequeños. Vimos en un surco, entre dos plantas, una liebre muy pequeña boca arriba; un gavilán la había cogido al salir por primera vez y devoró la mitad; el vientre estaba vacío y hormigas, escarabajos y buen número de otros seres hambrientos, trabajaban en la piel. De diez recién nacidos queda un adulto, y éste tiene veinte probabilidades contra una para no envejecer; el invierno, la lluvia, los animales cazadores, los accidentes acortan su vida. Una pata ó

un ala rota por la mañana, hacen de él una presa para la noche. Si, por milagro, escapa del primer ataque de la enfermedad y de la edad y corre á encerrarse en su agujero, la penuria acaba con él. No se subleva, sufre con tranquilidad la fuerza de las cosas. Observa un caballo, un gato, un pájaro enfermos. Se tienden con gran paciencia; no gimen, dejan que obre el destino. En el mundo todo acontece como en aquella selva tan magnífica y perfumada. En él se padece, y eso es lo razonable; ¿pretendes exigir á los grandes poderes de la naturaleza que se transformen para respetar la delicadeza de tus nervios y de tu corazón? En él se mata y se devora, y esto no tiene nada de sorprendente; no hay pasto bastante para tantos estómagos.

Si quieres comprender la vida, sea éste el principio y como el fundamento de todos tus juicios, de todos tus deseos: tú no tienes derecho á nada, y nadie te debe nada, ni la sociedad, ni la naturaleza. Si les pides la felicidad eres un necio; si te crees tratado injustamente porque no te la dan, eres más necio aún. Quisieras ser honrado, no es esta una razón para que te honren. Tienes frío, no es una razón para que un gabán cómodo y de abrigo, venga por sí mismo á colocarse en tu espalda. Estás enamorado, no es un motivo para que te amen. Hay leyes inmutables que regulan la posesión de la gloria, como la reciprocidad del amor y la adquisición del bienestar. Ellas te envuelven y te dominan, como el aire mefítico ó sano que respiras, como las estaciones que, sin cuidarse de tus gritos, te hielan ó te abrasan alternativamente. Tú, pobre ser débil, estás entre ellas como un ratón entre elefantes; no te duermas, mira bien donde pisan, y no te aventuras por las sendas que frecuentan; coge con precaución una pequeña parte de las provisiones que

ellos acumulan; pero, sobre todo, no seas ridículo hasta el punto de admirarte si no se ponen á tu servicio, si sus masas tremendas se mueven sin pensar en ti.

La cantidad de vida que disfrutes es un don gratuito; mil que valían más que tú fueron destruidos al nacer. Si hallas en tu agujero algunos granos reunidos con anticipación, da gracias á tu padre, que fué á buscarlos con peligro de sus miembros. Cuando logres un minuto de dicha, mírala como un accidente venturoso; la necesidad, la inquietud y el hastío, juntamente con el dolor y el peligro, son los que acompañarán tus correrías ratoniles, ó te seguirán á su nido. Tú te encuentras perfectamente en él, te parece sólido; esto es verdad, hasta que una de esas gruesas trompas lance sobre él una ola de agua, hasta que se coloque encima una de esas enormes patas. Después de todo, dentro de veinte días, de cincuenta, ó poco más tarde, sufrirás el mismo efecto. El galope monstruoso encontrará tu cuerpecillo, una tarde que dejes la nariz fuera al sol poniente, una mañana que salgas en busca de alimento. ¡Plegue al cielo que, al primer golpe, la pata se apoye por entero en tu pobre cuerpo! Apenas la sentirás entonces; es lo mejor que puedo desear á mis amigos, á ti, á mí mismo. Pero es probable que la muerte te coja por partes y que, entonces, vuelvas á tu vivienda con algún miembro destrozado y dejando un rastro de sangre en la arena. De este modo, estropeado y cojo, el primer galope te aplastará la cabeza y el pecho, y al día siguiente le tocará el turno á otros. La experiencia y el raciocinio de todos los ratones no han encontrado remedio para estos males; todo lo más, al cabo de tantos siglos, la raza corredora ha sabido descubrir algunas costumbres de los elefantes, conocer

sus sendas; prever, según sus gritos, su regreso ó su salida; se ve por esto algo menos destruída que hace cincuenta siglos pero lo es todavía, lo será siempre. Aumenta tu destreza, si quieres, pobre ratón; no aumentarás mucho por eso tu felicidad; procura mejor, si puedes, fortalecer tu paciencia y tu valor. Acostúmbrate á sufrir decentemente cuanto sea necesario. Evita las contorsiones y las agitaciones grotescas; ¿qué necesidad hay de hacer reír á sus vecinos? Conserva el derecho de estimarte, puesto que no puedes sustraerte á la obligación de sufrir. A la larga, los pies horrendos de los elefantes y las incomodidades que los siguen te parecerán regulares. El fruto mejor de nuestra ciencia es la resignación fría que, calmando y preparando el alma, reduce el sufrimiento al dolor del cuerpo.

Menos mal, si los desdichados vivieran en paz entre sí. Te lo han dicho, te han repetido que, en cada población roedora eran todos aliados, todos trabajaban por el bien común, todos, excepto algunos merodeadores, debidamente castigados, observaban fielmente los convenios primitivos. Eso es falso, es preciso que lo sepas bien. De no serlo, considerarías, desde tu primera experiencia, los preceptos de tu educación como mentiras, y el interés personal haría de ti un hipócrita ó un rebelde. No seas lo uno ni lo otro, y mira valerosamente la verdad tal cual es.

El hombre es un animal por naturaleza y por su forma, y nunca la naturaleza y la estructura permiten que se borre su primera arruga. Tiene caninos, como el perro y el zorro, y también, como el perro y el zorro los ha hundido desde su origen en la carne de otros. Sus descendientes se degollaron con cuchillos de piedra por un pedazo de pescado crudo. Todavía

no se ha transformado, sólo está algo suavizado. La guerra gobierna como antes, únicamente que es limitada y parcial; todos combaten por algún trozo de pescado crudo, pero bajo la mirada de un gendarme, y no con cuchillos de piedra. La provisión de cosas buenas es muy escasa, y de todas partes acuden á porfia los apetitos desencadenados para apoderarse de ella. Mira una gran ciudad y el hormiguero de gente atareada que se empujan en ella. Todos los hombres salen de casa por la mañana con su familia y sus criados, sus amigos y sus protectores, unos en torno suyo, otros á su alcance. Tan pronto como aparece en el horizonte una pieza, criados y familias, amigos y protectores se preparan y se escalonan; lazos, reclamos, redes, armas permitidas y algunas veces las prohibidas, perros corredores y de muestra, toda la casa y todo el arsenal de ella trabajan, con su jefe á la cabeza; es preciso comer. Piensa tú también en esto y sabe que no comerás sino de la caza. Las piezas escasean y los cazadores son numerosos. Levántate más temprano que los demás, acuéstate más tarde, anda más deprisa, ten más olfato, reúne más perros; más amigos, redes y armas; cierra con mucho cuidado tu mochila; conserva cargada tu arma, por si en alguna encrucijada del bosque, algún cazador, que lleve su morral vacío pretende aligerarte de tu presa; sépase que eres valiente y que te hallas dispuesto á defender tu vida; al primer ataque defiéndete con vigor excesivo; infunde respeto; á este precio, y sólo á este precio, obtendrás comida.— Este es un consejo para todos. Ahora, un segundo consejo para pocos. No pidas nada; un mendigo es un ladrón tímido. Acepta muy pocas veces; un hombre obligado es un siervo á medias. ¿Eres tan blando de cuerpo y

de corazón que necesites vivir del trabajo ajeno? Estímate mucho, y, por esta causa, no seas un simple glotón. Cuando hayas disparado tu escopeta y cobrado tu cena, deja á los mercenarios registrar toda la llanura; que vengan cargados y se deguellen al regreso. ¿Qué necesidad tienes de rellenar tu mochila y de entorpecer tu marcha? ¿Por qué has de reunir más de lo que puedes comer? ¿Te conviene acaparar, sin provecho tuyo, caza de la que privas á un pobre diablo? ¿Quién te obliga á sudar en la campiña todo el día, si á las diez de la mañana tienes ya lo necesario? Observa á tu alrededor, esta es una ocupación menos animal: la contemplación. La extensa llanura humea y brilla bajo el sol espléndido que la templa; las líneas dentadas de los bosques descansan con delicioso bienestar en el azul luminoso que las limita; los pinos aromáticos se elevan como incensarios sobre la alfombra de los brezos rojizos. Has invertido una hora y, durante ella, cosa extraña, no has sido un bruto. Mi enhorabuena por eso: tú puedes casi vanagloriarte de haber vivido.

## CAPITULO XXI

## LA CONVERSACIÓN

El jueves último, en el círculo B..., nos dijo á tres ó cuatro íntimos: «Voy á casarme; una joven, bonita, honrada, de buena educación, familia excelente y tendremos cuarenta mil libras de renta al unirnos.»

Le felicitamos.

Sale y encuentra á un antiguo compañero, Máximo A., que iba muy deprisa, y que, al pasar junto á él en un coche, le grita: «Buenos días, querido, buenos días; me caso, ¿no lo sabes? Cuatro millones, querido, cuatro millones.»

Vuelve adonde estamos y nos dice con tristeza: «Mi posición no es tan buena como la de Máximo. ¡Par-diez! ¡Me he precipitado mucho!»

N... acaba de regalar el más lindo collar de perlas á la señorita Leontina, de la Opera, y le felicitamos por haber adornado tan perfectamente unos hombros tan bonitos.—¡Psh! lo mismo da esos que otros.—¿Entonces son los hombros en general los que á usted le gustan?—No, soy un buen padre de familia; ¿qué queréis? Tengo ya tres hijos; un cuarto les roería una tercera parte de su bienestar; las tonterías de fuera, impiden las necesidades en casa.»

Emilio S..., abogado, nos ha hecho hoy el resumen

de corazón que necesites vivir del trabajo ajeno? Estímate mucho, y, por esta causa, no seas un simple glotón. Cuando hayas disparado tu escopeta y cobrado tu cena, deja á los mercenarios registrar toda la llanura; que vengan cargados y se deguellen al regreso. ¿Qué necesidad tienes de rellenar tu mochila y de entorpecer tu marcha? ¿Por qué has de reunir más de lo que puedes comer? ¿Te conviene acaparar, sin provecho tuyo, caza de la que privas á un pobre diablo? ¿Quién te obliga á sudar en la campiña todo el día, si á las diez de la mañana tienes ya lo necesario? Observa á tu alrededor, esta es una ocupación menos animal: la contemplación. La extensa llanura humea y brilla bajo el sol espléndido que la templa; las líneas dentadas de los bosques descansan con delicioso bienestar en el azul luminoso que las limita; los pinos aromáticos se elevan como incensarios sobre la alfombra de los brezos rojizos. Has invertido una hora y, durante ella, cosa extraña, no has sido un bruto. Mi enhorabuena por eso: tú puedes casi vanagloriarte de haber vivido.

## CAPITULO XXI

## LA CONVERSACIÓN

El jueves último, en el círculo B..., nos dijo á tres ó cuatro íntimos: «Voy á casarme; una joven, bonita, honrada, de buena educación, familia excelente y tendremos cuarenta mil libras de renta al unirnos.»

Le felicitamos.

Sale y encuentra á un antiguo compañero, Máximo A., que iba muy deprisa, y que, al pasar junto á él en un coche, le grita: «Buenos días, querido, buenos días; me caso, ¿no lo sabes? Cuatro millones, querido, cuatro millones.»

Vuelve adonde estamos y nos dice con tristeza: «Mi posición no es tan buena como la de Máximo. ¡Par-diez! ¡Me he precipitado mucho!»

N... acaba de regalar el más lindo collar de perlas á la señorita Leontina, de la Opera, y le felicitamos por haber adornado tan perfectamente unos hombros tan bonitos.—¡Psh! lo mismo da esos que otros.—¿Entonces son los hombros en general los que á usted le gustan?—No, soy un buen padre de familia; ¿qué queréis? Tengo ya tres hijos; un cuarto les roería una tercera parte de su bienestar; las tonterías de fuera, impiden las necesidades en casa.»

Emilio S..., abogado, nos ha hecho hoy el resumen

de su profesión. La ley es una estatua majestuosa á la que se saluda, y á cuyo lado se pasa; la jurisprudencia varía cada veinte años. Como hay siempre diez precedentes en un sentido y diez en el contrario, el juez elige á su gusto, y se dé ó no cuenta de ello, su elección obedece siempre á razones domésticas y personales. No litigéis jamás con la buena fe que demostraríais si os hallarais delante de la justicia justa; al contrario, haced que resalte el motivo ó argumento especial para el hombre que ha de dar sentencia. Uno, abogado antiguo, es sensible á razones de procedimientos; otro, autor de libros, se rinde á las consideraciones generales; tal otro es clerical ó liberal, buen sujeto ó marido engañado. Tocad esas cuerdas. El procedimiento más universal es cansar al juez, ahogarle en una ola de razonamientos contrarios, hacerle vacilar, arrastrarle en el diluvio de interpretaciones, de citas y autoridades; después, al final, en la última réplica, tenderle la percha, es decir, un argumento bien claro, definitivo, al cual se cuelgue. De cada diez jueces, nueve son leguleyos, cortos, vanidosos; tienen la faz terrosa ó inflamada. No hay hombres de ninguna clase que tengan el semblante tan deforme, tan arrugado, tan hundido, con las huellas de la angustia tan marcadas; es porque están sentados todo el día, mascullando plumas, silenciosos, inmóviles, sufriendo la charlatanería del abogado que, durante dos horas ó tres seguidas, los acribilla, por la ley. Este es el tósigo interior que tuerce sus labios y pela sus cráneos. En desquite, ellos mandan callar al abogado como á un criado.

\* Se habla de los habilidosos engaños de la Bolsa y de las bribonadas de las cortesanas. Paso por alto estas trampas, son demasiado conocidas. Por ejemplo,

en un *restaurant* célebre, los gabinetes particulares empiezan en el número 20. Este número 20 se añade á la cuenta. La comida, por lo común, está llena de emociones; él bebe champagne; mira á la señora que se pone el sombrero; se olvida de comprobar la suma, ó lo hace mal; en resumen, paga. Si nota el fraude, el mozo exclama: «¡Ah, caballero, es ese maldito número 20; un error de la caja!» El propietario gana 25.000 francos anuales con estos errores de suma. Otras veces, la invitada se arregla de modo que sube detrás del caballero, y dice al mozo por señas que quiere diez francos. El mozo grita: «¡Cuidad bien al número tal!» Se aumentan las cifras y se cobran demás los diez francos, etc. Todo esto es vulgar; he aquí lo más nuevo. En Normandía, cuando dos labradores se ponen de acuerdo sobre los límites de sus heredades, abren un hoyo de seis pies de profundidad, y colocan en él una *señal*, por ejemplo, botellas; lo cubren todo nuevamente con tierra, y ponen encima un límite visible. Los dos son ladrones, y quieren alterar el límite; en este caso, la *señal* sirve de testigo. Pero frecuentemente, la primera noche, el más astuto se levanta, desentierra las botellas, las sepulta diez metros más allá en el campo de su vecino, y coloca el límite con todo esmero. Un año después, el vecino se queja de que se ha movido el límite, denuncia, comprobación; la *señal* da fe, y el robado pasa por ladrón. Parece que el *Sabat rouge*, de Enrique Murger, y los *Paysans*, de Balzac, son pinturas del natural.

Las tres cuartas partes de las conversaciones de París tienen este sabor escéptico. ¿Cuáles son los diversos medios de ganar cincuenta mil libras de renta, explotando la necesidad humana? ¿Cómo se las arreglan el hacendista, la cortesana y el político? ¿Cómo debo

componérmelas yo mismo? Si soy hombre de buena sociedad, mi único cuidado es no faltar al honor de ella. Si soy hombre de negocios, no caer en las garras de la ley. Si hombre político, mi gran empresa es, en caso de accidente, caer sentado en un buen puesto. Los hay de muchas clases, especialmente en Hacienda: recaudador, investigador, etc. Yo he ido hace poco á la oficina del recaudador de mi distrito: «No está, caballero.» «Pues tengo necesidad de hablarle.» «Eso es imposible, caballero.» «¿A qué hora está aquí?» «No viene aquí jamás, caballero.» «Entonces, dígame usted donde vive.» «No lo sabemos, caballero.» Un empleado viejo hace todo el trabajo de un destino de veinticinco mil francos. Después he sabido que mi recaudador es un hombre de calidad, que tuvo muy buena acogida en Baden. Recita bien los versos; usa botas muy finas y sus chalecos son notables.

La conversación deprava. Entre hombres solos resulta cínica, porque hay que aparecer prácticos, capaces de llegar al fondo de las cosas, libres de ilusiones. Entre mujer y hombre es también escéptica, por que hay que burlarse de todo, aun de las cosas más serias. El mundo forma á la mujer y al hombre de buena sociedad, dos niños mimados que se echan á perder mutuamente. La primera juega con los objetos como con una chuchería; el segundo los rompe para ver lo que tienen dentro.

Esto es mejor que la etiqueta; cualquier cosa vale más que la etiqueta. Andad sobre las manos, si queréis; quitaos la levita, las botas, lo que más os agrade, con tal que no repitáis frases hechas. Yo di el año úl-

timo una *soiree* que tuvo éxito; mi habitación estaba adornada con flores de los trópicos, y había un vino del Cabo poco conocido. Ocho días después me entraron ganas de irme de París; no podía entrar en un salón sin recibir un cumplimento, siempre el mismo, y conocía que iba á volverme loco. Cuando se me acercaba un hombre ó una mujer, ya preveía su frase, su gesto particular, la clase y agrado de su sonrisa, el guiño de sus ojos, la profundidad de las arrugas en derredor de su boca, la magnitud del movimiento de sus caderas y de la contorsión de sus riñones, lo agudo y el *crescendo* de su voz. Yo no veía entonces una cabeza de hombre que piensa, sino una cara de mono haciendo gracias, ó un Juan de las Viñas á quien se tiraba de la cuerda. Concluí por ser tan mecánico como ellos; había fabricado una frase con variaciones, que salía al encuentro de las otras cumplimenteras; la recitaba oyendo mi propia voz ó contando las bagatelas de mi interlocutor. Un hombre debía tener un secretario encargado de hacer los cumplimientos, en su lugar, todas las noches de diez á doce, en la buena sociedad.

Tratemos un poco, si no os disgusta, de estadística: de las cincuenta personas que hay aquí á vuestra vista en un salón, ¿cuántas habrá cuya conversación sea entretenida é interesante?

Veinticinco son personas decentes, simples orgánulos de palabras. Nada más raro en la naturaleza que la originalidad, y ésta se ve aún disminuida por la educación; las conveniencias aprisionan el talento y el alma; no se atreven á moverse, temen descubrirse. Se repite durante quince días la idea de moda, después otros

quince, la idea que sigue. Hay dos frases posibles sobre *La Africana*, dos sobre el discurso de M. Thiers, dos sobre Méjico, dos sobre la Academia, dos sobre todos los asuntos humanos: según el personaje, tendréis una ú otra, á veces una anécdota, pero un juicio personal y sincero, jamás. Falta la impresión propia; los ojos han visto, los oídos escuchando, la memoria ha retenido, las conveniencias dictan, la boca pronuncia; nada más.

Esto es más notable aún en las mujeres que en los hombres. Habéis entrado por un vestibulo adornado de arbustos y de flores, donde, entre las blancuras de los mármoles y los dibujos de los tapices, subían algunas mujeres, con los hombros desnudos, los cabellos cuajados de diamantes, arrastrando su hueca falda de *moiré* brillante, perfumadas, orgullosas, de tramo en tramo como pavos reales multicolores ó pájaros brillantes de los trópicos. ¿Habéis notado tres ó cuatro que, después de pasearse un poco, han concluido por reunirse formando un ramillete? Una, en la plenitud de la vida, con falda blanca labrada, el cuerpo á pliegues, parecía una veneciana del Renacimiento; encima de aquella dulzura divina satinada, se veía un cuello de nácar, inclinado, y sobre la rubia trenza de abundantes cabellos, por único adorno, una faja flotante de encajes. La segunda, alta, esbelta como una Diana, llegaba envuelta en los largos pliegues de su vestido malva; su cuerpo, adornado con bordados de plata, dejaba entrever la vaga idea de un húsar heroico; andaba de prisa, la cola de su traje ondulaba como el manto de una diosa, y las piedras blancas, agrupadas en sus cabellos formando flores, despedían reflejos de espada. La última, débil, delgada, la fisonomía prolongada, la nariz afilada, los labios temblorosos, los ojos claros y

los cabellos pálidos enmarañados, debajo de sus diamantes, parece que todo su cuerpo despide chispas de centellas ó de relámpagos; sentada ó de pie, no toca á la tierra; el fuego interior, las indomables sacudidas de la vida nerviosa hacen estremecerse á cada movimiento su delicada forma. Rodeando su cuello delgado lleva un collar de diamantes, como un aro de ojos vivos, como los ojos claros y centellantes de un círculo de serpientes mágicas. Hablan y parecen muy satisfechas de su conversación; ¡cuánto se daría por oirlas! Al acercarse, se descubre que discuten sobre los puños de las sombrillas; á una le gustan de ébano, otra los prefiere de nácarperla.

Treinta personas son gentes oficiales que no tienen miramientos que guardar.—Estas treinta personas y otra docena más, son ambiciosos que vienen aquí para conservar su puesto ó en busca de un ascenso.—Unos diez hombres y otras tantas mujeres quieren casar á sus hijas.—Todas estas gentes recitan una lección; imposible sacar de ella una palabra verdadera; son, para todos los asuntos interesantes, como un eclesiástico con quien se comete la torpeza de hablar de religión; tienen una consigna; tratan de agradar al dueño ó á la dueña de la casa, se hacen presentar á las personas importantes, evitan las afirmaciones categóricas, pasan por encima de los asuntos escabrosos, llegan á la perfecta corrección. Nulidad ó hipocresía: ¿Cómo queréis que hablen con franqueza y claridad cuando se trata de su marmita? Por otra parte, al cabo de algunos años no tienen ya que violentarse; bajo la presión de la necesidad perecen su iniciativa y su ingenio; no tienen opinión que exponer ú ocultar; lo interior se modela en ellos poco á poco por lo exterior; no son ya hombres que hablan, sino empleos ó profesiones.

siones. Un periodista os repite seriamente las primeras noticias de París, de su periódico; un rico nuevo se ha hecho clerical y vigila á la literatura, que es peligrosa; un padre de familia, que tiene hijas casaderas, declara inmorales á los jóvenes. Apuesto á que, de cien juicios emitidos en media hora por esas cincuenta personas que hablan, no hay seis desinteresados; las noventa y cuatro restantes repiten sin reír la escena de M. Josse. Tocad el resorte de su mecanismo, y cantará un aire conocido. Tomad un pintor, aun de los renombrados, habladle de pintura; elogiará á los otros pintores á proporción de lo que se les asemejen. Lo mismo si se trata de un músico, de un escritor; cuando elogian á los demás, hacen su propio elogio por tabla. Esto es más común de lo que puede decirse. Hablad de arte en un círculo de sabios ó de políticos; en su juicio, es una distracción de ociosos. Hablad de ciencia en un taller de artistas y en una reunión de políticos, según ellos, es una raspadura de emborriona-papeles ó una cocina de inútiles. Discurred sobre política en un banquete de sabios y de artistas, esto es, en su opinión, una algarabía de intrigantes. Cada uno de ellos desprecia á los demás por instinto, por elevarse otro tanto. Cuando la conversación recae sobre esto, siento la necesidad de tomar el aire y giro sobre mis talones. Decid lo que queráis, con tal de que sea sin que recaiga sobre vosotros mismos; pero, por amor de Dios, dejad los reclamos. De otro modo, el salón no es más que una tienda de mercaderes que mienten, saludan y pescan parroquianos.

Cuento además cinco ó seis principiantes de ambos sexos, que se preguntan por lo bajo si sus cabellos están bien alisados y si su saludo ha sido correcto. No dicen nada; con ellos, termina pronto la conversación.

Si el salón es importante, hay además una docena de figurantes, suplentes de la Facultad y de la Escuela de Derecho, magistrados jóvenes con muy buenas corbatas, relatores del Consejo huesosos, jefes de división maduros, que, de vez en cuando, vienen á hacer cumplidos. Estos guardan un silencio respetuoso ó modesto, quedan en pie como estatuas, se calientan en la chimenea, estudian un retrato ó una cornisa, hojean un folleto, y algunos también el álbum de fotografías, y juegan con sus lentes; todos parecen tristes. Se ve además, junto á las cortinas, media docena de toneles burocráticos ó comerciales hembras, rodeadas de raso y de *moiré*; acá y allá; algún buho desplumado, un esqueleto puntiagudo entre flores; son depósitos y restos. La dueña de la casa las ha colocado y les ha dicho una palabra, pero yo no soy dueña de la casa; tanto mejor para mí y tanto peor para ella.

Hechas todas estas separaciones, quedan tres ó cuatro personas que hablan por hablar, que les gusta seguir el desarrollo de las ideas, que se entregan á la discusión y á la inventiva imprudente y libremente. Están perdidas entre la muchedumbre, son como amapolas en un trigo. A su alrededor hay un comercio de vanidades y de intereses, originados por satisfacciones propias de galopines ó de actrices. Los rasgos de talento y de estilo empleados para hablar y hacer hablar de sí propio oprimen el corazón. Quien se halla á mi lado en la mesa, come su plato de pescado, pero se conoce que no le toma el gusto; se le ve preocupado en combinar la frase que, lanzada en los intermedios de la conversación, llamará la atención sobre su cuadro ó su libro.

¿Prueba mi estadística que las conversaciones de la buena sociedad son enfadosas? No del todo.

La cortesía, aun embustera, es encantadora. Nosotros vivimos en todas partes en estado de guerra: rivalidades de profesión, concurrencias de ambiciones, discordias de familia, antipatías de carácter. Felizmente, hemos convenido en que, desde las siete de la tarde hasta la media noche, se establecerá una tregua entre los hombres que lleven en el cuello una tira blanca y las mujeres que no tengan nada absolutamente en los hombros, y aun mucho mejor que una tregua, cada cual se mostrará expresivo, sonriente, inagotable en demostraciones de respeto, de simpatía, de admiración hacia los demás, todo esto de la manera más fina y agradable que sea posible. Es una comedia, bien; pero cinco ó seis veces cada noche se tiene un minuto de ilusión: encontrad algo mejor, si podéis. Como no existen la felicidad ni la belleza, se han inventado las artes que imitan sus imágenes. Como la bondad y la abnegación tampoco existen, se ha inventado la buena sociedad que nos ofrece su recuerdo. Tratad de prescindir de ella, dad una vuelta por los Estados Unidos, ved á un yanqui que come en la mesa redonda con el sombrero encasquetado y que os dice dogmáticamente, echándoos á la nariz el humo de su cigarro: «¡Vuestra Europa! ¡Un miserable mundo viejo! ¡Un conjunto de lacayos y de corrompidos! ¡Pero la libre América barrerá toda esa basura!»—Palabra de honor, me gusta más un chino, mi amigo el mandarín Thang-li de Shangai, que me saluda ceremoniosamente inclinándose hasta el suelo, y, el viernes, me ofrece una comida de vigilia diciendo: «Hoy cumpliremos los preceptos de vuestra excelente religión, que es tan superior á la mía.»

Además, cuando se tiene ojos, se puede observar. Las manifestaciones de vanidad ó de hipocresía llegan

á ser rasgos de caracteres, y las palabras que os molestan, cuando las tomáis como ideas, llegan á interesaros si las consideráis como síntomas. Alguno hay, grotesco ó tonto, que resulta un tipo raro y un ejemplar curioso. A cierta edad, cuando el corazón se ha desprendido de muchos objetos, y cuando el espíritu se fija más en el fondo que en la forma, la botánica moral y social es un recreo de primer orden. Se cuida poco de oír hablar bien de las cosas, y se quiere examinarlas por sí mismo; encontramos menos atractivos en la literatura que en la vida; á la pintura de una escena de costumbres, preferimos la escena misma. Ahora me gusta tanto una conversación en ferrocarril con un burgués, un estudiante, un militar, como una novela, aun siendo buena, ó una noche pasada en el teatro. El año pasado, en las cercanías de Fontainebleau, estuve en la selva, una tarde lluviosa, y pasé tres horas hablando con un guardabosque, que se calentaba al pie de un haya, teniendo á su hijo de corta edad sentado en sus rodillas. El humo azulado subía por el aire gris y sólo se oía el ruido de las gotas de lluvia sobre las hojas. Aquel hombre estaba contento con su estado y quería que su hijo lo adoptara cuando tuviese la edad para ello. Le dan una casucha y un jardín; pueden matar algún conejo para él, y aun cambiarlo, en casa del carnicero, por una libra de carne; reciben un tanto por cada ardilla, garduña ó zorra que matan; en total unos mil quinientos francos al año. El oficio es sano, honroso; la caza es siempre un entretenimiento agradable; sus hijas pequeñas van á recoger sacos de fabucos, etc. Yo oía todo esto, miraba á aquel buen hombre salvaje y ágil como un potro, y me parecía leer una novela íntima.

Por fin, de vez en cuando, entre la multitud de se-

res apocados ó limitados, se encuentra una criatura sensible; ó por lo menos, en una actitud, en el sonido de una voz, sobre todo en las personas muy jóvenes, gusta imaginar lo que llaman los poetas un alma, quiero decir, un ser nuevo y apasionado, que tiene su manera propia y personal de sentir, que se fía de ella, no toma de otro ni imita, encerrando en sí una gran vida solitaria y múltiple, difícil ó casi imposible de igualar, á no ser por la presencia repentina y extraordinaria de la ilusión y del entusiasmo, contenido y palpitante, capaz de abarcar de una ojeada una serie de situaciones y también sus consecuencias. Algunas veces, en la forma del semblante y la grandeza de los ojos, se cree entrever en las mujeres esa naturaleza rica y delicada; un glotón no insiste en esto; va á instalarse en un rincón y continúa su sueño. Los hombres superiores producen también una sensación parecida; pero es preciso encontrarlos un día de inspiración, ó haber roto el hielo de las conveniencias. Esto me ha sucedido alguna vez, sobre todo en París, que es una especie de exposición permanente abierta á toda Europa. El último de esta clase que vi, fué Eugenio Delacroix. Nadie ha tenido un sentimiento más intenso y más justo de la naturaleza visible; me decía, al enseñarme una Resurrección de Rubens, copiada por él: «Vea usted, este muerto, grueso, descolorido, lacio, con la mandíbula caída, como en el Anfiteatro; únicamente Rubens ha conocido á fondo los temperamentos. Usted ha visto en Munich su cuadro de condenados, gigantes y demonios, que tienen cabezas de leones y de búfalos y no son búfalos ni leones. Sólo él ha sabido las degradaciones bestiales, los orígenes animales del hombre. Uno de los verdugos de su Crucifixión de Amberes es un gorila calvo. Este es nues-

tro deber, mostrar la verdad absoluta é íntima de cada cosa. Al salir del colegio contemplé las ciencias, aspiraba á todo, herboricé, asistí á los cursos de idiomas orientales; pero me gusta mucho más el arte, es más completo. El sabio sabe que dentro de cincuenta años se habrá adelantado más que él. Se halla en la antesala de la naturaleza; algunas veces se entreabre la puerta, ve una lontananza magnífica; pero se cierra la puerta y se le dice: «Bastante hay para ti, el resto para los otros.»

Yo mismo, al contemplar su genio, tan mal servido por su mano, le comparaba, en mi interior, con los grandes artifices de cuerpos del siglo XVI. Es de la misma familia, pero su desgracia le hizo nacer en un mal medio, como un mammoth medio helado, sorprendido por la llegada del periodo glacial.

Los ó tres conversaciones como esa, animadas por el gesto y el brillo de los ojos recompensan de muchos bostezos interiores, de muchas inclinaciones de salón y de infinitos saludos de encargo.

## CAPITULO XXII

### LA SOCIEDAD

Cuando pasaba una temporada en Londres se me ocurría con frecuencia tomar un *cab*, á la una de la mañana. El cochero está detrás invisible, y las largas zancas del caballo os llevan violentamente, con una carrera mecánica y rígida, sin saber á dónde ni cómo. El hombre tenía orden de no pararse, de no hablar; por lo común yo volvía por London-Bridge y el Strand. Es probable que no haya en el mundo un espectáculo tan grandioso y tan horrible.

La vida se ha apagado; queda un cementerio inmenso. De trecho en trecho, en una esquina, se ve un *polliceman* rígido y mudo como un guardián de muertos; de vez en cuando una miserable mujer errante, algunos espectros con un traje negro viejo, se deslizan vagamente en la sombra. Una luna sepulcral brilla turbada por encima de la atmósfera, cargada de emanaciones humanas. No es el sueño de una ciudad meridional descansando voluptuosamente en los brazos de la naturaleza tranquila; es el hábito de la criatura rendida después de la angustia y la fiebre, la velada mal sana prolongada á la luz artificial, al lado de la muerte horrenda. Las calles monótonas prolongan sin cesar, eternamente, sus hileras de casas monumentales; calles tras calles, otras aún, y otras siempre; después *squares*, plazas, todas desconocidas y silenciosas á la claridad incierta, con sus peristilos, sus pilastras,

sus frontis, sus aceras y el desarrollo ó el laberinto de sus formas inesperadas. Parece que el abismo humano se ensancha á medida que nos vamos sumergiendo en él. Y todo eso está vacío. Jamás, al verlo lleno y ruidoso, hubiérase comprendido su inmensidad. Al atravesar los puentes colosales aumenta el horror; el río, reluciente y viscoso, corre apenas perceptible entre la bruma, sosteniendo en su fétida espalda los grandes grupos de buques que se juntan al movimiento del agua. Los picos de gas oscilan en los remolinos, y sus reflejos, como columnas torcidas que se desploman, van á perderse en lo infinito. A la derecha, á la izquierda, arriba, abajo, se adivina debajo aquel catafalco de obscuridad y de luz, una gigantesca hilera de almacenes y de fábricas ennegrecidas. Tantas piedras y ladrillos, tantas construcciones é invenciones, tal amontonamiento de cálculos y de obras que se empujan unas á otras, infatigablemente elevadas, sin que jamás tregua ó cansancio llegue á suavizar ó suspender la gravedad de su conflicto. Mañana centenares de miles de viviendas soltarán sus hormigueros y empezará de nuevo el combate más rudo, para recrudescerse aún al día siguiente. Pero lo más triste es que el combate va á librarse cuerpo á cuerpo, según rutinas fijas, en un terreno medido, dividido y cerrado, tan mecánico y tan artificial como su monstruosa prisión de ladrillos. Hay demasiados hombres hoy en el mundo, demasiada compresión y demasiados esfuerzos.

Esta misma sensación experimento de noche en París, aunque menor. Tal es el aspecto del mundo moderno. A causa del engrandecimiento admirable del edificio humano, los cercados ocupan hoy terrenos libres en otro tiempo. Por la maravillosa multiplicación de los concurrentes, la muchedumbre ha llenado

el recinto; el individuo se dobla bajo el peso de la masa, y se encuentra emparedado en un orden establecido. Otras veces, aún no hace mucho tiempo, un hombre de buena voluntad hacía cómodamente su boquete y elegía su camino. Las filas estaban claras y había espacio fuera de ella. Mi padre, en 1800, con unos conocimientos matemáticos comunes, llegó á ser ingeniero de fama, y hubiera hecho una gran fortuna, de no haber sido tan aficionado á pasearse y á bailar. Treinta años más tarde, los puestos estaban ocupados; he tenido que irme á América. Hoy, si mi sobrino Anatolio Durand ó del Rand no contara con mi protección, sería toda su vida un supernumerario. El mundo se parece ahora á la baraúnda que se promueve en la plaza de la Concordia cuando hay fuegos artificiales. Un hombre se ve allí perdido y abrumado; su fuerza es demasiado pequeña. Sus codazos, sus mañas, no le sirven de nada para avanzar; tiene que seguir la fila paso á paso como un borrego, bajo la mirada del guardia de orden público. Aquella prodigiosa muchedumbre móvil le arrastra en sus ondulaciones ó le encadena en su inercia. Por un lado, le reglamenta; por el otro, le ahoga. Después de haberse resistido, se resigna; en adelante soporta su vida.

## I

Ya no se roban en los caminos reales á estocadas. Han comprendido que esta manera de decidir quién ha de poseer el dinero y las cosas buenas, era demasiado sencilla: en cambio, han adoptado los procedimientos siguientes:

Primer medio, que es legal: la *oposición*.—Mi amigo Eduardo S..., hombre eminente, pero de fortuna mediana, tiene un hijo laborioso y de talento vulgar; este hijo, á los diez años de estudio, bachiller en letras y en ciencias, se presenta á exámenes para una plaza de supernumerario en el ministerio de Hacienda: son doscientos catorce los candidatos, y trece las plazas. Los trece afortunados cobrarán, durante dos años, una gratificación de 150 francos anuales, por lo cual estarán obligados á hacer copias ocho horas diarias; al cabo de dos años, si son aptos, llegarán á aquella cima de la gloria que consiste en poner en sus tarjetas el título de «empleado», y en su bolsillo cien francos todos los meses.—Yo he encontrado este año un compañero mío, el doctor N..., antiguo alumno interno premiado, autor de varios manuales, agregado, cirujano de los hospitales, etc. Este pobre hombre se presenta desde hace treinta años, en solicitud de una cátedra de la Facultad. Como es metódico, hace diez años que va anotando sus visitas á los jueces y á sus íntimos; ha hecho tres mil setecientas veinticinco.

Además, desde que ingresó como alumno interno compone, aprende, recita y repasa un gran número de cuadernitos, llenos de notas y signos mnemotécnicos; como el ejercicio consiste en una lección explicada después de algunos minutos de preparación, en argumentaciones hechas á quemarropa, etc., es preciso conservar siempre en la cabeza la masa más voluminosa posible de hechos y de fórmulas acerca de cada subdivisión del dominio inmenso que comprenden las ciencias médicas y naturales. Por esta causa, los candidatos dividen con anticipación la materia en compartimientos, la colman de pequeños resúmenes compactos y se atracan de ellos; esto forma como una pila

de piedras indigestas que amontonan en su inteligencia, y que los perturba abrumándolos, porque en virtud de su peso, tiende sin cesar á escaparse por todos los agujeros de su memoria. Por estas artes ha ganado mi amigo todos sus grados; ahora aspira al último, y lo obtendrá, si la apoplejía no lo arroja sobre el pavimento, como á un caballo de tahona que es. Paso por alto otras cincuenta cosas parecidas. La oposición funciona al ingreso de todas las carreras, en el ejército, en la marina, en la enseñanza, en los ministerios, en los varios servicios de la industria privada ó pública; es un molinete, no doble, sino triple, cuádruple y hasta indefinidamente repetido y continuado por las clasificaciones, las notas y el cuadro de ascensos en todas las grandes escuelas del gobierno, en toda la administración, en todo el ejército también. Tened en cuenta que para cada salida se encuentra una especial: un militar la halla para ser mayor ó para entrar en la intendencia; un artista para ingresar y quedarse en la Escuela de Bellas Artes, para ir á Roma, para ser admitido en la Exposición y premiado en ella la primera vez, la segunda, la tercera, para obtener la cruz. Y, por fin, en cuanto á las demás exposiciones, el concurso penetra hasta en las profesiones independientes. El señor marqués de... quiere ser premiado por sus vacas; la duquesa, su prima, obtiene una mención honorífica por su lote de pavos. Este es ahora el molde; la vida humana entra en él toda ella como un paquete de algodón crudo, que, arrojado en la máquina, al llevarlo á una gran manufactura, llega á ser regular é infaliblemente, por modificaciones sucesivas, hilo, tejido, tela, mantel y pañuelo, dispuesto para limpiar los muebles ó la nariz del primero que llegue. Hasta las evoluciones del asador están previstas: un

oficial sabe, casi con seguridad, si será coronel ó general á los cincuenta años. No es que yo censure el procedimiento mismo; se necesita uno, y éste vale por todos los demás; en toda asociación se procura escoger de entre la multitud los poseedores de los grandes letes, y, según los países, los medios de elección son diferentes.

Pero según su diversidad, desarrollan distintas aptitudes. En Lilibut, donde, para llegar á altos puestos, era preciso bailar bien en la cuerda, la aptitud consistía en la gordura de las pantorrillas. En China, donde hay que sobresalir en el conocimiento de los textos antiguos y de los versos latinos, es la pedantería clásica. En Francia, es la postración cerebral y el flujo de la lengua. Ved el trabajo maquinal y monstruoso de los candidatos que aspiran á las grandes escuelas, luego, al salir de esas escuelas, la fatiga profunda, la languidez, el acudir al café ó á domicilio, la inercia burocrática ó provincial. Comparad el alumno de la Escuela Politécnica, clavado catorce horas diarias delante de fórmulas, y el ingeniero que va á bostezar, con su mujer del brazo, para ver si sus pedruscos están bien acoplados. Con esta multiplicidad de carreras y esta reglamentación de las etapas, llegamos primero á sofocar nuestros caballos de carrera, y después á convertirlos en pencos de coches de alquiler. Entra aquí, amigo mío, si eres sufrido y quieres arrastrar un fiacre; busca por otro lado, si eres nervioso y quieres conservar tus bríos de corredor.

## II

Queda el segundo medio de prosperar; éste, anti-legal; el *reclamo* ó arte de atraer la atención sobre sí

mismo. Nada más difícil. Reinando Luis XV, Ginguené, si no recuerdo mal, se hizo célebre con una pieza en verso, la *Confesión de Zulmé*. No había entonces más que un centenar de salones; hoy hay tres mil. Ya no se trata de un grupo selecto, sino de todo un pueblo. ¿Qué hacer para que cien mil personas retengan mi nombre? Tanto más cuanto que su memoria está ya muy recargada; hay demasiados nombres que solicitan su atención; todos los años, tres ó cuatro mil pintores en la Exposición; durante seis meses, centenares de músicos que susurran por las noches como insectos á la luz de las arañas; todos los días, una población de escritores repartidos en veinte revistas y cincuenta periódicos; todos trabajan á fuerza de artículos, de conciertos y de cuadros por apropiarse un rincón en esa memoria repleta que se desborda; al cabo de algún tiempo, nada entra ya en ella. Abogado, médico, arquitecto, comerciante, en tanto que os manteníais, como las gentes de antaño, en vuestro círculo natural, podíais ser bastantes; bien ó mal, se os daba un precio; bueno ó malo, teníais vuestro puesto en la sociedad y en la opinión. En París, no lo tenéis, no se os conoce: sois, como en un hotel, el número tantos, es decir, un *paletot* y un sombrero que salen por la mañana y vuelven á la noche. Sombreros y *paletots* de esa especie hay veinte mil. ¿Qué marca, qué escarpela hallar para hacerse reconocer? ¿Qué color bastante visible, qué señal tan singular os distinguirá entre las veinte mil señales y los veinte mil colores? Hay que atraer las miradas; fuera de eso no hay salvación. Vosotros os llamáis Floridor Banbencroche ó Eufemio Quatresous, un nombre así casi no se olvida; si fuereis negro ó solamente mulato, yo os felicitaría de corazón; recordad el éxito reciente del doctor ne-

gro. Publicad una memoria sobre la enfermedad de los vinos de Burdeos, fundad un buen banquete, pronunciad un discurso á los postres, imprimidlo á expensas de la sociedad, añadidle una disertación sobre la higiene de los niños con frases muy sentidas dedicadas á las madres, enviadlo todo, bajo sobre, á cada miembro casado de la sociedad. Este es el A, B, C, del oficio y de todos los oficios. Es preciso mirar y pensar, no sólo la cuarta página, sino también todo elogio ó crítica de un periódico ó de una revista, para ver las mil y cien mil manos de nadadores anegados por la indiferencia pública, que se agitan, que se agarran á la ocasión más pequeña de notoriedad, para salir al aire y respirar á la luz. No es vanidad, es necesidad; hoy la publicidad, lo mismo que el tiempo, es dinero. Yo supongo que generalmente vendíais un cuadro por mil quinientos francos; conseguid tres páginas con buenas firmas en tres periódicos importantes, añadid á esto algún hábil manejo en el hotel de ventas, y venderéis el cuadro siguiente, igual por completo, en cuatro mil francos.

Un objeto comercial cualquiera, techumbres de zinc ó clisobombas, chimeneas traga-humos ó dentaduras para hipopótamos, adquiere tantos compradores como líneas tenga el anuncio; es conocida la proporción. Forzosa y fatalmente, el género ó el medicamento tal, que se encuentra todos los días, en todas partes, con letras grandes ó pequeñas, en las paredes, en las gacetas, en las vías férreas, en los cafés, en su casa, en las ajenas, graba su nombre en la memoria. No se ha querido leerlo, y se ha leído; se ha evitado el retenerlo y se sabe de memoria; se ha hecho mofa de él en voz alta, y esto ha acrecentado su publicidad. Ocurre tener necesidad de la cosa de que se trata: no hay consejo algu-

no á mano, no se tiene otro nombre en la cabeza, corre prisa, se dice por pereza que, pues ese es público, vale tanto como otro cualquiera; se va á las señas conocidas, se traga y se paga. El año anterior, encontró en provincias personas que trataban á sus hijos por la medicina Leroy, como en 1820; los nombres se incrustan en la memoria humana; es tan difícil salir de ella, como entrar.

Yo espero que mi experiencia sobre este punto ha de ser útil á mis contemporáneos. Por grande que sea el talento de las grandes casas de venta que tocan diariamente la trompeta en la cuarta página de los periódicos, me atrevo á creer que la práctica americana les suministrará algunas enseñanzas; y aunque cueste mucho á mi modestia, voy á manifestar los procedimientos de anuncios por los que la Sociedad de explotación de petróleos y cerdo salado de Federico Tomás Graindorge and C<sup>o</sup> (New-York, Broad Street, 121, y Cincinnati, National-Square, 397) ha conquistado la clientela de todo el mundo civilizado. Yo di una participación en mis asuntos al célebre Barnum, que emprendió la operación y la llevó con su riqueza de imaginación habitual. No hablo de los procedimientos gastados, la compra de dos páginas por semana de las gacetas importantes; la publicación de dibujos en los periódicos menos notables, la distribución de anuncios en las esquinas de las calles, las medallas de exposición, los hombres-carteles, etc. La primera idea de Barnum fué un golpe de maestro. Era empresario de Jenny Lind, y mandó componer una canción humorística sobre el petróleo, el cerdo salado y América, que el cantor cómico no dejaba de decir al final del concierto: era el sainete después de la obra seria, y júzguese del placer de los concurrentes, hastiados de

música sublime, que se interesaban por la divina cantante lo mismo exactamente que por un rinoceronte. Pero en el programa estaba consignado que aquella bufonada nacional había sido compuesta y cantada por primera vez en los talleres de Federico Tomás Graindorge and C<sup>o</sup>.

Por medio de recompensas decorosas, hicimos componer algunas farsas, y hasta dos dramss, en los que tenía puesto aquella canción: uno de ellos se representó un mes seguido.—Mr. Barnum exigió además que el fotógrafo de cámara de Jenny Lind introdujera en la canción todos los retratos de la heroína, é hizo un contrato con la empresa principal de los órganos de Barbarie de Nueva York, para que cada órgano tocara la canción, por lo menos, dos veces al día.—Al mismo tiempo, muchas revistas y periódicos se ocuparon de la canción bajo el punto de vista estético, para demostrar que era un producto nacional, compararla, con este título, á las canciones de Burns y de Béranger, é investigar, teniendo presente las piezas teatrales que le habían servido de marco, si no indicaba el nacimiento de una literatura nueva, francamente industrial en virtud de la que América iba á elevarse por encima de todas las naciones.

Entre tanto, uno de esos *restaurants* en que se devora de pie emparedados y *groggs*, se abría nuevo, flamante, con este título: «Cerdo salado nacional variado y confortante de Federico Tomás Graindorge and C<sup>o</sup>.» Por aquella época leí con sorpresa en todos los periódicos varios accidentes horribles ocurridos en mis pozos de petróleo; diversos rasgos de valor heroico del mismo Federico Tomás Graindorge, que había salvado á cincuenta obreros á quienes ya amenazaban devorar las llamas; otros tantos rasgos de

genio y de perspicacia del mismo Federico Tomás Graindorge, que pensaba en comprar todas las minas de petróleo para llenar con sus productos el mercado europeo. Seis meses después Mr. Barnum descubrió, entre las barrenderas de mi fábrica, una negra vieja, idiota, muy aficionada al whisky, que resultó haber sido la nodriza de Washington; la enseñó en todos los Estados Unidos, indicando su procedencia, y demostró, con un buen número de certificados de médicos, que únicamente el uso diario del cerdo salado había podido, entre ocupaciones tan penosas, hacerle llegar á una edad tan avanzada. En fin (no cito ya más que una de las muchas invenciones de nuestro querido Barnum), apareció el año después un abecedario cómico (*fung*), á un penique ejemplar, en el que las letras mayúsculas, pintadas con colores verdosos, estaban figuradas con cerdos de pie, tendidos, vivos, despedazados, agrupados, en las posturas más grotescas, con versos sencillos ó visibles á manera de epígrafes. Como esos animales tienen mucha fisonomía, el dibujante había sabido sacar de sus orejas, de su cola en forma de tirabuzón, de su hocico, efectos admirables; alusiones políticas se transparentaban á través de los epígrafes y llamaban la atención de los hombres ya hechos. No necesito decir que el nombre de Federico Tomás Graindorge se leía en la cubierta, entre los párrafos, en los márgenes, con vistas de la fábrica, del paisaje, de los obreros, de las herramientas, etc. Se vendieron doscientos mil ejemplares en cinco años, y, como los libros de esta clase se transmiten de niño en niño, es posible que, dentro de medio siglo muchos americanos de corta edad aprendan todavía á leer el alfabeto del cerdo de M. Graindorge. Mr. Barnum, habiendo observado que las hermosas encuadernaciones antiguas son

de piel de trucha, pensaba hacer un contrato con un gran editor religioso de Nueva York, para encuadernar una cantidad enorme de Biblias que llevarían el nombre de Federico Tomás Graindorge en letras de relieve; pero yo le hice desistir de esta idea, porque no quería de ninguna manera indisponerme con los santos.

Por lo demás, para esta clase de operaciones se necesita un Barnum, un acólito que alborote; es muy desagradable pregonarse uno mismo.

Además en Francia, entre gente fina, sobre todo en las profesiones liberales, el reclamo propio es más repugnante que en las otras clases. Yo lo hice allá lejos, pero no lo haría aquí; no me disgustó del todo, porque se trataba de petróleo y de cerdo salado; mas me produciría náuseas si tuviera que emplearlo para vender un cuadro ó adquirir enfermos. Y sin embargo, aquí es necesario. Mil quinientos médicos de París no ganan mil doscientos francos al año, y están obligados casi todos los días á llevar frac negro y corbata blanca. Dos mil pintores pintan biombos, muestras, cuadros á cinco francos para la exportación, fondos para fotografías y aspiran á una copia del Louvre. Los dos medios de ser algo, el concurso y el reclamo, producen los mismos efectos. Rinden, achican, excitan y echan á perder al hombre. El concurso crea hombres derrengados, bestias de carga; el reclamo, charlatanes é intrigantes. Si yo tuviera un joven de poca fortuna que educar y dirigir, quisiera librarle de ambos. Le haría aprender, no las lenguas muertas, las letras, las ciencias puras que establecen una durísima desproporción entre nuestros deseos y nuestros recursos, y por las cuales los seis primeros años de nuestra juventud se parecen á una caída desde un sexto piso, sobre la

nariz y sobre la espalda, sino aprendería la gimnasia, el boxe, esgrima, natación, el manejo del fusil y del revólver, dos ó tres lenguas vivas, de tal modo, que las hablara y las escribiera; la geografía detallada y razonada y los puntos principales de la estadística industrial y comercial. Si fuera laborioso, probo y valiente, haría como algunos jóvenes de Rotterdam, de Hamburgo, de Glasgow, de Ginebra, á quienes he conocido y debí imitar: volvería á los diez años con una fortuna honradamente adquirida, para casarse con una amiga de la infancia; habría visto el mundo, desarrollado su cuerpo en el trabajo corporal, saneado su alma. No tendría *splen* como yo y no sería un pilluelo gastado, un vividor embadurnado como mi sobrino Anatolio Durand, que sólo sirve para colocarle en el escaparete de un peluquero ó en un traje negro de marido resignado y tonto.

## CAPITULO XXIII

## UNA SEMANA

Cuando á los treinta ó cuarenta años, y después de diez de esterilidad, una mujer de la clase media ó superior, da á luz un hijo, apostad que ha habido alguna tragedia de alcoba. A veces el adulterio es consentido; por lo general, el marido quiere evitarlo; en otras ocasiones ha sido necesario para precaverse contra la locura que parecía inminente. A través de la superficie tranquila de la vida burguesa, el drama interior ha ido minando como un tumor.

La locura no es un imperio distinto y separado; nuestra vida ordinaria confina con él, y todos entramos en sus dominios por alguna parte de nuestro ser. La cuestión no está en huir de la influencia, sino en verse sometido á ella á medias solamente.

Ninguna criatura humana es comprendida por otra criatura humana. Todo lo más, por costumbre, paciencia, interés ó amistad se aceptan ó se toleran.

nariz y sobre la espalda, sino aprendería la gimnasia, el boxe, esgrima, natación, el manejo del fusil y del revólver, dos ó tres lenguas vivas, de tal modo, que las hablara y las escribiera; la geografía detallada y razonada y los puntos principales de la estadística industrial y comercial. Si fuera laborioso, probo y valiente, haría como algunos jóvenes de Rotterdam, de Hamburgo, de Glasgow, de Ginebra, á quienes he conocido y debí imitar: volvería á los diez años con una fortuna honradamente adquirida, para casarse con una amiga de la infancia; habría visto el mundo, desarrollado su cuerpo en el trabajo corporal, saneado su alma. No tendría *splen* como yo y no sería un pilluelo gastado, un vividor embadurnado como mi sobrino Anatolio Durand, que sólo sirve para colocarle en el escaparete de un peluquero ó en un traje negro de marido resignado y tonto.

---

## CAPITULO XXIII

## UNA SEMANA

Cuando á los treinta ó cuarenta años, y después de diez de esterilidad, una mujer de la clase media ó superior, da á luz un hijo, apostad que ha habido alguna tragedia de alcoba. A veces el adulterio es consentido; por lo general, el marido quiere evitarlo; en otras ocasiones ha sido necesario para precaverse contra la locura que parecía inminente. A través de la superficie tranquila de la vida burguesa, el drama interior ha ido minando como un tumor.

---

La locura no es un imperio distinto y separado; nuestra vida ordinaria confina con él, y todos entramos en sus dominios por alguna parte de nuestro ser. La cuestión no está en huir de la influencia, sino en verse sometido á ella á medias solamente.

---

Ninguna criatura humana es comprendida por otra criatura humana. Todo lo más, por costumbre, paciencia, interés ó amistad se aceptan ó se toleran.

---

Dar á una mujer raciocinio, ideas, talento, es poner un puñal en manos de un niño.

Para las madres, los hijos son hombres indefinidos, manejables, sobre los que su imaginación trabaja incessantemente, en suma, *reducciones de lo ideal*. Poreso, á los ojos de una madre, el marido pasa al segundo puesto, resulta un proveedor del hijo, el primer criado.

La autoridad ha sufrido una alteración en el matrimonio. Habiéndose suavizado los caracteres no es ya el hombre bastante fuerte para soportar el disgusto de la mujer; cede por compasión. Como el trabajo ha aumentado, el hombre está demasiado rendido para resistir á la voluntad insinuante de la mujer; cede por cansancio.

Algunas complacencias y atenciones, el buen humor forzoso de la urbanidad, y la cortesía constante de la buena sociedad; nada de efusión, confianza escasa, una semi reserva; muchas consideraciones y un gran número de servicios mutuos, pero en el fondo independencia absoluta; esto era el matrimonio en el siglo XVIII. Figuraos dos *partners* en una mesa de whist; están asociados, se ayudan reciprocamente, son amables entre sí, nada más. En mi opinión, ese es el verdadero matrimonio francés; más suelto ó más ligado, repugna al carácter de la raza. Por esto, como en el

siglo XVIII, cada uno debe tener aparte sus habitaciones, sus criados, en resumen, cien mil libras de renta.

Hay tantos pudores como razas: para la inglesa, es un deber; para la francesa, un bienestar. Oid las medias palabras de las mujeres honradas, no dicen nada y lo insinúan todo: ¿por qué la señora A... tiene pocos hijos?—Porque la señora C... tiene demasiados. Una suegra, con frecuencia también abuela, da lecciones á su yerno. Una mujer de buena sociedad, se informa del talento de las cortesanas. Mi joven amigo Mauricio S..., para anticipar sus triunfos, dejaba entender que tenía mucho dominio sobre sí mismo. Aquí la decencia es un peinador de muselina, bonito, bordado, completo; pero el viento pasa ó alguien pasa. Lo entreabren, lo dejan entreabrirse ó se entreabre él.

Hay tantos amores como razas. Una alemana larga, instruída, virtuosa, flemática, decía un día: «Las almas son hermanas que han caído del cielo, y de repente se reconocen y corren á encontrarse.» Un francés pequeño, seco, sanguíneo, espiritual, ágil, le contestaba: «Tiene usted razón, siempre se encuentra calzado á la medida del pie.»

Son tantas las imaginaciones como las razas; ved la definición del hombre feliz en los proverbios:

El francés, dice: «Ha nacido peinado.»—La compostura, la elegancia, la sociedad y sus atractivos.

El inglés, dice: «Ha nacido con una cuchara de plata en la boca.»—Positivista y voraz, la comilona, la bue-

na digestión, lo confortante, la apariencia respetable y el dinero.

El alemán, dice: «Ha nacido en una envoltura de felicidad.»—Vaga, sentimental, y tocando con lo vulgar y la cocina; el mercader de salchichas idealistas.

La cortesana, propiamente dicha, la linda mujer elegante de los Bufos, es rara en Berlín. Algunas separaciones en los matrimonios, una gran abundancia de muchachas alegres; nada más. Y éstas han de ser obreras; una mujer ó una joven que alquila una habitación, está obligada á probar que tiene un oficio ó alguna fortuna. Un joven que quiere tener en su casa á su manceba, ha de inscribirla como criada.

En Viena existen muchos empleados que apenas cobran para vivir. Hay unos cincuenta en el cuarto piso, en casa del príncipe Esterhazy, ocupados en la oficina de la administración de sus tierras; sus hijos quieren usar sombrero, ir á bailar, á oír la música en los *jardines de recreo*. Tolerancia, bondad, buen humor, sensualidad dulcemente tierna y algo sentimental. Habláis con una vieja, y al día siguiente veis entrar en vuestra habitación á una joven de la clase media, de modesto continente, con un libro de oraciones en la mano; si la tenéis á vuestro lado un mes, os ama.

Hay muy pocas cortesanas en Inglaterra; sin embargo, la clase va arraigando allí. Londres se afrancesa, pero imperceptiblemente. Excepto la horrible exposición de Haymarket de noche, y dos ó tres escándalos lujosos y audaces en Hyde-Park, falta la sociedad de aluvión. Algunos jóvenes tienen amores en un barrio

apartado; si os hacéis su amigo, al cabo de muchas vacilaciones os dicen una noche:

«Venga usted á ver á *my little girl*, es enteramente una lady.» Encontráis una joven decente, hija de un arrendador ó aya, que os recibe con seriedad, os hace los honores del te, y se ruborizaría si oyera una palabra equívoca.

En Italia han subsistido las costumbres de la decadencia. El *vetturino* que servía con su vehículo á un joven arquitecto, le dijo sonriendo maliciosamente: «Usted es joven; yo conozco una familia muy honrada; venga usted conmigo.» El halló al padre, á la madre, uno ó dos niños y una joven á la mesa. Saluda, le saludan; la joven entra con él en una habitación contigua, y el padre vuelve á sentarse con mucha gravedad. Es para reunir una dote, ó ayudar á los gastos de la casa.

En resumen, la *loreta* es una especie francesa que no florece mucho ni se propaga en abundancia más que en París. Nosotros aderezamos el amor como lo demás; por esto los extranjeros ricos vienen con tanto gusto á gastar su dinero aquí. Algunas de esas muchachas se enriquecen, se casan en provincias, hacen papel. Indudablemente, se encuentran luego muchas de ellas barriendo las calles ó en las mesas de dirección. Pero la mayor parte se acogen á algún oficio sospechoso; vendedoras de guantes, dueñas de hoteles, señoras de mostrador, obreras. En Inglaterra, una mujer caída es semejante al lodo de las calles, se anda por encima, después se la barre; aquí se levanta, se suelta, se ase bien, se instala y á veces sube.

Dos señales del tiempo son el desprecio á las mujeres y el gusto por las antigüedades.

En un salón, después de comer, los hombres dejan solas á las mujeres y se van á fumar.—Dos jóvenes en un coche de ferrocarril, encienden sus cigarros para impedir que entren mujeres.—Ya no se dice una señora, sino una mujer.—No se dice una pasión, sino una chifadura.—Un joven, que hace una tontería, acepta tres ó cuatro colaboradores; esto alivia el gasto. Lo que exige á su amante es la charla insulsa, la risa escandalosa, las bromas de color subido, las palabrotas de rabanera. Ella misma cae en un estado inferior á su oficio, se vuelve grosera, gratifica á los mozos de hotel para que le proporcionen parroquianos, no distinguen ya entre un viejo y un adolescente, da por rival al joven más elegante el lampista de un teatro, le gusta las buenas comidas y se crea rentas. El amor toma el tono descarado, positivo, el continente violento y rígido, el sabor picante y crudo que le daría un cabo reenganchado, decidido á comerse de una vez toda su paga, ó un tratante en cueros de Río Janeiro, que viene con la bolsa llena, engolosinado por el relato de los viajeros de comercio.

Loza, esmaltes, grabados, pinturas, esculturas pequeñas, armas, todo se colecciona; ya no es una manía de viejos; jóvenes y mujeres se dedican á ello. Si veo que predomina algún gusto es por las elegancias y las desenvolturas del siglo pasado. Falta el gusto personal; tomamos los de nuestros abuelos; lo mismo en cuanto á las inventivas personales. Esto no es gusto, sino una manera de distinguirse, un medio de emplear el tiempo y el dinero, una necesidad de llenar sus casilleros, de tapar un hueco de su serie.

La mujer y la obra de arte son creaciones parecidas; la misma caída para la una que para la otra; la misma impotencia para adorar y para producir. Nada de sueños á los que la ilusión ó la imaginación puedan dar un cuerpo. Lo que se desea es la posesión y la exhibición.

Un hombre de cuarenta años decía: «He reducido el amor á una función y ésta á un *mínimum*.» Un joven de veinticinco replicaba: «En lugar de *mínimum* ponga usted *máximum*, y tendrá lo que á mí me sucede.» Un hombre de treinta y cinco años terminó con estas palabras: «*Máximum* ó *mínimum*, queda una piedra en el corazón y nos asfixia.»

Desde los veinte á los treinta años el hombre, aunque con mucha pena, ahoga su ideal; después vive ó cree vivir tranquilo, pero su tranquilidad es como la de una soltera que fué madre y asesinó á su primer hijo.

Para tener una idea del hombre y de la vida es necesario haber ido por sí mismo hasta los bordes del suicidio ó hasta el dintel de la locura, por lo menos una vez.

Yo soy demasiado viejo y todo ha terminado para mí, no me queda otra tarea que mirar, y á los cincuenta y cinco años es una ocupación decente. He vivido también fuera del mundo como excéntrico, y,

después de todo, además de mi interés positivo y de mi goce sensible, todavía hay dos ó tres cosas que me gustan. Pero á mi sobrino Anatolio Durand, ¿qué le agrada? Una buena comida, un puesto de poco trabajo, su ociosidad y su cigarro. Y á la señorita Tres Estrellas, en quien pensamos para que sea su compañera, ¿qué le gusta?

Bonita pareja y bonita sociedad; en 1880 veremos.

La música es ahora para las mujeres lo que las matemáticas, el latín, etc., para los hombres: un dominio aparte é indefinido. Sin saberla bien, es imposible comprenderlas cuando tocan. Muchas la conocen á fondo, ya en su parte dramática, ya en la puramente mecánica. Embrión de actriz: todas las noches necesita su ración de sensaciones intensas y de aplausos ruidosos.

Quien ha pasado un año lejos del mundo, entregado á una ciencia, la astronomía ó la botánica, se ve cortado al hablar en un salón. Se encuentra en él como un bailarín que, habiendo dejado de hacer sus piruetas cotidianas, hace torpes cabriolas. En efecto, la vida social es una torcedura que se da á toda verdad. Yo miento, cuando os pregunto, y con interés, por vuestra salud ó vuestros asuntos. Vosotros mentís, cuando me dais á entender que tenéis mucho gusto en visitarme ó en verme. Yo doy vueltas y desfiguro las cosas, si quiero que mi relato sea graciosa ó decente. Adorno ó atenúo ó exajero mi opinión para que resulte agradable. Empleo los adjetivos importantes para describir vuestro talento, y los más sencillos para designar el

mío. Indico ó insisto, cargo ó paso de ligero, doy un rodeo ó digo falsedades. La verdad, no puede salir de mis manos sino como una mujer de su tocador, pintada, compuesta, rellena, estrecha por una parte, ensanchada por otra. Al cabo de algún tiempo, ya no reparo en mis embustes ni vosotros en los vuestros, y si nos adivinamos uno á otro nuestro pensamiento íntimo, es á través y á despecho de las frases con que lo engalanamos.

Ahora se lleva á las jóvenes, muy jóvenes aún, á la sociedad.

Se las educa en ella y para ella, en las artes y para las artes, de tal modo, que la mentira les resulta una costumbre y la excitación una necesidad.

Y sin embargo, todo el que ha vivido ó meditado, sabe que la capacidad de sujetarse al trabajo enojoso y diario, la veracidad para consigo mismo y los demás son únicamente las que pueden hacer á una criatura humana honrada á sus propios ojos y tolerable en la vida común.

El padre está en pie, apoyado en la puerta, y espera como centinela; su hija baila, recibe plácemes, extiende su falda.—El padre garrapatea en su gabinete y va en fiacre á sus negocios; la hija se manda peinar, toca el piano, sirve de adorno en la casa.—El marido se gasta trabajando, la mujer se aburre de no hacer nada.—El marido quiere dormir, la mujer quiere salir.

He aquí un caso con todos sus detalles, y además, obscuro, ordinario; conviene juzgar por estos ejemplares.

Mi sobrino, Anatolio Durand, tiene un compañero llamado Enrique S..., y yo le insto á conservar su amistad; no hay sobra de amigos inteligentes. Este es un hombre joven aún, profesor de una escuela importante, algo artista, que ha comprendido bien la vida, laborioso, alegre, casado hace un año; he visto á su mujer. El estaba muy enamorado el día del contrato: su verbosidad, su aspecto, su alegría visible, conmovieron mis fibras gastadas.

Fué dichoso los primeros meses, por el atractivo de la *novedad*, pues nunca había tratado más que á modistillas ó á mujeres de vida alegre, y vivía con unos parientes viejos ya algo torpes. Su mujer, de veintidós años, le encantó; tan graciosa, tan viva, tan nueva, y doce años más joven que él; era todo un mundo por descubrir.

Ahora ella le divierte algunas veces con sus inocencias: «Es un pájaro que canta, me ha dicho; ya sabe usted; nos gusta un pájaro, un niño que juega; suponga usted que por la mañana me anuncia que se va á poner el vestido azul ó á encargar una tarta.»

Pero en esas niñadas hay muchos inconvenientes; ella le impide trabajar, le interrumpe, no comprende que se necesite recogimiento, silencio para inventar ó redactar. El no tiene más que dos horas libres, de cinco á siete de la mañana cuando ella duerme.

Ella es algo corta, como todas las solteras jóvenes, y algo voluntariosa, como todas las señoras jóvenes; va á sus recreos, no se figura que pueda haber asuntos más serios; visita á sus buenas amigas, arrastra consigo á su marido; hasta ahora, él ha sufrido esta violencia con resignación: «Pero si fuera preciso continuar, preferiría ahogarme ó alistarme para Méjico.» Cuando era soltera, la vida estaba reducida para

ella á esto: ver á sus amigas, visitar á cinco ó seis personajes graves, portarse bien en un salón, tocar el piano, etc. Ahora sigue esa vida, y encontraría muy extraño cambiarla.

El no la conocía, ni tenía tiempo para conocerla. «Cuando yo hacía la corte á mi mujer, sufría á cada momento una inspección; primos, primas, tíos, tías me examinaban: todo era ceremonioso, no teníamos conversaciones íntimas. No había medio alguno de hacer proyectos para el porvenir. Hay que ser galante, yo debía respetar los gustos de mi futura; por eso nuestro ajuar está incompleto.»

Ahora se hace el vacío; la conversación muere entre ellos. Una amiga viene á verla, para saber si debe poner un punto verde en el cañamazo en lugar de un punto amarillo. Él se aprovecha de aquel entretenimiento, toma el sombrero y se va. Imposible interesarla en sus preocupaciones, en sus ideas, en las dificultades que debe vencer y que son de un género especial. Algunas veces logra, á fuerza de modificarlas, ponerlas á su alcance; pero no penetran en ella; su inteligencia y su educación no le ofrecen entrada alguna; ella escucha su relato como una parte cualquiera de una conversación, y no piensa más en él.

Están en desacuerdo sobre el fondo de las cosas, sobre la religión, sobre la sociedad. El decía en voz alta, con alguna imprudencia, que muchos sacerdotes han recibido las sagradas órdenes por evitarse el ser soldados; que antes de los cincuenta años, una mujer sólo tiene algunas ideas aprendidas de memoria, etc. Ella le contradice, no le guarda deferencia ni sumisión, ni aun en las cosas de talento. El trata de instruirla, y encuentra un terreno árido, endurecido, porque está inculto. En efecto, se la ha mantenido sin

ideas ni lecturas sólidas, como á todas las jóvenes, con manuales compendiados de hechos secos como guijarros, y el catecismo de perseverancia como barnizado. Toda la gran base intelectual de Francia, toda la capa nacional sobre la que brotan las especialidades y las superioridades parisienses, es la misma de la Edad Media. Los libritos devotos del librero Mame forman la educación de los franceses.

Las dos vidas son opuestas, y él lo siente. Siempre quedarán así, y él lo siente aún. No podrá iniciarla, no hará de ella su segunda vida, y se resigna á esto. Las noches les parecen ya muy largas y muy monótonas. ¿Qué hacer para divertir á una mujer y entretenerla siempre? Ella se sienta al piano y toca; pasable ó medianamente, es lo mismo. Un jilguero en jaula no se puede siempre decirle que cante; ¿y cómo ponerle un cubo en la patita?

El sorprende felizmente en ella una virtud que se va desarrollando: el talento de ama de casa. Ella no había sabido nunca lo que era un luis; lo sabe y empieza á ser económica. Ningún otro germen; ese es proporcionado á su educación y á su inteligencia. ¿Se hubiera creído esto al ver aquella figura tan linda, tan expresiva, con su asomo de travesura y su gracia natural? De esta manera, por lo menos, será útil y se reconocerá útil.

Es un buen matrimonio, y ambos pertenecen á esa clase media distinguida en la que los buenos matrimonios abundan más que en otras.

---

En los matrimonios burgueses, la desavenencia; en los de clases elevadas, el adulterio. En los primeros,

si también son de buena sociedad, una cosa ú otra, y á veces las dos.

---

Como madre é hija, como estatua en un zócalo, ó como dama en una butaca; la mujer es lo ideal. Como esposa ó manceba, suele ser el aliado; con frecuencia el adversario; á veces el enemigo.

---

Proverbio de aldeanos: un padre puede alimentar á doce hijos, y doce hijos no pueden alimentar á un padre.

---

El niño gobierna á la mujer, la cual gobierna al hombre, quien dirige los asuntos.

---

Mi punto de vista es falso, las cosas ocurren con más dulzura; hay en la máquina un tapón que disminuye la rudeza de los choques.

Este tapón es el regocijo, la indolencia, la costumbre de salir fuera de sí por el atractivo de la conversación, por el deseo de guardar las conveniencias. El alma del francés es elástica; no queda mucho tiempo encorvada bajo ideas dolorosas. No aguza sus pensamientos ofensivos al comentárselos en voz baja. Se viste, va á ver algunos amigos, charla de todo, siente necesidad de hablar vivamente y con finura, de dar un giro interesante ó divertido á su propia historia. Se distrae escuchándose. Sus disgustos, transformados por la palabra, resultan una obra de arte; los ordena, y en lo sucesivo los mira desde lejos. Vedle reanimado

por su propia acción. Lord B... venía á vivir dos meses todos los años en la calle de Rivoli. Decía que solamente el espectáculo de nuestros gestos y de nuestras fisonomías, le hacía ver la vida de color de rosa.

Hay que salir fuera de sí, y las salidas varían con los caracteres. El francés tiene la conversación, el alemán la música, el inglés los negocios.

Lo que se llama filosofía sirve para algunos temperamentos; para la mayor parte, lo mismo sería que tomaran substancia de pan. N... nos dijo: «Un día, estaba yo triste y me metí en la cabeza media docena de libracos graves. Al cabo de una semana, me encontré más triste aún, volví entonces á mi vida ordinaria; un buen *beefsteack* por la mañana, unas galopadas al mediodía y una querida por la noche.»

Es preciso tener un hábito. Las gentes de nuestros climas tienen el trabajo, la literatura y la sociedad; añadid, en las clases inferiores, el aguardiente, que es la literatura del pueblo. En Oriente, el opio y el sueño.

El hombre más feliz que yo he conocido es indudablemente un brahman de Calcuta. La cabeza larga, estrecha hacia las sienes, y el cráneo de una altura enorme; miembros delgados, tez de estatua de arcilla cocida al sol; toda la substancia parecía haberse retirado al cerebro, y el resto del cuerpo dormitaba, reducido á una vida latente, como la de los animales invernantes. Sus necesidades eran casi nulas, no tenía ni aun la de los perfumes. Cinco ó seis onzas de arroz al día, agua, un techado con algunas vestiduras de algodón blanco; dos criados. Ni placeres, ni curiosidades, ni vicios. Pasaba el día en silencio, sentado sobre sus piernas cruzadas, en el dintel de su puerta. En aquella máscara inmóvil, únicamente vivían los ojos,

fijos como llamas. Lo mismo que algunos *pundits* contemporáneos, había despojado de sus supersticiones á muchas personas, y lo confesaba. Durante diez años le habían consultado los sabios ingleses para sus ediciones sánscritas, había comprendido las ideas y las filosofías de Europa. Únicamente un doctor, creyendo haberle convertido, quiso un día hacerle tomar caldo; él se desvaneció de horror, después huyó y no volvió á aparecer más entre la sociedad de los indianistas. Después, sus nervios se calmaron. A título de francés medio alemán, conseguí visitarle, y, durante algunas semanas, pude contemplar su extraña sonrisa. Aprobaba nuestras ciencias; pero, en el fondo, nuestras investigaciones y nuestros viajes le parecían agitaciones de insectos, esfuerzos de pobres hormigas reducidas, por falta de alas, á revolverse miserablemente con sus patas, incapaces de subir al aire para contemplar el espacio. El cerraba los ojos y veía perfectamente al jabalí de Vichnú, elevando inadvertidamente la tierra en la punta de uno de sus colmillos, al enorme Ganges lechoso, hijo nocturno de un dios que creía estrechar á una diosa, las figuras flotantes y colosales de los dioses innumerables, y los millones de mundos que salen, como un vapor, del Ser inmóvil, para caer de nuevo en él.

Yo supongo que ha terminado por el idiotismo ó la apoplejía; en Europa tenemos la ciencia. También es un suicidio lento é inteligente.

## CAPITULO XXIV

### DOS AMIGOS

En el Jardín de Plantas, las criadas, los soldados, los modestos rentistas de la calle Copean, se agrupan diariamente delante de una jaula grande en que están los monos. Estos animales se vuelven malos, y, lo que es peor, enfermos; la vida recogida y contra la naturaleza les ha destruido el pelo; se ve en distintos puntos de su cuerpo, bajo la pelusa gris ó amarillenta, aparecer espacios de carne rojiza. Es un triste espectáculo ver sus hocicos nerviosos y ásperos; se agitan con gestos ridículos, gritan y refunfuñan, se pelean por una manzana ó un bizcocho, suben á los más altos hierros y hacen tunantadas en presencia del público. Este los ha depravado con sus risas y sus excitaciones; ellos le pagan manchándole los ojos con la manifestación descarada de sus deformidades y de sus vicios. Son sus bufones preferidos, ellos halagan en él la fiebre mal sana.

Esta misma impresión me causan los teatros pequeños. Los actores son monos afinados y mimados, y la jaula pintada en que todas las noches se encaraman y se mueven, es peor para la salud corporal y moral que la rotonda enrejada donde brincan sus colegas del Museum. Como éstos también están pelados de cuerpo y alma. Como sus colegas, divierten al público con sus miserias físicas, unos con su nariz, otros con su aire

aturdido, éste con su voz aguardentosa, aquél con su abdomen estupendo. Como sus colegas, remueven las partes bajas de la lujuria y de la malicia humanas. Como ellos, se elevan hasta cierto talento animal, mezcla de imitación y de indecencia, parodia cruel y descabellada, en la cual el espectador no vale más que el bufón. Ayer, una actriz de esas terminaba cada una de sus estrofas picarescas con unos gritos y un movimiento de caderas propios de verduleras; á la tercera estrofa se detuvo porque ya no podía más, y con el escaso resto de su voz se disculpó. Yo me fui, quería limpiarme el alma; anduve una legua á pie, al aire libre, á la luz de la luna, hasta el final de la calle del Oeste y subí á casa de mi amigo Wilhelm Kittel, un músico verdadero, que vive solo.

Fuimos compañeros, hace treinta años, en la Universidad de Jena, y hemos filosofado muchas veces ya contradiciéndonos, ya de conformidad, en aquellos jardinillos de los arrabales, donde se bebe cerveza bajo los enverjados de lúpulos sembrados de rosas. Después tomamos muy diversos caminos; yo he ganado una fortuna en América; él ha vivido del producto de sus lecciones en Berlín, y luego en París; por fin, un tío suyo, que murió oportunamente, tuvo el capricho de dejarle mil escudos de renta; ahora es rico. Pero rico ó pobre, jamás pensó en el dinero. Si esos mil escudos le han alegrado, es porque ya no tiene que perder en las lecciones tres ó cuatro horas diarias, para pagar su comida, sus *paletots* y su alquiler. Tampoco ha pensado en la gloria: su carácter era reconcentrado y su temperamento tímido; las intrigas de París le dieron miedo. Ha preferido no exhibirse; se ha quedado en su casa, leyendo las partituras, yendo á estudiar los oratorios á las bibliotecas. Ha concluido hasta por no ir á

los conciertos ni á los teatros; una ejecución de vanidad, los gorgoritos de las cantantes, la tontería de los aplausos le distraerían de sus sueños; opina que una ópera no se oye bien sino al piano. Cinco ó seis compositores célebres le conocen, y, de vez en cuando, suben á su cuarto piso; los inteligentes, Reber y Gounod, le respetan y quedan satisfechos cuando él dice: «está bien». Como es rígido y seco, no se le pide más. Tiene además la fría altivez de los flemáticos: nunca ha aceptado las comidas que se le han ofrecido; es una regla que se ha marcado; se sabe ya y no insisten; algunas veces ha contestado que no aceptaba, porque no podía devolver el obsequio, y que jamás pagaría en sonatas.

En su sentir, la música es una conversación íntima; nadie se explaya por una taza de te ó un pollo, y sobre todo, no deben hacerse confidencias á desconocidos. Yo voy á su casa á pie, como él á la mía; y en la mía ó en la suya, comemos en un solo plato y una botella; una comida más abundante perturba la cabeza, y de este modo, es perfecta la igualdad; yo, sin embargo, quedo siempre obligado, porque él aporta á nuestra conversación muchos más atractivos. Soy casi su último compañero; la muerte, el matrimonio, la separación, la diferencia de caracteres, han hecho el vacío en torno nuestro, y cuando estamos juntos, volvemos á ver, en un pasado encantador, entre una vaga bruma dorada, el primer despertar de nuestro espíritu, con Beethoven, Schelling y Goëthe.

«Federico— me dijo al verme entrar — ahí tienes tu sillón, enciende un cigarro; tenía ganas de verte aquí para repasar nuestras antiguas sonatas: tú cuidarás

del agua caliente.» Le estreché cariñosamente la mano y se sentó al piano.

¡Qué bien se está en esta habitación vieja! Es mía tanto como suya, y me hallo aquí mejor que en la mía. Hasta el polvo, que abunda, me agrada.

La alfombra raída, los sillones tan usados, la biblioteca llena de libros que han sido verdaderamente leídos, todos estos muebles honrados causan en el ánimo dulcísima sensación. No hay que admirarlos; no están allí para ostentación; no os hablan de vanidad, como los *etagères* y las baratijas de una mujer á la moda; sus colores gastados no atraen las miradas; envejecen y se conservan como servidores fieles. Estoy en el gran sillón verde de brazos y respaldo, y no tengo necesidad de aplaudir, de buscar un cumplido nuevo; puedo, con toda libertad, abrir la puerta al sér íntimo, delicado, que cada uno oculta dentro de sí, permitirle que salga y vuele sin temor de verse humillado ni arrastrado por el suelo. El agua hirviendo canta; con los pies en los morillos, se mira á las pequeñas llamas, anaranjadas ó azules, que lamen la corteza arrugada de los troncos. El tumulto de las ideas parisienses se borra, y veo cómo se elevan en mí mismo, como otras tantas brumas matinales, las ligeras apariciones del sueño.

—Wilhelm, deso que toques ahora la sonata en *sol* menor; ya sabes, la obra 90.

Lo que hay de exquisito en la música es que no despierta en nosotros *formas*; este paisaje, aquella fisonomía humana, tal suceso ó situación precisa, sino los *estados* del alma, cierto matiz de goce ó de melancolía, cierto grado de tensión ó de languidez, la más rica plenitud de serenidad ó un desfallecimiento mortal de tristeza. La habitual población de ideas es to-

talmente barrida; no queda más que el fondo, la potencia infinita de gozar y de sufrir, los arrebatos y las quietudes de la criatura nerviosa y sensible, las variaciones y las armonías innumerables de su agitación y de su calma. Es como si se trasladaran los habitantes de un país y se borraran las demarcaciones y los cultivos; solamente quedaría el suelo, su estructura, con las concavidades, las elevaciones, el rumor del viento y de los ríos, la eterna poesía alternada de la luz y de la sombra.

—Wilhelm, yo no estaba atendiendo; he disertado por lo bajo; vuelve á empezar, te lo ruego; sobre todo la segunda parte, en mayor.

Repitió esta segunda parte que es tan melodiosa y tan tierna. Un canto de notas cristalinas serpentea por debajo de los acordes, desaparece, vuelve y desarrolla sus espirales ondeantes, como un arroyo en una pradera. Algunas veces se diría que son suspiros de flauta; otras muchas es la profunda suavidad de una voz de mujer amante y triste. A trozos reaparece el alma impetuosa y se lanza en cascadas de notas rápidas, en finos caprichos delicados, en brascas sonoridades de acordes extraños; después, todo cae de nuevo, un enjambre de vocecitas ligeras suben, bajan y se persiguen, como un estremecimiento, una agitación, una locura deliciosa de aguas murmuradoras, para conducir el aire á su primera canal; la melodía recobra entonces su marcha reposada, y su ola clara, corre por última vez, más tortuosa, más amplia que nunca, entre un cortejo de sonoridades argentinas.

«Beethoven otra vez, Wilhelm; pero ahora más todavía y lo que se te ocurra.»

Tocó más de una hora, pero en verdad, yo no miraba el reloj. Aquel día estaba *ronsed* (falta la pala-

bra francesa) y yo lo estaba tanto como él. Tocó primero dos ó tres sonatas completas, después trozos de sinfonía, fragmentos de sonatas para piano y violín, de *Fidelio* y otras piezas cuyo nombre no conocía. El las iba uniendo con algunos acordes y algunos silencios, como un hombre que, abriendo el volumen de su poeta favorito, unas veces lee por el medio, otras al final, ya elige una estrofa, luego otra, según la emoción del momento. Yo oía inmóvil, con los ojos fijos en el fuego, y seguía, como en una fisonomía animada, los movimientos de aquella alma grande ya extinta; aunque no lo está sino para ella misma, pues nosotros la tenemos entera en esa pila de papel ennegrecido. ¡Cuán injusta ha sido con él la fama! Se le reconocía como soberano en lo gigantesco y lo doloroso; á esto quedaba reducido su reino; no se le concede por dominio más que una landa desierta, combatida por los huracanes, asolada y grandiosa, parecida á aquella en que vive Dante. Posee, ciertamente, esa soledad, y ningún músico sino él, entra en ella; pero también habita en otros lugares.

Lo que hay más rico y más magnífico en la campiña exuberante, lo más suave y sonriente de los valles sombríos y floridos, lo más fresco y virginal de la timidez del alba primera, le pertenece como lo demás. Sólo que no llega á ellos con alma tranquila; la alegría le trastorna completamente, lo mismo que el dolor; sus sensaciones de delicias son demasiado fuertes; no es feliz, está arrobado; se parece á un hombre que, después de una noche angustiosa, jadeante, dolorido, recelando un día peor, divisa de repente un paisaje tranquilo y matutino; sus manos tiemblan, un profundo suspiro de alivio sale de su pecho; todas sus potencias, encorvadas y oprimidas, se yerguen, y la

vehemencia de su felicidad es tan indomable como los sobresaltos de su desesperación. Para él hay en cada goce un arrebató; su dicha es punzante, no dulce. Sus *allegro* saltan como potros en libertad, hollando y ajando la hermosa pradera donde se desbocan. Sus *presto* más vehementes aún, más desenfrenados, tienen locuras, bruscas detenciones temblorosas, galopadas violentas que aporrean el teclado con sus impetus retumbantes. A veces, en medio de su alegría insensata, aparecen lo serio y lo trágico, y sin cambiar de aire, con la misma furia, su espíritu avanza como para un combate, siempre embriagado por el ardor de su velocidad; pero con saltos tan peregrinos y una fantasía tan múltiple, que el espectador se detiene casi aterrado por la savia de aquella vida salvaje, por la fecundidad vertiginosa de sus movimientos, de sus sacudidas, por la fogosidad de sus expansiones inesperadas, interrumpidas, duplicadas más de lo que pudiera imaginarse, que los explican sin poder jamás agotarlos.

Vino á sentarse á mi lado y me dijo: ¿Tienes noticias de su vida?

—No muchas; únicamente las que han dado los folletines.

—Esta es su biografía por Schindler, un hombre honrado que vivió con él sus últimos años. Léela mientras hago el te.

Yo me puse á hojear el modesto volumen alemán, encuadernado en badana blanca, en que el fiel compañero del maestro, un verdadero *famulus* alemán, una especie de Wagner, discípulo de otro Fausto, ha anotado todos los detalles que le contaron y los que él vió.

Aquellos detalles, tan positivos, no me parecían ya vulgares. El alma, que acababa de admirar, ennoblecía todo su exterior. Yo volvía á ver al hombre envuelto en su hopalanda vieja, con un sombrero abollado, con sus anchos hombros, su barba descuidada, su poblada cabellera hirsuta, andando descalzo por entre el rocío de la mañana, escribiendo *Fidelio* y *Cristo en el monte Olivete* sobre un apoyo que formaban dos troncos de encina, caminando en línea recta, sin ver los obstáculos ni sentir el rigor de la estación, volviendo por la noche á una habitación en desorden, en la que se veían los libros y la música revueltos en el suelo, las botellas vacías, los restos del almuerzo y las pruebas de imprenta amontonadas en un rincón, la misa en *re* en la cocina, envolviendo algunas cosas; sombrío casi siempre, hipocondríaco, y de repente acometido de accesos de una alegría extraño, recorriendo el teclado con expresión formidable; silencioso, reconcentrado, oyendo las óperas con la impasibilidad de una pagoda; desproporcionado en todo é incapaz de avenirse con la vida. Pero yo conocía también que aquellas excentricidades tenían por causa única una superabundancia de generosidad y de grandeza. Sus cartas de amor, entre frases usuales de su tiempo, tienen palabras sublimes: «¡Mi inmortal adorada!» Vivió en el mundo ideal que describieron Petrarca y Dante, y su pasión no aminoró en nada su austeridad. No pudiendo casarse, permaneció casto y amó con tanta pureza como escribió. Odiaba los asuntos licenciosos, y censuraba el *Don Juan* de Mozart, no solamente porque encontraba en él la forma italiana, sino también «porque el arte santo no debe prostituirse hasta el punto de servir para dar brillo á una historia tan escandalosa.» Puso la misma elevación de alma en los demás intere-

ses importantes de la vida, altivo siempre delante de los príncipes, esperando á que ellos fueran los primeros en saludarle; observando idéntica actitud ante los más grandes; calificando de traición y de mentira las cortesías y las atenciones de la sociedad, y, como un Rousseau ó un Platón, esperando el establecimiento de una república que haría de todos los hombres ciudadanos y héroes. En lo más profundo de su corazón, vivía, como en un santuario, un instinto más sublime aún: el de lo divino. A sus ojos, las diversas artes y los lenguajes humanos no llegaban á expresarlo; únicamente la música, por su esencia íntima, le correspondía. En aquel momento leí esta inscripción que él había copiado de una estatua de Isis: «Yo soy todo lo que es, todo lo que ha sido y todo lo que será. Ningún mortal ha alzado mi velo.» La sabiduría antigua de los Faraones encontró una frase tan augusta como su pensamiento.

Yo dejé el libro, Wilhelm lo volvió á tomar y buscó una página: «Lee también esto, me dijo; es necesario que tengas idea completa de él.» Era su testamento; he aquí su primera página:

¡Oh vosotros, hombres que me miráis como uraño, intratable ó misántropo, con cuánta injusticia me tratáis! Vosotros desconocéis la causa secreta de lo que así se os aparece. Mi corazón y mi índole se inclinaban, desde mi infancia, hacia el tierno sentimiento de la benevolencia: realizar por mí mismo grandes cosas, esta era siempre mi propensión. Pero pensad únicamente en que desde hace seis años estoy atacado de una enfermedad incurable que médicos ignorantes la han empeorado; que perdida cada año más la esperanza de verla aliviada, me he visto al fin obligado á considerarla como debiendo durar cuanto mi existencia...

Nacido con un temperamento activo y ardiente, hasta apasionado por las diversiones de la sociedad, me he visto forzado á retirarme ella joven aún, y á llevar una vida solitaria... Me era imposible decir á los hombres: Hablad más alto, gritad, porque yo soy sordo. ¡Ah! ¡Cómo confesar la pobreza de un sentido que debía ser en mí tan perfecto como en los demás, que en otro tiempo había yo poseído tan perfecto como pocos hombres de mi profesión lo tuvieron jamás! ¡Oh! ¡yo no puedo hacer eso! Casi siempre solo, excepto cuando una necesidad extrema me obligaba á ello, apenas me atrevo á buscar compañía. Yo debo vivir como un desterrado; si me acerco á alguien, es sudando de angustia; temo correr el peligro de que noten mi estado. ¡Pero qué humillación cuando alguien oye una flauta á lo lejos, y yo no oigo nada; cuando oye cantar á los pastores y no oigo nada! Acontecimientos de esta suerte me han llevado casi á la desesperación; ha faltado poco para decidirme á poner término á mi vida. El arte, sólo el arte me ha contenido. ¡Ah! me parecía imposible dejar el mundo antes de haber dado á la publicidad todo lo que yo tenía la misión de cumplir.»

Ahora—me dijo Wilhelm—oye. Y empezó la última parte de su última sonata.

Es una frase de una línea, lenta de infinita tristeza, que va y vuelve sin cesar como un sollozo único y largo. A ella se unen algunos sonidos sofocados; cada acento se prolonga con los que siguen, y muere sordamente, como un grito que acaba con un suspiro; de modo que cada nueva explosión de sentimiento lleva por cortejo las quejas antiguas, y, con la lamentación suprema, se mezcla siempre el eco debilitado de los primeros dolores. Nada hay duro en esta queja, ninguna indignación, ninguna rebeldía. El corazón que

la emite no dice que es infeliz, sino que la felicidad es imposible; y, en esta resignación, encuentra la calma. Como un desventurado destrozado á causa de una caída tremenda, y que, tendido en medio de un desierto, ve la fulgurante pedrería del cielo tachonar la bóveda de su última noche, se desprende, se clvida de sí mismo, y no piensa ya en reparar lo irreparable; la serenidad divina de las cosas infunde en él una dulzura secreta, y sus brazos, que no pueden ya levantar su cuerpo martirizado, se abren aún y se dirigen hacia la belleza inefable que brilla á través de aquel místico universo. Las lágrimas del sufrimiento se agotan insensiblemente para dejar paso á las del éxtasis, ó más bien ambas se confunden en una angustia mezclada de delicias. A veces estalla la desesperación, pero al punto reaparece la poesía, y las modulaciones más desesperadas se exhalan envueltas en una magnificencia de acordes tan extraordinaria, que lo sublime sobresa y lo cubre todo con su penetrante armonía. Al fin, después de un gran tumulto y un gran combate, lo sublime sólo subsiste; la lamentación, transformada, se convierte en un himeneo que corre y resuena, llevado en un concierto de notas triunfantes. Alrededor del canto, en lo alto, abajo, en multitudes aprensadas, entrelazadas, extendidas, va un coro de aclamaciones que crece y dobla incesantemente su vemenia y su alegría. El teclado es insuficiente, no hay voz que no tome parte en aquella fiesta, las más graves con sus truenos, las más altas con sus gorgeos, unidas todas en una sola voz, una y múltiple, como aquella rosa divina que vió Dante, cada una de cuyas hojas era un alma bienaventurada. ¡Un canto de veinte notas ha dado origen á tan diversas emociones! Así en una catedral gótica, la ogiva chata de la cripta se en-

corva en arcos á la fúnebre claridad de las lámparas, entre muros húmedos, en la lúgubre obscuridad que envuelve la tumba de un muerto; después, arriba, en la iglesia, libre repentinamente del peso de la materia, se yergue, sube en columnitas hasta el cielo, hermosea las vidrieras con sus festones, extiende sus tréboles en los rosetones iluminados, y hace del templo un tabernáculo.

Potencias invencibles del deseo y de la fantasía. Por mucho que se las combata, jamás perecen. Treinta años de negocios, de números, de experiencia se han amontonado en el manantial; ya se le creía seco, y de repente, al contacto de un alma grande, brota de nuevo tan rico como el primer día; el dique se ha roto, y los materiales pesados, compactos, que impedían la salida, arrastrados por la irrupción, sirven para aumentar la fuerza de la corriente. Por un caso extraño, yo volvía á ver en aquel momento los paisajes de la India, únicos dignos, por su violencia y sus contrastes, de suministrar imágenes para tal música. Al soplar los monzones, las nubes acumuladas forman una muralla monstruosa de humo, que invade todo el cielo y el mar; sobre aquella masa negra vuelan á millares las gaviotas, y la obscuridad formidable, tachonada de alas blancas, avanza hacia la tierra, devorando el espacio y ocultando los cabos en su vapor densísimo. Los buques entonces se internan en el mar. Uno de los últimos días claros y buenos vi desde lejos las Maldivias, doce mil islas pequeñas de coral en un mar de diamante; casi todas están desiertas; el agua duerme en sus senos ó marca una franja de plata en sus arrecifes. El sol arroja allí á puñados sus flechas de fuego;

en las revueltas de los canales brotan corrientes de oro fundido de entre las dos oblicuas. La extensa llanura líquida, sembrada de remolinos, parece un metal que sale de la forja, adornado de arabescos; millones de relámpagos brillan en su superficie, como en las incrustaciones de una coraza; se diría que el tesoro de un rajah, armas y joyas, puñales con mango de nácar, vestiduras con broches de zafiros, cimeras de esmeraldas en los cascos, cinturones de turquesas, sedas de azul claro bordadas de oro y cuajadas de perlas. ¿Con qué comparar aquel cielo de ardiente blancura? Cuando una mujer joven y hermosa, floreciente de salud y estremecida de placer, ataviada ya para su boda, sujeta sus cabellos con la peineta de oro, se adorna con sus collares de perlas y sus pendientes de rubíes; cuando todas sus alhajas reflejan sus luces en su carne sonrosada y palpitante, entonces rodea su frente con un velo blanco flotante; pero su rostro lo inunda de luz, y la gasa en que parece ocultarse forma un nimbo que la ilumina. Así, este mar, bajo su cielo esplendoroso, en su riqueza de claridad hirviente, y ya alejadas las nubes lívidas, aparece delicioso y sublime como el himeneo divino de un grande hombre tras la noche larguísima de su desesperación. También su amada tiembla ruborosa, también es demasiado bella, y despierta en nosotros, por simpatía, lo que él por su mérito. Ante él, como ante ella, deja de oírse ó de verse una cosa aislada, un ser limitado, un fragmento de la vida; es el coro universal de los vivos, del que se oyen los cánticos de alegría y las lamentaciones de dolor; es el alma excelsa, cuyos pensamientos somos nosotros; la naturaleza entera, quebrantada por las necesidades que la mutilan ó la destruyen, pero palpitante en el seno de sus funerales y elevando siempre

al cielo, entre la miriada de muertos que la cubren, sus manos cargadas de generaciones nuevas, con el grito sordo, indecible, siempre sofocado, renaciendo siempre, del deseo no satisfecho.

Yo miraba á Wilhelm; ambos estábamos casi en el mismo estado, y avanzamos uno al encuentro del otro. Dios me perdone, estuvimos tentados á unir nuestras arrugadas fisonomías; pero adivinamos nuestra idea, yo en sus ojos, él en los míos, y nos echamos á reír; á nuestra edad basta con darse la mano. Después me alejé sin decir nada. Me parece que aquella noche hicimos el té, pero que no lo tomamos.

## CAPITULO XXV

M. GRAINDORGE

A M. Marcelin, director de la *Vie Parisienne*.

Caballero:

Tengo el honor de participar á usted la pérdida dolorosa que las letras, el cerdo salado y los petróleos a caban de sufrir en la persona de M. Federico Tomás Graindorge, doctor en Filosofía por la Universidad de Jena, socio principal de la casa Graindorge and C.º, de Nueva York y de Cincinnati, fallecido de una enfermedad del hígado, en su domicilio, calle de los Campos Elíseos, 14, el 15 de Julio de 1865, á los cincuenta y cinco años de edad.

Antiguo profesor de Retórica, secretario particular y pedicuro de M. Graindorge, estoy en mejores condiciones que nadie para dar á usted todos los detalles necesarios acerca de la vida, costumbres y carácter de mi generoso é infortunado amo. Los lectores de ese periódico, que conocen sus ideas, tendrán mucho gusto en conocer su persona, y puesto que me propone usted retribuir esta carta, me considero dichoso al cumplir un deber que, sin daño de mis intereses legítimos, me permite manifestar los sentimientos más dulces de mi corazón.

Hace nueve años, cuando M. Graindorge me tomó á

su servicio, tenía yo el honor de pertenecer á la Universidad de Francia, y desde hacía mucho tiempo llevaba con celo ejemplar la toga y el birrete que había sido llamado á vestir. Por aquella época, vió la luz una circular del rector que obligaba á todos los profesores á quitarse la barba; yo llevaba la mía, que era negra y muy hermosa, porque había notado la gravedad que imprimía á mis palabras y el ascendiente que ejercía en el espíritu de los jóvenes. Fuerte en mi conciencia, é invocando el principio de autoridad, reclamé ante mis superiores, que tomaron mi carta como una burla, y me pusieron á *disponibilidad*, en la flor de mi edad y de mi talento. Llegué á París, que es el refugio de los ingenios maltratados por la fortuna; mas, después de muchas tentativas inútiles, me vi obligado á hacer copias para varias personas, entre las que se contaba M. Graindorge. Un día que le llevé mis escritos, se quejaba de un juanete rebelde situado en el lado derecho del pulgar de su pie izquierdo. Como yo fui siempre apasionado por las ciencias naturales, me había dedicado á aquella rama de la fisiología que trata de las excrecencias del cuerpo humano, la única que, protegida por su utilidad práctica y por sus teorías restringidas, puede ser cultivada en provincias, sin atraer sobre sus adeptos las censuras eclesiásticas y el peligroso renombre de espíritu fuerte. Ofrecí mis servicios á M. Graindorge; él me honró descalzándose al momento delante de mí. A los tres minutos estaba extirpado el juanete, y M. Graindorge gozaba de un alivio indecible. Desde aquel instante quedé agregado á su persona. Yo hacía sus encargos no comerciales, yo arreglaba sus libros, preparaba sus trajes por la noche, y todas las mañanas revisaba sus uñas. Así es, caballero, cómo, durante nueve años, he podido es-

tudiar á fondo al hombre notable que hoy lloramos todos.

A fin de proceder con orden y de observar la regla de las transiciones, á la cual faltaba con frecuencia M. Graindorge, debo hacer notar, ante todo, que éste usaba botas estrechas. M. Graindorge, aunque había traspasado la edad de la coquetería, conservaba aún pretensiones, y se vestía con un esmero acaso excesivo. Lejos de mí la idea de censurar á mi ilustre y desgraciado amigo; pero la sinceridad, que es para mí una profesión, me obliga á decir que invertía una hora por la mañana y otra por la noche en peinarse, cepillarse, perfumarse y frotarse con una infinidad de menjurges. ¿No cree usted, caballero, que esta afectación extremada es poco digna de un hombre, y que, para tener éxito en el mundo, debemos contar únicamente con nuestro mérito y nuestro talento? Yo puedo asegurar á usted que, en cuanto á mí, no empleo otros recursos, y que, á Dios gracias, me bastan los que poseo de esta clase. M. Graindorge, al contrario, daba importancia suma á las exterioridades, y no encontraba nunca sus trajes bastante bien hechos ni su calzado bastante fino. Erguía su talle largo y delgado; colocaba los lentes en su nariz, corva como el pico de un águila; y yo veía bien por la noche, al darle el frac, que se miraba con mucha satisfacción en el espejo. No me dió nunca más que un puntapié, y eso un día en que, hallándome preocupado con ciertas ideas literarias, vertí en sus manos, en lugar de un frasco de agua de Colonia, una botellita de tinta. Estuve á punto de caer sobre el diván, porque él tenía la pierna vigorosa; pero, á modo de excusa, me dió un billete de quinientos francos, y confieso que aquella reparación me inspiró algunas veces la idea de repetir mi

torpeza. No obstante, me he contentado con la grave sonrisa con que yo protesto por lo común [de las debilidades humanas, y todas las noches he gozado el placer silencioso de sentirme superior, por lo menos en cuanto al desprecio de las vanidades del mundo, al hombre de quien me habían hecho subordinado la casualidad y el destino injusto.

M. Graindorge, después de levantarse y de imponerme para sus pies y su tocador servicios tal vez exagerados, pasaba ordinariamente la mañana leyendo. Apruebo esta ocupación: ennoblece el alma, y monsieur Graindorge tenía verdadera necesidad de entregarse á ese noble ejercicio, para borrar las huellas bochornosas que una vida groseramente comercial había dejado en su espíritu. Mas la empresa era difícil: el recuerdo del cerdo salado y del petróleo acudía con demasiada frecuencia á sus discursos y á sus escritos; yo mismo, al comienzo de esta carta; no he podido evitar una alusión á esa extravagancia, de una manera tan mesurada como inocente. El hecho es que carecía de gusto, y esto se apreciaba en sus lecturas: nuestros clásicos le interesaban poco; en desquite, se veían frecuentemente en sus manos voluminosos libros alemanes ó interminables revistas inglesas. Un día me atreví á hacerle una observación; me contestó secamente que me ocupara únicamente en cepillar sus pantalones. Los consejos más sabios no penetraban en aquella alma inculta; yo sonreí entonces, y medí, en mi interior, la distancia infranqueable que separa á un hombre bien educado de un hombre con dinero.

A las once M. Graindorge almorzaba casi siempre un pollo ó una perdiz fiambre y una botella de vino de burdeos. Yo me colocaba á su lado para servirle, y guardaba para mí el sobrante de la botella. Durante

los cinco primeros años, dejó siempre la mitad; poco á poco llegó á beberse las tres cuartas partes con un aumento de gula y un egoísmo natural que acabaron por ofenderme. Hasta llevaba su dureza al extremo de elogiar su burdeos delante de mi, y de decir sin contemplaciones de ningún género, que aquel vino era excelente para el estómago. ¿Con qué derecho usurpaba así mi media botella? ¿Quién le autorizaba á quedarse diez minutos más en la mesa, prolongando mi servicio retrasando mi comida, haciendo padecer á mi estómago, y recibiendo de mis propias manos, sí, de mis propias manos, caballero, dos vasos de vino suplementarios que, legítimamente y desde hacía cinco años, eran míos? Parece que cuando yo estaba sumido en estos pensamientos, mis ojos tomaban una expresión particular.

Una vez me dijo M. Graindorge:—Celestino (es mi nombre, caballero; un nombre honradamente llevado por mi padre, y también, me atrevo á afirmarlo, por mí mismo), pobre Celestino, ¿qué le atormenta á usted?—Yo recobré al momento mi discreta sonrisa, y me disculpé con preocupaciones literarias.—¡Ah! ¡ah! —dijo M. Graindorge,—es la musa que hace de las tuyas. Eso es muy malo para la digestión, Celestino... tráigame usted ron de Jamaica.—Me dió un vasito lleno. Bebí á su salud, inclinándome respetuosamente. Pero vea usted mi mala suerte: él mismo, por esta causa, acabó con la botella de Burdeos, mi vino predilecto, el único que guarda bajo llave, el único que conviene á mis nervios. En tales ocasiones un hombre necesita gran dominio sobre sí mismo; los filósofos antiguos nos dicen que la verdadera demostración de la nobleza del alma es el valor con que se soporta silenciosamente la injusticia, y yo me lisonjeo de ha-

ber sido digno discípulo de ellos en aquel momento.

A la una M. Graindorge iba al círculo, y de allí no sé adónde. No quise ver adónde; un hombre como yo está obligado á respetarse á sí mismo, y cuando sus amos se permiten distracciones que la decencia condena, debe pasar con los ojos cerrados, como por una galería de esculturas ó como delante de esas desnudeces que los peluqueros tienen la imprudencia de exponer en sus escaparates. Si yo hubiese querido hablar con el cochero ó con el lacayo, hubiera podido saber muchas cosas: esos dos subalternos han hecho esfuerzos muchas veces para llegar hasta mi familiaridad; pero yo los despedía cortésmente, como hombre que sabe ocupar su puesto. Y sin embargo, en mí únicamente consistía estar al tanto de todas las noticias; yo los oía hacer sus comentarios, en la cocina ó en el pescante, cuando M. Graindorge me llevaba consigo y me dejaba en el coche. ¿Lo creerá usted, caballero? M. Graindorge, que no se ruborizó nunca de enterar de sus calaveradas á su sobrino, no tenía ni aun la disculpa de una pasión; pensaba solamente en matar dos horas; en eso gastaba veinte mil francos anuales, y más. La señorita Concepción Núñez, la última favorita, era una simple bailarina de aquella compañía española que vino últimamente á París á lucir sus piruetas extravagantes.

M. Graindorge había mandado derribar para ella los tabiques interiores de tres piezas; así hizo un vasto salón, en el que, tres ó cuatro veces á la semana, recostado en un diván, con una pipa turca en la boca, pasaba la tarde contemplando las contorsiones de aquella saltadora. La habitación estaba llena de flores y las persianas cerradas la mantenían á media luz. Los músicos se situaban en otra pieza, y, en los inter-

valos del baile, tocaban aires lentos, muy dulces y muy tristes. M. Graindorge miraba silencioso ó cerraba los ojos, y cuando le gustaba un aire, oprimía un botón para anunciar á los músicos que lo repitieran. Lo que más le gustaba, según me dijeron los músicos, eran las obras de Chopin, todas melancólicas y lúgubres hasta causar fiebre, y sobre todo, una marcha fúnebre que parece el gemido de un tísico dispuesto á acostarse en su ataúd. Yo me escurría á lo hondo de la escalera á los primeros compases. Pero M. Graindorge parecía hallar un placer muy vivo en el contraste de la música y el baile; pues he olvidado decir á usted que Concepción, con sus cabellos negros adornados de claveles rojos, sus ojos negros brillantes como llamas, con la púrpura intensa que, á los pocos instantes, coloreaba sus mejillas, parecía una flor viva; pero con una vida resplandeciente y más robusta que todo cuanto nos es dable encontrar debajo de nuestro sol. Cuando ella se envolvía en su falda cuajada de lentejuelas de oro, ó cuando, un instante después, inmóvil, conteniéndose, movía como temblorosa su busto, sus ojos despedían llamas como un brasero inextinguible, y yo, hombre fortalecido contra las locuras de la edad juvenil, tenía que apartarme del ojo de la cerradura, é iba á distraerme á la cocina, donde, por orden suya, se guardaba siempre para mí una botella de aquel célebre vino de burdeos, tan saludable para mi estómago.

En cuanto á M. Graindorge, permanecía tan tranquilo como uno de sus barriles de petróleo (dispense usted esta comparación trivial, pero exactísima); únicamente, ya en su coche, llevaba algunas veces los ojos llenos de lágrimas. Nunca aplaudía ni hablaba; al irse besaba la mano de Concepción con una serie-

dad extraña. Por eso tal vez ella le había cobrado algún afecto; se sentía verdaderamente admirada, y aborrecía á los parisienses que no comprenden el baile. Pero yo también lo comprendía. Y la prueba es que me era imposible seguir mirando por el ojo de la llave; que me veía obligado á beberme una botella de burdeos para fortalecer la cabeza; que me ponía furioso cuando, á las once de la noche, M. Graindorge me decía que mandara enganchar. ¿Por qué estaba él en el diván mientras yo en la puerta? ¿Por qué era él quien suministraba las botellas, y por qué estaba yo obligado á beberlas? No era más joven que yo, no tenía modales más finos; en cuanto al fondo del espíritu y al mérito sólido, no vale la pena de hacer una comparación. Yo había vivido con los buenos autores, él con el cerdo salado y los petróleos; de ahí todos sus privilegios. ¡Extraña ironía del convencionalismo social! Cuanto menos se merece, más se tiene.

Réstame sólo, caballero, anotar algunas particularidades de la persona y de los gustos de M. Graindorge. Su terquedad en llevar botas estrechas le había producido dos callos en el pie izquierdo, y tres en el derecho. A fuerza de tiempo y de cuidados, con el uso diario de lociones tibias y de la lima, conseguí librarle de esta molestia; todos los pasos agradables que ha dado durante los tres últimos años de su vida, me los debe á mí; y si hubiera tenido un corazón verdaderamente agradecido, no hubiera nunca puesto un pie delante del otro sin pensar en mis servicios. Pero cuando su espíritu no se hallaba distraído con frivolidades, lo ocupaba por entero el egoísmo.

Las mejores pruebas, de esto son las notas sobre París que usted le hizo el honor de imprimirle. No solamente yo las escribía por su dictado ó ponía en lim-

pio sus garrapatos, sino también corregía las pruebas, enmendaba la puntuación y los acentos, completaba las frases cojas, y á veces esparcía en el estilo inculco y americano de M. Graindorge, el esplendor al que deben sus ensayos semibárbaros, la indulgente aprobación de usted. Puedo afirmar que, durante tres años, he sido no solamente su secretario, sino también su colaborador, y mi discreción ha igualado á mi celo. ¿Qué gratitud ha demostrado? ¿Donde ha citado mi nombre? ¿Hay una sola frase en que haga alusión á mis servicios? En sus veinticuatro cartas habla de todo: de su sobrino, de sus amigos, de su padre, de sí mismo, de sus gustos, de sus viajes, de su interior; y de mí, ni una palabra. ¿Es envidia? ¿Quiso anularme? ¿Creyó impedirme llegar al público? ¿Temió que me atribuyeran su obra? Gracias al cielo, estoy por encima de las pequeñeces que tanto abundan entre los autores; yo no codicio los bienes ajenos, soy bastante rico con los míos; si tengo alguna parte en la obra de M. Graindorge, renuncio á ella. Lejos de mí el pensamiento de imitar la poca delicadeza de su proceder; que guarde para sí M. Graindorge sus frases incorrectas, sus giros vulgares, su estilo deslavazado y raro; yo no tendría razón al reivindicarlos, y usted habrá notado ya, caballero, que su pluma ha cambiado de mano.

La semana anterior fué abierto su testamento, y se ha visto que dividía su fortuna en tres partes. Lega desde el momento á su sobrino, M. Anatolio Durand, veinte mil libras de renta y, además, otras veinte mil, también de renta, que tomará al día siguiente de su matrimonio. Apruebo esta última disposición; es bueno contener á la juventud; pero cuarenta mil libras de renta son mucho para un matrimonio solo,

y veinte mil son demasiado para un joven solo. Qué necesidad tenía M. Graindorge de dejar una fortuna tan grande en manos de un elegante vulgar, de cuyas pretensiones se burlaba, censurando también sus gastos? ¿No tenía junto á sí caracteres experimentados, que merecían más su reconocimiento y podían honrar mejor su dinero?—M. Graindorge funda además siete pensiones anuales de tres mil francos, pagaderos al titular durante quince años, para que sean distribuidas entre jóvenes de diez y ocho á veintitrés años que carezcan de fortuna, hayan demostrado su mérito y dado esperanzas notables en las ciencias, las letras, las artes, el derecho y la medicina, siendo elegidos y designados por comisiones nombradas por la Academia de medicina, la Facultad de derecho y las cinco Academias. No es posible desconocer en este legado un pensamiento razonable, si es razonable el pensamiento de quitar á la juventud el acicate de la necesidad y la gloria del esfuerzo. Yo he creído siempre que el bienestar es propio de la edad madura, no de la adolescencia, y que la liberalidad de los particulares, como la del público, estaría mejor empleada en recompensar los servicios pasados que los futuros.

Por fin, M. Graindorge, olvidando todo pudor, deja seis mil libras de renta á la señorita Consuelo Nuñez; varias sumas de veinte, y á cincuenta mil francos á amigos que están bien, y no las necesitan; seiscientos francos de renta á sus tres criados, que son fuertes los tres y se hallan en edad de poder continuar sirviendo, y á mí lo creará usted, caballero? ¿Una mezquina renta de mil ochocientos francos, además, un capital de dos mil francos, para poder establecerme; todos los fracs negros y las corbatas blancas que haya en su guardarropa! Mil ochocientos francos de

renta, ciento cincuenta al mes, cinco al día, ésta es la recompensa de nueve años de servicios! Para esta mísera generosidad he estado ciento once meses levantándome antes que él, acostándome después, cepillando sus trajes, preparándole la ropa blanca, cuidando de sus pies, copiando sus manuscritos, y no bebiendo, desde hace cuatro años, mas que la cuarta parte de su botella!

Podía él figurarse que con un capital de dos mil francos, encontraré yo una habitación como la nuestra, muebles como aquellos, á los que ya me había acostumbrado, un escritorio de ébano con incrustaciones de cobre, como aquel en que he escrito tanto, butacas, alfombras, espejos, una comodidad y una elegancia que, por culpa suya, me son indispensables, y que me harán, al echarlos de menos diariamente, maldecir el día en que le conocí. ¿Cuánto me durarán sus fracs negros y sus corbatas blancas? ¿Vendrá él á renovarlos dentro de tres años, cuando estén inservibles? Sabía, sin embargo, que me gusta la ropa blanca y que yo no puedo pasar vestido de cualquier modo. Pero los sentimientos finos y nobles no eran de su uso, y había traído de América menos delicadeza que oro.

El sábado anterior llevamos al cementerio á nuestro desgraciado amigo, y pronuncié ante su tumba un discurso, interrumpido con frecuencia por las muestras de aprobación de los asistentes; dos ó tres amigos del difunto se dignaron felicitarme. Pero yo, caballero, que estoy muy por encima de la vanidad literaria, no pensaba más que en cumplir un deber augusto, y si hoy, cediendo á las instancias de usted, he tributado el último homenaje al hombre eminente que lloramos, ha sido en la convicción de que los lec-

tores, al recorrer este relato sincero, reconocerán en él los sentimientos de un corazón tan fiel á la amistad como á la verdad.

Si me quedara, no obstante, algún deseo que exponer, sería el de hallar, gracias á su excelente revista, caballero, un puesto semejante al que acabo de perder, porque abrigo el convencimiento de que mi nuevo amo, apreciando en su justo valor mis cualidades morales, así como sus aptitudes literarias, me devolvería las ventajas de que yo gozaba en casa de M. Graindorge, añadiendo á ellas las compensaciones que no encontré siempre en mi primer empleo, y los respetos que por tantos títulos merezco.

FIN DE LAS NOTAS

# ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
PREFACIO.....	1
CAPÍTULO I.—Primeras notas.....	5
CAP. II.—M. Graindorge al lector.....	15
CAP. III.—Un salón.....	24
CAP. IV.—Los bailes públicos.....	34
CAP. V.—Consejos á mi sobrino Anatolio Durand sobre la manera de portarse en sociedad.....	44
CAP. VI.—La parisiense.....	54
CAP. VII.—Las jóvenes.....	64
CAP. VIII.—Las jóvenes.....	74
CAP. IX.—Los jóvenes.....	86
CAP. X.—Los jóvenes.....	98
CAP. VI.—En la embajada.....	110
CAP. XII.—La buena sociedad.....	124
CAP. XIII.—En los italianos.....	134
CAP. XIV.—Proposición nueva y conforme á las tenden- cias de la civilización moderna, que tienen por objeto asegurar la dicha en los matrimonios y regularizar una institución de primer orden abandonada hasta ahora á lo arbitrario y á la casualidad.....	143
CAP. XV.—Una comida.....	153
CAP. XVI.—Un casamiento.....	164
CAP. XVII.—La primera dama.....	173
CAP. XVIII.—El primer galán.....	189
CAP. XIX.—Los artistas.....	205
CAP. XX.—La moral.....	223
CAP. XXI.—La conversación.....	237
CAP. XXII.—La sociedad.....	250
CAP. XXIII.—Una semana.....	263
CAP. XXIV.—Dos amigos.....	278
CAP. XXV.—M. Graindorge.....	292

